Círculo Rojo
EDITORIAL

Los Hijos de la Peste

Fernando Mourelle



Los Hijos de la Peste

FERNANDO MOURELLE



Primera edición: julio 2026

ISBN: 979-13-7060-622-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Fernando Mourelle

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

«La epidemia de tuberculosis en Europa, probablemente iniciada a comienzos del siglo XVII y que continuó durante 200 años, fue conocida como la Gran Peste Blanca.»

— Historia de la tuberculosis

«Es la ley de la guerra que los vencedores traten a los vencidos a su antojo.»

— Julio César

Dedicada a mi BBC

1

Prólogo (antes de que todo comenzara)

Agosto del 859

¡Líbranos de la furia de los normandos, Señor!

Escribo bajo la sombra de una amenaza inminente: la furia desatada de los hombres del norte. Soy Godofredo Ansúrez, clérigo del Monasterio de San Paio de Antealtares, guardián del mágico libro VI de Farsalia, testigo del asedio que nos acecha.

Nos llaman Jakobsland, tierra de peregrinación y último descanso del apóstol Santiago. Pero este agosto, la devoción se tiñe de sangre. Håstein y Bjørn Jærnside, prole del infame Ragnar, nos han puesto en su mira con una flota de drakkar, ansiosos por despojarnos de nuestra sacralidad.

Las calles de Santiago son un hervidero de miedo. Desde las almenas, se atisba el humo que se alza al horizonte como una maldición. Iria Flavia, nuestra orgullosa capital, yace en cenizas. Sus supervivientes han encontrado refugio entre nosotros, trayendo consigo relatos de horror: la brutalidad de los invasores, las mujeres arrebatadas de sus hogares, las iglesias profanadas. Sus palabras son cuchillas en los oídos de los fieles, que rezan y lloran en las

capillas mientras los jóvenes afilan sus herramientas de labranza, preparándose para una lucha desigual.

Frente a esta tormenta, Santiago se erige como bastión. Nuestro obispo, Sisnando, lidera a los hombres con una determinación que parece infundida por el propio apóstol. Su voz retumba en la plaza mientras reparte órdenes, consuela a los caídos y clama a Dios por el valor de sus soldados. Junto a él, el Conde Pedro Theon, enviado por nuestro rey, organiza a los milicianos.

Lo observo desde las sombras del claustro, envidiando su fortaleza. En mi pecho, una doble carga pesa: la salvaguarda del sepulcro de Santiago y la protección del libro VI de Farsalia, joya de nuestro legado, ante la codicia vikinga. Este tomo, cuyas páginas parecen susurrar secretos prohibidos incluso en la quietud de la biblioteca, es una reliquia que muchos codician pero pocos comprenden.

«Si caemos —pienso—, el conocimiento que contiene será perdido para siempre, peor aún, caerá en manos de los impíos.»

Mi fe, mi escudo durante años, se tambalea ante la magnitud de nuestra adversidad. ¿Es esto una prueba divina o un castigo?

Por la tarde, las campanas del monasterio llaman a consejo. En la sala capitular, el obispo Sisnando, el Conde Pedro y los principales clérigos debaten acaloradamente.

—¡No cederemos! —clama Sisnando, golpeando la mesa de roble —. Esta ciudad es un símbolo de la cristiandad. Si Santiago cae, toda Hispania temblará.

El Conde Pedro asiente, aunque sus ojos revelan su preocupación.

—El rey marcha en nuestra ayuda, pero necesitamos ganar tiempo. La prioridad debe ser proteger las reliquias.

Mis manos tiemblan al escuchar esto. Soy consciente de lo que implica.

—Godofredo —me dice Sisnando, fijando en mí sus ojos cansados pero firmes—, tú eres el guardián del libro. Si la ciudad está perdida, debes asegurarte de que no caiga en manos vikingas.

Asiento, sintiendo el peso de su confianza como una losa en mi alma.

Esa noche, desde mi celda, contemplo la ciudad envuelta en un silencio expectante. Los supervivientes de Iria Flavia se han reunido en la plaza, formando un círculo para rezar. Sus voces, temblorosas pero unidas, se elevan al cielo.

Mientras la vela se consume, escribo estas líneas. Los primeros drakkar ya han sido divisados en la ría. La flota, negra como la misma noche, se acerca inexorablemente, y con ella el sonido de los tambores y los cánticos paganos.

Imploro al Altísimo por nuestra salvación, por la preservación del libro y, sobre todo, por el alma de esta tierra que pronto será cubierta por la sombra del acero vikingo.

Ego, Godofredo de Ansúrez, pluma en mano, me apresto a narrar un relato de sombras que se ciernen sobre nuestras almas.

La victoria de nuestro Conde Pedro Theon sobre los vikingos fue heroica, mas no sin costo. Durante tres días y sus correspondientes noches, las llamas consumieron las aldeas cercanas, y las aguas de la ría fueron teñidas de rojo. Aún me despierto en la penumbra de la noche con el eco de los gritos de los caídos y el estruendo del acero vikingo contra nuestras puertas. Sin embargo, sobrevivimos.

Pero ¿a qué precio? Las cicatrices del alma se sienten más profundas que las del cuerpo. El libro VI de Farsalia, protegido durante el asedio, se ha convertido ahora en una fuente de temor renovado. Lo que antes era un símbolo de fe y erudición, se ha revelado como un receptáculo de maldad ancestral.

Bajo el techo del monasterio, debatimos su destino. El obispo Sisnando, incansable en su propósito, insistió en que su custodia ya no podía confiarse a un solo lugar. El Conde Pedro, victorioso pero marcado por la batalla, juró llevarlo a Allariz, donde la memoria de Santa Mariña de Augas Santas sería nuestra mejor defensa contra los oscuros rituales que el libro parece invocar.

Ahora, mientras escribo estas palabras en la quietud previa a nuestra partida, siento el peso de la misión encomendada. El frío de la noche se cuela por las paredes del monasterio, y las sombras parecen cobrar vida con cada movimiento de la llama del candelabro. ¿Es esto un presagio? Quizás. Pero también es una señal de que, pase lo que pase, debemos seguir adelante.

Por la Gracia de Dios, que así sea.

Godofredo

Primavera del 860

La victoria sobre los vikingos, conseguida a un costo incalculable, nos permitió salvar el *libro VI de Farsalia*, pero no ha traído paz a nuestras almas. Ahora, en este camino hacia Allariz, el aire mismo parece cargado de augurios oscuros, como si el peso del libro nos hubiera seguido más allá de las murallas de Santiago.

Nos encontramos a diez días de marcha en el mes de marzo, en un año marcado por las señales. La mesnada de veinte infantes, comandados por el intrépido Conde Pedro Theon, avanza con paso vacilante. Lo que comenzó como una misión de fe se ha tornado como una aventura opresiva; las conversaciones se han vuelto escasas, y el miedo palpita en los rostros de mis compañeros. Es como si una criatura alada de la noche hubiera extendido sus garras sobre nuestras almas.

Una misteriosa aflicción ha comenzado a azotar nuestras filas. Primero fue un joven soldado, apenas un muchacho, quien cayó presa de fiebres delirantes, su piel marcada por manchas púrpuras que parecían emanar desde las profundidades de su ser. Pronto le siguieron cuatro más. Sus gemidos se alzaron como plegarias hacia un cielo que guardaba silencio. Dos de los nuestros, incapaces de soportar el pavor, huyeron en la noche, perdiéndose en las sombras del bosque.

El Libro VI, ese tomo de conocimientos prohibidos y oscuros presagios, descansa en mi alforja como un peso insoportable. Desde que partimos, su mera presencia parece transformar nuestro entorno. Las oraciones a Cristo, recitadas durante las horas canónicas, apenas logran sofocar la inquietud que brota de sus páginas. En ocasiones, juraría que escucho un susurro, un llamado distante que se burla de mi fe.

El Conde Pedro, pese a su valentía, no es inmune a la tensión que nos envuelve. Lo encontré una mañana junto al río, su espada desenvainada mientras miraba el reflejo del agua con una expresión ausente.

—Godofredo —me dijo, sin apartar los ojos del torrente—, ¿es esta la carga de un hombre justo? ¿O acaso hemos traído con nosotros un fragmento del Infierno?

No tuve palabras para consolarlo.

La proximidad de nuestro destino, a solo diez leguas, es tanto un consuelo como un recordatorio de la carga que portamos. Las tierras de Santa Mariña de Augas Santas nos esperan, un refugio bendecido por el sacrificio de la mártir. Allí, esperamos contener la maldad que parece filtrarse desde este libro, atándola con cadenas de piedra y fe.

Invoco al Altísimo, en un susurro que se pierde en el viento, rogando por el coraje y la fortaleza para culminar esta empresa que nos ha sido encomendada. Que la luz divina nos guíe y nos proteja del oscuro influjo que parece emanar de las mismas páginas del Libro VI, y que nuestras almas encuentren alivio al final de esta odisea.

Que así sea, por la inquebrantable gracia de Dios.

Godofredo

Junio del Año del Señor de 860

Yo, Godofredo de Ansúrez, emisario de verdades ocultas, redacto esta misiva bajo el peso de un secreto sombrío.

El libro VI de Farsalia, un legado maldito que ha perseguido mis pensamientos desde el asedio de Santiago reposa ahora en las entrañas del Forno de Armea. Su custodia ha sido encomendada a Cresconio Suñer, hermano bajo Dios, quien ahora carga con una responsabilidad que pocos hombres se atreverían a aceptar. Contra él, lo sé, se alzarán aquellos cuyas almas no conocen la luz de la fe, seducidos por el poder corrupto que el libro promete.

Encerrado en lo más recóndito de una cripta, bajo la iglesia donde Santa Mariña de Augas Santas sufrió martirio, el libro yace sellado. Los rituales arcanos descritos en sus páginas, aquellos que le confieren su aura maldita, están ahora ligados al lugar de su custodia, como si el sacrificio de la santa tejiera una red de protección alrededor de su prisión.

La ceremonia de sellado, que tuvo lugar bajo el frío testimonio de las estrellas, permanece viva en mi mente. Tres llaves, forjadas con el metal de una cruz derribada en la última batalla contra los vikingos, sellan el destino del libro. Una fue confiada al conde Pedro Theon, cuya lealtad al reino y a la fe es incuestionable. Otra descansa en las manos temblorosas de Cresconio, cuyos ojos reflejan el terror de la carga que ahora porta. Y la última, la más pesada, la guardo yo, con un juramento de silencio y devoción que me seguirá hasta el final de mis días.

«Estas llaves y los hombres que las portan, son todo lo que se interpone entre la oscuridad y el mundo de los hombres» proclamó el Conde Pedro Theon durante la ceremonia. Sus palabras, solemnes, resonaron como una sentencia que ninguno de nosotros podía ignorar.

Cresconio, a mi lado, apenas pudo levantar la vista. Su mirada, perdida entre las sombras de la cripta, delataba un miedo profundo.

—Hermano Godofredo —me dijo en un susurro—, ¿qué haremos si fallamos?

Lo miré, buscando las palabras que aliviaran su carga, pero solo encontré una fe que se tambaleaba con el peso de su pregunta.

—Orar, Cresconio. Orar, y confiar en que el Altísimo nos dará fuerza para resistir.

El libro, incluso ahora, parece palpitar con una vida propia. Su presencia en la cripta no es un consuelo; es una advertencia constante. Su maldición no solo amenaza con desgarrar el velo entre lo terrenal y lo profano, sino que también consume las almas de quienes osan custodiarlo.

Imploro al Todopoderoso que otorgue fortaleza a Cresconio, que su fe sea el faro que lo guíe a través de la oscuridad que ahora lo envuelve. Yo también temo por mi propia alma, pues el peso de mi llave no es solo físico; cada noche, su frío me recuerda que mi vida ya no me pertenece.

Que la protección divina nos ampare contra la corrupción que acecha, ansiosa por liberarse de su prisión de piedra y sombra.

Que así sea, por la gracia de Dios.

Godofredo

2

Año del Señor 1223

Yo, Juan Tabera, juez palatino, enviado por mandato del noble rey don Alfonso VI de León, transcribo con meticuloso detalle los sucesos que desembocaron en la trágica muerte de Fernán Pérez de Andrade, miembro de la Orden del Temple y comendador de la Bailía de Allariz. Lo que sigue es un relato de codicia, venganza y un poder oscuro que trasciende la comprensión de los hombres.

El origen de esta tragedia se halla en el libro VI de Farsalia, custodiado por generaciones como un legado sagrado, pero también como un receptáculo de maldición. El conde Rodrigo de Velaz, señor de Lemos, sucumbió a la desesperación tras la pérdida de su primogénito, Diego, y una sequía devastadora que arruinó sus cosechas. Su desesperación lo llevó a transgredir todos los límites de la fe y la razón, robando el libro de la cripta del Castro de Armea. Creía que los rituales descritos en sus páginas le devolverían la fortuna perdida, un acto de soberbia que solo podría traer calamidades.

El 10 de mayo de 1222, una misiva alertó a Fernán Pérez de Andrade sobre la desaparición del obispo Fray Rudesindo Gutiérrez, protector del libro. En la residencia episcopal, Fernán descubrió señales de un enfrentamiento violento: muebles destrozados, restos de cera derretida y, en el suelo, una cruz invertida dibujada con sangre seca. Al día siguiente, un pastor encontró el cadáver del obispo junto a un molino. Su cuerpo mostraba los signos del ritual

de la Triple Muerte, un acto prohibido que se remonta a tradiciones celtas: ahorcamiento, degollamiento y el cráneo destrozado, dispuesto en posición fetal. Entre las pertenencias del obispo, un saquito de Claviceps purpurea apuntaba a un ritual de alucinaciones y muerte.

Las sospechas recayeron rápidamente sobre el Conde de Lemos, visto portando el cadáver sin ocultarse, como si lo ofreciera en un macabro desafío. El 6 de junio, tras un enfrentamiento sangriento en el castillo de los Lemos, Fernán capturó al Conde, aunque no sin pagar un alto precio: dos de los hijos del Conde murieron durante la refriega, y el propio Fernán fue gravemente herido.

El 20 de agosto de 1222, el Conde de Lemos fue ejecutado por decapitación. Según los testigos, se enfrentó a su destino con dignidad, pronunciando sus últimas palabras:

> «No es mi pecado lo que condena esta tierra, sino la ambición de los hombres que no comprenden lo que custodian.»

El Libro VI fue restituido a la cripta del Castro de Armea, sellado bajo la iglesia que Fernán Pérez comenzó a construir en honor a la Virgen de la Asunción. Este templo, destinado a ser un bastión contra la oscuridad, nunca fue completado. La muerte repentina de Fernán, envuelta en circunstancias inexplicables, detuvo las obras. Los trabajadores hablaban de ruidos extraños en las noches, de sombras que danzaban sobre los muros inacabados, y de un aire que olía a azufre.

El Castro de Armea quedó como un monumento a la tragedia, un lugar donde el misterio y el terror se entrelazan con la historia. El Libro VI, sellado, pero no destruido, sigue siendo un símbolo de la lucha eterna entre la luz y la oscuridad.

Que Dios acoja en su gloria a nuestro valeroso comendador. Y que la fe de los hombres sea suficiente para contener lo que no debe ser liberado.

Juan Tabera

3

1959

Los niños de la colonia preventorial Monte do Carballo no solo cargaban con el estigma de ser descendientes de los republicanos vencidos, sino que también afrontaban una amenaza más insidiosa, la tuberculosis. Este lugar, una sombra del siglo XV reconvertida en bastión contra la enfermedad, servía como refugio para aquellos niños que luchaban contra la tuberculosis, el azote silencioso de la época.

El Preventorio, un eco sombrío del siglo XV, se erguía como un viejo castillo a la vera de un río en la vasta comarca de A Costa da Morte. Más que un refugio, parecía un mausoleo de piedra, sometido al eterno guardián: un roble centenario que ofrecía consuelo en verano y, en invierno, se transformaba en un espectro desolado, sombra de antiguos horrores. Los inviernos aquí no mordían con el frío agudo de la meseta, sino que envolvían todo en una manta de días grises, lluvia incesante y el susurro del viento entre las ramas desnudas del roble.

El invierno de 1952 fue testigo de una oscuridad que podría redefinir el término: un tiempo marcado por sonrisas extinguidas, esperanzas efímeras y una tristeza profunda que se manifestaba en la figura ominosa de Ángel Rivera. Este sacerdote, de cuarenta y cinco años y mirada inquisitiva, recorría los pasillos gélidos. Su presencia evocaba un pasado marcado por la severidad y el misterio.

Entre los internos circulaban rumores. Decían que Rivera no era un sacerdote como los demás, que había llegado al Preventorio desde el interior de Galicia, descendiente de una familia cuya historia estaba cargada de secretos. Según algunos, su linaje se remontaba

a siglos atrás, a un tiempo en el que su estirpe había jurado proteger algo que nunca debía ser liberado.

—Es un descendiente de los que custodiaban las llaves —murmuraban los mayores de la comarca, aquellos que habían escuchado fragmentos de la leyenda de labios de sus padres. «Dicen que lo mandaron aquí para esconderlo, como hicieron con el libro.»

En las noches más frías, cuando el viento aullaba entre las paredes húmedas y los niños dormían, Ángel Rivera solía desaparecer en la pequeña capilla de la colonia. Allí, bajo la luz vacilante de una vela, algunos afirmaban haber visto en sus manos un libro viejo, encuadernado en cuero. Era el único objeto personal que se había permitido llevar al lugar y siempre lo mantenía bajo llave.

«Triple Muerte... Farsalia... tres llaves... »

Aquellas palabras, captadas por un oído demasiado curioso, resonaban entre las paredes como un eco, entremezcladas con el susurro del viento. Incluso el roble, solitario y firme a la entrada del Preventorio, parecía inclinarse hacia el edificio como si escuchara los secretos que guardaban sus piedras.

Eripe me, Domine, ab hómine mal (Protégeme, Señor, del hombre malvado), murmuraba el padre Ángel Rivera en un susurro cargado de desesperación. Frente a él, su crucifijo de caoba, con el Cristo de marfil suspendido, parecía absorber la penumbra de la habitación, transformándola en su propio calvario. Atrapado en un bucle de pesadillas, se veía a sí mismo de niño, inmovilizado bajo la sombría silueta de un padre ebrio.

Despertaba jadeante, el remordimiento anudado en su pecho. Consciente de sus transgresiones, los actos cometidos en contra de su juramento sacerdotal lo asfixiaban. Rendido al frío suelo de piedra, las lágrimas fluían, inútiles ante la inmensidad de su culpa.

«Era necesario y esta era la noche»

La sotana, oscura como el azabache, le pesaba más que el plomo. Sobre la mesa descansaba un libro encuadernado en cuero negro, su única posesión realmente valiosa. *El libro VI* de Farsalia parecía

observarlo con su presencia pesada y ominosa. Había heredado esa carga como parte de su linaje, pero cada vez que lo abría, algo dentro de él se quebraba un poco más.

Aquella noche, las palabras le quemaban en la mente: «Redención a través del sufrimiento. Purificación en la Triple Muerte. » Eran frases que había leído innumerables veces, y aunque intentaba ignorarlas, no podía evitar que se entrelazaran con sus pensamientos más oscuros.

Durante la madrugada, un velo de silencio se cernía sobre el preventorio, indiferente a todo. La puerta de hierro, fría al tacto, se abría a un atrio desolado, testigo mudo de épocas mejores. La escalera crujía bajo sus pasos, y cada imagen sacra a lo largo del descenso parecía juzgarlo. La misión era clara: purgar el legado de los «hijos de la peste» sin ningún tipo de miramientos.

Al adentrarse en el dormitorio de los niños internos en aquella institución, la luz de la luna revelaba un cuadro de desolación. La claridad plateada se filtraba suavemente a través de pequeños ventanales rectangulares situados en la parte superior de la estancia. Aquel cuarto era un rectángulo conformado por listones de madera que se entrelazaban entre sí, dando forma a las paredes. Camas de hierro, dispuestas de manera equidistante, ocupaban el espacio, algunas vacías y otras ocupadas. Pequeños armarios de abedul, pintados en un gris ceniciento, se alzaban como árboles retorcidos junto a cada uno de los catres, donde los niños internos guardaban sus escasas pertenencias.

Se acercó a la cama de un niño. Entre sus dedos, una medalla de plata con la efigie de Santa Mariña de Augas Santas giraba como un augurio de condena.

—Xosé, ¿estás listo para purificar tu alma?

—Padre... yo no quiero...

—Necesitas que alivie tu alma pecadora, por favor, levántate —dijo el sacerdote, y extendió su mano derecha mientras, con la izquierda, retiraba con delicadeza la manta.

—No —replicó el niño asustado.

—¡Levántate!

El sonido resonó en toda la habitación como un estruendo, agitando a varios bultos bajo las mantas. Sollozos contenidos se escucharon en la penumbra. El padre Ángel, con una determinación propia de aquellos que persiguen oscuros objetivos, tiró de la mano de Xosé sin compasión, arrastrándolo por la habitación.

—No, padre, por favor, ¡no! —suplicó aquel niño, y su voz temblorosa de pánico resonó en el aire.

—¡Déjalo en paz!

Un niño de grandes ojos azules saltó en su defensa y agarró la sotana del sacerdote con fuerza, propinándole un mordisco en la mano. El padre Ángel, sorprendido por aquel ataque inesperado, no pudo contener su furia y, con rapidez, agarró a aquel muchacho por la camisola, golpeándolo con un puñetazo que lo dejó semiconsciente en el suelo.

El sacerdote se agachó y buscó bajo la cama, asiendo nuevamente al niño por un tobillo y dándole la vuelta como si fuera un títere. Lo arrastró con violencia hacia la puerta. La ira del padre Ángel crecía a medida que la lucha se volvía más encarnizada. Levantó al niño en volandas, sujetándolo por la cintura, abrió la puerta de salida con el pie y desapareció tras un sonoro portazo.

Mientras tanto, en la lejanía, al otro lado de la puerta, los llantos se fueron desvaneciendo poco a poco, hasta desaparecer por completo.

El silencio volvió a reinar en la habitación, interrumpido únicamente por los suspiros entrecortados y los sollozos ahogados de otros niños que, asustados y con el corazón encogido, permanecían ocultos bajo sus mantas en un intento desesperado por encontrar algo de seguridad en aquel mundo hostil.

El padre Ángel, por su parte, seguía arrastrando al niño por los pasillos del preventorio. Cada paso que daba resonaba en el silencio de la noche, mezclándose con los susurros de las sombras que danzaban en las paredes. La figura del sacerdote, envuelta en la oscuridad, parecía fundirse con el ambiente, como un ser abominable moviéndose entre las sombras.

Finalmente, llegaron a una habitación apartada, situada en el ala más antigua de la colonia. El padre Ángel empujó la puerta y entró, arrastrando al niño con él. Aquel cuarto estaba iluminado tenuemente por una lámpara de aceite, cuya luz temblorosa creaba una atmósfera lúgubre y opresiva. Una mesa de madera desgastada ocupaba el centro de la habitación, y sobre ella descansaban varios objetos que evocaban un pasado sombrío y desconocido: un crucifijo negro, un cáliz oxidado y el Libro VI de Farsalia, abierto en una página donde un grabado mostraba figuras en agonía.

El sacerdote soltó al niño, que cayó al suelo con un suspiro contenido de dolor. Sus ojos enrojecidos y llenos de miedo observaban a su verdugo con resentimiento y desesperación.

—¿Qué va a hacerme? —susurró con una voz temblorosa pero llena de valentía.

El padre Ángel, con una sonrisa retorcida en los labios, se acercó lentamente y le susurró al oído:

—Mi querido Xosé, hoy es el día en que purificarás tu alma, en el que te liberarás de todos tus pecados. Prepárate para enfrentarte a tus demonios interiores, porque solo a través del sufrimiento podrás encontrar la redención.

En la penumbra de la habitación, las palabras del sacerdote parecían resonar con una fuerza que no le pertenecía, como si una voluntad más antigua y oscura hablara a través de él.

PRIMERA PARTE

LA TRIPLE MUERTE

4

Marzo de 1989

El sargento Vilanova celebraba su décimo aniversario en el pequeño cuartel de la Guardia Civil de Ponte do Porto. Era una mañana gris y lluviosa, cuando recibió una llamada del capataz de la cuadrilla de obreros que trabajaba en las Torres do Carballo. El viejo castillo del siglo XV, abandonado durante décadas, estaba a punto de experimentar un cambio de suerte. Un empresario había adquirido la propiedad con la intención de transformarla en una majestuosa mansión. A pesar de que el castillo estaba semiderruido y su historia era turbulenta, aquel hombre había vislumbrado algo que otros no veían: una belleza oculta en su decadencia. Ahora, gracias a él, el castillo tendría una nueva vida, una oportunidad de recuperar su esplendor.

Durante los años que llevaba prestando servicio en la comarca, había escuchado un sinfín de habladurías sobre el castillo. Según los vecinos más ancianos, allí habían ocurrido hechos terribles hacía medio siglo. Pero para Vilanova, todo aquello no era más que cuentos para asustar a los niños, supersticiones de los viejos. Jamás había prestado atención a aquellos rumores, convencido de que carecían de fundamento. Sin embargo, cada vez que se acercaba al castillo, una extraña sensación se apoderaba de él, como si el lugar escondiera secretos oscuros y terribles que se resistían a ser descubiertos.

Aquella mañana, se despertó temprano y salió del cuartelillo, un pequeño edificio esquinero con paredes exteriores encaladas y un

techo bajo, de tejas rojizas. Los grandes ventanales de madera verde permitían que la luz de la mañana se filtrara tenuemente. Su ánimo se oscureció al ver las nubes grises que cubrían el cielo. Maldiciendo en voz baja, se acercó a su viejo Renault 4, cuyos colores verde y blanco reflejaban su pertenencia a la Guardia Civil. El techo de lona, adecuado para los días soleados, resultaba un inconveniente en aquellas zonas rurales húmedas.

Con dos pasos dubitativos, se subió al coche, dejó el tricornio en el asiento del copiloto y se encaminó hacia el castillo. La carretera de cemento blanco que orillaba la ría de Camariñas ofrecía una estampa hermosa, una vista privilegiada a la que asistía día tras día. A través del cristal, divisó la silueta del castillo, que se erguía entre un núcleo de antiguas casas de piedra. A su lado, como si fueran gemelos inseparables, se alzaba una pequeña iglesia románica del siglo XII. Su mayor tesoro era un tímpano que representaba la traslación del cuerpo del apóstol Santiago a Galicia. Junto a la iglesia, un cementerio jalonado de tumbas antiguas acompañaba a la edificación en su paso a través del tiempo.

Estacionó su coche junto al gran roble centenario que dominaba el centro de una amplia plaza. Como un guardián incansable, aquel árbol había sido testigo de innumerables romerías y celebraciones que los vecinos de Santiago do Carballo llevaban a cabo cada verano.

El castillo de piedra se alzaba imponente, conformado por dos torres almenadas y un cuerpo central con estrechos ventanales dobles. Vilanova observó con satisfacción que el edificio estaba recuperando parte de su antigua grandeza gracias a las obras en curso. En la entrada, un hombre de mediana edad esperaba con impaciencia. Su rostro reflejaba los rigores del trabajo al aire libre. Llevaba una gorra de visera azul desgastada y una camisa de cuadros remangada. Sus pantalones, descoloridos y manchados de cemento, evidenciaban una jornada laboral agotadora.

Vilanova se acercó con calma, como si la impaciencia del hombre fuera motivo suficiente para tomarse su tiempo.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó, sacudiendo el polvo de su tricornio con las manos.

—Mientras estábamos desescombrando uno de los semisótanos, encontramos unos huesos.

—¿De algún animal?

—Créame, sargento, tengo animales en casa y estos huesos no son de ninguna especie animal conocida.

Observó a su alrededor con curiosidad. El lugar estaba lleno de herramientas y maquinaria.

—Indícame dónde los habéis encontrado.

Ambos entraron en un atrio que había sido totalmente renovado, devolviendo a la piedra su antiguo esplendor. Los arcos de medio punto que adornaban el patio ahora estaban sellados con grandes puertas acristaladas de color azul, otorgándole al claustro un aire distinguido que nunca había visto.

—Parece que habéis progresado mucho en la rehabilitación.

—Sí, pero vamos con mucho retraso. Este invierno, con tanta lluvia, no nos está ayudando en absoluto.

Accedieron a un amplio recibidor donde una gran escalera presidía la estancia. La escalera estaba decorada con medallones tallados en el pasamanos, que le otorgaba una distinción incomparable.

El capataz invitó a Vilanova a pasar por una puerta a la izquierda de la escalera monumental. Esta conducía a un estrecho pasillo todavía en obras y a medio pintar. Unos pasos más adelante, una pequeña puerta de madera daba acceso a un rellano que conectaba con una escalera descendente, iluminada por luces provisionales.

—Allí abajo —señaló el capataz—. Tenga cuidado al bajar. Todavía estamos reforzando la estructura y no queremos tener ningún accidente desafortunado.

Con precaución, descendió por una escalera antigua de madera, desgastada por el implacable paso del tiempo. Al final pudo vislumbrar un espacio rectangular sumido en la penumbra, iluminado tímidamente por una pequeña ventana que dejaba pasar escasos rayos de luz. Los escombros ocupaban gran parte de la estancia, dándole un aspecto desordenado y abandonado.

En una de las paredes había otra puerta de madera, que conducía a una habitación mucho más reducida, con un penetrante olor a

humedad. A juzgar por su disposición, en algún momento debió servir como almacén.

En aquel rincón, esperando a su patrón, se encontraba un joven de unos veinte años, de complexión delgada y ojos claros pero huidizos.

—Patrón... han aparecido más huesos.

Vilanova, agachando la cabeza debido a su estatura de metro ochenta, se adentró en la estancia. La iluminación deficiente de las luces de obra revelaba una pared agujereada. Otro joven, alto y con un pico en la mano, señalaba el hueco irregular con fastidio, claramente molesto por el retraso en su trabajo.

El guardia civil se agachó, tomó una de las lámparas y se aferró con su mano derecha a la parte superior del agujero, introduciendo medio cuerpo mientras iluminaba el interior con la mano izquierda. Lo que vio le hizo tragar saliva. Varios huesos se encontraban semienterrados. Entre ellos pudo distinguir un cráneo y dos fémures.

Con cuidado, sacó un bolígrafo Bic del bolsillo de la camisa de su uniforme y tocó los restos de una prenda suavemente. Respiró hondo, apretó los labios y se incorporó con lentitud.

El capataz y los dos albañiles lo miraban fijamente mientras salía con dificultad de aquel recinto estrecho.

—Parece que sí; la obra va a retrasarse considerablemente —afirmó, sacudiéndose el polvo del pantalón.

5

—Tienes que dejarle; es un cabrón —susurró Noela, apretando los dientes, y se encorvó sobre Lucía como si fuera a decirle algo al oído.

Aquella tarde de invierno en Santiago de Compostela, donde el frío y la sequedad del aire se dejaban sentir, Noela Vargas y Lucía Ramírez, amigas inseparables desde la infancia, habían quedado como de costumbre en la cafetería Candilejas. Allí disfrutaban de un par de cervezas y saboreaban la deliciosa empanada de bacalao que tanto les gustaba.

La céntrica cafetería estaba situada en la encantadora Plaza de Mazarelos, cerca del Arco de Mazarelos, la única puerta conservada de la antigua muralla medieval de Santiago. Ese lugar les encantaba, ya que aún respiraba un aire histórico. Era la misma puerta por donde los peregrinos procedentes de Ourense entraban a la ciudad durante la Edad Media. Un detalle que ambas recordaban con fascinación.

Hacía ya varios años que Noela y Lucía solían reunirse una vez a la semana sin falta para compartir momentos alegres y también para desahogarse de las dificultades de la vida. Sin embargo, en los últimos meses, Vargas había notado con tristeza que sus conversaciones con Lucía se habían vuelto cada vez más cargadas de pesar. Aquella chica dependiente y tímida, con su rostro ovalado y pálido y sus ojos negros de mirada apagada, reflejaba en su alma el peso de una vida llena de adversidades.

Vargas, por otro lado, era completamente distinta. Era una mujer valiente y decidida, la inspectora más joven en alcanzar ese puesto en la policía. Su confianza en sí misma e inteligencia brillaban en cada uno de sus actos. Pero, además de su imponente presencia, Vargas era profundamente religiosa, una fe que la guiaba en cada paso que daba. A pesar de enfrentarse a innumerables obstáculos en un mundo dominado por hombres, había demostrado que las mujeres también podían sobresalir en ese campo.

—Si te vuelve a poner una mano encima, lo mato —dijo Vargas, con evidente enfado.

—Jaime está pasando por una mala racha desde que tuvo el accidente con la moto. Su vida ha cambiado y ya no es el mismo —argumentó Lucía, nerviosa, mientras giraba el botellín de cerveza entre sus manos.

—No justifiques su comportamiento, Lucía. El accidente fue hace más de un año, y que su vida se haya ido al traste no justifica que te golpee... es un maldito borracho.

—Me pidió perdón, Noela.

—¿Te pidió perdón? Hace un mes te mandó al hospital con una fractura. ¿No lo ves? Tienes que dejarlo.

—Para ti es fácil decirlo, Noela. Tú eres una mujer segura e independiente. Todo lo que tienes, lo has luchado con uñas y dientes. Pero yo no soy así, mi vida ha sido un constante fracaso. Ahora tengo algo que realmente da sentido a mi vida... mi hijo Quique. Y tengo miedo de lo que podría pasar si abandono a Jaime —dijo Lucía en tono melancólico—. Además, Noela, a pesar de todo, todavía lo quiero y tengo la esperanza de que cambie, que vuelva a ser como antes —concluyó, mirando a Vargas con ojos que buscaban consuelo.

—¿Cambiar? Los maltratadores no cambian y eso no es amor, es dependencia... ¡maldita sea, Lucía! —susurró con rabia—. Recuerda cuando estudiamos juntas en la universidad, lo brillante que eras. Tú me ayudaste a reconstruir mi vida después de la muerte de mi hermano.

Pasaron unos interminables segundos. Los rayos del sol acariciaron suavemente el rostro pálido de Lucía y su cabello castaño, cortado en una media melena. Vargas hizo un gesto al camarero para que les trajera dos botellines más de cerveza.

—No sé cómo mi vida ha llegado a este punto —susurró Lucía, entre dientes, sacudiendo la cabeza en negación.

—Aún estás a tiempo. Recoge las cosas que necesites, llévate a Quique y ven a mi casa. Quédate el tiempo que necesites y luego podemos presentar una denuncia. Haré que ese cabrón nunca

vuelva a tocarte —afirmó Vargas, cogiéndole las manos en un gesto de protección.

Lucía liberó sus manos cuando el camarero se acercó a dejar los dos botellines de Estrella de Galicia sobre la mesa. Ambas agradecieron el servicio y se miraron. Lucía se removió en su silla, tomó el botellín con calma, dio un pequeño sorbo y lo dejó nuevamente sobre la mesa. Vargas la miró a los ojos y, con un gesto, la animó a tomar una decisión.

Pasaron largos segundos en silencio, solo interrumpidos por los murmullos de los clientes que llenaban el local a esa hora.

—Está bien, Noela, hagamos lo que dices.

—¡Bien! Esta noche, después de terminar mi turno, iré a tu casa y te ayudaré a recoger todo lo que necesites. Me dijiste que Jaime no estará allí, ¿verdad?

—No, hasta mañana estará en Santa Comba visitando a su madre.

—Perfecto.

Ambas se miraron. Vargas sonrió y Lucía apretó los labios en señal de duda, como si el plan que estaban tramando fuera algo inalcanzable.

—Lucía, de verdad, no estás haciendo nada malo. Necesitas recuperar tu vida y alejar a tu hijo de esta situación.

—Lo sé, Noela, pero es que... —dudó— tengo miedo.

—No te fallaré. Recuerda que soy la inspectora Vargas, el azote de los maltratadores —exclamó, imitando una voz autoritaria para infundirle ánimo.

Lucía rio abiertamente. Ambas cogieron los botellines y chocaron delicadamente los cuellos de las botellas en un rápido y exclusivo rito de confirmación que corroboraba que, a partir de ese momento, todo finalmente iba a salir bien.

Vargas llegó a la comisaría después de comer con Lucía, tras un paseo desde su apartamento en la Travesa de Fonseca. Vivía en un edificio histórico recientemente reformado que había logrado decorar a su gusto. La comisaría estaba en la Avenida de Figueroa, a menos de doscientos metros de su hogar. Era un edificio sólido construido en granito, que le recordaba a las imponentes moles de la Unión

Soviética que solían aparecer en los telediarios de Televisión Española.

Hacía un año que había sido destinada como inspectora responsable de la unidad central de inteligencia. Encabezaba un equipo de tres inspectores cuyo cometido principal era investigar y prevenir la actividad de grupos terroristas como el GRAPO y ETA en Galicia.

El pequeño despacho en el que trabajaba estaba en la primera planta, con un amplio ventanal que proporcionaba una agradable luz natural. Al llegar, dejó su gabardina marrón claro, con un solo botón, en el perchero. Luego se sentó y encendió su Commodore Amiga.

Manuel Delgado, que se había unido al equipo hacía apenas seis meses, asomó cautelosamente la cabeza por la puerta entreabierta. A pesar de su reciente incorporación, aquel inspector delgado y moreno, con una mirada tan penetrante como el azul de sus ojos ya había logrado tejer una inesperada amistad con Vargas. Su presencia, aún envuelta en un halo de misterio ante los ojos de la comisaría, contrastaba con la confianza que había sabido ganarse.

Aquella mañana, llevando dos tazas de café en la mano y con un gesto más expresivo que su habitual reserva, le ofreció una. Este pequeño acto, aunque simple, era un testimonio del cambio sutil que Delgado había experimentado en su relación con el equipo, especialmente con Vargas.

—¿Un café? —le ofreció tendiéndole una de las tazas.

—No, acabo de comer con Lucía.

—¿Cómo está?

—¿Cómo crees? Acojonada.

—¿Qué vas a hacer?

—La he convencido para que deje a Jaime. Esta noche iré a recogerla a ella y a su hijo.

—Genial, Noela. Lucía es una buena chica, pero ojalá tuviera un poco más de suerte en la vida.

Ambos se quedaron pensativos, conscientes de los desafíos y adversidades que la vida podía presentar, incluso a aquellas personas que merecían algo mejor.

—Noela —retomó la conversación Delgado—, por cierto, el jefe nos quiere ver de inmediato. Esta mañana han atracado una sucursal del Banco Popular en Noia y han herido gravemente a un Guardia Civil. Acaba de llegar información de Madrid que confirma la presencia de un comando del GRAPO actuando en Galicia. Podrían ser los responsables de este y otros atracos en la provincia de A Coruña.

—Mierda —exclamó Vargas con rabia.

El despacho del comisario Alfredo García, mentor de Vargas desde sus primeros pasos como joven policía, estaba en la misma planta, al final de un largo pasillo. Para llegar, tenían que atravesar un portalón de doble hoja de madera de pino, testigo silencioso de las innumerables veces que Vargas había buscado en García orientación y consejo.

El comisario, de pie junto a la ventana, contemplaba el tráfico de la avenida, que a esa hora de la mañana comenzaba a densificarse. A su izquierda, un gran retrato de los Reyes de España y un crucifijo dominaban la estancia, creando un solemne telón de fondo para el hombre que había sido tanto guía como amigo en el camino de Vargas.

Fumaba en pipa, una rareza que evocaba en ella la imagen de su abuelo. En García, sin embargo, aquella costumbre se asociaba a recuerdos de lecciones impartidas entre bocanadas de humo. Vargas golpeó con los nudillos en la puerta del despacho, abierta como siempre, y entró junto a Delgado.

García se volvió hacia ellos con una expresión pensativa, que pronto dio paso a un destello de reconocimiento y afecto al posar su mirada en ella. Se dirigió a su mesa, donde la formalidad de su imponente figura contrastaba con la gracia de sus movimientos. Sus ojos castaños, enmarcados por arrugas que hablaban de décadas de servicio, se suavizaron al encontrarse con los de la inspectora.

Con un gesto casi imperceptible le recordó a Vargas la fuerza de su vínculo. Con una mano, tomó una carpeta azul de su escritorio, adornada con el logotipo de la Dirección General de la Policía y el membrete de la Unidad Central de Inteligencia, y se la extendió a Vargas, como tantas otras veces había hecho.

—Bien, estos son los cinco hijos de puta que forman el comando del GRAPO que está actuando en nuestro territorio.

Noela abrió la carpeta y echó un vistazo al interior. Contenía un dossier con varias hojas sujetas por un clip negro. Los expedientes mostraban información y fotografías en blanco y negro de tres hombres y dos mujeres. Luego, pasó la carpeta a Delgado, quien la examinó detenidamente.

—Tenemos que encontrarlos de una vez. La prensa local nos está destrozando, y la presión se duplicará ahora que un Guardia Civil está debatiéndose entre la vida y la muerte —dijo el comisario con seriedad, mientras tomaba asiento en su butaca de piel—. Noela, sé que tienes asuntos personales que resolver, pero necesito que te concentres en esto.

—Le prometo, comisario, que mis problemas no interferirán en la investigación ni en mi desempeño como policía —respondió Vargas, sorprendida por aquel comentario tan personal y consciente de que hacía referencia a su preocupación por Lucía.

García se quedó pensativo. La conocía desde hacía muchos años y sabía que era una persona rigurosa y profesional, alguien que no permitiría que sus problemas personales afectaran su trabajo. Sin embargo, últimamente la veía preocupada y no había podido evitar mencionarlo.

—Lo siento, Noela, no debí hacer ese comentario. Estoy bajo mucha presión y hay mucha gente esperando que fracasemos en esta investigación para que la Guardia Civil se haga cargo.

El comisario la miró fijamente mientras entrelazaba los dedos de sus manos sobre la mesa, animándolos con la mirada a ponerse en marcha.

A última hora de la tarde, cuando la comisaría estaba prácticamente vacía, Vargas se encerró en su despacho, pensativa. Creía que era capaz de ocultar sus preocupaciones ante los demás, pero parecía haberse equivocado. Sus compañeros habían notado que algo le sucedía. El desasosiego que le provocaba la situación de Lucía quizá ya estaba afectando a su trabajo, y ella no se había dado cuenta. Pensaba que no era tan transparente, pero todo indicaba lo contrario.

Desde la muerte de su hermano Alfonso por sobredosis de heroína, Vargas había experimentado un cambio en su espíritu, que la hacía más vulnerable. Aquella tragedia la había marcado profundamente. Gracias a Lucía, que estuvo a su lado, pudo superarlo y encauzar nuevamente su vida. Ahora no podía dejarla sola, de ninguna manera.

Lucía era, junto a su madre, la única familia que le quedaba. Su padre aún vivía, pero su relación se había deteriorado desde la muerte de Alfonso. Apenas se dirigían la palabra. Su padre creía que Vargas, como policía, podría haber hecho más por su hermano, y quizás tenía razón. Esa posibilidad la atormentaba constantemente.

Pero la situación estaba a punto de resolverse. Lucía abandonaría a Jaime y, por fin, Vargas podría volver a concentrarse plenamente en su trabajo. Había luchado mucho para obtener su puesto como inspectora jefa y no pensaba desperdiciar la oportunidad de aprovechar el crédito que se había ganado día tras día.

Contempló a través de la ventana cómo el anochecer envolvía los edificios frente a su despacho como una capa de armiño. Reaccionó y salió de su ensimismamiento. Echó un último vistazo al expediente que el comisario García le había entregado, lo cerró y lo guardó bajo llave en la cajonera de su escritorio. Miró su pequeño reloj plateado de la marca Montblanc y vio que ya era muy tarde.

Había quedado con Lucía en media hora y era importante que fuera puntual. Decidió llamarla para asegurarse de que ella y Quique estuvieran listos. Descolgó el teléfono y marcó el número de Lucía en la botonera del aparato de color mostaza. Nunca le había gustado ese color, pensó.

Escuchó el primer tono, luego el segundo, un tercero... y cuando llegó al octavo, una alarma asaltó su mente como la campana de un ring para un boxeador noqueado. Una premonición la golpeó. Era extraño que Lucía no contestara.

Se levantó, apagó la luz del despacho y salió apresuradamente de la comisaría para coger un taxi.

Quince minutos después, el taxi se detuvo frente a un edificio en el número treinta y dos de la Avenida de Santiago de Chile, en la

zona comercial de Santiago. En el cuarto piso vivía Lucía. Vargas pagó al taxista, salió rápidamente y entró al portal.

Buscó el botón del 4C en el portero automático y observó que, en el interior del hall, la luz estaba encendida. Llamó repetidamente, pero nadie respondió. Recordó que siempre llevaba consigo una llave del portal en su bolso, a pesar de que había entregado las demás llaves a Lucía, por petición expresa de él, a quien no le gustaba que ella «fisgoneara continuamente por allí». Jaime creía que, siendo policía, ella podía ser peligrosa. Qué ironía, pensó Vargas.

Accedió al portal justo cuando un desconocido salía. Miró por el hueco de la escalera y tiró de la puerta del ascensor con la esperanza de encontrarlo en la planta baja, pero no estaba allí. Sin esperar más, subió las escaleras de dos en dos.

Lo que vio al llegar a la cuarta planta la dejó paralizada. Su amiga estaba sentada en la entrada de su piso, magullada y con las manos temblorosas cubriendo su rostro. Estaba rodeada de varios vecinos que intentaban consolarla. Vargas les enseñó su placa, se agachó junto a Lucía y le retiró las manos de la cara, descubriendo que su rostro estaba lleno de moratones.

—¡Lucía! ¿Qué ha pasado? —preguntó, titubeante.

Su amiga estaba en estado de shock. Sus llantos inconsolables no le permitían articular palabra.

—Se lo ha llevado —logró decir finalmente.

—¿Quién? ¿Y a quién se ha llevado, Lucía? —inquirió Vargas con urgencia.

—Apareció de repente, vio las maletas... y se enfureció. Me golpeó y luego... —sollozó sin consuelo—. Se llevó a Quique; me dijo que, si lo abandonaba, jamás volvería a ver a mi hijo. —Lucía la miró fijamente—. Es por tu culpa, Noela. Si no me hubieras convencido, esto nunca habría sucedido.

El mundo de Vargas se desmoronó como una torre de naipes. Tardó unos segundos en reaccionar mientras los vecinos levantaban a Lucía y la llevaban al interior de la casa. Tenía que pensar rápido. Entró en la vivienda, se dirigió al salón, descolgó el teléfono y llamó a Manuel Delgado, quien a esa hora ya estaría en su casa.

—Sí —respondió Manuel, lacónico.

—Manu, tienes que ayudarme.

—¿Qué pasa?

—Jaime ha pegado a Lucía y se ha llevado al niño. Por favor, ven a buscarme ya. Sé dónde puede estar. Tiene una casa familiar en Santa Comba. Avisa a la comandancia de la Guardia Civil y que manden un par de patrullas. El niño corre peligro. Jaime está fuera de sí y puede hacer cualquier cosa.

Manuel se quedó desorientado al otro lado del teléfono.

—Corre, joder.

Veinte minutos después, el Seat Ritmo de Manuel apareció para recoger a Vargas frente al portal de la casa de Lucía. Vargas abrió la puerta del coche y entró rápidamente.

—La Guardia Civil ya va en camino —dijo Manuel, pisando el acelerador mientras enfilaba con rapidez la Avenida de Santiago de Chile.

—¿Qué coño ha pasado, Noela?

Noela Vargas no respondió. Todavía estaba tan aturdida por lo que acababa de presenciar que apoyó su cabeza contra el cristal. En un silencio casi sepulcral, recorrieron los treinta y dos kilómetros que separaban Santiago de Compostela de Santa Comba.

La casa familiar del marido de Lucía estaba situada en las afueras de la población, accesible a través de un estrecho camino forestal. Era una típica vivienda de la zona, construida en dos alturas. La parte superior servía como residencia, y la pared exterior, pintada de un blanco deslucido, había perdido su brillo con el tiempo. Se accedía a la casa mediante una escalera de mármol sin pulir, con una barandilla de aluminio. Debajo, había una planta construida en piedra que se utilizaba como almacén y garaje.

El Seat Ritmo frenó en seco. Vargas y Delgado bajaron rápidamente del coche y se acercaron a la casa. Enfrente, ya estaban estacionados dos Land Rover Santana de la Guardia Civil, con las luces de emergencia encendidas, creando un efecto inquietante. Un cabo de unos veinticinco años, con su uniforme azul del servicio rural y la gorra en la mano, saludó con cierto nerviosismo a Vargas. Parecía ser uno de sus primeros servicios.

Vargas le mostró su placa y los tres se acercaron a la casa. Junto a uno de los vehículos, había una señora vestida con una bata de color crema estampada con flores, que lloraba con las manos sobre la boca. Vargas reconoció a la madre de Jaime.

—¿Dónde está su hijo? —preguntó Vargas.

La mujer, diminuta y de pelo blanco, respondió con voz temblorosa, claramente bajo un ataque de nervios.

—Creía que se había ido, pero luego regresó con el niño y se encerraron en una habitación —dijo entre sollozos—. Tienen que ayudar al niño... nunca había visto así a Jaime, estaba fuera de sí.

Vargas y Delgado desenfundaron sus pistolas Star, Modelo 30 y subieron sigilosamente por la escalera. La casa estaba completamente a oscuras, salvo por un tenue rayo de luz que se filtraba furtivamente por debajo de una puerta al final del pasillo.

Un llanto suave resonaba desde la habitación. El cerebro de Vargas recibió ese sonido como una señal de alarma. Sus manos comenzaron a sudar, su corazón se aceleró y ella tragó saliva mientras avanzaba. Al llegar a la puerta, apoyó su cabeza contra ella, intentando escuchar con mayor claridad. Un gemido masculino rompió el silencio. Delgado, con extremo cuidado, comprobó que la puerta estaba abierta y accionó lentamente la manilla.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y ambos entraron en la habitación.

El escenario que se les presentó los dejó paralizados. Jaime estaba sentado en el suelo, con las piernas extendidas y la espalda apoyada en una cama cubierta por un edredón de Mickey Mouse manchado de sangre. El pequeño Quique yacía en sus brazos, con el torso y la cabeza apoyados en el pecho de su padre, mientras sus brazos y piernas colgaban inertes a ambos lados de su cuerpo.

El suelo estaba salpicado de sangre, y un cuchillo descansaba cerca, con el filo aún manchado de rojo. Jaime se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, gimoteando suavemente, como si intentara acunar al niño, que ya no tenía vida.

Vargas tardó en salir del estado de shock y en darse cuenta de lo que había sucedido. Su brazo, que portaba la pistola, cayó a un lado

mientras miraba la escena con la mirada perdida, incapaz de articular palabra. Una sequedad insoportable le invadió la boca.

—¿Qué... qué has hecho? —dijo Vargas, titubeante.

—No podía... dejar que se marcharan. Así no.

Vargas se precipitó hacia Jaime, apuntándole con la pistola directamente a la cabeza.

—¡Hijo de puta! —gritó.

Manuel Delgado se acercó lentamente a Vargas y sujetó su brazo con dulzura, pero con firmeza. La inspectora tembló, y su dedo acarició el gatillo mientras sus lágrimas comenzaban a rodar por su rostro.

—Vamos, Noela, tranquila. No vale la pena... ya está —dijo Manu, aplicando una ligera presión sobre la mano de Vargas y retirándole suavemente la pistola.

Noela Vargas retrocedió con pasos temblorosos. Sus piernas habían perdido toda fuerza, incapaces de sostener su cuerpo. Su espalda encontró una de las paredes de la habitación y se dejó deslizar hasta el suelo. Terminó sentada, con los brazos sobre las rodillas y las manos juntas formando un óvalo. Ocultó su rostro entre las manos mientras un amargo llanto sin consuelo se apoderaba de ella, llenando la habitación de una pena tan densa como el aire que respiraban.

6

Mayo de 1989

Una cita sorpresa en el Palacio Arzobispal de Santiago de Compostela había llevado a Vargas de regreso a su ciudad en aquella soleada y extrañamente calurosa mañana de mayo. Después de la muerte del pequeño Quique, había solicitado el traslado a Madrid, lo que le permitió alejarse de sus pesadillas con la ayuda periódica de un psicólogo.

Dos días antes, había recibido una extraña llamada de la Secretaría de Estado que la obligaba a coger el primer avión a Lavacolla para asistir a una reunión urgente, de la cual no tenía ningún detalle, salvo algunas pinceladas que su antiguo jefe, el comisario Alfredo García, le había transmitido por teléfono.

Noela Vargas dejó sus cosas en su apartamento y decidió dar un paseo hasta la Plaza de la Inmaculada. Atravesó con paso rápido el casco histórico, salpicado de los primeros turistas y peregrinos de la temporada, que tomaban fotos y disfrutaban de un refrigerio bajo la sombra de las terrazas. Siguió por la Rúa do Quintana, un estrecho y pintoresco callejón lleno de antiguas tabernas y tiendas de azabache, encajado entre edificios blancos que reflejaban implacablemente la luz del sol.

El Palacio Arzobispal se encontraba muy cerca de la Catedral. El edificio, con su imponente fachada de piedra, estaba rodeado por otros históricos rincones que transportaban la mente a épocas pasadas llenas de fe y penitencia. Al llegar a la plaza del Obradoiro, un sentimiento especial la invadió. Comprendía la emoción que

sentían los peregrinos cuando llegaban cansados y maravillados por la riqueza y la mística de aquel lugar.

Vargas caminó bajo la sombra de un pórtico que la protegía del inusual y ardiente sol de mayo. Aunque esa mañana había elegido un conjunto ligero de lino, compuesto por unos pantalones granates de corte amplio, una blusa de algodón con cuello y unas sandalias planas de cuero, el calor del mediodía hacía que su cuerpo sudara más de lo debido. Su tez morena y su cabello oscuro como el azabache eran un fiel reflejo de sus raíces cubanas. Las gafas de sol Venice que llevaba parcialmente ocultaban su rostro, dándole un aire de elegancia y sofisticación.

Llegó al edificio del arzobispado donde se cruzó en la puerta con un grupo de monjas que charlaban animadamente. Un amplio vestíbulo la recibió. Se quitó las gafas y las guardó en un pequeño bolso de mano de color crudo. Sus ojos oscuros tardaron en acostumbrarse a la luz interior.

Se acercó a un imponente mostrador de madera de caoba con amplias ventanillas de cristal. Una mujer de mediana edad, con el pelo corto y rubio, a quien identificó rápidamente como la recepcionista, estaba sentada tras la mesa. Junto a ella, un hombre mayor y con sobrepeso tenía la cara enrojecida por el esfuerzo de levantar una caja y colocarla detrás del mostrador. La recepcionista se percató de la presencia de Vargas y le dedicó una sonrisa protocolaria.

—Buenos días. Tengo una cita con el obispo auxiliar, Andrés Romero.

La recepcionista asintió y abrió un enorme libro cuya cubierta de piel marrón claro funcionaba como una agenda. En la portada, Vargas observó el escudo del Arzobispado de Santiago, que consistía en un capelo verde con diez borlas cayendo a cada lado de una cruz y, en el centro, una barca con una red.

—¿Su nombre, por favor?

—Inspectora Noela Vargas.

La recepcionista buscó el nombre de Vargas en el libro y confirmó la cita con la mirada. Luego levantó el auricular de un teléfono gris,

donde varias luces parpadeaban. Esperó un momento y habló con alguien, informando sobre la cita.

—La inspectora Vargas acaba de llegar...

Colgó el auricular y se dirigió a ella con tono profesional.

—Por favor, diríjase a esa sala que se encuentra al otro lado de los tornos y espere allí. Enseguida vendrá alguien a buscarla.

Vargas asintió. Pasó por el torno de acceso y entró en una sala cuyas paredes estaban divididas en dos partes: la parte inferior estaba revestida con frisos de madera color caoba, mientras que la superior lucía un tono crudo recién pintado, como delataba el fuerte olor a resina.

Mientras esperaba, se distrajo leyendo unos carteles con la imagen del papa Juan Pablo II. En ese momento, un sacerdote de unos treinta años entró en la sala. Era alto, moreno, con el cabello cortado al ras, y vestía una sotana impecable. En su rostro llevaba una amplia sonrisa que parecía diseñada para inspirar confianza.

—Inspectora, soy Ricardo Greco, el secretario personal de don Andrés Romero. Por favor, acompáñeme. La están esperando.

El sacerdote la condujo a la primera planta por una escalera de grandes peldaños de robusta piedra gris. En el rellano, un ventanal adornado con vitrales de múltiples colores proyectaba destellos de luz que animaban el ambiente solemne.

Avanzaron por un pasillo delimitado por distintas estancias hasta llegar a una sala cuyo acceso estaba marcado por una imponente puerta de madera maciza de doble hoja. Los cristales de la puerta estaban decorados con arabescos de vidrio blanco que reflejaban el carácter elegante del lugar. El sacerdote abrió la puerta con suavidad e hizo un ademán invitando a Vargas a entrar. Cerró la puerta tras ella con delicadeza.

En la sala, tres hombres charlaban animadamente en un corrillo improvisado. La conversación se interrumpió abruptamente al notar la presencia de Vargas.

Reconoció de inmediato al comisario García, a quien no había visto desde que se mudó a Madrid. García, con su carácter afable, rodeó la gran mesa de reuniones ubicada en el centro de la sala y se adelantó a estrecharle la mano.

—Noela —dijo con una sonrisa, transmitiéndole un cariño que la sorprendió gratamente.

A su lado estaba el obispo auxiliar, Andrés Romero, vestido con pantalón negro y una camisa de manga corta. Su rostro anguloso y las arrugas que surcaban su piel reflejaban una experiencia propia de alguien de unos sesenta años. Era alto, delgado, con cabello lacio y cano peinado hacia un lado, lo que le confería un aire distinguido.

La tercera persona, inicialmente, no le prestó atención.

—Me alegra muchísimo verte.

Vargas le devolvió una sonrisa, correspondiendo a la calidez con la que García la recibió.

—No te veía desde que pediste el traslado.

—Sí, han sido unos meses muy complicados para mí, pero ya estoy de vuelta —sonrió.

—Bien, me alegra oír eso. ¿Qué tal en Madrid?

—Distinto. He echado mucho de menos la ciudad, pero un cambio me ha venido bien.

El comisario asintió. Luego, como si de repente se diera cuenta de la presencia de los otros dos invitados, se giró y, con un gesto solemne, hizo las presentaciones.

—Inspectora Vargas, permítame presentarle al obispo auxiliar de Santiago de Compostela, Andrés Romero.

Vargas sintió la firmeza con la que Romero le estrechó la mano. Era propio de alguien acostumbrado a tratar con todo tipo de personas debido a su posición.

—Monseñor.

—Tenía ganas de conocerla, inspectora. El comisario García habla muy bien de usted.

—Muchas gracias —respondió Vargas, buscando la complicidad del comisario con una mirada de reojo.

Luego, ambos se giraron hacia el tercer invitado de la reunión, que hasta entonces había permanecido en segundo plano. Ahora, Vargas pudo observarlo con más detalle. Desde el primer momento, le pareció que era un alto cargo del Gobierno. Vestía un elegante traje azul marino cruzado, una camisa blanca impecable, corbata roja y zapatos Oxford. Superaba ligeramente los cuarenta años, su

piel dorada reflejaba una vida de lujo, y tenía el cabello corto y negro, cuidadosamente peinado hacia atrás. Lucía unas gafas de pasta que completaban su imagen de profesional de alto nivel. A Vargas le pareció fuera de lugar; más parecía un banquero que un funcionario gubernamental.

—Soy Arturo Castro, inspectora. Encantado —se adelantó a la presentación formal del comisario—. Trabajo para el Ministerio del Interior y soy el enlace entre el Gobierno y la Iglesia. Entre las diversas tareas en las que estamos colaborando, estoy brindando apoyo al arzobispado en la organización de la visita del Papa Juan Pablo II a Santiago de Compostela para la Jornada Mundial de la Juventud, que se celebrará el próximo mes de agosto.

El obispo interrumpió la presentación de forma repentina.

—Muy bien, ¿por qué no nos sentamos? No disponemos de mucho tiempo. ¿Desea tomar algo, inspectora? —preguntó amablemente el obispo.

—No, estoy bien, muchas gracias.

—Entonces, empecemos. ¿Comisario? —exhortó con un gesto de invitación a García.

El comisario sacó una carpeta de cuero oscuro de su maletín y se la entregó delicadamente a Vargas.

—En esta carpeta hallarás dos informes sobre las investigaciones de los macabros asesinatos de dos sacerdotes salesianos. Sus cuerpos, encontrados en intervalos de seis meses, mostraban signos de torturas y mutilaciones.

Vargas abrió la carpeta y examinó los documentos, que incluían varias fotografías de dos hombres de unos setenta años. En ellas, pudo ver imágenes brutales capturadas en los lugares de los hechos.

En una fotografía, se mostraba a un hombre vestido con un jersey de cuello gris y alzacuellos, yaciendo en el suelo con el rostro ensangrentado y una cuerda de cuero, o eso parecía, atada al cuello. En otro expediente, aparecía un segundo individuo, o al menos lo que quedaba de él, cuyo rostro había desaparecido prácticamente debido a un disparo a quemarropa.

Además, había varias fotografías de una pistola que Vargas reconoció como una Smith & Wesson calibre 38.

Vargas hojeó el expediente y miró al comisario con extrañeza.

—Comisario, no sé... —dudó—. Sabe que ahora mi trabajo está centrado en la nueva unidad de protección infantil.

—Precisamente, Noela, tu trabajo actual es una de las razones por las que te hemos convocado.

El comisario sacó otra carpeta azul del mismo maletín y también se la entregó a Vargas.

—El pasado mes de marzo —prosiguió—, en una pequeña aldea de la Costa da Morte llamada Santiago do Carballo, unos albañiles que estaban trabajando en la remodelación de un viejo castillo encontraron los esqueletos de tres niños de entre diez y doce años. Según los primeros análisis forenses, es posible que hayan estado enterrados allí durante unos treinta años.

La curiosidad de Vargas se despertó repentinamente.

—¿Hay signos de violencia? —preguntó Vargas, con interés.

—No hemos podido determinarlo con exactitud, pero por el lugar donde se encontraron, la posición de los restos y las fracturas de los huesos, creemos que sí.

Vargas examinó con atención el contenido de la carpeta. En su interior halló un informe minucioso de la Guardia Civil, extendido a lo largo de tres detalladas hojas, acompañado por fotografías en blanco y negro que capturaban la cruda imagen de un zulo oculto. En dichas imágenes, la tierra aparecía removida, dejando entrever, apenas, restos óseos que el tiempo había teñido de oscuro.

La inspectora, tras una exhaustiva revisión, levantó la mirada hacia el comisario y luego observó, uno a uno, a los presentes. Notó, particularmente, cómo el obispo Romero, con un gesto inquieto, entrelazaba los dedos y fijaba su vista en la carpeta que Vargas sostenía, como si intentara descifrar sus secretos desde la distancia.

—Este crimen, en caso de que lo sea, ya está prescrito, comisario. ¿No me diga que van a abrir una investigación sobre unos huesos enterrados hace tantos años? —Vargas devolvió la carpeta—. Supongo que si me muestra todo esto es porque creen que existe alguna relación entre los asesinatos de los dos sacerdotes y este descubrimiento.

El comisario miró de soslayo al obispo y a Arturo Castro.

—¿Has oído hablar alguna vez de las colonias preventoriales? —preguntó García.

—No mucho, recuerdo que mi tío José me dijo que, cuando era pequeño, pasaba algunos veranos en la Sierra de Guadarrama, en Madrid, en algo parecido a una institución regida por sacerdotes, pero no lo recuerdo con claridad.

—Las colonias preventoriales fueron instituciones creadas con el apoyo del régimen de Franco para el tratamiento de la tuberculosis —explicó García—. La llamada «peste blanca» era una enfermedad de difícil cura en aquellos años, y el aislamiento del enfermo y el reposo continuo solían ser los principales tratamientos, preferentemente en lugares donde los enfermos pudieran respirar un aire más puro que en las ciudades de donde provenían.

»Así surgieron sanatorios en distintas partes del país, en la montaña y cerca del mar. El primer preventorio se inauguró en Lille, a principios del siglo XX, y en España, a partir de 1940, se fundó el Servicio de Colonias Preventoriales, dependiente del Patronato Antituberculoso.

»Estas instituciones organizaban estancias temporales para niños de entre siete y doce años, los llamados «hijos de la peste», cuyas estancias en algunos casos podían durar años. Se inauguraron preventorios en Madrid, Almería, Alicante, Tarragona, Segovia y Barcelona. Sin embargo, el propósito curativo de estos sanatorios... —el comisario dudó al elegir la palabra adecuada— se «alteró» cuando estas instituciones se convirtieron en lugares donde el adoctrinamiento de los niños en la causa nacional era común, y en algunos casos, tenemos constancia de los abusos a los que fueron sometidos.

—Por lo tanto, según lo que me está diciendo, comisario, los restos encontrados en este viejo castillo pueden pertenecer a tres niños que posiblemente fueron sometidos a esos abusos y luego asesinados —dijo Vargas.

—Sí, durante la década de los cincuenta, el Preventorio Monte do Carballo, llamado así por un enorme roble centenario situado junto a él, estuvo ubicado en ese castillo. El viejo edificio, construido en el siglo XV, tiene una situación privilegiada en un paraje natural muy

cerca de la costa. Podría haber sido un destino maravilloso para los niños de clases adineradas gallegas que buscaban un entorno magnífico para sanar sus dolencias, pero desafortunadamente no fue así. Durante varios años, los internos que lo habitaban eran hijos apartados a la fuerza de padres y madres del bando republicano que habían sido encarcelados por el régimen, y aunque no hay pruebas definitivas, se sabe por viejos documentos que aquellos niños vivieron un calvario durante su internamiento, en forma de abusos psicológicos y, en algunos casos, posiblemente sexuales.

Un silencio incómodo se cernió sobre los presentes, solo roto por el ruido de la butaca del obispo Romero cuando se levantó y, pensativo, se acercó a uno de los grandes ventanales de la sala, a través del cual la luz de la mañana entraba con inusitado fulgor.

—Inspectora Vargas —dijo Romero—, hay cosas en las que la Iglesia ha participado y que algunos de los que la lideramos nunca nos hemos sentido orgullosos. Esta santa casa que acoge y protege a todos los seres vulnerables en su seno nunca ha visto con buenos ojos la participación de algunos de sus miembros en la gestión, podríamos decir, «no adecuada» de estas instituciones y, en ocasiones, hemos sido testigos de los abusos sufridos por esos niños. Estos abusos de los que ha hablado el comisario —recalcó— son solo otro de los episodios oscuros que nuestra institución ha tenido que afrontar a lo largo de su historia. Estamos llevando a cabo un verdadero acto de contrición y de reparación moral hacia las víctimas. El Papa Juan Pablo II, en sus cartas apostólicas dirigidas a la juventud, ha llamado a los jóvenes «esperanza de la Iglesia», y es esa esperanza la que hemos destruido una y otra vez con estos desagradables episodios.

—Entiendo, Monseñor —dijo Vargas, pensativa. Luego volvió a coger el expediente—. Es posible que tengamos entre manos un crimen que ocurrió hace más de treinta años, pero, caballeros, sigo sin ver cómo puedo ayudarles.

—Inspectora —prosiguió Romero—, sabemos que usted es una persona de firmes convicciones morales y con una educación católica exquisita. Conozco a su padre desde hace muchos años y sé de buena tinta que esto es así. Necesitamos su valiosa ayuda y

perspicacia como policía para resolver este caso y poner punto final a este desagradable episodio de nuestra historia.

—Pero repito, y perdone que insista, estamos ante un crimen ocurrido hace más de treinta años y que ahora está prescrito. Además, sigo sin entender cuál es la relación entre la muerte de los dos sacerdotes y los restos encontrados en el castillo —insistió Vargas.

—Los dos sacerdotes trabajaron en el preventorio en la misma época en que posiblemente fueron asesinados los niños —dijo Arturo Castro, quien aún no se había pronunciado en toda la reunión.

—Entonces, ¿entiendo que creen que hay una conexión causal entre lo que sucedió en aquella institución y las muertes de ambos sacerdotes?

Vargas no pudo evitar prestar atención a un pequeño imperdible de oro que llevaba Castro prendido en el ojal de la solapa, con la representación de una corona de espinas.

—Fíjese con más detalle en los dos informes de las muertes de los sacerdotes —dijo Castro—. ¿No ve nada en común?

Vargas abrió nuevamente la carpeta, separó con cuidado cada hoja y revisó con atención todos los detalles. En los informes no aparecía nada distinto a lo que ya había visto antes: fotografías de los cadáveres, detalles del lugar de los hechos. Volvió a observar más imágenes de los elementos encontrados en la escena. Pensó que la Guardia Civil había hecho un trabajo minucioso al redactar cada párrafo del informe. Sin embargo, un detalle que había pasado por alto la obligó a prestar más atención. En el documento de la autopsia de ambos sacerdotes descubrió un elemento común: en ambos se habían encontrado restos de una sustancia en la sangre de la que jamás había oído hablar.

—¿Claviceps purpurea? —susurró Vargas.

—El cornezuelo o Claviceps purpurea es un hongo parásito que procede del centeno y tiene efectos narcotizantes —prosiguió el comisario García—. Fue muy utilizado en la Edad Media, y su ingesta en exceso afecta al sistema circulatorio y puede provocar alucinaciones. De hecho, según nuestras investigaciones, este hongo

fue encontrado en excavaciones realizadas en turberas de toda Europa, donde aparecieron restos humanos de la Edad Media con evidentes muestras de haber participado en extraños rituales de sacrificio. En estos rituales, las víctimas eran narcotizadas previamente con este hongo. La enfermedad del ergotismo, muy común en aquella época, era provocada precisamente por la ingesta continua de pan de centeno en mal estado. La única cura conocida en ese entonces, casualmente, era la peregrinación a Santiago de Compostela.

El obispo Romero, que hasta entonces había permanecido callado, alzó la voz, cargada de gravedad.

—Ese hongo, inspectora, está relacionado con algo mucho más oscuro que el ergotismo medieval. En los registros de la Iglesia, se mencionan rituales de sacrificio vinculados al uso deliberado del Claviceps purpurea. Algunos de estos rituales, como la llamada Triple Muerte, están descritos en un manuscrito que fue custodiado durante siglos en Allariz: el libro VI de Farsalia.

Vargas ladeó la cabeza, sorprendida.

—¿El libro VI de Farsalia? Nunca he oído hablar de él.

Romero asintió, cruzando las manos sobre la mesa.

—Es normal, muy poca gente conoce de su existencia. El libro desapareció hace unos años. Era un manuscrito herético, repleto de referencias a prácticas prohibidas y rituales paganos. Se guardó en Allariz bajo estricta custodia precisamente por su contenido. Aunque la Iglesia nunca lo reconoció oficialmente, siempre hubo rumores de que su desaparición estuvo relacionada con sectas interesadas en revivir sus prácticas.

El comisario García intervino, mirando fijamente a Vargas.

—Ahora creemos que el asesino podría tener ese libro en su poder. Todo apunta a que está recreando esos rituales descritos en el manuscrito, incluyendo la Triple Muerte. El patrón coincide: las

víctimas fueron narcotizadas con Claviceps purpurea, después ahogadas, degolladas y finalmente fueron desfiguradas.

Vargas contuvo la respiración por un instante, procesando la información.

—¿Y qué sentido tendría que alguien haga esto ahora, después de tantos años? —preguntó.

—Por eso queremos que usted se ocupe de esta investigación —intervino Arturo Castro—. Sabemos de su especial sensibilidad en casos que involucran a niños. Además, queremos que la investigación se lleve a cabo de la forma más discreta posible. Tendrá acceso a toda la información necesaria y a todo tipo de recursos. Su objetivo será descubrir si hay un asesino matando sacerdotes y atraparlo antes de que pueda causar más daño.

—Pero ahora estoy destinada en Madrid.

Castro deslizó otra carpeta que contenía un documento oficial con el membrete del Ministerio del Interior y firmado por el mismo ministro.

—Ha sido trasladada de manera inmediata como responsable de la comisión judicial extraordinaria que llevará el caso. Solo responderá ante los que estamos aquí presentes y, como es evidente, esta investigación debe llevarse a cabo con total discreción. No queremos que esto salga en la prensa.

—La misión apostólica, que traerá el próximo mes de agosto a Su Santidad por la Jornada Mundial de la Juventud, no debe verse empañada por sucesos ocurridos hace muchos años y que pueden enturbiar un evento que trae esperanza a muchos, inspectora —justificó el obispo.

—¿Con qué equipo cuento? —preguntó, mirando de nuevo al comisario.

—Con ninguno —contestó Castro de manera tajante. Luego deslizó un libro sobre la mesa hacia Vargas, con tapas grises y cuyo título en la portada era Perfiles criminales.

—¿Conoce al autor? —preguntó el comisario García.

Vargas leyó la contraportada, donde aparecía la fotografía en color de un hombre de tez blanquecina, cara fina y alargada, bastante atractivo, pelo lacio y castaño, con canas incipientes, gafas sin montura y un flequillo que le cubría parte de la frente. Debajo de la fotografía estaba su nombre: Suso Marzán, y su edad: cuarenta y cinco años. Luego había un texto austero con una breve biografía en la que se hacía referencia a su profesión como escritor y profesor de criminalística en la Universidad de Santiago de Compostela.

—¿Suso Marzán? Sí, lo conozco. Sus obras sobre criminalística son de obligada lectura en la carrera de Derecho.

—Nos gustaría que se pusiera en contacto con él de inmediato y que trabajaran juntos en este caso —prosiguió el comisario—. Marzán es uno de los mejores perfiladores criminales de este país y creemos que puede ayudarla a resolver este caso rápidamente. Juntos os trasladaréis a la Costa da Morte hasta dar por cerrada la investigación.

Vargas observó el rostro arrugado y cansado del comisario y asintió con un leve movimiento de cabeza.

7

Cada noche, Suso Marzán rogaba que fuese la última. Sin embargo, la pesadilla volvía, puntual, justo antes del aniversario de la muerte de su padre. Aquel pescador de Longueirón, víctima del mar salvaje, había dejado una huella indeleble en él desde su adolescencia. Unidos por el silencio del océano, él, su padre y su hermano compartían jornadas de pesca que ahora solo vivían en su memoria.

En su sueño, se veía joven, nadando en un mar de musgo verde, hasta que una niebla densa lo atrapaba, borrando todo a su paso. Convertido de nuevo en aquel adolescente, su rostro juvenil delataba el pánico. Buscaba una salida entre la bruma, sin éxito. Entonces, la lluvia comenzaba a caer, pasando de un susurro a un diluvio que teñía el mar de amenaza. Luchaba por no hundirse, pero el agua se volvía traicionera y, en su frenesí, divisaba dos figuras: su padre y su hermano, flotando, inalcanzables. Cada intento de acercarse los alejaba más, hasta que, exhausto, el mar lo reclamaba, arrastrándolo lejos como un muñeco roto.

Marzán sabía que aquellas pesadillas de las últimas tres noches eran el preludio de algo que volvería a marcar su vida. No había logrado dormir. Se despertaba a las cinco de la mañana, miraba el despertador y volvía a hundir la cabeza en la almohada. Con cuidado, limpiaba sus gafas sin montura y las colocaba en su rostro. Luego, tomaba un pequeño cuaderno de tapas rojas que descansaba sobre la mesilla y anotaba todas las sensaciones que experimentaba, tal como le había aconsejado su psiquiatra.

Profesor de criminalística y escritor de relativo éxito, llevaba una vida cómoda pero solitaria. Convivía con sus obsesiones, alejado de los lujos que su cuenta bancaria le permitía. Como única compañía, tenía a Wade, un guacamayo de vivos colores azules y amarillos, cuyo nombre estaba inspirado en un personaje creado por Raymond Chandler en «El largo adiós». Wade había sido un regalo de su

amante, Mason, un panameño cuarentón con quien mantenía una relación amorosa esporádica desde hacía siete años.

Se levantó después de una noche de agitación. Desde hacía años, tomaba escitalopram de manera regular, pero su médico le había indicado que, en ciertas fechas complicadas, podía ajustar la dosis dentro de los márgenes seguros. Tomó un par de comprimidos con agua, recordando que el tratamiento tardaba semanas en hacer efecto de verdad, aunque su psiquiatra insistía en que mantener la rutina era clave para evitar recaídas.

Con paso somnoliento, se movió entre los muebles de su apartamento. Abrió el pequeño bar que tenía en su despacho y sacó una copa junto con una botella de Macallan de doce años. Se sirvió una generosa medida, consciente de que mezclar güiski y escitalopram no era la mejor combinación, pero en ese momento le importaba poco.

Miró a Wade, el loro que parloteaba sin cesar, y le mostró la copa en un gesto de saludo. Luego, se dirigió al salón, repleto de estanterías blancas atestadas de libros, y se sentó en una butaca de piel negra. Colocó la copa con cuidado sobre una mesa, utilizando un posavasos de cartón para protegerla, y presionó el botón del contestador automático, que indicaba varias llamadas registradas.

Había un par de mensajes de Mason, quien preguntaba cómo se encontraba y le contaba, con voz cansada, sobre las aburridas reuniones que tendría esa semana en San Francisco y su deseo de volver lo antes posible para verlo. En las siguientes grabaciones, una voz de mujer resonó en el salón. Era una tal inspectora Noela Vargas, que le rogaba encarecidamente que la llamara a un número que repetía constantemente.

Marzán levantó el auricular del teléfono y marcó aquel número en el teclado. Al otro lado, una voz femenina respondió:

—Inspectora Vargas, soy Suso Marzán.

—Por fin logro contactar con usted. He intentado localizarlo en varias ocasiones sin éxito.

—No suelo atender llamadas de desconocidos. Intento aprovechar estos últimos días de primavera para escribir y no me gustan mucho las interrupciones.

Un breve silencio se instaló en la línea.

—Supongo que su llamada —continuó Marzán— está relacionada con el asunto por el que mi representante me contactó ayer. Parece que alguien importante en el gobierno ha solicitado mi colaboración en una investigación policial.

—Sí, aunque no estoy completamente convencida de ello, me vi obligada a aceptar esas condiciones.

—¿Dónde se encuentra ahora, inspectora?

—Estoy alojada en una localidad llamada Camariñas. Me gustaría que nos encontráramos mañana por la mañana en Santiago do Carballo para hablar en detalle sobre la investigación en la que vamos a trabajar. ¿Conoce el lugar?

—Sí, claro. Desafortunadamente, sí. Nos veremos allí a primera hora, inspectora.

Marzán colgó el teléfono. A pesar de las dudas que lo asaltaban, sabía que su vida estaba a punto de dar un giro inesperado.

8

Marzán llegó alrededor de las diez de la mañana a Santiago do Carballo y estacionó su Audi 80 rojo a la entrada de un camino de gravilla. A ambos lados, casas y establos parcialmente abandonados salpicaban el paisaje, mientras que, al otro lado, se erguía un imponente muro de piedra que conducía a un espacio abierto donde un enorme roble centenario se alzaba como testigo de épocas pasadas. Al fondo, una pequeña iglesia románica, rodeada de tumbas descuidadas, completaba la escena. Era como una pintura al óleo que combinaba lo terrenal con lo sagrado.

Dos Land Rover de la Guardia Civil y una furgoneta negra, con las puertas traseras entreabiertas, daban testimonio de la actividad en el lugar. Marzán se acercó al castillo por un pequeño camino pavimentado, restringido por el cordón de seguridad. Frente a la puerta, vio a una mujer de unos treinta y cinco años, vestida con vaqueros azul marino y una gabardina verde. A medida que se acercaba, pudo apreciar sus rasgos atractivos: rostro ovalado de tez morena y cabello negro azabache cortado a media melena. En ese momento, la vio hablando con un agente de la Guardia Civil. La inspectora lo advirtió y apartó la mirada del agente para dirigirse hacia él con calma.

Marzán captó la sutileza en los rasgos de la mujer. Hacía años que las mujeres habían dejado de ser de su interés, pero algo en ella lo desafiaba. Al estrechar la mano que la inspectora le extendía, sintió su calor envuelto en reserva, un silente recordatorio de quién comandaba la escena. Aquel gesto bastó para que Marzán reconociera en Vargas una inesperada afinidad.

—Hola, soy la inspectora Vargas.

Aceptó el saludo.

—Soy Suso Marzán.

—Le esperaba a primera hora.

—Lo siento, pero regresar a esta tierra siempre afecta mis biorritmos.

Notó cómo la inspectora lo miraba de reojo mientras entraban al recinto del castillo. Atravesaron una puerta de madera bajo un arco de medio punto, flanqueada por dos columnas talladas en el muro, que los condujo a un patio que, en tiempos pasados, debió de ser un claustro en la época de su mayor esplendor. Evitando los materiales de construcción esparcidos por el suelo, siguieron la cinta amarilla hasta una puerta acristalada en una de las esquinas del claustro, que los llevó al interior del edificio.

Un vestíbulo los recibió con una imponente escalinata en su centro. Marzán dio unos pasos adelante, se detuvo y sintió una inquietud recorriéndole el cuerpo. Al girarse, miró fijamente a los ojos de la inspectora y notó el peso de los hechos terribles que allí habían sucedido. Se giró hacia Vargas y la miró intensamente.

—Inspectora, antes de que me ponga al tanto, me gustaría establecer las condiciones habituales de mi trabajo. Sé que es posible que no esté muy cómoda con la idea de que un civil esté involucrado en asuntos policiales, pero debe creerme cuando digo que mi único objetivo es ayudarla a cerrar la investigación lo antes posible y con éxito. Por lo tanto, me gustaría tener acceso ilimitado a toda la información del caso y que no se me oculte nada. Si cumple con esta directriz, creo que podremos trabajar bien juntos. ¿Está de acuerdo?

Vargas apretó los labios y pareció reflexionar un momento.

—Me han dicho que usted es una persona bastante peculiar.

Marzán sonrió, sintiendo que empezaban a entenderse.

—Está bien, creo que si vamos a pasar un tiempo juntos, lo mejor es que nos tuteemos. ¿Qué habéis descubierto hasta ahora?

Mientras estaban en el vestíbulo, Marzán escuchó en el exterior las primeras gotas de lluvia golpeando el suelo. El olor penetrante a tierra mojada inundó el aire, y pensó que la Costa da Morte era el único lugar en la tierra donde podía experimentar esa sensación.

Vargas sacó unas carpetas enrolladas de su bolso de mano oscuro y se las entregó.

—Puedes empezar por aquí... Estos son los informes forenses sobre los restos hallados en el castillo. Confirman la presencia de tres individuos distintos. Además, te dejo los expedientes sobre dos sacerdotes salesianos que fueron asesinados siguiendo un antiguo rito iniciático celta. Creemos que trabajaron como maestros en la misma época en que los cuerpos fueron enterrados aquí. En aquel entonces, el castillo funcionaba como colonia y preventorio.

—Entendido —dijo Marzán mientras hojeaba los expedientes—. ¿Se ha alterado la escena en algún momento?

—La Guardia Civil ha suspendido la inspección ocular y la recolección de pruebas, por lo que la escena se mantiene sin alteraciones desde su descubrimiento hace unas semanas.

—Fantástico, entonces veamos qué podemos descubrir aquí.

Vargas acompañó a Marzán hasta el área acordonada por las cintas amarillas. La iluminación, proveniente de potentes reflectores, otorgaba al ambiente un cariz aún más lúgubre. Un goteo constante, debido a filtraciones de agua, intensificaba la sensación opresiva.

Marzán se puso unas calzas de plástico y un gorro desechable, y, utilizando guantes de goma fina, se introdujo en el pequeño cuarto que albergaba los restos óseos. Invitó a Vargas a seguirlo, y la inspectora entró detrás de él, con cierta reticencia.

Desplegó sus herramientas y sacó un cuaderno de tapas rojas cuyas hojas estaban señaladas con pósits amarillos, así como una grabadora Sony plateada. Vargas se sintió sobrepasada por las emociones al encontrarse frente a aquellos huesos y recordó la trágica muerte del pequeño Quique una vez más. Un sudor frío empezó a recorrerle la espalda, y tuvo que reprimir unas lágrimas que amenazaban con aflorar.

—El hallazgo tuvo lugar en un cuarto diminuto, que antes se usaba como pequeño almacén —Marzán hizo una breve pausa—. Dentro, tres esqueletos de varones de entre diez y doce años, dispuestos en posición fetal. Aparecieron alineados en círculo, separados por un metro exacto, como si el asesino quisiera dejar un mensaje cifrado.

Observó la reacción de Vargas y, tras unos segundos de análisis, continuó:

—La ausencia de prendas de vestir puede sugerir que el asesino buscó despersonalizar a las víctimas, arrebatándoles todo lo que les pertenecía, dejándolos sin nada. Es como si el asesino hubiera escrito: «Así como has venido al mundo, así te vas a ir». Podríamos estar ante un asesino frenético, cuyos actos se cometieron sin planificación previa, como respuesta a acciones no correspondidas.

La voz de Marzán y el clic de la grabadora al apagarse alejaron momentáneamente a Vargas de aquellos recuerdos sombríos.

—Inspectora, ¿podrías darme una escobilla, por favor?

Vargas se acercó al guardia que custodiaba el acceso y le solicitó la escobilla. Al volver, Marzán estaba ocupado limpiando con delicadeza el cráneo y las cervicales de uno de los esqueletos. De repente, algo llamó su atención: una pieza a modo de colgante asomaba enterrada junto a uno de los esqueletos.

Marzán la recogió y sopló con delicadeza antes de entregársela a Vargas. La inspectora depositó el objeto dentro de una bolsa de plástico. El colgante estaba sucio, pero aun así se distinguía la imagen de lo que parecía ser una santa o una virgen.

—Inspectora, por favor, diga a la Guardia Civil que limpien todo esto con cuidado y busquen más objetos como este. Creo que este pequeño colgante podría ser un indicio de las motivaciones del asesino.

9

Primavera de 1975

Durante toda la noche, la lluvia asedió la ciudad, convirtiendo calles y parques en un laberinto de charcos y corrientes que capturaban el titilar de las farolas. Inmutable ante el diluvio, el *custode* aguardaba en su vehículo, apostado en la calle Forment, en el barrio de Ciudad Lineal, un oasis casi rural en las lindes de Madrid. Sus casas unifamiliares de diseño modesto, bajo el torrente, parecían más bien naves a la deriva en un mar urbano.

La lluvia, implacable, evocaba en él un halo de melancolía, arrastrándolo hacia recuerdos de infancia marcados por la severidad de un sacerdote que lo castigaba con duchas frías por faltas tan nimias como el hurto de un trozo de pan. Estos ecos de un pasado doloroso lo sacudían con cada gota que caía. Encendió un cigarrillo, sus manos tensas sobre el volante, en un vano intento de anclar su espíritu turbado.

Moldeado por años de adversidad, se había endurecido hasta perder casi toda empatía. Sin embargo, la culpa seguía siendo una sombra persistente, personificada en la figura amenazante de aquel sacerdote llamado Ángel Rivera, cuya mera memoria lo hacía retroceder a esos momentos de vulnerabilidad infantil vividos en la Colonia Monte do Carballo.

Frente a él, la casa de su objetivo se erguía discreta, integrada en la uniformidad del vecindario, pero distinguida por un jardín oculto tras una muralla de enredaderas, una fachada de paz que contradecía la naturaleza de su ocupante. Sobre el salpicadero, una

fotografía desvaída mostraba a un hombre de rasgos duros, vestido con uniforme militar, rodeado de camaradas. Su mirada, aunque fija en un pasado inmóvil, parecía desafiar el juicio del custode.

Se había pasado los últimos días siguiendo meticulosamente a aquel hombre. El coronel Aganzo, ahora retirado, había sido uno de los altos cargos de la Inspección General de los Campos de Concentración, un organismo creado por el gobierno en 1937 para controlar a los presos republicanos. Su misión consistía en tratar a sus enemigos como si fueran seres infrahumanos, cumpliendo a rajatabla el mensaje de odio transmitido por sus superiores.

El custode albergaba un profundo desprecio por individuos como Aganzo, cuyas acciones durante la posguerra habían infligido inmensurable sufrimiento a la gente común. Tanto él como su hermano eran supervivientes del daño causado por tales hombres. Su propia familia estaba marcada por la amarga historia de su padre, prisionero en el campo de concentración de Orduña, y su madre, una aldeana que capturó el corazón afligido de su progenitor. La liberación de su padre solo llegó tras sucumbir a despiadadas torturas, tanto físicas como psíquicas, que lo forzaron a traicionar sus convicciones. Su muerte, poco después del nacimiento de su hermano, sumió a la familia en un camino sin retorno.

Un vehículo verde oliva se deslizó lentamente junto al del custode, quien se hundió en su asiento, acechando la escena con cautela. Observó cómo su objetivo descendía, envuelto en una gabardina beige, resguardándose bajo un paraguas oscuro. Aganzo, con un gesto mecánico, buscó las llaves en el bolsillo de su pantalón y procedió a abrir la puerta de su casa. Fue entonces cuando el custode, moviéndose con sigilo, se aproximó por detrás y, con un agarre firme, le aplicó un pañuelo blanco impregnado con un narcótico potente sobre la nariz.

El coronel, vencido por la sustancia, comenzó a temblar. Su cuerpo fue incapaz de luchar contra el efecto sedante y, luego, con

determinación, el custode lo arrastró hacia el interior.

Cuando Aganzo recuperó la conciencia, media hora más tarde, se encontraba sentado y maniatado en una silla de metal. La confusión y el terror se apoderaron de él. Intentó gritar, pero sus súplicas quedaron sofocadas bajo la cinta adhesiva que sellaba su boca.

Una estocada certera en la yugular liberó su vida en una fugaz exhalación.

Afuera, la lluvia persistía, cómplice del silencio.

El custode arrancó su coche y se desvaneció en la oscuridad, dejando atrás la casa del coronel.

La ciudad quedaba atrás, difuminada en la lejanía nocturna.

10

Junio de 1989

Noela jugueteaba nerviosa con una taza de café mientras su nuevo compañero, Suso, revisaba los documentos que ella le había entregado con las pruebas recogidas por la Guardia Civil en el lugar del hallazgo de los huesos. El silencio era abrumador y no ayudaba en nada a calmar los nervios que sentía respecto al caso.

Marzán no parecía inmutarse ante la gravedad del asunto, sino que, por el contrario, estaba centrado en revisar cada una de las fotografías tomadas en la escena del crimen desde diferentes ángulos. Vargas lo observó con curiosidad: su aspecto lívido y enfermizo, su obsesión por los detalles y sus trastornos obsesivos llamaron su atención. No sabía con exactitud por qué, pero sentía cierta simpatía hacia él.

Sin embargo, el silencio se prolongaba y se hacía cada vez más incómodo. Vargas se fumó un Advance y miró por la ventana, agradeciendo que la lluvia hubiera dado una tregua. Los rayos de sol se filtraron entre las nubes, y tuvo la esperanza de que no desaparecieran de nuevo. Observó los barcos de pesca anclados en el puerto y las pequeñas barcas a la deriva que esperaban a que sus dueños comenzaran la jornada laboral.

Finalmente, Marzán rompió el hielo y, con voz tenue, dijo:

—Santa Mariña de Augas Santas es la efigie que aparece en las medallas.

—Efectivamente —respondió Vargas—, es una de las santas más veneradas en Galicia y, curiosamente, su culto se entrelaza con la herencia celta, algo poco común en la tradición cristiana.

Marzán frunció el ceño, en actitud reflexiva. Vargas continuó con determinación:

——Creo que el asesino quizá sea miembro de algún grupo devoto a Santa Mariña. Usó las medallas como parte de un ritual iniciático. Las dejó en la escena del crimen como una especie de firma simbólica.

—Si logramos profundizar en la leyenda de Santa Mariña, podríamos descubrir pistas cruciales sobre el modus operandi del asesino —propuso Marzán, poniéndose de pie con un brillo de anticipación en sus ojos.

—No será fácil, pero no soy de las que se dan por vencidas; me encanta el trabajo de investigación. Quizás deberíamos intentar encontrar a los exalumnos de la colonia en aquella época. Sus testimonios pueden ser fundamentales para la investigación.

—Buena idea. Dividirnos podría acelerar las cosas. ¿Te parece si tú te encargas de los exalumnos y de investigar en los Archivos Diocesanos sobre el preventorio? Yo seguiré perfilando a nuestro enigmático asesino —propuso Marzán.

—Me parece bien —asintió Vargas.

Ambos se levantaron de la mesa del restaurante del hotel, residencia temporal de Vargas durante la investigación. La lluvia de nuevo golpeó los cristales con creciente intensidad, presagiando tormentas no solo atmosféricas sino también en el curso de su investigación.

—Esta tormenta no presagia nada bueno —comentó Vargas, observando la cortina de agua que empezó a caer con una fuerza inusitada.

—No, pero quizás nos ayude a aclarar nuestras ideas —respondió Marzán, esbozando una media sonrisa.

11

Después de la reunión con Noela en Camariñas, Marzán se encaminó hacia el Cementerio de los Ingleses.

Aquel trozo de terreno rocoso era un lugar que visitaba con frecuencia cuando era niño junto a su padre y que le traía recuerdos entrañables. Un viejo memorial se erigía allí, dedicado a los ciento setenta y dos marineros ingleses del Serpent que perecieron ahogados en las aguas bravas de la Costa da Morte en 1890. Marzán se sentía agradecido por hallarse en aquel sitio donde, de alguna manera, había encontrado la fuerza para enfrentarse a sus miedos y dolores.

Decidió detenerse antes de llegar a Laxe, el lugar donde se alojaría durante el tiempo que durase la investigación. Sentía que debía volver a sus raíces, a aquel escenario donde la muerte siempre había estado presente, pero también a los momentos de felicidad que había compartido con su padre.

Se sentó sobre la gran roca que se erguía frente al inmenso y furioso océano Atlántico y respiró profundamente. Le acompañaba su inseparable botella de Macallan y brindó una vez más hacia el infinito con la intención de exorcizar los viejos fantasmas del pasado. El sabor agrio de la bebida combinaba a la perfección con el viento y las olas que, como un coro de fondo, acompañaban su brindis. Recordó la voz de su padre, las historias de antiguos naufragios que le entusiasmaban, las leyendas que evocaban un pasado en que los hombres luchaban con bravura y tesón contra aquellas costas infernales.

El Cementerio de los Ingleses era testigo de esa gloriosa lucha, aunque también de la tragedia que la acompañaba.

Recordó cuando, en su niñez, su padre se sentaba a su lado en esa misma roca y, señalando con el dedo el faro de Cabo Vilán, le

decía:

—¿Ves aquel faro, Suso? La noche del naufragio del Serpent, la mar estaba tan enfurecida que ni siquiera el capitán pudo ver la señal luminosa que emitía. El mar arrastró al barco como si fuera de papel hasta las rocas del Cabo de Boi, donde se estrelló sin remisión.

Las palabras de su padre lo transportaron a ese fatídico momento. Imaginar a los marineros luchando contra las olas y el viento para salvar sus vidas le helaba el corazón.

Su padre lo atrajo hacia sí por los hombros y, con los ojos clavados en el mar embravecido, continuó su relato:

—Los marineros, con el miedo en el cuerpo, utilizaron los lanzacabos, pero se rompieron como hilos de seda con la fuerza del agua, y los botes de salvamento fueron arrastrados por un mar cada vez más revuelto.

Marzán no pudo evitar sentir una punzada en el pecho al imaginar la impotencia de aquellos pobres marineros ante la fuerza desatada del océano, pero también experimentó una extraña fascinación.

La voz de su padre lo sacó de nuevo de sus pensamientos:

—La historia de aquel naufragio siempre me impactó. El mar puede ser hermoso y peligroso al mismo tiempo.

Recordó las lecciones que su padre le había enseñado desde niño. Se vio a sí mismo asintiendo y diciendo:

—Tienes razón, papá. El mar es más poderoso que nosotros.

—No olvides nunca que los actos de solidaridad son espontáneos y que tienes que estar orgulloso de tus orígenes, Suso —recordó que le decía su padre mientras agitaba con su mano encallecida los cabellos rubios del niño—. Tus abuelos fueron testigos de cómo sus padres cuidaron de uno de los tres únicos marineros que sobrevivieron a la catástrofe, y de cómo el resto de la comarca se movilizó para recoger cada uno de los cadáveres que la mar arrepentida expulsó hacia la costa.

Dos años después de aquella fatídica conversación, en 1969, él, su padre y su hermano salieron a faenar por última vez en uno de esos días en que el mar se convierte en un enemigo implacable. Ese día, el padre y el hermano de Marzán perdieron la vida debido a un

golpe de mar. Con tan solo catorce años, Marzán tuvo la suerte de sobrevivir, pero nunca olvidaría el horror que presenció desde la barca.

Un año después del accidente, las pesadillas constantes que sufría lo obligaron a dejar aquel lugar, y se mudó junto a su madre a A Coruña. Pero, a pesar de los años transcurridos, Marzán no había logrado escapar del infierno personal que la Costa da Morte representaba para él. Veinte años después, estaba de regreso, involucrado en una investigación que amenazaba con empujarlo de nuevo a sus peores pesadillas.

Se levantó y recorrió un pequeño sendero que lo condujo al interior del monumento de piedra que se erigía como memorial. En su centro, abrazada por la hierba que crecía salvaje, se alzaba una estela conmemorativa cuyo mensaje, grabado en la roca, recitó en voz baja:

—«En memoria de todos los náufragos da Costa da Morte».

Acarició la piedra, se subió la cremallera de la chaqueta para protegerse del viento y sintió cómo el orballo, esa llovizna casi imperceptible, empezaba de nuevo.

Recordó con cariño aquella época de su niñez, a pesar de su dureza, de su pérdida, de su alma desgarrada. Siempre había contado con el amor incondicional de sus padres. Su padre trabajó duro como pescador para que sus hijos pudieran tener una vida mejor que la que él había tenido. Además, fue un gran apoyo cuando Marzán le confesó que ya no sentía atracción por las niñas de la escuela, sino por sus compañeros.

Aquel niño de entonces, y hombre ahora, lo recordaba con gratitud y cariño. Veinte años después de su última visita al Cementerio de los Ingleses, la Costa da Morte seguía siendo su gran hogar, pero también tenía la capacidad de perseguir y atormentar a todos aquellos que habían perdido parte de su alma en aquellas aguas salvajes.

12

Habían pasado tres veranos desde que Marzán dejó atrás Laxe, el pintoresco enclave costero donde su vida comenzó y donde, sin saberlo, parte de sí quedó varada. A pesar de que los recuerdos de su infancia en aquel lugar se desvanecían como las mareas, la tragedia que desgarró a su familia le dejó cicatrices invisibles, tan profundas que ni siquiera el tiempo parecía capaz de borrarlas.

Su psiquiatra solía decir que aún navegaba por las turbulentas aguas de la evitación, incapaz de enfrentarse al oleaje de emociones que Laxe despertaba en él. La casa de sus antepasados, con su fachada de piedra resistiendo el embate del salitre y sus balcones de madera susurrando historias de tiempos mejores, ya no era más que un espejismo de conexión con su pasado. Decidido, pero con el corazón encogido, la puso a la venta, dispuesto a subestimar su valor con tal de cerrar ese capítulo de su vida y, quizá, comenzar a escribir uno nuevo lejos del eco de las olas que aún lo llamaban a regresar.

Bajo el velo persistente de una lluvia fina que parecía desvanecer las fronteras del tiempo, los recuerdos de su infancia volvieron con fuerza. Vio a su padre malgastando cada tarde en el bar La Casa del Pescador, entre ecos de risas y el clamor del mar. Al estacionar su Audi 80, que contrastaba con la rusticidad del paseo marítimo, observó a un grupo de jóvenes peregrinos. Sus risas se entrelazaban con el murmullo de las olas, capturando instantáneas de un pueblo que parecía suspendido en el tiempo.

El encuentro con su prima Carme, en una casa donde el aroma del café recién hecho se mezclaba con el peso de los recuerdos, fue un puente hacia su pasado compartido.

—¿Cómo está Toño?

La pregunta de Marzán a Carme no era solo por cortesía, sino un hilo sutil que tejía la complejidad de su relación con su prima, marcada por la distancia y el tiempo, pero arraigada en un suelo común de memoria y afecto.

Carme, con una mezcla de resignación y orgullo, respondió:

—Bien. En agosto regresará de Suiza y pasará un mes con nosotros en casa, disfrutando de las vacaciones.

Marzán siempre vio en Carme a una luchadora infatigable. Su marido, Toño, llevaba trabajando en Suiza los últimos diez años. Una historia más de tantas sobre la emigración de aquellas tierras, durante la cual ella se había ocupado en solitario de criar a sus dos hijos, Alfredo y Xiana.

—¿Y los chicos?

—Están fantásticos. Alfredo está a punto de concluir su carrera de Ingeniería Industrial en Madrid. Y Xiana... bueno, me está costando un poco más con ella... extraña mucho a su padre.

—Entiendo.

Marzán, impulsado por un cálido gesto de comprensión, se levantó y, de manera inesperada, depositó un beso en su mejilla, provocando en ella un leve sonrojo.

—Son buenos chicos. Has hecho un trabajo admirable con ellos, dadas las circunstancias.

Carme, con una sonrisa que confirmaba más que sus palabras, se levantó y apagó el gas bajo una cafetera italiana. Sirvió a Marzán una generosa taza de café humeante, tan fuerte que parecía capaz de mantener despierto a un guardia toda la noche. Con un gesto, él indicó que era suficiente. Después, ella se sirvió su propia taza.

—La verdad, Suso, me sorprende verte —dijo Carme, su tono mezclando afecto con un toque de reproche—. Ha pasado tanto tiempo sin saber de ti, y de repente me llamas diciendo que pasarás unas semanas aquí por trabajo. Aún recuerdo cuando viniste al pueblo para los trámites de la venta de la casa de tus padres y ni siquiera te acercaste a verme. Podría estar molesta, ¿sabes?

—No sé qué decirte. Nunca he querido venir a Laxe más de lo estrictamente necesario. Quizá lo veas como un acto un poco egoísta —la miró y sonrió, esperando una reacción de complicidad.

—Por cierto, ¿dónde se ha metido Mason? Siempre me ha gustado ese hombre.

—Está en San Francisco por asuntos de trabajo.

Un silencio pesado se cernió sobre ellos, roto únicamente por el tintineo de la cuchara dentro de la taza de Carme.

—¿Y bien... por qué has vuelto, Marzán?

Marzán se tensó. Su silueta emergió rígida contra la luz tenue que se colaba por la pequeña ventana de la cocina.

—Hay un caso en el que estoy trabajando a petición de la policía.

Carme arqueó una ceja, lo que despertó su interés.

—¿El asunto de los restos en el castillo de Santiago do Carballo?

La sorpresa cruzó el rostro de Marzán.

—Laxe es pequeño, las noticias vuelan, y más si el alcalde es tu amigo —Carme dejó escapar una sonrisa torcida.

Marzán asintió y luego desvió la mirada, evocando recuerdos lejanos.

—¿Recuerdas el molino junto al castillo? Nunca me gustó ese lugar... de pequeño me daba escalofríos.

Carme asintió, su voz baja teñida de un sutil temor.

—Se cuentan muchas historias tristes de esos muros... como las que nos contaba mi abuelo. ¿Te acuerdas?

Marzán sintió en el rostro de Carme cierto rubor al recordar aquellas tardes de niñez en las que su abuelo, Pedro, les relataba historias de tiempos pasados.

—Sí, recuerdo aquellas historias como si fuera ayer —sonrió Marzán con nostalgia.

Ambos se sumieron en un silencio tenso, roto solo por el graznido de las gaviotas en la lejanía. Fue Marzán quien, al fin, rompió de nuevo el silencio.

—Volviendo a los restos... la policía cree que puedo ayudar a resolver el caso, dado mi conocimiento en criminalística.

Carme lo miró fijamente, invitándolo a que contara más.

—¿Y…? ¿Tienen alguna pista? —su pregunta estaba cargada de curiosidad.

—Nada concreto aún —respondió Marzán con sequedad y desvió la mirada, gesto que no pasó desapercibido para Carme.

Ella sopesó sus palabras cuidadosamente, consciente del peso de la historia que envolvía aquel lugar. Un leve fruncimiento de su ceño reveló su frustración ante la evasiva de Marzán, pero optó por no presionar más.

—Bueno... querrás instalarte. Te he preparado la habitación de siempre.

Marzán recogió la bolsa del suelo y siguió a Carme a la habitación que había dispuesto para él. Desde allí podía ver una preciosa vista de la playa y la costa. Los graznidos de las gaviotas eran el único ruido que interrumpía la tranquilidad de aquel lugar.

—Por cierto, he creído que te gustaría saber que Mario ha vuelto a Laxe. Regresó de Argentina hace unas semanas con su novio, un argentino alto y muy simpático. Han abierto una taberna en la plaza y me preguntó por ti —dijo Carme con una sonrisa.

Marzán sonrió también al recordar a Mario, su amor de juventud. Todas aquellas felicitaciones de cumpleaños que había recibido de él, y a las que nunca tuvo el valor de responder, regresaron a su memoria. Otra deuda con la vida que debía saldar.

13

El lunes de la penúltima semana de junio, Noela, con la autorización del obispo Romero, se presentó en el Archivo Diocesano de Santiago de Compostela, un viejo edificio ubicado en el Monasterio de San Martín Pinario, con la intención de encontrar información que la ayudara a comprender los sucesos acontecidos en la colonia Monte do Carballo hacía tantos años.

En aquel archivo se guardaban los libros parroquiales y documentos relacionados con las obras pías, fundaciones, cofradías e instituciones gestionadas por la Iglesia durante los últimos cien años. Vargas siempre se había sentido muy cómoda analizando y estudiando registros, un trabajo que muchos de sus compañeros consideraban tedioso dentro de la investigación policial, pero que a ella le apasionaba. Siempre pensó que los escritos dejados por el hombre a lo largo de la historia eran la huella de sus intenciones, de sus hechos; a través de ellos se podían descubrir pequeños detalles que, de otra manera, pasaban desapercibidos en la investigación de campo.

Noela Vargas accedió a una amplia sala repleta de armarios de color metalizado y se dirigió hacia un hombre de unos sesenta años, sentado detrás de un escritorio. Vestía una bata blanca y tecleaba con más voluntad que pericia en un ordenador marca IBM. La torre de libros que tenía apilados sobre la mesa parecía estar a punto de derrumbarse. Detrás de él, varios sacerdotes y jóvenes investigadores estaban concentrados en sus lecturas, creando un ambiente de profundo respeto.

Carraspeó para llamar la atención del hombre, que no se había percatado de su presencia. Él se volvió lentamente, se quitó las gafas y las dejó caer sobre la cuerda que llevaba al cuello, donde quedaron balanceándose sobre su pecho. Vargas pudo ver el alzacuellos asomando por la parte superior de la bata.

—Buenos días. Soy la inspectora Vargas. Tengo permiso del obispado para acceder al fondo documental —anunció al sacerdote mientras le entregaba el sobre que contenía la carta de autorización.

—Sí... inspectora. El secretario del obispo se puso en contacto conmigo para avisarme de que usted iba a venir —respondió, devolviéndole la carta y poniéndose en pie—. Por favor, acompáñeme.

El sacerdote la guio por un laberinto de pasillos repletos de armarios numerados y etiquetados con los años correspondientes.

—¿Exactamente qué está buscando?

—Busco información relacionada con las colonias preventoriales que existían en Galicia durante la dictadura y que fueron gestionadas por sacerdotes salesianos. En concreto, me interesa una llamada Monte do Carballo.

El sacerdote la condujo a una sección de la sala que contenía los archivos de los salesianos. Se puso las gafas para leer los años escritos en el lomo de los archivadores.

—¿Qué año en concreto está buscando, inspectora?

Vargas consultó un pequeño bloc de notas que sostenía en la mano.

—Principios de los años cincuenta, más o menos.

El sacerdote sacó del armario dos archivadores. Vargas se dio cuenta de su peso por la expresión de esfuerzo en su rostro.

—En esta sección encontrará información relativa a las instituciones gestionadas por los salesianos durante esos años: cofradías, instituciones gubernamentales, colegios, etc. Seguramente no están colocados en orden cronológico, lo que significa que quizás le llevará un poco de tiempo encontrar lo que busca.

—No importa... suponía que podía ser así.

El sacerdote la acompañó a una mesa de madera blanca con una lámpara de aluminio y colocó las carpetas sobre la superficie.

—Aquí estará tranquila, inspectora —dijo con una sonrisa—. ¿Le apetece que le traiga un poco de agua?

—No, muchas gracias. Estoy bien.

—Si necesita algo, estaré en mi mesa.

Vargas abrió el primer archivador y desparramó cientos de documentos sobre la mesa, clasificándolos en dos montones. Había de todo: cartas amarillentas por el tiempo, documentos que habían perdido parcialmente sus portadas, manuscritos y fotografías en blanco y negro que mostraban sacerdotes vestidos con sotanas en multitud de reuniones y eventos.

Las horas pasaron rápidamente. El único testigo del tiempo transcurrido era un pequeño reloj colgado en la pared. Su estómago comenzó a gruñir de hambre, y la creciente desesperación ante la posibilidad de no encontrar nada de valor la hizo plantearse dejarlo por el momento y volver otro día.

Estaba a punto de renunciar cuando encontró una fina carpeta azul que contenía papeles sellados en rojo con el yugo y las flechas de la Falange, acompañados por un acrónimo: ICCP y un membrete con el texto Inspección General de Campos de Concentración de Prisioneros.

Entre los papeles había legajos manuscritos con listados de nombres de decenas de prisioneros destinados a un batallón de trabajadores forzosos. También encontró varias cartas firmadas por un tal coronel Marcos Carrión, donde se proponía crear una institución para «acoger a huérfanos y a los hijos de prisioneros enfermos, cuidar de su salud y de su alma, y conducirlos por el camino recto de la fe en Cristo».

Más adelante, halló un documento de 1950 que confirmaba que el régimen de Franco había aprobado la construcción de una colonia en la población de Santiago do Carballo. Estaría regida por salesianos bajo «la más estricta disciplina y la voluntad de servir a Dios y al Régimen».

Al cerrar la carpeta, consideró dónde podría encontrar más información sobre los sacerdotes a cargo de aquella institución. Habló con el sacerdote encargado de los archivos, quien la condujo a otra sala donde se almacenaba documentación adicional sobre las instituciones dirigidas por los salesianos.

En un archivador marcado con el código B-SAL-2111, encontró listas de alumnos y fotografías de los años cuarenta y cincuenta. Había imágenes de niños sentados en sus escritorios junto a adultos

que debían de ser sus profesores, otros jugando con aparente felicidad en el patio del castillo, niños tumbados en sus camas boca arriba y sonriendo, y comedores vigilados por sacerdotes.

En un sobre viejo descubrió fotografías en blanco y negro de grupos de sacerdotes vestidos con sotanas negras. Examinó cada una con detenimiento hasta que, en una, aparecían cinco sacerdotes posando distendidamente.

Dos de ellos, que no debían pasar de los treinta años, estaban de pie y sonriendo. Otro, sentado en un banco de madera, era bastante joven, delgado y con el pelo muy corto y rubio. Un cuarto sacerdote, de tez morena, apoyaba su hombro en el tronco de un roble y sostenía una copa de vino a medio terminar, mientras que el quinto, de ojos claros y orejas prominentes, estaba sentado junto al sacerdote más joven.

Junto a ellos se encontraba un chico con una hoz en la mano derecha, de expresión triste.

Algo llamó la atención de Vargas: dos colgantes colgaban de sus cuellos. Cogió una lupa y los examinó con detenimiento. Se quedó helada.

Eran las mismas medallas de Santa Mariña de Augas Santas que habían encontrado junto a los cadáveres del castillo.

Miró el reverso de la fotografía.

Mayo de 1952.

Vargas hizo copias de toda la documentación y contactó con el obispado para solicitar permiso para quedarse con las fotografías. Antes de salir del archivo, marcó un número desde un teléfono góndola de color verde.

—Suso, tenemos que vernos. He encontrado información relevante para el caso que podría llevarnos en la dirección correcta.

14

Aquella misma tarde, después de salir de los Archivos Diocesanos y comer un bocadillo rápido en un bar, Vargas puso rumbo a Laxe, donde la esperaba Marzán. Esperó cinco minutos junto a su Volkswagen Golf hasta que la puerta principal de la casa se abrió. Tras ella apareció Marzán, con el rostro desencajado, ojeras profundas y una barba incipiente que le daban un aire desaseado. El criminólogo esbozó una ligera sonrisa como disculpa por su aspecto. Vestía unos vaqueros desgastados Levi's y un polo arrugado de Ralph Lauren, lo que denotaba una clara improvisación al vestirse esa mañana. Le ofreció la mano, que ella estrechó con laxitud, y juntos entraron en la casa, cruzando un patio con un pequeño jardín delantero.

El comedor, ahora convertido en su improvisado centro de operaciones, albergaba sobre la mesa un caos ordenado de documentos y fotografías esenciales para la investigación. Entre la maraña de papeles, Vargas extrajo un pequeño bloc repleto de anotaciones. Su mirada fluctuaba entre las líneas escritas y Marzán, quien, sumido en un silencio reflexivo, organizaba meticulosamente el material de oficina, delineando una precisión que rozaba lo obsesivo. En esos momentos de aparente quietud, Marzán se perdía en sus pensamientos, murmurando palabras apenas perceptibles, como si dialogara con las sombras del caso.

—¿Te encuentras bien, Suso?

Él levantó la cabeza y la miró.

—Estoy bien. Solo he pasado una mala noche… eso es todo.

Ella asintió y puso de nuevo toda su atención en su cuaderno de notas.

Él se levantó y, con pasos medidos, se dirigió a la cocina, donde el aroma del café recién hecho lo envolvió. Tomó la cafetera rebosante

y vertió el líquido oscuro y aromático en dos tazas adornadas con la imagen de Naranjito, símbolo nostálgico del Mundial de Fútbol de 1982. Mientras el vapor serpenteaba en el aire, se detuvo un momento para apreciar la calidez que el simple acto de servir un café podía aportar a la rutina matutina.

—¿Has averiguado algo en tu visita a los Archivos Diocesanos?

—Sí, bastantes cosas... He obtenido respuestas a algunas incógnitas que me rondaban la cabeza, entre ellas por qué instalaron una colonia preventorial en una aldea perdida de la Costa da Morte. Parece ser que en la provincia de A Coruña, tras finalizar la Guerra Civil, se crearon varios campamentos de prisioneros de larga duración en ciertas poblaciones como A Coruña, Betanzos, Cedeira, Ferrol, Muros, Padrón, A Pobra do Caramiñal y Rianxo. Pero hay uno en particular que despertó mi interés: un campo localizado en unas viejas naves situadas en el actual aeropuerto de Lavacolla, en Santiago de Compostela.

Vargas señaló con un bolígrafo Bic azul unos párrafos subrayados en la copia manuscrita de un documento firmado por un coronel llamado Luis Martín Pinillos, mientras Marzán la escuchaba con atención y limpiaba los cristales de sus gafas con un pañuelo.

—Vale... ¿Y qué relación tiene este campo de concentración de prisioneros republicanos con la colonia preventorial del Monte do Carballo?

Vargas sacó de su cartera una fotocopia de un documento manuscrito.

—Este otro documento es el acta fundacional del campo situado en Lavacolla, en Santiago de Compostela. Su inauguración fue en mayo de 1939, apenas un mes después de que terminara la Guerra Civil. El campo fue gestionado por una organización creada al efecto, llamada Batallones de Trabajadores, que proveía de mano de obra forzosa a empresarios, alcaldes y jerarcas afines al régimen para construir o rehabilitar carreteras, ayudarles con los duros trabajos del campo, desbrozar sus fincas y demás tareas forzadas.

Marzán leyó la documentación, pero Vargas notó en su rostro un rictus de impaciencia, así que decidió ir al grano.

—Estas actas que tengo aquí están firmadas por un tal coronel Marcos Carrión, detallando la «recomendación» de fundar una institución en la Costa da Morte para educar a los hijos de los reclusos internados en campos de trabajo forzados. Muchos de estos jóvenes se quedaron huérfanos tras la muerte de sus padres, víctimas de las extenuantes condiciones en los campos de concentración. La administración de la colonia recayó en algunos clérigos de la Iglesia Salesiana, simpatizantes del régimen, encargados de brindarles educación y bienestar. Sin embargo, este lugar acabó convirtiéndose en un centro de adoctrinamiento del régimen, donde el maltrato y la humillación eran moneda corriente.

—Es interesante, Noela... pero hay algo que no termina de encajar. Estos documentos dejan claro que los campos de prisioneros estuvieron directamente vinculados a la creación de la colonia preventorial, y es evidente que los sacerdotes que aparecen en la fotografía tenían conexiones con el régimen y sus prácticas. Sin embargo, sigo sin ver la relación entre el campo de Lavacolla y los huesos hallados en la colonia. No creo en ninguna conspiración orquestada desde los campos de trabajo. Más bien, estos crímenes me parecen actos aislados de desesperación, cometidos por alguien con un resentimiento muy personal. Los informes forenses que me enviaste refuerzan esa idea: todo apunta a que las muertes fueron motivadas por venganzas individuales y no por un plan organizado desde los campos de prisioneros. Estamos buscando a alguien que, en su día, tuvo un motivo muy personal para cometer estos asesinatos.

Vargas lo interrumpió y apoyó una mano sobre su muñeca.

—Espera... todavía no he terminado. También hablé con un amigo, un alto cargo del Opus Dei, que me ha ayudado a recopilar información sobre los sacerdotes que trabajaban en la colonia durante esos años. Todo a partir de esta fotografía.

Sacó de su carpeta la misma imagen que había encontrado en los Archivos Diocesanos y la extendió sobre la mesa. En ella aparecían cinco sacerdotes vestidos con sotanas, posando distendidamente. Uno de ellos sostenía una copa de vino, mientras que otro, más joven, de cabello rubio y corto, estaba sentado en un banco de

madera. Junto a ellos, un chico con una hoz en la mano derecha observaba la escena con una expresión sombría.

Vargas se inclinó sobre la imagen y señaló con el dedo varios puntos concretos.

—Fíjate en lo que tienen colgado del cuello estos dos individuos.

Marzán examinó detalladamente la fotografía. Miró a la inspectora sorprendido y dijo:

—Vaya... ¿Es lo que creo que es?

Vargas mostró una amplia sonrisa.

—Sí... los mismos colgantes que encontramos junto a los cadáveres. Además, mira detrás de la fotografía la fecha que está escrita.

—Mayo de 1952 —leyó Marzán. Luego abrió una de las carpetas que contenía el informe forense y volvió a leer:

—El análisis de los restos óseos habla, sin ser muy específicos, de principios de la década de los cincuenta.

Marzán apoyó los codos sobre la mesa y se mesó el pelo con ambas manos.

—Entonces, ¿crees que el asesino puede ser uno de estos cinco sacerdotes que aparecen en la fotografía?

—No lo sé, pero vale la pena comprobarlo. Estos dos sacerdotes que ves aquí... —señaló Vargas a dos de los individuos que estaban de pie—. El padre Agustín Álvarez y el padre Jaime Riera son los dos sacerdotes que aparecieron muertos el año pasado víctimas de un extraño ritual. He podido hablar con el agente que estaba a cargo de la investigación, y me ha confirmado que junto a los cadáveres también se encontraron medallas con la efigie de Santa Mariña de Augas Santas.

—¿Y la policía no le dio importancia a ambas pistas? —preguntó Marzán con expresión de sorpresa.

—Claro que sí, pero parece que la orden de cerrar el caso vino de muy arriba.

—Qué raro... —apostilló Marzán, alargando las palabras—. Entonces, tenemos dos sacerdotes cuyas muertes aparentemente pueden tener alguna relación con nuestro asesino. ¿Has podido identificar al resto de los individuos de la foto?

—Sí. El chaval de la hoz parece que trabajó en la colonia como chico para todo. Su nombre es Euxenio Rodríguez, apodado Uxío. Todavía vive en la zona. A lo largo de su vida ha tenido bastantes problemas con la ley... ya sabes, trapicheos con la droga y contrabando de tabaco.

El sacerdote de más edad es el padre Ángel Rivera. Aún no he podido averiguar si sigue vivo, pero espero tener noticias pronto. Por lo que me ha comentado mi amigo del Opus, estuvo entre los años sesenta y setenta destinado en las misiones salesianas en África.

Y este otro... —señaló de nuevo a otro personaje de la foto—. No te vas a creer quién es. Me refiero al sacerdote rubio que está sentado. Es Bieito Camargo.

—Bieito Camargo... ¿De qué me suena ese nombre?

—Es el actual obispo de Mondoñedo-Ferrol.

—¡No me jodas! —exclamó Marzán.

—Sí, Suso, debemos seguir investigando. Tengo la intuición de que alguno de estos individuos que aparecen en la foto podría haber tenido relación con nuestro asesino... si no es uno de ellos.

—Sí... y me parece, Noela, que vamos a tener más trabajo del que preveíamos.

15

1958

Allí estaba el padre Ángel, su figura recortada contra la bruma matutina, envuelto en su sotana negra que parecía absorber la escasa luz. La niebla, espesa como secretos no revelados, se enredaba alrededor del viejo castillo, creando un telón de fondo ominoso para el sacerdote de mirada penetrante. Su silueta, inmóvil bajo el arco gótico, evocaba imágenes de santos en sus nichos, aunque su aura tenía un matiz perturbador. Uxío no podía evitar sentir una mezcla de respeto y recelo; el rítmico balanceo de la medalla de plata en las manos del padre, un amuleto para sus «favoritos», le parecía un ritual cargado de un significado oscuro. Aunque el padre Ángel irradiaba una calma superficial, su presencia imponía una influencia casi siniestra en Uxío, que veía en él la encarnación de presagios funestos, como el vuelo de un cuervo en la oscuridad, augurando tiempos turbulentos.

En aquella fría mañana de lunes en febrero, Uxío se sumergió en las labores de limpieza y desbroce que le habían asignado, mientras el padre Rivera supervisaba a los cuarenta niños de la colonia en sus juegos inocentes, ajenos a todo excepto al breve respiro antes de retomar las clases. Con cada paso que daba, empujando la carretilla llena de herramientas, Uxío sentía cómo su desprecio por esos niños, a quienes veía como descendientes de traidores, alimentados y cuidados por el Estado, crecía en intensidad. Eran el símbolo de una nación que, en su opinión, había abandonado a los suyos, a personas como él y su familia, condenándolos a la miseria. El padre

Ángel, con sus constantes murmullos sobre los «hijos de la peste», avivaba la llama del rencor en el corazón de Uxío, reforzando una y otra vez su odio hacia ellos. Cuando una fruta madura golpeó su rostro, la sorpresa dio paso a una humillación profunda. Mientras se limpiaba la cara, la risa burlona de los niños lo inundó de una ira desconocida, naciendo en él un oscuro deseo de venganza.

Los insultos —«¡Uxío es un pailán! ¡Uxío es un lambecús!»— resonaban en sus oídos, y su furia se dirigía especialmente hacia el cabecilla, un niño de piel pálida y ojos azules intensos, que, junto a su hermano Xosé, solía convertir a Uxío en el blanco de sus mofas.

Uxío cogió un palo de dentro de la carretilla y se dirigió hacia ellos con una actitud amenazante. Notó la mirada del padre Ángel sobre él, y vio cómo una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios. Uxío se envalentonó, gritó y se lanzó contra los niños mientras se dispersaban. Consiguió agarrar a uno de ellos y levantó el palo para golpearlo.

Fue entonces cuando sintió una mano firme agarrándole del brazo. El chico se liberó y escapó asustado, mientras el resto de los niños seguían burlándose de él.

El padre Rivera lo giró y puso sus manos sobre sus hombros, mirándole fijamente a los ojos.

—No te preocupes —le susurró al oído—. Dios ha reservado para ti una importante misión para salvar esas pequeñas almas.

Mientras caminaban juntos hacia la carretilla, el padre Rivera le pasó el brazo por encima del hombro, aprisionándole ligeramente el cuello.

Sentado sobre el pequeño muro que rodeaba el castillo con los pies colgando, el niño de ojos azules profundos observó la escena con una extraña expresión en el rostro. Había algo en ella que le resultaba de especial interés. Sus ojos parecían emitir un destello inquietante, como si pudiera ver más allá de lo que los demás podían percibir. Uxío sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo, como si aquella presencia silenciosa pudiera leer sus pensamientos más oscuros. Pero cuando trató de ahuyentar aquella sensación, el niño había desaparecido, dejando tras de sí una sensación de intriga y misterio.

PRIMERA MUERTE

(TARANIS DISPATER)

Taranis Dispater, deus tonitruum et dominus ferri, mihi potestatem atque vires da ut hostem meum destruam.

Taranis Dispater, dios del trueno y señor del hierro, dame poder y fuerza para destruir a mi enemigo.

Libro VI

16

Julio de 1989

Carme Suárez Marzán se había convertido en un pilar fundamental dentro de la alcaldía de Vimianzo, desempeñándose como secretaria con una dedicación que ya sumaba seis años. Agradecía tener un empleo estable y se sentía orgullosa de su estrecha colaboración con el alcalde, Xosé Quiroga.

Su familia era su refugio y pasión: un esposo al que amaba y dos hijos adolescentes que se nutrían de su sabiduría y cariño. Sin embargo, a pesar de la fortaleza que irradiaba, Carme albergaba inquietudes y el deseo de explorar horizontes que trascendieran los límites de su rutina diaria.

La oficina de la alcaldía, con sus paredes testigos de innumerables decisiones y secretos, se había convertido en su segundo hogar. Su relación con el alcalde Quiroga, marcada por el respeto mutuo y la profesionalidad, le ofrecía una visión privilegiada de las complejidades del poder y la política.

Xosé Quiroga, por su parte, había atravesado momentos difíciles. Desde la muerte de su esposa, Gloria, se había refugiado en el trabajo, pasando largas jornadas en la alcaldía para no sumirse en la soledad y los recuerdos. Pero desde que conoció a Carme, su vida cambió.

Entre ellos se forjó una amistad sólida y duradera, que trascendía lo meramente laboral. Con el paso de los años, habían compartido

momentos duros y otros de alegría, forjando una conexión profunda y genuina. Aunque a veces una tensión sexual latente se insinuaba entre ellos, ambos decidieron mantener su relación dentro de los límites de la amistad y la profesionalidad.

Carme había demostrado su valía en el Ayuntamiento, ganándose el respeto de todos, mientras que Quiroga había encontrado en ella una confidente, alguien en quien apoyarse en tiempos turbulentos. En resumen, su relación era comparable a la de aquellos amigos de toda la vida que se mantienen unidos a pesar de los altibajos.

La relación de Carme con su esposo, Toño, también era firme, a pesar de haber pasado años separados mientras él trabajaba como albañil en Suiza para mantener a la familia. Ahora, con la jubilación de Toño cada vez más cerca, por fin podrían disfrutar juntos de una vida en común que nunca habían tenido.

Los estudios de ingeniería de su hijo, Alfredo, y la adolescencia de su hija, Xiana, ocupaban un lugar fundamental en su vida. Gracias a su trabajo en la alcaldía, Carme había conseguido equilibrar su vida personal y profesional.

La noche en que desapareció Quiroga había empezado como tantas otras: una jornada interminable que se prolongó hasta tarde. Carme nunca se marchaba hasta asegurarse de que el alcalde no la necesitaba.

Desde la muerte de su esposa, Quiroga se había acostumbrado a convertir la alcaldía en su refugio, en un lugar donde se sentía seguro y protegido.

Los despachos de Carme y Quiroga eran contiguos. Ambos compartían un gran ventanal con cristales esmerilados que filtraban la luz, impidiendo ver el exterior.

Cuando decidió irse a casa, él asomó la cabeza por la puerta de su despacho. Vestía una camisa de rayas finas, blancas y verdes, y su sonrisa, ligeramente avergonzada, capturó la esencia de la amistad que los unía.

—¿Todavía estás por aquí?

—Ya sabes que sí... —ella sonrió, mostrando una mezcla de fatiga y cariño—. Es tarde, recojo mis cosas y me voy a casa; Xiana me está esperando.

Ajustándose la gabardina con movimientos metódicos, su tono se tornó más serio al recordar las responsabilidades del día siguiente.

—Por cierto, Xosé, acuérdate de que mañana viene el arquitecto a primera hora para revisar el presupuesto de la reparación del techo del polideportivo. Y a las diez, tienes reunión con el presidente de la asociación de empresarios para tratar la captación de fondos para las fiestas.

—Vale... —Quiroga se apoyó contra la pared, con las manos entrelazadas tras la espalda. —Entonces... ¿no tienes tiempo para tomar algo rápido?

—No, lo siento, Xosé. Hoy le prometí a Xiana dar un paseo después de cenar. Aunque, por lo que veo, ha empezado a llover... —Carme abrió la ventana y se asomó al exterior. —Si quieres, mañana podemos ir a comer al Pastoriza.

Quiroga confirmó la cita con un leve asentimiento.

—Por cierto, me he enterado de que Suso Marzán, el escritor y criminalista, se aloja en tu casa. No sabía que era tu primo.

—Vaya... las noticias vuelan. ¿Cómo te has enterado?

—Esta mañana hablé con el alcalde de Camariñas. Me dijo que habían enviado a una inspectora de Madrid para investigar los restos encontrados en el castillo.

—Sí... mi primo Suso está colaborando con la Policía en la investigación. Lo han contratado por su experiencia en este tipo de casos.

—Ya veo… —dijo Quiroga, pensativo—. ¿Te ha contado algo tu primo?

—No, solo que está trabajando con la inspectora Vargas. La conocí esta mañana. Parecía muy segura y determinada; estuvo hablando con Suso un buen rato.

Carme percibió demasiada curiosidad en Quiroga, pero se mordió la lengua.

—¿Te preocupa algo, Xosé?

Quiroga frunció el ceño, pero luego dejó caer los hombros.

—La verdad es que sí —dijo con sinceridad—. Los restos humanos hallados en el castillo conmueven a cualquiera, y si el tema sigue en

los periódicos unas semanas más, no ayudará a la imagen del Ayuntamiento.

Carme notó cierta inquietud en su tono, una leve tensión en su voz.

—Lo siento, Xosé. No sabía que seguías preocupado por el tema. Si necesitas algo, ya sabes que puedes contar conmigo. —Carme puso una mano sobre su hombro.

—Gracias —dijo Quiroga, con semblante serio.

Se mantuvieron en silencio unos instantes. Finalmente, Quiroga suspiró y esbozó una sonrisa más amistosa.

—Venga... te acompaño. —Dio media vuelta. — Voy a por mi chaqueta, creo que es hora de que yo también me vaya a casa.

Bajaron juntos las escaleras. Desde el soportal contemplaron la lluvia caer con fuerza. Quiroga abrió un paraguas negro y le ofreció el brazo a Carme.

—¿Dónde has dejado el coche?

—Allí, junto al supermercado.

Pasearon en silencio, disfrutando del sonido de la lluvia.

—Gracias por tus palabras, Carme. Es bueno saber que cuento contigo.

Carme lo miró de soslayo con una sonrisa sincera.

Unos segundos de silencio se interpusieron entre ellos, aunque esta vez fue un silencio cómodo.

—Xosé... algo te preocupa. Pareces tenso.

Quiroga pareció sorprendido por la pregunta, pero luego rio con nerviosismo.

—¡Parece que no me conoces! — exclamó—. Estoy bien, solo un poco inquieto. No quiero que esto se llene de periodistas hurgando en hechos luctuosos de hace décadas.

—Lo entiendo.

—Pero no te preocupes, no pienso obsesionarme. Sé que tengo el apoyo de personas como tú.

Carme se sintió halagada por sus palabras, pero también inquieta. Había algo extraño en la forma en que Quiroga hablaba del caso.

Llegaron al coche. Quiroga le abrió la puerta y le dio un apretón de manos antes de despedirse.

—Carme, supongo que valoras nuestra amistad. Si te enteras de algo sobre la investigación de tu primo, me lo contarás, ¿verdad?

Carme lo miró con desconfianza. Asintió, forzada por la situación.

—Adiós, Xosé. Que tengas buena noche.

Carme arrancó el coche y cerró la puerta con brusquedad. Mientras se alejaba, no pudo evitar preguntarse qué ocultaba realmente la actitud de Quiroga.

17

Xosé no estaba tranquilo. Carme tenía toda la razón: los acontecimientos se habían precipitado desde la aparición de aquellos restos humanos en la antigua colonia del Monte do Carballo. Se preguntaba si, después de tantos años intentando borrar todo vestigio de un pasado del que no se sentía orgulloso, el destino iba a cobrarse otra deuda más. ¿No había sido suficiente lo que la vida le había arrebatado con la muerte de su amada Gloria? ¿No había pagado ya un peaje cruel como consecuencia de sus acciones pasadas?

A principios de los años cuarenta, él era muy joven, sin experiencia y lleno de falsos ideales. Se dejó seducir fácilmente por la ideología del Movimiento Nacional y se alistó en la Falange con solo veinte años. Su entusiasmo y sus dotes para la oratoria le permitieron progresar dentro de la organización, hasta que en 1944 se unió a los Servicios de Información e Investigación (SII), una especie de organización parapolicial destinada a vigilar y delatar a la disidencia y a los presuntos enemigos del Régimen. Xosé redactó muchos expedientes y acusaciones, incluso contra vecinos a los que conocía desde su infancia. Algunos de esos informes derivaron en juicios sumarísimos, fusilamientos, penas de cárcel e incluso deportaciones a campos de trabajo.

Estar cerca del Régimen le permitió obtener el dinero suficiente para comprar tierras, ganado y montar su empresa maderera, con sede en Bayo, una población a diez kilómetros de Vimianzo, donde ahora, por azares de la vida, era alcalde.

En la penumbra de los años setenta, tejió pactos clandestinos con familias desoladas por las sombras de la represión franquista, almas marcadas por la pérdida de progenitores y abuelos en los días más oscuros de la posguerra. Su astucia lo llevó a explotar sus

vulnerabilidades, aquellas que los empujaban a anteponer un ápice de dignidad sobre las cenizas de la memoria. Esos convenios se convirtieron en su escapatoria hacia una existencia menos amarga, dotándolos de un efímero consuelo material. Xosé, envuelto en el manto de la ambición, nunca vistió con orgullo tales acciones; sin embargo, comprar el silencio ajeno se convirtió en la piedra angular para despojarse de su pasado turbio y limpiar su imagen. Así allanó el camino hacia sus ambiciones políticas, liberándose de los pesares que una vez lo encadenaron.

Sin embargo, ahora era consciente de que el descubrimiento de aquellos restos humanos en la antigua colonia le traería problemas. Maldijo una y otra vez aquel día de primavera de 1948 en el que conoció al coronel Marcos Carrión. Mantuvieron una relación más o menos estrecha que le ayudó a impulsar definitivamente su carrera como responsable de la comarca en el SII. Todo fue sobre ruedas hasta que Carrión le pidió ayuda para crear y gestionar una nueva colonia preventorial en un antiguo castillo abandonado cerca de Camariñas, donde escolarizarían a los hijos de padres y madres prisioneros acusados de traición.

Al principio, todo parecía normal. Él se encargaba de firmar los expedientes de los niños que iban a ser separados de sus familias y trasladados a la colonia, pero pronto las cosas se torcieron. El sacerdote a cargo de la institución, el padre Bieito Camargo, un joven ambicioso con la vista puesta en un rápido ascenso dentro de la jerarquía eclesiástica, no hizo nada para acallar los rumores cada vez más extendidos sobre presuntos abusos a los niños internos.

Esa fue la época más dolorosa de su vida, llena de remordimientos que apenas le dejaban dormir. Nunca pudo imaginar la gravedad de los hechos, que desembocaron en asesinatos y desapariciones.

Ahora, tras el descubrimiento de los restos en el castillo, era solo cuestión de tiempo que la investigación policial llegara hasta él. Su firma estaba en todos los expedientes de traslado de los niños durante más de diez años. Aquello podía significar el fin de su carrera política. Estaba nervioso, incapaz de ocultarlo, especialmente frente a Carme. Por primera vez, vio desconfianza en sus ojos. Debía

aprender a controlar mejor sus actos y no parecer dominado por la ansiedad.

Tenía suficientes contactos para averiguar el avance de la investigación y entorpecerla. Sin embargo, reflexionando sobre el asunto, le pareció extraño que la policía hubiera enviado a una experimentada inspectora y a un experto criminalista para investigar unos hechos que ya estaban prescritos. Debía de haber algo más detrás de todo esto.

De hecho, el mismo magistrado de instrucción, a quien conocía desde hacía muchos años, le confirmó que la inspectora Vargas fue designada como miembro de la comisión judicial desde Madrid y que tenía órdenes directas de reportar a altos cargos del Gobierno y de la Iglesia sobre la evolución del caso.

Xosé continuaba de pie, con el paraguas abierto bajo la lluvia, después de que el Seat Ibiza blanco de Carme doblara la esquina y se adentrara en la Rúa de Trasariz, que conectaba directamente con la carretera comarcal de Camariñas, la misma vía que la llevaría hasta su casa en Laxe. Allí, medio empapado, se dio cuenta de que la luz del día había desaparecido y la noche, junto con la lluvia, confería a la plaza del ayuntamiento un halo de inquietante tranquilidad.

Se puso en marcha, caminando hacia la Rúa de Rosalía de Castro, donde había dejado aparcado su Fiat Tempra plateado. Durante el trayecto, como era habitual, se detuvo varias veces a charlar con sus vecinos. Una vez en el coche, tomó la carretera de Finisterre en dirección a su hogar, una vivienda unifamiliar situada al pie de la carretera, cerca de un yacimiento celta conocido como el Castro de las Barreiras.

Absorto en sus pensamientos, no se percató de la presencia de un pequeño coche blanco estacionado unos metros más allá del suyo. El vehículo arrancó el motor y una figura oscura se movió en su interior. Con las luces encendidas, el coche derrapó ligeramente sobre el barro, chirriando sobre la calzada.

18

El gran caserón en las afueras de Vimianzo, erigido sobre una vasta extensión rústica, se había transformado en un imponente monumento a la desolación para Quiroga. Cada rincón, adornado con el exquisito gusto de su difunta Gloria, evocaba recuerdos punzantes: el aroma sutil que aún flotaba en el aire, la disposición meticulosa de los muebles, cada retrato que adornaba las paredes e incluso el vibrante caleidoscopio floral de su jardín, todo ello servía como un cruel recordatorio de su ausencia.

Aquella casa, antes escenario de un amor profundo y cuidado mutuo, se había convertido en un mausoleo para él, vacía desde que el cáncer le había arrebatado a Gloria en un cruel susurro del destino.

El hogar que habían construido juntos ya no era más que una prisión de ladrillo y cemento que encapsulaba su dolor. Decidido a escapar de esa sombra, Xosé sabía que vender la casa era su única salida. Ansiaba preservar el recuerdo de Gloria, pero deseaba hacerlo a su manera, conservando los momentos luminosos y dejando atrás los más oscuros. Las cajas de mudanza, testigos silenciosos de su inminente partida, estaban listas. Pronto dejaría atrás aquel santuario de recuerdos para iniciar un nuevo capítulo en un apartamento en Muxía, llevando consigo el dolor y la esperanza de renacer.

Desde la muerte de Gloria, Xosé se había refugiado en la rigidez de sus rutinas. Como cada noche, se recluyó en el despacho, organizando meticulosamente las tareas del día siguiente, tanto municipales como empresariales. Esa dedicación lo absorbía, distrayéndolo de pensamientos dolorosos. La única conexión cercana que mantenía, aparte de con Carme, era con Luisa. Ella, más que una empleada, desde hacía seis años se había convertido en su pilar,

cuidando no solo del hogar, sino también de su bienestar, casi como un miembro más de la familia.

Un par de golpes delicados en la puerta atrajeron su atención. Era Luisa, que apareció sigilosamente, como cada noche a las ocho, para despedirse hasta el día siguiente. Se había quitado el uniforme de trabajo que usaba habitualmente y, con una gran sonrisa que iluminaba su rostro jovial y blanquecino, le saludó. Tenía el pelo teñido de rubio, abundante y recogido en un moño. Al hablar, su boca ancha de labios finos recordaba al boqueo de los peces al ventilar sus branquias.

—Don Xosé, me voy... ¿cómo ha ido el día?

—Muy bien. ¿Ya has terminado?

—Sí... le he dejado un poco de pescado en el horno para que cene. Debe comer algo, está muy delgado.

—Gracias, Luisa —sonrió—. Hasta el miércoles.

—Por cierto, Don Xosé, en el jardín he visto que las dalias se están secando. He llamado a la empresa de jardinería para que vengan mañana y les echen un vistazo. Creo que están enfermas.

—Muy bien, Luisa, muchas gracias.

A Quiroga le divirtió la seguridad con la que Luisa había llegado a la conclusión de que las dalias estaban enfermas sin tener conocimientos de jardinería.

Luisa cerró la puerta del estudio con un susurro, dejando a Quiroga sumido en un mar de pensamientos. El eco de la puerta principal acentuó su soledad. Se volvió hacia su escritorio, donde la luz temblorosa de una lámpara arrojaba sombras sobre cuadernos de tapa azul. La contabilidad esperaba, pero su mente vagaba hacia Carme. Se lamentó de cualquier sombra de duda que sus palabras hubieran podido sembrar sobre él, pues era injusto para quien había sido su sostén tras la pérdida de Gloria.

Un gesto de disgusto cruzó su rostro; entrecruzó las manos, buscando calma. Con un suspiro, se obligó a enfocarse, pero un golpe sutil, casi furtivo, fuera del estudio, cortó el hilo de su concentración. Quiroga se tensó y se puso en alerta.

No oyó nada más. Frunció el ceño y esperó un par de minutos, luego volvió a colocarse las gafas y retomó su tarea. De repente,

escuchó otro golpe, esta vez con más violencia. Algo se había roto en el piso de arriba. Y nuevamente, otro golpe más, el tercero, y de nuevo el silencio. Ahora sí que estaba asustado.

Dejó las gafas con cuidado sobre la mesa y se levantó. Salió del despacho y cruzó el salón hasta el vestíbulo, desde donde partían los peldaños de una escalera que conectaba con el piso superior. La escalera tenía un elevador, ahora en desuso, que había ayudado a Gloria en los momentos más críticos de su enfermedad a subir a su dormitorio. Levantó la vista, buscando una explicación para los golpes, pero no encontró nada. Todo volvía a estar en calma.

Quería evitar el engorro de subir para nada, pero volvió a escuchar otro golpe, más fuerte aún, y el sonido de cristales rotos. Afuera, el viento soplaba con fuerza y la lluvia golpeaba el tejado con un ritmo monótono.

Al final, decidió subir. Llegó hasta el rellano, donde se situaban las tres puertas de madera blanca que daban acceso a los dormitorios. Notó que una de ellas estaba entreabierta. Era la habitación de Gloria, donde había pasado sus últimos días. Se sorprendió: esa puerta permanecía cerrada con llave desde su muerte.

Sintió cierto enfado, pensando que Luisa, por despiste, la había dejado abierta a pesar de sus instrucciones de que esa habitación no se volviera a abrir jamás. Avanzó con paso firme y, dentro de la habitación, una de las hojas de la ventana se sacudía con furia contra la pared, dejando entrar la lluvia a raudales.

—Qué desastre —murmuró.

Cerró la ventana rápidamente y observó los cristales esparcidos por el suelo, mientras el parqué se oscurecía con la humedad.

En ese momento, un golpe en la cabeza lo desestabilizó. Buscó apoyo en la pared, provocando la caída de varios cuadros. Un dolor abrasador lo inmovilizó, sumiéndolo en un breve lapso de inconsciencia. Se desplomó, sintiendo el sabor metálico de la sangre en la boca.

De repente, una mano firme lo cogió del brazo y lo volteó con brusquedad. Todo se volvió borroso, pero pudo distinguir una figura con unos ojos de color azul intenso que lo observaban, sumiéndolo en un abismo de terror.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —balbuceó.

El desconocido lo manejaba como a un muñeco de trapo. Intentó resistirse, pero el miedo lo paralizaba. Sintió cómo le desabrochaban el cinturón y le bajaban los pantalones hasta los muslos.

Luego, el pinchazo de una inyección.

Miró al agresor, suplicante, pero el hombre lo observó con frialdad, sin mostrar emoción alguna.

—¿Quién eres? ¿Por qué estás haciendo esto? —repitió con un hilo de voz.

La droga comenzó a hacer efecto. Su cuerpo se relajó, su mente proyectó imágenes de su pasado. Vio a Gloria, sonriéndole, extendiendo los brazos. El placer lo embargó.

Poco a poco, todo se tornó gris y lejano. Lo último que percibió fue una cadena brillante en el cuello del desconocido, con la efigie de una santa que reconoció al instante.

19

El vaso de güiski cayó de la mesilla y rodó por el suelo. El repentino ring del teléfono sacudió la cabeza de Marzán como un martillazo. Encendió la lámpara y se puso las gafas. Miró el reloj: eran las cinco de la mañana.

Estaba desconcertado, otra noche más había sido atormentado por las pesadillas, el mismo sueño recurrente en el que se veía ahogándose en un mar embravecido. Desde su regreso a la Costa da Morte, aquellas visiones se habían intensificado.

El teléfono, que había dejado de sonar por un instante, volvió a emitir su molesto timbre, golpeando su cerebro con una fuerza insoportable. Recuperó el control de sus miembros y descolgó el auricular. Al otro lado, escuchó la voz alterada de Noela.

—Marzán, perdona que te llame a esta hora... —volvió a mirar el despertador en la mesilla de noche.

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo? —se incorporó con dificultad, se sentó en la cama y se pasó la mano por el pelo.

—Sí. Me ha llamado la Guardia Civil. Al parecer, han encontrado un cuerpo en un antiguo molino del siglo XVI, ubicado junto al cauce del río Grande, que atraviesa Ponte do Porto, una población situada entre Vimianzo y Camariñas. El cadáver estaba sumergido en el agua y presenta signos de tortura.

—¿Dónde estás tú?

—Estoy todavía en el hotel, llegaré en unos 30 minutos.

—Nos vemos allí entonces. ¿Han conseguido identificar el cuerpo?

—Todavía no es seguro. Pero los indicios apuntan a que es Xosé Quiroga, el alcalde que desapareció hace tres días.

—Joder... —exclamó Marzán.

Marzán pensó en Carme y su vínculo con Quiroga. Se apresuró a vestirse, eligiendo unos tejanos y un polo azul, acompañados de unas zapatillas Adidas de color blanco. Guardó las llaves en su

cartera de cuero, asegurándose de no olvidar su inseparable cuaderno de tapas de color rojo.

Al abrir la puerta de su habitación, intentó no hacer ruido para no perturbar el descanso de Carme y Xiana. Sin embargo, la penumbra reveló una silueta inesperada: era ella, con un camisón de encaje y un cárdigan de lana que la envolvía como una aparición.

Su sorpresa se intensificó al cruzarse con su mirada, una que no pudo sostener.

—Es Xosé, ¿verdad? Lo han encontrado.

Marzán apretó la mano sobre la manilla de la puerta, dispuesto a salir a la calle. En ese preciso momento, no era capaz de enfrentarse a todo aquello. Bajó la cabeza y frunció los labios sin decir nada.

Ella comprendió enseguida que algo terrible había sucedido. Se llevó ambas manos a la boca, como si quisiera contener el horror, y luego rompió a llorar.

20

Marzán llegó durante la madrugada a Ponte do Porto y se encontró con una pequeña población silenciosa, iluminada aún por las farolas que se erguían a ambos lados de la carretera que conectaba Vimianzo y Camariñas. Ponte do Porto se expandía como los tentáculos de un pulpo en varias direcciones, incluyendo la orilla del río Grande, cuyo cauce de más de cuarenta kilómetros recorría varios concellos.

Recorrió la zona urbana en su Audi 80, observando las luces intermitentes de varios coches de la Guardia Civil. Miró su reloj: marcaban las cinco y diez de la mañana. El cielo comenzaba a teñirse de un tono ceniciento, anunciando el amanecer.

Estacionó en un área recreativa que le pareció adecuada y reconoció el Volkswagen Golf de la inspectora Vargas. Salió del coche, se abrochó la chaqueta vaquera para protegerse del fresco matinal y metió las manos en los bolsillos delanteros del pantalón.

Avanzó con cuidado por una senda acordonada que conducía a la ribera del río, cuyo caudal, ensordecedor tras las recientes lluvias, fluía con violencia. Tras superar un pequeño control, donde un Guardia Civil con un chubasquero verde le pidió su identificación, se topó con dos hombres vestidos con monos de trabajo y supuso que eran del laboratorio forense. Se acercó a ellos y preguntó por la inspectora Vargas.

El sendero se volvía cada vez más angosto y accidentado, con la vegetación descontrolada y salvaje. Avanzaba con cautela, evitando los tojos que crecían sin orden, pero aun así, resbaló en el barro y cayó al suelo. Sus pantalones quedaron empapados y el agua caló sus zapatillas, dejándole los pies húmedos.

En ese momento, una mano se extendió hacia él desde la oscuridad y lo ayudó a incorporarse. Era un guardia civil joven, de

rostro atractivo y expresión serena, que le dedicó una sonrisa cordial.

Marzán le devolvió la sonrisa, aunque se sentía ridículamente torpe.

—Hay que tener cuidado, que el suelo está resbaladizo. ¿Se ha hecho daño?

Marzán no contestó. Aún estaba fastidiado consigo mismo. Se sacudió los pantalones embarrados con las manos y frunció el ceño con disgusto.

—Es usted Suso Marzán, ¿verdad? Nos avisaron en el control de su llegada y la inspectora Vargas me pidió que lo escoltara. Vamos, estamos cerca del lugar del hallazgo.

Marzán fue guiado por el guardia hasta la ribera del río. A unos cincuenta metros, tras unos arbustos, el sendero se ensanchaba, dando paso a una explanada frondosa donde se alzaba un molino medio derruido.

La actividad era frenética: varios guardias civiles vestidos de paisano iban de un lado a otro. Marzán reconoció a la inspectora Vargas, iluminada por los focos, hablando con un hombre alto, de unos cincuenta años, vestido con vaqueros negros y un jersey de punto azul.

Al ver a Marzán, Vargas hizo un gesto rápido con la mano, indicándole que se acercara.

—Estás horrible. ¿Qué te ha pasado?

—No digas nada. No ha sido una de mis mejores noches.

Marzán era plenamente consciente de su aspecto desaliñado con la ropa manchada de barro y la barba de varios días.

—Por cierto, te presento al magistrado Juan Maldonado, del partido judicial de Corcubión.

Ambos hombres se estrecharon la mano.

—Encantado de conocerle, Marzán. Sigo muy de cerca sus publicaciones. Son una referencia en criminología.

—Bueno, creo que mis libros han quitado el sueño a muchos estudiantes de Derecho en los últimos años.

Marzán esbozó una sonrisa y luego miró a su alrededor.

—¿Qué han encontrado?

Los tres avanzaron hacia la orilla, bajo un cielo que comenzaba a clarear. Entre las sombras, Marzán divisó lo que parecía un cuerpo flotando boca abajo, mecido por la corriente como una silueta espectral.

A medida que la luz desvelaba los contornos del río, la escena adquirió una nitidez escalofriante. El cadáver, atado a un antiguo canal de piedra —reliquia que en otro tiempo había dado vida al molino—, se confundía con las ondulantes formas del agua, como una criatura surgida de los abismos.

—Alrededor de la una de la madrugada —dijo Vargas—, una pareja encontró el cuerpo de Xosé Quiroga flotando en el río con evidentes signos de violencia. El médico forense nos ha dicho que es posible que Quiroga lleve muerto unas cuarenta y ocho horas. También hemos encontrado un cuchillo con sangre que ya hemos enviado al laboratorio. Creemos que podría ser el arma homicida.

Marzán observó el entorno.

—¿Y cómo lo trajeron hasta aquí? Cruzar este sendero es complicado, más aún transportando un cuerpo. ¿Cuánto creéis que pesaba Xosé Quiroga? ¿Alrededor de noventa kilos?

—Descubrimos un sendero oculto que baja desde la carretera, entre los árboles. Muchas parejas de la zona lo utilizan para tener encuentros sexuales. Suponemos que el asesino llegó en su vehículo, bajó con el cuerpo por el sendero y lo arrastró unos cien metros.

—¿Y por qué arriesgarse tanto? Cualquiera podría haberlo visto. Este lugar debe tener algún significado para el asesino.

—La Guardia Civil está intentando localizar posibles testigos, pero será difícil conseguir una pista fiable. Todo ocurrió en la oscuridad.

—Estos molinos hidráulicos son muy populares —intervino el magistrado Maldonado, que hasta entonces había permanecido en silencio—. En la antigüedad, servían como refugio y lugar de encuentro para amantes como ahora.

Vargas y Marzán intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Les sorprende? —Maldonado sonrió brevemente—. Aparte de mi profesión, soy un apasionado de las tradiciones y leyendas de la

Costa da Morte. He publicado algunos estudios... todos tenemos nuestros hobbies ocultos.

El magistrado señaló el molino.

—Durante el siglo XVIII, estos molinos se conocían como «muiños de herdeiros». Eran financiados por la comunidad y se construían junto a los ríos para moler grano y maíz. Este en particular es un «muiño de canle» —señaló un punto en el agua junto al molino—. El canal recoge el agua y la impulsa a través de una rueda de hierro llamada «rodicio», que se usaba para moler el grano.

Maldonado guardó silencio por un momento, pensativo, mientras la policía judicial extraía el cuerpo de Quiroga del agua. Luego miró a Marzán directamente.

—Se preguntarán por qué les cuento todo esto, ¿verdad?

En su rostro apareció una sonrisa enigmática.

—El molino, en la tradición cristiana del Siglo de Oro, está relacionado con la simbología del arrepentimiento y la contrición de los pecados. El canal por donde entra el agua simboliza la confesión, y el flujo continuo representa las gracias divinas que conducen al perdón.

—Es evidente que el asesino ha puesto mucho empeño en evitar cualquier componente aleatorio en el crimen —dijo Marzán—. La disposición del cuerpo con los pies atados al canal del molino tiene un grado de teatralidad, pero no sería el primer ni el último asesino en hacerlo para despistar a la policía.

Marzán notó que comenzaba a caer una fina llovizna. Observó cómo los forenses colocaban el cadáver en una camilla tras finalizar la recogida de pruebas. Una vez en tierra firme, lo introdujeron en una bolsa de plástico negra.

Vargas hizo un gesto para que el equipo se detuviera y señaló algo a Marzán.

Él se acercó al cuerpo y se encontró con una escena espantosa.

El cadáver mostraba signos de livideces fijas y una avanzada relajación post mortem. La rigidez había desaparecido, dejando el cuerpo flácido. Las heridas y contusiones cubrían todo su cuerpo. La garganta había sido prácticamente seccionada, dejando la cabeza unida por apenas unos tendones. Sus manos presentaban

quemaduras de tercer grado, probablemente causadas por algún tipo de ácido, destruyendo por completo sus dedos y el pene también había sido amputado.

—Quiroga fue torturado de la manera más cruel hasta la muerte. Las heridas fueron infligidas sistemáticamente mientras aún estaba vivo, con el objetivo de provocarle el máximo dolor posible —señaló Vargas.

—Esto confirma los posibles tintes rituales del crimen… o al menos eso es lo que el asesino quiere que creamos —dijo Maldonado.

Marzán pidió a los forenses que colocaran el cuerpo para su inspección. Se puso unos guantes de goma, todavía húmedos de desinfectante, y comenzó a palpar meticulosamente la cavidad oral y la columna, descendiendo hasta la región pélvica.

De pronto, algo inusual captó su atención. Un trozo de tela asomaba del ano.

Con unas pinzas, lo extrajo con sumo cuidado.

Era un pedazo de tela enrollado y manchado. Tras limpiarlo con agua, desplegó el tejido. En su superficie se revelaba un texto en latín:

«Taranis Dispater»

— Esus Marte —murmuró Maldonado, pensativo—. Hace mucho tiempo que no oía hablar de este ritual. Aparece en leyendas, cuentos y tradiciones. Antiguos grimorios lo mencionan. Se remonta a tiempos ancestrales, cuando los primeros pobladores celtas habitaban estas tierras.

El ambiente se volvió aún más tenso mientras la llovizna seguía cayendo sobre aquel macabro escenario.

El misterio y la oscuridad parecían cerrarse en torno a Marzán y Vargas, dejando entrever la magnitud del caso que tenían entre manos.

21

Vargas observó cómo los técnicos forenses cargaban el cadáver de Xosé Quiroga en una furgoneta de color negro. Detrás de ella, Marzán deambulaba concentrado, garabateando en su inseparable cuaderno de tapas rojas. Tomaba notas con celeridad, como si temiera olvidar algún detalle crucial.

Absorta en la figura de su nuevo compañero, que, bajo los primeros rayos del sol de la madrugada, adquiría una apariencia casi fantasmal, no se percató de la presencia sigilosa del magistrado Juan Maldonado.

Él se acercó con intención de despedirse, le tendió su mano huesuda, que ella estrechó cordialmente con una sonrisa fugaz.

—El cuerpo será trasladado al Instituto de Ciencias Forenses de Santiago de Compostela. La autopsia se realizará mañana. He solicitado que le den máxima prioridad para que podamos disponer de los resultados cuanto antes.

—Se lo agradezco —contestó Vargas—. Mañana iré temprano a recoger los informes. Mientras tanto, hablaremos con las personas más cercanas a Quiroga y revisaremos sus coartadas. Quizá eso nos conduzca a algo.

Maldonado asintió con un leve movimiento de cabeza y se marchó en su coche.

Marzán se situó junto a ella y ambos observaron cómo el vehículo del magistrado arrancaba y desaparecía en la carretera.

—Todo esto es muy extraño, Noela. Las heridas que el asesino infligió a Quiroga, la tortura, las quemaduras, el corte en la garganta... No sé, es como si le hubiera dado muerte de tres formas distintas.

—No entiendo. ¿A qué te refieres?

—Sé que debemos esperar los resultados de la autopsia para tener una idea más clara de lo ocurrido —se explicó Marzán—. Pero

lo que mencionó Maldonado sobre los tintes ceremoniales del crimen me recordó algunas lecturas que hice hace años sobre sacrificios humanos en prácticas celtas.

En aquellos cultos, las víctimas eran sometidas a diversas torturas como ofrenda para calmar la ira de sus dioses. La violencia con la que se ensañó el asesino parece más un acto de redención que una simple venganza. Como si estuviera expiando un pecado que aún no ha sido perdonado.

—Bien, pues sigamos esa línea de investigación. Debemos ahondar en el pasado de Quiroga. Si hay una conexión con la colonia de Monte do Carballo, tenemos que encontrarla. No puede ser una coincidencia que los restos humanos aparecieran justo antes de su asesinato.

Además, debemos descifrar qué intenta decirnos el asesino con el mensaje de Taranis Dispater. En eso, creo que el magistrado puede sernos de gran ayuda.

Vargas se despidió de Marzán y se dirigió a su coche, pero antes de subir, una figura al otro lado de la carretera captó su atención.

Un grupo de curiosos se había congregado en el lugar, entre ellos un hombre de unos cincuenta años, de rostro curtido por el sol, como alguien acostumbrado a trabajar a la intemperie.

El desconocido estaba montado a horcajadas sobre una Derbi Coppa de aspecto viejo y descuidado. Vargas reconoció la marca al instante; muchos hombres que trabajaban para las empresas de su padre usaban ese modelo.

Vio cómo se ajustaba la capucha de un chubasquero, ocultando su rostro. De pronto, él notó que Vargas lo observaba.

El hombre le sostuvo la mirada, pero con un atisbo de miedo.

Vargas percibió su nerviosismo, su lenguaje corporal lo delataba. Sus labios se movían con rapidez, murmurando algo inaudible, como si recitara una plegaria. En su mano, un colgante plateado giraba sin cesar.

Ese gesto le trajo a la memoria a las ancianas que pasaban las cuentas del rosario en la iglesia.

Vargas cerró la puerta del coche con suavidad y dio un paso en su dirección, pero el hombre, como si sintiera que el peligro lo acechaba, arrancó la moto de forma repentina y desapareció en la distancia.

22

Al día siguiente, Vargas se desplazó hasta el Instituto de Ciencias Forenses de Santiago de Compostela. La habían avisado temprano de que la autopsia de Quiroga había concluido.

El Instituto de Ciencias Forenses estaba ubicado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Santiago de Compostela, un edificio de piedra de arquitectura sobria, con una fachada austera que reflejaba su carácter académico y científico. Se accedía a través de un portalón de estructura sencilla, flanqueado por muros robustos y ventanales altos que dejaban pasar la tenue luz del día. En su interior, largos pasillos de suelos de mármol y techos altos acentuaban la solemnidad del lugar, donde se realizaban autopsias, exhumaciones y formación para futuros médicos forenses.

Vargas esperó a que la doctora encargada de la autopsia la recibiera. Aguardó pacientemente en una sala cuyas paredes estaban pintadas de un verde mortecino.

Cuatro bancadas con cinco banquetas de madera, algunas bastante estropeadas, estaban ocupadas por visitantes cuyos rostros reflejaban la desesperación de una pérdida reciente. Vio a un hombre mayor, de unos setenta años, vestido con un traje oscuro, absorto en la lectura de un libro de bolsillo. También divisó a una mujer de mediana edad, con la mano apoyada en la mejilla y la mirada perdida. La estancia carecía de decoración, salvo un reloj de pared, tan sobrio como el lugar. Su tic-tac resonaba con una precisión casi insoportable en el silencio opresivo de la sala.

Vargas se sentó y su mente viajó a un momento del pasado: en ese mismo edificio, había acompañado a Lucía a reconocer el cuerpo de su hijo Quique. Recordó el llanto desconsolado de una madre que acababa de perder lo que más quería en el mundo junto a su propio estado de catalepsia emocional, sintiendo cómo su alma se rompía en mil pedazos.

Pensó en la mano de Lucía, que rechazó la suya con brusquedad cuando intentó consolarla. Ese gesto levantó un muro definitivo entre ellas. Desde entonces, no volvieron a verse ni a hablar.

Una lágrima resbaló por su mejilla, y Vargas la secó con un rápido movimiento de la mano. Perdida en aquella ensoñación, regresó abruptamente a la realidad cuando una mujer de mediana edad, vestida con un batín blanco, preguntó por ella. La mujer tenía el pelo rubio teñido y recogido en un moño. Vargas percibió en ella un cierto aire descuidado, quizá fruto de las largas horas dedicadas a su trabajo. Sobre su pecho colgaban unas gafas de pasta rojas, sujetas con un cordón del mismo color. Se las puso torpemente con una mano mientras sujetaba una carpeta con la otra.

—Inspectora Vargas, soy la doctora Llopis —le tendió la mano, flácida y fría—. Soy la patóloga forense encargada de la autopsia de Xosé Quiroga. Por favor, acompáñeme. Acabamos de terminar.

—¿Hay algo de interés? —Vargas la siguió por el pasillo con cierta dificultad.

—Podríamos decir que sí, inspectora. —Llopis esbozó una sonrisa enigmática.

Antes de entrar en la sala de autopsias, Vargas tuvo que ponerse un equipo especial para evitar la contaminación del lugar. Al hacerlo, revivió mentalmente otras visitas a aquel sitio cuando estuvo destinada en Santiago, un fuerte olor a desinfectante le golpeó los sentidos.

Vio una estancia espaciosa, de paredes cubiertas de azulejos blancos. Grandes ventanales permitían la entrada de luz natural, iluminando el amplio patio interior. En el centro de la sala se disponían cinco camillas de autopsia. Vargas observó las repisas de aluminio colgadas en las paredes, repletas de frascos de cristal con sustancias de los más diversos colores.

Sobre una de las camillas, tapado con una sábana hasta la cintura, yacía el cadáver de Quiroga. Su pecho seguía abierto, lo que obligó a Vargas a apartar la mirada con un leve gesto de incomodidad.

Entonces reparó en un joven que recogía cuidadosamente los instrumentos, con la delicadeza de un músico al finalizar su

concierto. Supuso que era un estudiante encargado de limpiar y desinfectar la sala tras cada intervención. En cuanto entraron, el joven desapareció como un fantasma, sin hacer el más mínimo ruido.

A lo largo de su carrera, Vargas había visto suficientes cadáveres como para no inmutarse ante el de Quiroga. Sin embargo, esta vez fue distinto.

Las livideces cadavéricas, ya fijas y de un tono violáceo oscuro, marcaban su piel. Su rostro, hinchado por la congestión post mortem, presentaba un rictus tenso que desdibujaba sus facciones, acentuando el horror de su muerte.

A su alrededor, varias bandejas metálicas contenían los órganos extraídos durante la autopsia. Incluso para una policía veterana como ella, aquella escena resultaba difícil de asimilar.

Mientras tanto, la doctora Llopis revisaba el contenido de una carpeta miniclip, hojeando sus notas con gesto meticuloso.

El silencio se prolongó durante dos largos minutos, mientras pasaba las páginas una y otra vez.

Vargas de nuevo fijó su atención en el cadáver, deteniéndose en los brazos, que sobresalían de la sábana, cubiertos de moretones.

—Bien... —dijo Llopis, rompiendo finalmente el silencio—. En la inspección ocular hemos localizado múltiples heridas contusas provocadas por un arma percutora, quizá un martillo o algo similar. También hemos identificado varias quemaduras en el cuerpo, producto de la corrosión causada por un ácido. Vamos a analizarlo, pero creo que se trata de fósforo blanco.

—Dios Santo... —susurró Vargas.

Llopis tomó una de las manos del cadáver y la levantó, mostrándosela a Vargas.

—Como puede ver, han desaparecido varios dedos de ambas manos.

—¿Qué demonios le hicieron?

—El asesino obligó a la víctima a sumergirlas en un recipiente con este ácido. En todos mis años de forense, jamás había visto semejante crueldad.

Llopis se quitó las gafas y las dejó delicadamente sobre su pecho.

—Y lo peor de todo... —prosiguió— es que esto lo hicieron cuando aún estaba consciente.

Vargas se estremeció.

—¿De qué clase de monstruo estamos hablando?

—Espere, hay más. La víctima estuvo narcotizada durante todo el proceso con una sustancia alucinógena derivada del Cornezuelo del centeno. Esta sustancia le inhibió la voluntad, pero el dolor fue tan insoportable que su corazón no lo resistió y murió de un paro cardíaco.

—¿Entonces el corte en la garganta no fue la causa de la muerte?

—No. El asesino lo hizo después. Todo indica que Quiroga ya tenía problemas cardíacos y obviamente, el asesino desconocía este dato. Vamos, que podemos decir que le arruinó la fiesta...

Llopis apretó los labios, midiendo cuidadosamente sus palabras.

—Creo que no se esperaba este desenlace. Luego, le cortó el cuello como parte del...

Se detuvo, dubitativa.

—... del ritual.

—Sí, una especie de ritual —Llopis asintió, pensativa.

—También encontramos en su estómago una pequeña cadena con la imagen de una santa.

—¿Cree que la ingirió voluntariamente?

—No lo sabemos. Quizá el asesino le obligara a hacerlo.

Llopis le entregó una bolsa de plástico precintada.

Vargas la tomó y examinó el objeto. Era la misma medalla de Santa Mariña de Augas Santas que habían encontrado entre los restos de los niños del preventorio. Vargas giró la medalla entre los dedos, contemplándola con expresión sombría.

—¿Cuánto tiempo cree que Quiroga estuvo sometido a la tortura?

Llopis cruzó los brazos y suspiró.

—Es difícil de determinar con precisión, pero calculamos alrededor de veinticuatro horas. No puedo imaginar el sufrimiento que debió soportar.

Vargas exhaló lentamente, intentando procesar la brutalidad del crimen.

—Muchas gracias, doctora. ¿Puedo llevarme una copia del informe con las conclusiones?

—Sí, claro. Aquí tiene.

Llopis extrajo un documento de la carpeta y se lo entregó.

Entonces, como si recordara algo de repente, Llopis la miró con seriedad.

—Una última cosa, inspectora...

Vargas levantó la vista del documento.

—No deja de ser una opinión, pero... verá, soy una apasionada de la antropología y la arqueología forense. Y este crimen me recordó a ciertos restos humanos de la Edad Media que he examinado recientemente.

—¿A qué se refiere?

—A sacrificios rituales.

Llopis se quitó las gafas y las sostuvo en la mano mientras hablaba.

—Se han encontrado cuerpos en turberas de varios países del centro de Europa, restos de hombres, mujeres y niños. Todos ellos presentaban heridas similares a las de Quiroga.

—¿Por qué se realizaban esos sacrificios?

—No hay demasiada información al respecto. Posiblemente eran tradiciones heredadas del mundo celta, ceremonias de expiación para obtener el perdón de sus dioses. También podían ser castigos por deudas no saldadas o rituales para bendecir las cosechas mediante el derramamiento de sangre.

Vargas frunció el ceño.

—¿Cree, doctora, que existe alguna relación entre estos rituales y el asesinato de Quiroga?

Llopis hizo una pausa antes de responder.

—No lo sé. Pero lo que sí puedo afirmar es que este crimen tiene un claro componente de castigo.

—¿Castigo?

—Sí. Hay una deuda no saldada... una venganza. La rabia con la que se infligieron estas heridas es prueba suficiente.

Vargas estrechó la mandíbula.

—¿Entonces cree que el asesino conocía a Quiroga? ¿Descarta que sea una víctima aleatoria?

Llopis asintió sin dudar.

—Lo conocía, sin ninguna duda. Nadie comete semejante atrocidad sin una conexión personal con la víctima. Le repito que no soy psicóloga ni criminalista, pero esto no es obra de un aficionado. Es despiadado. Está acostumbrado a matar. Y lo peor de todo, inspectora...

Vargas sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Este no ha sido su primer asesinato.

—Lo sé.

Llopis le sostuvo la mirada.

—Ni será el último.

23

—Te lo repito, Suso. Durante los días anteriores a su desaparición, Xosé estaba distinto. No sé si tenía que ver con el descubrimiento de los restos de esos pobres chicos en la colonia. No hablé en ningún momento con él sobre ese tema. Sí que observé que estaba más irascible y también más callado de lo habitual. Lo único que puedo asegurarte es que la noche anterior a su desaparición me preguntó por los avances de la investigación en la que estáis involucrados tú y esa inspectora.

Marzán miró fijamente a Carme. Estaba nerviosa y observó cómo frotaba sus manos sobre la falda plisada con motivos florales de color azul turquesa que vestía aquella mañana, como si quisiera eliminar todos sus pliegues con desesperación. Ambos anduvieron por el paseo marítimo de Laxe y decidieron hacer un pequeño alto. Sentados en uno de los bancos situados frente a la playa, en la Rúa de Rosalía de Castro, el rítmico sonar de las olas batiendo la orilla y los graznidos de las gaviotas los relajó. Marzán observó cómo la brisa procedente del mar jugueteaba con el pelo de Carme y lo enredaba, formando pequeños tirabuzones.

En ese preciso momento, un grupo de jóvenes, animados por aquella mañana soleada y calurosa de mediados de junio, pasó frente a ellos. Quedaban pocas semanas para la llegada del Papa Juan Pablo II a Santiago de Compostela, y Laxe vivía una inusitada actividad que colmaba sus calles y el puerto de jóvenes en peregrinación, que se identificaban con facilidad por los pañuelos de vívidos colores sobre sus hombros. Las terrazas de los bares estaban llenas, familias paseantes disfrutaban del cielo azul mientras saboreaban helados de diferentes gustos y colores.

Marzán se dio cuenta de que este pueblo, a diferencia de aquel que conoció cuando era niño, había cambiado de forma radical.

Aquel precioso pueblo pesquero, antaño lleno de hombres rudos y mujeres que miraban al horizonte con esperanza... aquel pueblo había cambiado para siempre. Estaba tan abstraído en sus pensamientos que no reparó en que Carme le observaba, como si ella supiera lo que en realidad estaba pensando.

—La verdad, todavía no he podido hacerme a la idea de que esté muerto. ¿Por qué alguien iba a hacer algo tan horrible? El Xosé Quiroga que yo conocí era un hombre atento y detallista —Carme se sacudió la nariz con un pañuelo y sus ojos se anegaron de lágrimas —. Siempre estaba allí… me ayudó y me apoyó en los períodos más complicados de mi vida. De verdad… la ausencia de Toño se habría hecho cuesta arriba si no hubiera sido por él… —hizo una breve pausa—. Después de la muerte de su mujer, su dolor nos unió más. No tenía familia y estaba solo, así que se refugió en nuestra amistad… Mierda, Suso… le voy a echar muchísimo de menos.

Carme sollozó y Marzán hizo una mueca de fastidio.

— ¿Tenías una aventura con él?

—¿Xosé y yo? ¿Pero qué estás diciendo?… Por Dios, claro que no —Carme le miró con enfado, no podía creerse que Suso le hubiera hecho esa pregunta—. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Lo siento, Carme. Tenía que hacerlo —luego le pasó el brazo por encima de los hombros con cariño—. ¿Quiroga te comentó en alguna ocasión si tenía algún problema con alguien o si tenía enemigos que pudieran desear su muerte?

—No… y no sé quién podría quererle tan mal como para asesinarle de una manera tan horrible. Reconozco que en la comarca no todo el mundo le apreciaba por su pasado franquista. Desconozco qué fue lo que hizo, nunca quiso contármelo, pero te aseguro que expió todos sus pecados entregándose a la comunidad en cuerpo y alma.

—Entonces, ¿él nunca te mencionó qué relación tenía con la colonia preventorial de Monte do Carballo?

—Suso, quizá te pueda sonar egoísta por mi parte, pero jamás quise escarbar en su pasado. Él tampoco me comentó nunca nada al respecto, era un acuerdo tácito, no hablado. Sé que hizo cosas cuando era joven de las que no estaba orgulloso y ya pagó con

creces por ello. Lo único bueno que le pasó en su vida fue el amor incondicional de Gloria, su mujer, que falleció recientemente de un cáncer.

—Quiroga no era trigo limpio, Carme —Marzán se giró y miró a Carme de perfil. Ella tenía la mirada perdida en el mar—. Fue una figura de los Servicios de Información e Investigación durante los años cincuenta. Envió a muchos de tus convecinos de entonces a cárceles y a campos de trabajo, luego vendió su alma al diablo para limpiar su nombre y entrar en política. Incluso, por lo que tengo entendido, sobornó a muchos de los familiares de aquellos represaliados. Se aprovechó de la debilidad de muchos de ellos para acallar sus voces.

Marzán se dio cuenta del rictus avergonzado de Carme. Quizá estaba siendo demasiado duro con ella por haber mantenido una relación de amistad basada en la ignorancia. Había sido ingenua, nada más. Pero también Marzán era consciente de que ella había hecho oídos sordos a los rumores y las acusaciones constantes sobre el pasado de Quiroga. Era imposible que no hubiera leído ni uno solo de aquellos artículos de prensa que aparecían habitualmente publicados antes, durante y después de las elecciones, ni aquellas entrevistas con familiares de las víctimas. Pero ella había elegido ser fiel a su amistad antes de ahondar en el pasado. Había sido egoísta en su fragilidad.

— ¿Crees que Xosé tuvo algo que ver con la muerte de los niños de la colonia?

—No lo sé, Carme. Pero hemos descubierto que conocía bien al padre Bieito Camargo, quien en aquel entonces era el director de la colonia cuando ocurrieron aquellos sucesos.

— ¿Te refieres al obispo de Mondoñedo? —preguntó Carme, sorprendida.

—Sí, además tenemos misivas firmadas por él y dirigidas a un tal coronel Marcos Carrión, que era el responsable de las deportaciones a los campos de trabajo. La policía ha encontrado documentos escritos de su puño y letra con los nombres de los niños arrebatados

a las familias de represaliados para luego ser internados en la colonia.

—Por Dios... he estado completamente ciega.

—No te culpes —Marzán acarició el rostro de Carme con el dorso de la mano—. El amor puede ser la soga que ahogue nuestro criterio y nos haga ciegos ante la forma en que vemos a los demás.

Luego, ambos cerraron los ojos, dejando que el sol calentara sus rostros. No hablaron durante un largo rato. La brisa marina retó a la arena y levantó pequeños remolinos, como si de serpientes en el aire se trataran. Gritos y risas en la lejanía eran los únicos sonidos capaces de romper aquel momento.

— ¿Todavía no has ido a verle? —preguntó Carme de forma súbita.

Marzán mantuvo los ojos cerrados y el mentón alzado, como en una plegaria.

—Mario se alegrará de verte después de tanto tiempo.

—Lo sé. Pero Mario todavía tendrá que esperar… no he encontrado el momento —respondió con una media sonrisa—. Ahora estoy demasiado ocupado combatiendo mis propios fantasmas del pasado. ¿Sabes que aún sigo sufriendo las mismas pesadillas, noche tras noche, desde que era un adolescente? Cada noche sueño que me encuentro nadando en un mar revuelto que me impide llegar hasta donde se encuentran papá y Jorge. Luego desaparecen de mi vista, tragados por el mar.

Carme cogió la mano de Marzán, la apretó con dulzura y le sonrió. Después, ambos volvieron a permanecer en silencio.

24

Juan Maldonado celebraba nueve años como magistrado en el partido judicial de Corcubión. Los delitos que solía tratar en el juzgado eran, en su mayoría, meras disputas ganaderas, peleas conyugales, hurtos y, de vez en cuando, la detención de algún conductor ebrio. Por eso, era fácil entender la sobreexcitación que le había producido, desde el primer momento, el asesinato de Xosé Quiroga. Algo se había reactivado en su interior, una sensación que no experimentaba desde que solicitó su traslado de Madrid a aquel pequeño juzgado.

En su día, fue uno de los jueces más activos en la lucha antiterrorista, combatiendo con éxito durante varios años a ETA y desarticulando algunos de sus comandos más sangrientos. Pero todo cambió cuando, un martes del mes de julio de mil novecientos ochenta, la policía le notificó que la banda terrorista le había situado como su próximo objetivo. Aquello no le sorprendió, pero a Laura, entonces su mujer, la sumió en el pánico. Solicitó el traslado y, junto a ella y sus dos hijos, Diego y Pablo, de cinco y diez años, se mudaron a aquella zona apartada de Galicia, donde había quedado vacante un puesto de juez. Un lugar tan alejado como inesperado, del que terminó enamorándose desde el primer momento.

El crimen de Vimianzo había devuelto algo de emoción a su vida. Maldonado, sentado en su sillón de cuero en la biblioteca, recordó su pasado mientras escuchaba la Sinfonía número cuatro de Johannes Brahms. Esperaba ansioso la visita de la inspectora Vargas y de aquel escritor y criminólogo llamado Suso Marzán, con quienes había concertado una reunión de trabajo para discutir algunos aspectos misteriosos del caso.

Recordó fugazmente a Xosé Quiroga y lamentó su muerte, claro que sí... aunque no le había tratado mucho en realidad. Era un

alcalde influyente, pero con bastantes claroscuros. Solo lo había visto en dos ocasiones, cuando se presentó en su juzgado para testificar en varias causas abiertas contra él, interpuestas por algunas familias de represaliados de Corcubión. Todas ellas fueron sobreseídas, claro está, por falta de pruebas.

El timbre de la puerta principal sonó metálico. Desde la ventana de la biblioteca, pudo ver a Vargas y Marzán esperando en la entrada, hasta que Juana, la señora que se ocupaba de la casa, les abrió. Observó con orgullo las caras de ambos al entrar en la biblioteca y ver las estanterías de nogal repletas de libros de todas las temáticas posibles: novelas clásicas, narrativa, libros antiguos... y algún que otro incunable.

Aquel era su refugio desde que su mujer le dejó, cansada de aquella vida. Sus hijos también se fueron con ella. La biblioteca se había convertido en su pequeño templo, su ventana a los misterios del mundo.

Les recibió vestido con un viejo batín de color verde oliva y unas cómodas zapatillas de estar por casa, que le hacían aparentar más años de los que realmente tenía. Era un hombre alto, de pelo negro con incipientes canas, siempre peinado hacia atrás y engominado. Sus ojos castaños claros y su cara angulosa, que terminaba en una prominente barbilla, hacían que su rostro recordara a una máscara ritual africana.

Noela Vargas le puso al corriente del estado de la investigación del caso Quiroga. Le sorprendieron, sobre todo, los resultados de la autopsia y el ensañamiento del asesino con el cuerpo. Leyó el informe con las conclusiones obtenidas a partir de entrevistas realizadas a las personas más cercanas a Quiroga y a empleados del ayuntamiento que estuvieron en contacto con él pocas horas antes de su desaparición.

La inspectora, además, estaba muy interesada en descifrar el extraño mensaje que Marzán había encontrado dentro del cuerpo de Quiroga. Era una mujer perspicaz, además de hermosa, y sabía del profundo conocimiento de Maldonado sobre las tradiciones y rituales antiguos. Precisamente, esperaba que él pudiera ayudarles a

comprender el misterio que se escondía detrás de la firma del asesino: Taranis Dispater.

Maldonado les invitó a sentarse mientras les servía una refrescante limonada de una jarra de cristal. Vargas y Marzán la aceptaron con agrado.

—Inspectora, Taranis Dispater, en la antigua lengua gala, hace referencia a Júpiter; una de las tres divinidades celestes veneradas por los antiguos celtas y que, según la tradición, exigía sacrificios de sangre humana para aplacar su divina furia. La primera vez que encontré referencias a este tipo de rituales fue en la obra de un autor épico del siglo I llamado Lucano, quien escribió un libro titulado Farsalia, donde relataba la conquista de las Galias por César. De los escritos de Lucano surgió un grimorio, el llamado Libro VI, donde, según la tradición, se recopilaron todos los rituales de magia de los pueblos celtas.

Maldonado se levantó del sofá situado detrás del escritorio y abrió, con una llave dorada, una librería de vidrieras amarillas. En su interior, una serie de ediciones antiguas de autores clásicos y facsímiles compartían espacio con algunos valiosos libros de horas. Eligió un ejemplar cuyas tapas de piel estaban desgastadas por el tiempo.

En la portada y el lomo había impresas unas figuras formadas por arabescos y, en letras doradas, un título: «Farsalia». Debajo, el nombre de su autor: Lucano.

Se sentó de nuevo tras el escritorio y lo acarició con sumo cuidado. Luego, observó la mirada expectante de Vargas y notó cómo Marzán, que se había levantado, curioseaba las fotografías colgadas en la pared.

Entre ellas, destacaban algunas en las que Maldonado posaba con distintas personalidades del mundo de la política y la Iglesia. Marzán se detuvo especialmente en una, enmarcada en plata, donde el juez aparecía junto a un grupo de hombres y mujeres que posaban con el mismísimo Papa Juan Pablo II.

Maldonado abrió el libro por la mitad y, en su interior, había colocado, a modo de separación, unas hojas de papel con anotaciones.

—En este libro, Lucano, el autor, hace una clara alusión a los sacrificios rituales a las divinidades celtas: «aquellos que aplacan con horrendos sacrificios al cruel Teutates y al terrible Esus, aquellos con altares sangrientos, y a Taranis, cuyo culto no es menos despiadado que el de la Diana de los escitas». Estos rituales, meticulosamente documentados, han trascendido el tiempo, nutriendo las sombras con su poder arcano —Maldonado hizo una pausa, contemplando la expectación en los ojos de sus invitados antes de proseguir—. Es en las páginas amarillentas de este venerable tomo donde yacen los cimientos de todas esas prácticas mágicas, pagadas con el precio más alto: la vida humana. Estos conocimientos se condensaron en antiguos grimorios, compendios mágicos que, desde el siglo IV, han guiado a chamanes y líderes espirituales.

—A lo largo de Europa y Asia, estos textos circulaban en secreto, revelando con gran detalle los preparativos para los rituales de sangre delineados en el Libro VI —continuó Maldonado—. Este legado se transmitió a lo largo de las generaciones, incluso hasta la Alta Edad Media, cuando la Iglesia comenzó su persecución y destrucción. Pero los testimonios que han sobrevivido hasta nuestros días nos hablan de una práctica que exigía tres distintas formas de muerte, un eco de aquellos tiempos oscuros donde el poder y el miedo se entrelazaban en el ritual.

—El asesino de Quiroga —dijo Marzán— es un buen conocedor de estos rituales y los ha convertido en su modus operandi... esa Triple Muerte es un claro acto de expiación y castigo por algún tipo de ofensa grave no castigada. Podríamos decir que la víctima ya estaba condenada a la pena capital por anticipado...

—...de hecho... —prosiguió Maldonado—, el modus operandi del asesino, el ritual empleado en el crimen ha sido obtenido

directamente de las fuentes originales. Un ritual que forma parte de una compleja secuencia en la que las víctimas deben ser degolladas, quemadas con fuego y finalmente ahogadas por inmersión. Eso es lo que nos ha señalado introduciendo en el cuerpo de Quiroga el mensaje de Taranis Dispater.

—Es cierto —Vargas consultó el informe que había traído a la reunión—. La autopsia de Quiroga confirma esas mismas características que lo relacionan con ese ritual: fue degollado, y sus manos presentan quemaduras por corrosión provocadas por fósforo blanco. Además, el asesino trasladó el cuerpo desde un lugar desconocido hasta el molino donde lo encontramos. Está cumpliendo con un itinerario y Taranis Dispater es simplemente la primera estación de su vía crucis particular. Tenemos que prepararnos, porque no será el último asesinato que cometa.

—Metiéndonos en la mente del asesino, él no lo ve como un simple acto de ira; es un castigo en nombre de aquellos que conocían los delitos de Quiroga y no lo castigaron —dijo Marzán.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Maldonado.

—Quiroga llegó a la política a pesar de su pasado franquista y de haber señalado con el dedo a muchos de sus vecinos, que acabaron en la cárcel o en los campos de trabajo. Pero la sociedad hizo oídos sordos y, a pesar de que todo el mundo, el gobierno e incluso la Iglesia, conocían su pasado, fue elegido para un cargo político. Las evidencias conductuales del asesino y su firma, la tortura a la que sometió a Quiroga, las tres muertes en una no son más que la expresión subconsciente de una ira profunda contra todo lo que le rodea. Es el resultado de una serie de acontecimientos traumáticos que debió vivir en algún momento de su vida, y esa ira la expresa como un acto de revelación.

—Se comporta como una mano ejecutora que tiene el derecho a condenar a la pena capital a su víctima. El mismo acto de introducir el mensaje por el ano de Quiroga es una clara metáfora de una violación.

—Noela... —Marzán la miró fijamente—, ese mensaje en sí mismo no es solo un execrable rito, es el acto de comunicar al mundo que ese individuo ha conseguido la redención de sus pecados a través del sacrificio. A estas alturas, apuesto a que el asesino conoció a Quiroga en algún momento de su vida y que este influyó de tal manera en él que, a pesar de mis conocimientos de criminología y mi experiencia en este tipo de casos, me cuesta aún entenderlo. El asesino solo ha cumplido con un plan prefijado. Tenemos que seguir investigando el pasado de Quiroga y su relación con la colonia.

—Hemos de investigar a todos los internos que residieron allí durante aquella época e interrogarlos, también a sus familiares más cercanos en caso de que alguno de ellos haya fallecido. Tampoco podemos descartar que el asesino sea alguien cercano a los represaliados —dijo Vargas.

—Cabe la posibilidad —continuó Maldonado— de que nuestro asesino haya actuado en más ocasiones. Ahora tenemos a Quiroga, pero también las muertes, en similares circunstancias, de los padres Jaime Riera y Agustín Álvarez. Creo que todos los sacerdotes que estuvieron en aquella época en la colonia son su objetivo, incluyendo al obispo Bieito Camargo.

Todos se mantuvieron en silencio durante algo más de un minuto en actitud de reflexión.

—También tenemos que encontrar una explicación a la aparición de las medallas de Santa Mariña de Augas Santas, tanto en el cuerpo de Quiroga como junto a los restos humanos de la colonia —dijo Vargas, pensativa—. ¿Cómo encajan en este puzle? Cabe la posibilidad de que el asesino obligara a Quiroga a tragarse la medalla que portaba... también Riera y Álvarez tenían una. Es como si les uniera algo... es como si fueran partícipes de algún tipo de...

—...sociedad secreta… —dijo Maldonado.

—Sí, quizás sea una sociedad secreta... —corroboró Vargas—. De todas maneras, sabemos que Franco tenía una profunda animadversión contra las sociedades secretas y la masonería. Además, no tiene sentido que existiera una bajo el paraguas del Régimen. Todo apunta a que se trata de un grupo de devoción conjunta a una santa que, por lo que sabemos, tiene una relación

cercana con esos rituales de origen celta. Pero ¿en qué sentido?, ¿para qué?

—Tiene bastante relación, inspectora —Maldonado contestó—. La leyenda de Santa Mariña es una traslación del ritual de la Triple Muerte celta a la cultura gallega. Según la tradición, la santa fue sometida a martirio por no renunciar al cristianismo. La historia cuenta que un prefecto romano llamado Olibrio intentó seducirla mientras pastoreaba con sus ovejas bajo un árbol mágico, llamado el Carballo de Santa Mariña. Al no poder ni seducirla ni hacerla renunciar a su fe, la sometió a la tortura de la Triple Muerte: «colgada de un ecúleo, desgarrada por peines de hierro y garfios acerados».

—Un carballo... un roble. Frente al castillo de la colonia hay un roble centenario... joder... —dijo con entusiasmo Marzán—. No puede ser casualidad. Ese sitio fue elegido a propósito para establecer la colonia. ¿Con qué objetivo?

—Está claro, Marzán, que todo tiene una cierta conexión mágica —prosiguió Maldonado—, y en los grimorios está la posible explicación. De todos los grimorios que se escribieron desde la ocupación romana y que fueron destruidos por la Iglesia durante la Edad Media, solo han llegado hasta nosotros dos que reúnen todo el saber del libro VI de Farsalia sobre la ejecución de los rituales de la Triple Muerte celta. Uno de ellos está en Londres, en una colección privada, y el otro, no se lo van a creer... está aquí, en Galicia. La tradición dice que ese libro podría ser el grimorio original. Según las cartas de Godofredo Ansúrez, un monje del siglo XI, el manuscrito fue trasladado desde Santiago de Compostela a una pequeña iglesia románica inacabada llamada de la Asunción, cerca de Allariz.

—Ansúrez relataba con detalle cómo los clérigos, temerosos de que el libro cayera en manos de los invasores vikingos, lo ocultaron en una cripta bajo el altar mayor. En sus misivas, advertía sobre el poder de los rituales descritos en el texto, asegurando que algunos monjes intentaron destruirlo, pero fueron castigados por una fuerza desconocida. A partir de entonces, el grimorio quedó en custodia de

una hermandad secreta, cuyo rastro se pierde en la historia, pero que, según algunos documentos posteriores, podría haber estado vinculada a la devoción a Santa Mariña de Augas Santas. Quizá pueda haber una conexión con esa sociedad secreta. Esta iglesia inconclusa es de origen templario y está construida sobre el terreno que, según la leyenda, fue el lugar donde el cuerpo de Santa Mariña de Augas Santas fue enterrado.

—Bien. Pues yo seguiré la pista del libro a ver si puedo averiguar algo más sobre su conexión con los asesinatos. Está claro que el asesino conoce estos escritos y sus rituales. También investigaré el papel en esta historia de esa especie de sociedad secreta de Santa Mariña y su relación con la colonia preventorial —agregó Marzán—. Creo que esto se va a poner más que interesante.

Los tres se levantaron de sus asientos a modo de despedida.

—Una cosa más, inspectora, antes de que se vaya —Maldonado abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una tarjeta de visita con el membrete de un despacho de abogados. Luego, se la entregó a Vargas. — Me gustaría que hablara con este hombre. Julio Sosa, además de ser el abogado que llevó las demandas interpuestas por los familiares de los represaliados, también fue uno de los niños que estuvieron internos en la colonia durante aquella época. Quizá sea una gran ayuda para conocer lo que realmente ocurrió allí.

—Gracias, magistrado. Así lo haré.

25

Vargas se entrevistó con Julio Sosa en una pequeña población pesquera llamada Camelle. Sosa era la memoria viva de los sucesos ocurridos en la colonia de Monte do Carballo y, en la actualidad, ejercía como abogado en aquel enclave marinero. Vargas observó su rostro blanquecino, marcado por pequeñas manchas rojizas causadas por la psoriasis.

—Nunca me sentí tan sucio como en aquella ocasión, inspectora...

La frase salió de los labios de Sosa casi en un susurro, cargada de un peso que parecía arrastrar desde hacía décadas.

—Señor Sosa. El magistrado Maldonado me ha hablado muy bien de usted —dijo con amabilidad mientras lo miraba a los ojos. Se había informado muy bien sobre él antes de la entrevista.

Sosa, con sus grandes ojos grises, rodeados de arrugas que testimoniaban batallas silenciosas, parecía haber dedicado su vida a la búsqueda de justicia. En un intrincado laberinto judicial, luchó con una perseverancia que le costó no solo recursos económicos, sino también un desgaste vital, todo para honrar la memoria de los niños olvidados por un sistema diseñado para borrarlos del recuerdo colectivo.

Vargas notó el abrir y cerrar compulsivo de los puños de Sosa, un gesto que interpretó como un intento subconsciente de sofocar los recuerdos que lo atormentaban. Era el último sobreviviente de aquellos marcados por la sombra de la institución, ahora desvanecida, donde la promesa de educación y cuidado se había convertido en una cárcel de desesperación y dolor.

Su padre había sido condenado a trabajos forzados e internado en el batallón de los trabajadores de Lavacolla a finales de los años cuarenta, acusado sin pruebas por Quiroga de subversión. Enfermó al poco tiempo de neumonía debido a las condiciones insalubres en

las que fue confinado. Murió no mucho después, y su madre no pudo mantenerlo con dignidad.

Habían pasado solo unos días tras la muerte de su padre cuando su madre recibió la visita de un sacerdote alto y delgado que la convenció para que lo internara en la colonia, donde podría estudiar y siempre tendría comida y ropa para vestir. Finalmente, ella cedió… pero fue todo lo contrario. Para Sosa, aquel lugar se convirtió en un infierno.

— Imagínese, inspectora… A un niño como yo, con tan solo diez años, separado de su madre e internado en aquella cruel institución. Se suponía que era para tener una vida mejor que la que había tenido hasta entonces. Pero el primer día me oriné en la cama, y uno de los sacerdotes, el padre Julián Álvarez —nunca lo olvidaré— me obligó a ducharme en pleno mes de noviembre, desnudo y con agua fría. Luego me humilló delante de mis compañeros. Aquella situación me generó un trauma del que todavía no he podido sobreponerme... todavía sueño con aquel episodio, y hasta los quince años seguí mojando la cama.

Noela Vargas miró los pequeños bancos de niebla que dibujaban remolinos de algodón entre las tortuosas calles de Camelle. Había quedado con Sosa aquel domingo de julio en el puerto marinero, delante del Museo del Alemán, un extraño lugar lleno de esculturas que se erigían como pequeñas protuberancias en las rocas, creadas desde la nada por un ermitaño de largas melenas castañas y barba hirsuta.

Era realmente temprano para un día festivo, y ya había algunas familias que, con sus niños pequeños, deambulaban torpemente entre las rocas. Algunos de aquellos niños permanecían sentados, dibujando en cuartillas de papel amarillo monigotes de colores, inspirados por aquellas figuras nacidas de las manos del ermitaño.

El hombre permanecía de pie, observándolos con orgullo. Era un personaje huesudo, de piel quemada por el sol, que vestía una especie de taparrabos. Se percató de la presencia de Vargas y le indicó con un ademán que se acercara. Ella desvió la mirada con rapidez, como una niña avergonzada cuando la profesora la señalaba en clase.

—No se preocupe, inspectora. Es Manfred, es completamente inofensivo.

Vargas sonrió con cierta incomodidad, disculpándose quizá por sus iniciales reticencias hacia aquel raro, pero a la vez misterioso personaje.

—¿Paseamos? — preguntó Sosa.

Vargas asintió con la cabeza.

—El magistrado Maldonado me habló de usted, de su incansable esfuerzo en los tribunales. Me contó cómo ha dedicado gran parte de su vida a luchar por la justicia, buscando llevar ante la ley a los responsables de lo que sucedió en aquellos años en la colonia preventorial de Monte do Carballo

—Y con menos éxito del que hubiera querido, la verdad. Mire, inspectora, yo soy un humilde abogado de un pequeño pueblo costero, y viví aquellos años de la represión aterrorizado. También fui uno de los muchachos internos en la colonia, y ese estigma me ha marcado para toda la vida. Cuando obtuve la licenciatura en Derecho, juré que dedicaría hasta la última gota de sudor para luchar contra individuos como Quiroga, quienes han sido torpemente blanqueados por una sociedad que prefiere olvidar y mirar hacia adelante sin siquiera echar la vista atrás para enfrentarse a su pasado.

—Entiendo. Me he informado un poco, señor Sosa, y sé que presentó varias demandas contra Quiroga, pero ninguna llegó a prosperar.

—Sí, es cierto. Lamento profundamente su terrible muerte, pero ese hombre nunca fue trigo limpio. Nadie merece morir de esa manera, pero no puedo negar que no me entristeció. Y sí, interpuse varias demandas colectivas en representación de los niños supervivientes de la colonia preventorial, pero todas fueron sobreseídas por distintas razones. En algunos casos por falta de pruebas, y en otros, porque varias familias se retiraron antes de llegar a juicio. Más tarde averigüé que sus abogados lograron varios acuerdos extrajudiciales por sustanciosas sumas de dinero. Quiroga supo aprovechar su posición — dijo con una mirada triste en los ojos — para acabar con la resistencia de algunas familias en serias

dificultades económicas. Me sentí decepcionado, pero no los culpo. El dinero de Quiroga les permitió empezar una vida nueva lejos de aquí. Y a él, desde luego, le resolvió un serio problema.

—¿A usted le ofreció dinero?

—Lo intentó varias veces, pero lo rechacé. Nunca quise su maldito dinero. Era un individuo de la peor calaña, aunque luego se dedicara a besar niños para conseguir el puesto de alcalde de Vimianzo.

—Veo que le detestaba…

Sosa se detuvo y miró hacia el mar. A esa hora, la niebla había empezado a disiparse, y el agua retomó su tradicional azul turquesa mientras las olas rompían lentamente contra las escolleras del puerto.

—No tanto como para querer matarlo, si es lo que intenta preguntarme. Aunque tengo que reconocer que muchas veces he querido verlo muerto —sonrió, nervioso—. Quirogas hubo muchos durante el régimen de Franco. Eran sanguijuelas que se aprovecharon de los demás para enriquecerse... y, en el caso de Xosé Quiroga, además, comerciaron con lo más sagrado: la vida de los niños. Él y el coronel Marcos Carrión —del que seguro ha oído hablar— se encargaron de arrancar a muchos de aquellos niños de las familias de los represaliados y enviarlos a la fuerza a la colonia. Entre ellos, yo. Mi padre era militar del ejército republicano. Todos, sin excepción, eran hijos de familias acusadas por el Régimen de traición.

—Padres condenados a la cárcel o a trabajos forzados en los batallones de trabajadores, y en muchos casos sentenciados por delitos basados en falsedades. Además, hacían muy bien su trabajo, inspectora: apartaban al padre, dejando a las familias desamparadas y sin recursos. Las madres no podían mantener a sus hijos y se veían obligadas a entregarlos a la Iglesia y al Régimen de Franco, que los educaba bajo la doctrina del nacionalcatolicismo.

—¿En qué año estuvo usted en la colonia? —preguntó Vargas.

—Desde el cincuenta al cincuenta y tres. Dos años más tarde de dejarla, en el cincuenta y cinco, el Régimen la cerró. No pudo ocultar por más tiempo, ni ante la opinión pública ni ante la prensa de aquella época, lo que estaba sucediendo en esa institución.

—Entonces posiblemente se acuerde de los hombres que le voy a mostrar en esta foto. ¿Los reconoce?

Vargas sacó una imagen de su cartera, una de las fotografías encontradas en los Archivos Diocesanos, y se la tendió.

—¿Dónde ha sacado esta fotografía? —Sosa la cogió con un ligero temblor en las manos—. Claro que los reconozco... ¿cómo se me van a olvidar esas caras? Son el padre Agustín, el padre Jaime, el padre Bieito, el padre Ángel... y Uxío —añadió, señalando a cada uno con el dedo, uno por uno.

—Estamos trabajando sobre la hipótesis de que la muerte de Quiroga no fue un hecho aislado, sino que está relacionada con los sucesos ocurridos en la colonia. Creemos que el asesino estuvo allí durante los años en los que usted también estuvo, y que el crimen forma parte de un acto de venganza. Los padres Agustín y Jaime Riera, a quienes usted también ha reconocido en la foto, fueron asesinados en extrañas circunstancias hace unos meses. No hay que ser muy inteligente para ver que hay una conexión clara entre los tres casos. ¿Recuerda a alguien, o algo de aquella época, fuera de lo común? Algo que pudiera ayudarnos a identificar al asesino.

—Mire, por allí pasaron muchos niños. Algunos salieron con heridas profundas, invisibles. Cualquiera de ellos podría querer muertos a esos curas. Por ejemplo, el padre Ángel Rivera... ese nos aterrorizaba a todos. Dudo que estuviera en sus cabales. En la colonia se decía que abusaba sexualmente de algunos chicos, sobre todo de los más indefensos. Recuerdo especialmente a un muchacho por el que tenía predilección... se llamaba Xosé Montenegro. Lo recuerdo como si fuera ayer. Un día, desapareció sin dejar rastro. Dijeron que su familia se lo había llevado, pero nadie lo creyó. Sobre todo, porque tenía un hermano mayor que aún seguía en la colonia... Artai.

Sosa hizo una pausa y sonrió al recordarlo.

—Ese sí que les plantó cara. Se escapó varias veces, no les tenía miedo, les hablaba con desprecio. Pasó más tiempo encerrado en «la urna» que fuera. «La urna» era un cuarto minúsculo en el sótano, donde nos encerraban si nos portábamos mal. Al poco de la

desaparición de Xosé, Artai empezó a desmoronarse... y después también desapareció. Nunca más supimos de él.

Sosa bajó la mirada, como si todavía intentara entenderlo.

—También estaba aquel otro chaval, Eugenio, aunque todos le llamábamos Uxío. Hacía de chico para todo en la colonia. Nos odiaba. Nos llamaba «los hijos de la peste». Pero también odiaba al padre Ángel. Estoy convencido de que abusó de él también. Lo tenía completamente sometido, física y emocionalmente. Aún vive, por cierto. En una aldea cerca de Ponte do Porto, llamada Vilar. Está tocado de la cabeza, sí, pero... en el fondo, no creo que fuera capaz de matar a nadie.

— ¿Y los otros dos, el padre Agustín y el padre Jaime? ¿Recuerda algo más de ellos?

—El padre Agustín era el subdirector de la colonia, un tipo sin escrúpulos. Nos trataba como si fuéramos perros, nos pegaba continuamente y, en ciertas ocasiones, nos privaba de la comida y la bebida si no hacíamos lo que él quería. Sí, seguro que más de uno lo odiaba con todas sus fuerzas, pero no creo que ninguno lo odiara hasta el punto de querer matarlo. El padre Jaime era distinto, más discreto, siempre callado, pero con una mirada inquietante. Era un verdadero misterio; a veces parecía que podía leer nuestros pensamientos, como si supiera todo lo que sucedía en la colonia. Tengo la sensación de que él sabía mucho más de lo que decía.

—Tengo curiosidad sobre ese chico que ha mencionado antes, Artai. ¿Qué más me puede contar sobre él?

—Como le comenté, se esfumó de la colonia sin dejar rastro y nunca más volví a verlo. No tengo ni idea de si sigue con vida. Tras la ausencia de su hermano Xosé, su comportamiento se tornó aún más errático. Ya de por sí era conflictivo, pero se convirtió en un verdadero tormento para los sacerdotes. Pasaba más tiempo confinado en ese cubículo que descansando en los dormitorios. No sería descabellado pensar que lo reubicaron en otro centro.

—Y en ese caso, ¿a qué tipo de institución podrían haberlo llevado?

—Instituciones de beneficencia, internados… como quiera llamarlos. En su mayoría estaban regentados por la Iglesia en

coordinación con el Régimen de Franco. Había muchas de estas instituciones en España, algunas más estrictas que otras, pero todas tenían un objetivo común: ofrecer beneficencia a cambio de adoctrinamiento.

Julio tocó suavemente el codo de Vargas, invitándola a proseguir con el paseo.

—Poco tiempo después de la Guerra Civil, el psiquiatra Antonio Vallejo-Nájera, una especie de Goebbels español, teorizó sobre el comunismo como una enfermedad contagiosa que se transmitía de padres a hijos. Según él, era imprescindible separar a los hijos de sus padres rojos para evitar el contagio. Quizás Artai fue trasladado a alguna institución donde la disciplina fuera más férrea. También es posible que esté muerto, no lo sé.

—En el caso hipotético de que fuera trasladado a una de estas instituciones, ¿cree que podría haber sido aquí en Galicia?

—No necesariamente. Podría haber sido trasladado a Barcelona, a la Casa de la Caridad, o a Madrid, al Colegio de San Fernando. Incluso pudo haber sido ingresado en alguna institución psiquiátrica. No sería la primera vez que los niños con alteraciones en la conducta eran internados en este tipo de lugares.

—No quiero robarle más tiempo, Julio. Solo una última cosa… ¿Por casualidad no tendrá una fotografía de aquella época en la que aparezcan los niños de la colonia?

—Sí, claro. Entre la documentación que he recopilado a lo largo de los años, tengo bastantes fotografías de aquella época. El Régimen se esforzó mucho en hacer todo tipo de propaganda para que pareciera que los niños que vivíamos en las colonias estábamos bien cuidados y felices. Acompáñeme, lo tengo todo en el despacho.

Caminaron en silencio hasta el despacho de Julio Sosa. Él iba pensativo, con las manos sujetas detrás de la espalda. Hicieron un alto en un par de ocasiones, en las que Vargas le hizo algunas preguntas sobre aquella población pesquera situada al borde del mar.

Vargas todavía estaba sorprendida por la entereza de aquel hombre menudo, que había luchado durante toda su vida contra molinos de viento, una batalla constante contra sus propios

recuerdos. Estaba convencida de que Julio Sosa jamás sería capaz de curar las heridas que le habían dejado profundas cicatrices.

Desde aquel instante, comprendió lo que significaba aquella institución para aquellos huérfanos del alma. Allí habían ocurrido cosas tan terribles que todo aquello representaba mucho más que un recuerdo lejano... era una lucha incesante contra los fantasmas de su pasado.

Llegaron al modesto bufete de Sosa, enclavado en la pintoresca calle Porto, cuyas casas de vivos colores se agolpaban unas contra otras hasta desembocar en una pequeña plazoleta sin salida. El local de Sosa, situado en la planta baja de uno de esos edificios, se anunciaba tras una amplia vidriera adornada por una placa dorada que revelaba su presencia.

Con una llave, Sosa abrió la puerta y, con un gesto, invitó a Vargas a entrar.

El interior, dominado por tres escritorios abarrotados de documentos, desprendía el caos organizado típico de una práctica legal en una localidad pequeña.

Sosa se encaminó hacia un archivador antiguo, cuyas entrañas albergaban un arsenal de expedientes. Extrajo varias carpetas, las esparció sobre la mesa y comenzó a hurgar entre ellas.

De una de ellas sacó un sobre blanco, del cual afloraron varias fotografías que desplegó con meticulosidad sobre el escritorio.

—Vamos a ver… —murmuró Sosa—. Aquí está.

Julio Sosa le entregó una foto en blanco y negro. Luego, rodeó el escritorio con agilidad y se situó a su lado.

En la fotografía, Vargas vio a varios niños sentados sobre un muro. Reconoció la estructura de piedra que rodeaba el castillo de Monte do Carballo.

Al fondo, la pequeña iglesia románica se alzaba como una sombra silenciosa.

Otro grupo de niños permanecía de pie, observando con curiosidad el momento de la fotografía, mientras que tres pequeños se apoyaban en el tronco del roble centenario.

—Este es Artai… —Sosa señaló con el dedo el rostro de un niño en la fotografía.

Vargas pudo ver a un chico de pie, extraordinariamente alto para su edad, cuya corpulencia destacaba entre los demás.

Tenía la cabeza completamente afeitada y vestía la bata de colegial.

Su tez brillaba bajo la luz capturada en la imagen, creando un sutil contraste con el blanco y negro de la fotografía.

Era tan pálido que le recordaba a Vargas a los personajes de una antigua película de vampiros.

Unos ojos claros, penetrantes e hipnotizadores, resaltaban entre los demás.

Pero hubo algo que sorprendió a Vargas...

Mientras los rostros del resto de los niños mostraban amplias sonrisas, Artai Montenegro mantenía los labios apretados y los brazos pegados al cuerpo.

Sus puños, crispados, eran un claro reflejo de rabia contenida y dolor emocional.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Noela Vargas al contemplar la enigmática figura de aquel muchacho.

26

Noela se reunió con Marzán para intercambiar impresiones sobre la información obtenida en su entrevista con Julio Sosa. Su testimonio confirmaba dos cosas: la conexión de Xosé Quiroga con la institución y los abusos sufridos por los internos en aquella espantosa colonia.

Estos abusos se extendieron durante la primera década de los cincuenta, lo que proporcionaba indicios claros de la relación entre aquellos sucesos y su muerte.

Ella le entregó a Marzán el informe definitivo con la autopsia del cadáver y el análisis dactiloscópico del cuchillo encontrado en la escena del crimen. Según el análisis, las huellas de Euxenio Rodríguez aparecían en el arma homicida, lo que convertía a Uxío en el principal sospechoso.

El comisario García, basándose en estas pruebas, descartó de inmediato la línea de investigación que Marzán y Vargas habían defendido desde el principio: que el asesino fuera uno de los antiguos alumnos de la colonia.

Para Marzán, era difícil creer que el asesino hubiera cometido un error tan básico como dejar sus huellas en el arma del crimen de forma tan evidente. ¿Acaso quería implicar a Uxío? Era una posibilidad, pero no tenía sentido. Había revisado el expediente policial de Uxío y estaba convencido de que aquel individuo no poseía el nivel intelectual suficiente como para crear una escena tan elaborada y compleja.

Además, como sabía que Uxío había pasado varias veces por la cárcel a lo largo de su vida, decidió investigar si se habían cometido otros crímenes con un patrón similar al de Quiroga durante los años cincuenta —época en la que Uxío trabajó en la colonia— y cotejar las fechas con sus posteriores períodos de encarcelamiento.

Si alguna de aquellas muertes coincidía con momentos en los que él estaba entre rejas, quedaría descartado de forma definitiva como

sospechoso.

Al día siguiente, comenzó su investigación y se dirigió a la sede del periódico La Voz de Galicia, en A Coruña, para consultar su hemeroteca.

Pasó la mayor parte del día leyendo las noticias publicadas a partir de los años cincuenta, esperando encontrar pistas que le permitieran identificar crímenes y sucesos violentos cuyas víctimas fueran miembros de la Iglesia o antiguos jerarcas del régimen de Franco.

Fue un día largo, sentado frente al lector, revisando cientos de microfichas con portadas del periódico que narraban la historia del país en las últimas cuatro décadas.

Al mediodía, el cansancio empezó a hacer estragos en su mente. Las pesadillas, cada vez más intensas, seguían impidiéndole dormir, y sus ojos cansados se cerraron involuntariamente, sumiéndolo en pequeñas ensoñaciones.

En esas ensoñaciones, aparecían Carme, Vargas y a veces Mario. Mario fue el amor de su juventud, un joven de dieciocho años, de tez morena y pelo rizado que, durante su adolescencia, se convirtió en alguien muy importante para él. Surgieron imágenes fugaces de ambos sentados juntos en el espolón del puerto de Laxe, compartiendo una bolsa de pipas.

De repente, Marzán recuperó la consciencia y tomó un largo sorbo de café para despertarse.

Continuó pasando las fichas, cuyo sonido se volvió monótono.

Las noticias desfilaban una tras otra hasta que se detuvo en una que llamó su atención.

Era un artículo de la sección de sucesos, publicado en 1975. En él se informaba brevemente sobre la muerte violenta de un militar retirado llamado coronel Marcos Aganzo, en un barrio de Madrid. Según la noticia, fue asesinado por un ladrón frente a su casa.

Había una foto del militar junto a Franco en una especie de recepción, así como otra imagen en blanco y negro del levantamiento del cadáver, donde varios policías vestidos de uniforme rodeaban un cuerpo cubierto por una sábana manchada de

sangre. Marzán dedujo, por la posición de las manchas en la tela, que la víctima había sido degollada.

El periódico mencionaba que Aganzo había sido previamente narcotizado con una sustancia desconocida.

Después de hacer este descubrimiento, sus ojos se abrieron de par en par y comenzó a encontrar noticias similares con hechos parecidos en los años siguientes. Aquellos crímenes se conectaban como eslabones de una cadena. Reconoció los mismos patrones en distintos asesinatos, confirmando sus sospechas: una serie de homicidios de militares, jerarcas políticos y miembros de la Iglesia habían ocurrido en rápida sucesión.

Aunque el periódico los presentaba como casos aislados, él sabía que no lo eran.

Estaba claro que, durante la dictadura de Franco y los primeros años de la democracia, un asesino o quizás un grupo de asesinos había actuado impunemente. Tal vez la policía de la época lo sabía, pero todo había sido velado ante la opinión pública con un sutil toque de censura.

Estos crímenes despertaron en él una intensa adrenalina, dándole la energía necesaria para concentrarse aún más en su búsqueda, como un águila persiguiendo a su presa.

Fue más preciso en su investigación y descubrió que, durante más de diez años, desde principios de los sesenta hasta la muerte de Franco en 1975, otros cinco asesinatos con características similares habían aparecido en las crónicas de sucesos del periódico.

Anotó los nombres en su inseparable cuaderno de tapas de color rojo.

Tan emocionado como un niño que coloca la última pieza de un rompecabezas, sintió la urgencia de llamar a Noela de inmediato. La emoción le hizo relajar su mente y continuó repasando las portadas de los rollos de microfilms, con la sensación de haber completado su tarea...

Hasta que una noticia saltó a sus ojos.

Estaba fechada en septiembre de 1969, en un recuadro en la esquina inferior izquierda de una de las páginas. Hablaba de la muerte por ahogamiento de dos pescadores, padre e hijo, en la

Costa da Morte. La noticia iba acompañada de una foto en blanco y negro que reconoció de inmediato.

Era el puerto de Laxe.

En la imagen, se veían dos cuerpos cubiertos por una sábana, mientras varios marineros y guardias civiles miraban a la cámara. En el pie de foto, aparecían los nombres de su padre y su hermano. Escudriñó la noticia, quedando prácticamente en estado de shock.

Aquellos párrafos breves y entrelazados le hicieron revivir sus peores pesadillas.

Era como si una compuerta, bloqueada por el olvido, se abriera de repente, liberando un torrente de miedos y sensaciones aterradoras que creía haber olvidado. Recordó la barca de pesca de madera balanceándose al compás del fuerte viento, el oleaje repentino, la sensación de pánico. Vio la caída de su padre al agua y escuchó los gritos desesperados de su hermano, dándole instrucciones que él no alcanzaba a comprender.

Luego, lo vio saltar al mar tras su padre.

A pesar del miedo que lo embargaba, Marzán visualizó el momento en que él mismo se lanzó también al agua para socorrerlos. Después, recordó cómo los perdió de vista, cómo la impotencia y la desesperanza lo invadieron, y cómo sus propios gritos se ahogaban en la inmensidad del océano.

Finalmente, sintió cómo su conciencia se desvanecía mientras unos brazos fuertes lo rescataban de las aguas. Un llanto inconsolable lo acompañó durante todo el trayecto en el que los cuerpos de sus seres queridos fueron transportados en un viejo barco pesquero, cubiertos por sábanas manchadas de brea.

Desde ese preciso instante, su memoria se volvía un abismo.

Luego no recordó cómo terminó en aquel bar de barrio, borracho, bebiendo vaso tras vaso de güiski.

Tampoco recordó cómo explotó de ira.

Solo se dio cuenta de la realidad cuando despertó en el calabozo de una comisaría desconocida, escuchando el chirrido de una puerta metálica al abrirse y viendo a un policía uniformado entrar lentamente, sosteniendo unas llaves en la mano… sintió las manos jóvenes pero firmes de una mujer que lo ayudaron a levantarse.

Era Noela.

27

Al día siguiente, Vargas se encontró de nuevo con Marzán en Laxe. Él mostraba claros síntomas de una fuerte resaca y aún se sentía avergonzado por su comportamiento del día anterior, que lo había llevado a terminar en el calabozo.

Durante el viaje de regreso, borracho, había hablado y llorado sin cesar, y Vargas, comprensiva, le permitió desahogarse. De alguna manera, sus miedos eran compartidos. Tomaron el desayuno sentados en silencio durante un buen rato. Luego, Marzán sacó de uno de sus bolsillos una pequeña botella de güiski y, cuando estaba a punto de verterlo en su café, la mirada severa de Vargas lo hizo recapacitar. Apartó la botella y dejó escapar un suspiro resignado.

Marzán relató a Vargas lo que había descubierto al revisar las noticias de la hemeroteca: una sucesión de crímenes cometidos durante los últimos cuarenta años con características similares.

Esperó a que Vargas se pronunciara.

Ella sopesó sus palabras, amasando la taza de café entre sus manos.

—¿Crees que un único asesino puede ser responsable de todos esos crímenes?

—No lo creo. Me cuesta imaginar que un solo individuo haya actuado durante tanto tiempo y en diferentes lugares del país.

— ¿Qué quieres decir?

—Es solo una teoría, Noela... pero ¿y si hubiera existido un grupo u organización dedicada a eliminar a destacadas figuras del régimen desde el final de la Guerra Civil, y cuya actividad criminal se ha mantenido hasta los inicios de nuestra democracia?

—¿Estás sugiriendo que puede haber un grupo de asesinos actuando en las sombras sin que se mencione nada al respecto en los informes policiales de la época? —preguntó Vargas, incrédula.

— …O tal vez la policía y las autoridades de entonces lo sabían, pero lo encubrieron. Imagina lo que habría supuesto para Franco que la opinión pública conociera que estaban asesinando a destacados militares y políticos de la dictadura sin consecuencias.

Marzán se masajeó las sienes con los dedos.

Noela percibió el fuerte dolor de cabeza que él padecía. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro. De alguna manera, se lo merecía.

—De acuerdo, acepto la teoría, pero, incluso si así fuera, ¿qué relación puede haber entre estos hechos y los asesinatos de los sacerdotes de la colonia y de Quiroga?

—No lo sé, Noela. En todos ellos, hay ciertos tintes rituales. ¿Y si el asesino perteneciera a esta organización? ¿Y si, por casualidad, estuvo en la colonia y está utilizando un antiguo ritual perdido en el tiempo y recogido en un viejo libro para cometer los crímenes? ¿Y si todo es simplemente un acto de venganza?

Vargas lo miró fijamente, pensativa.

Los ojos de Marzán reflejaban convicción.

Quizá algo en su razonamiento tenía cierta base de realidad.

Estaban atrapados en un callejón sin salida con un verdadero asesino impune.

—Julio Sosa me proporcionó información muy valiosa sobre los niños que estuvieron en la colonia preventorial en la misma época de la que datan los restos… Luego hice mis deberes, como tú —sonrió— y descubrí algo que podría ponernos en el camino correcto para encontrar al verdadero asesino.

Mira a este chico. Se llama Artai Montenegro.

Vargas le entregó una carpeta en la que había varias fotos en blanco y negro tomadas por la policía a finales de los años sesenta. En ellas, se veía a un joven de unos dieciocho años, con la cabeza rapada, tez pálida y unos grandes ojos azules.

—Este es un expediente policial de 1968. Montenegro fue detenido y acusado por la antigua Dirección General de Seguridad de desórdenes públicos por pertenecer a la masonería. Este joven de mirada enigmática y desafiante estuvo en la colonia. Tenía un hermano llamado Xosé, que desapareció sin dejar rastro. Según

Sosa, es posible que el hermano sufriera abusos sexuales en el preventorio.

— ¿Y dices que fue detenido por ser miembro de la masonería...?

—Sí, es muy interesante. Según lo que he leído, Franco combatió duramente a la masonería. En 1940, firmó la Ley de Represión del Comunismo y la Masonería, y también creó un tribunal especial con el mismo nombre. La Dirección General de Seguridad, dentro de su sección de Marxismo, tenía un departamento dedicado exclusivamente a perseguir a los masones y a las sociedades secretas a las que pertenecían, acusándolas de intentar desestabilizar el régimen. Y, casualmente, Artai Montenegro fue detenido varias veces entre los años sesenta y setenta como sospechoso de ser miembro de una de estas sociedades.

— ¿Pero existe alguna prueba de que realmente perteneciera a alguna sociedad secreta?

—No… Pero fíjate en estas fotos. ¿Ves que Artai lleva alrededor del cuello una especie de colgante con la figura de una corona de espinas? Después de encontrar esto, hablé con el magistrado Maldonado y me dijo que, durante la dictadura y desde el final de la Guerra Civil, operaron varias sociedades secretas en España, algunas financiadas con dinero extranjero, especialmente británico y francés. He encargado una investigación para profundizar en ello. Nuestro equipo está tratando de identificar si alguna de estas sociedades secretas utilizaba la corona de espinas como símbolo, pero hasta ahora no hemos tenido suerte.

—Vaya, Noela... todo comienza a tener sentido —dijo emocionado —. Los crímenes contra los jerarcas del régimen y los miembros de la Iglesia han ocurrido de forma implacable desde el final de la Guerra Civil. El modus operandi es similar en todos los casos: todas las víctimas fueron atacadas y degolladas como parte de algún tipo de ritual sangriento. Los huesos que encontramos en la colonia podrían ser solo la punta del iceberg, y el nombre de Artai Montenegro podría ser la clave para desentrañar el misterio.

¿Descubriste algo sobre los nombres de las víctimas que te envié?

—Sí...

Vargas sacó un cuaderno marrón de su bolso y lo abrió por una página marcada con varios pósit.

—Todos eran militares de alto rango, desde capitanes en adelante, y lo más curioso es que todos, sin excepción, ocuparon cargos relevantes en los aparatos de represión franquista. Incluso llegaron a coordinar campos de concentración que el régimen estableció en todo el país.

—Perfecto, es un excelente comienzo. Tenemos a Artai Montenegro como figura clave. Consideremos por ahora la posibilidad de que sea nuestro asesino. Está claro que encaja con el perfil de un psicópata. Imagina por un momento que su hermano Xosé fue asesinado por Ángel Rivera y que su cuerpo es uno de los tres que encontramos en el castillo. Luego, años más tarde, Montenegro es detenido por pertenecer a una sociedad secreta cuya misión es eliminar a figuras clave de la represión política del régimen... Quizás ahora, después de años de silencio, haya vuelto para vengarse de todos aquellos que todavía cree que están o estuvieron implicados, de una forma u otra, en la muerte y desaparición de su hermano Xosé.

Ambos se miraron con complicidad.

Era una teoría increíble, pero era la única que tenían y debían trabajar en ella.

—Entonces, ¿qué hacemos con Uxío? —dijo Vargas—. Sus huellas están en el cuchillo encontrado junto al cuerpo de Quiroga. Además, no creo que la Guardia Civil tarde mucho en detenerlo. Tanto la Iglesia como altos cargos del gobierno están presionando para cerrar el caso antes de la llegada del papa Juan Pablo II a Santiago de Compostela, con motivo de las Jornadas Mundiales de la Juventud.

— Es evidente que ese desgraciado es un chivo expiatorio. No encaja con el perfil del asesino, Noela. Como bien sabes, el asesinato de Quiroga fue meticulosamente planificado. El autor tiene un profundo conocimiento de los rituales de sacrificios celtas. Es una persona culta o, al menos, lo aparenta... y Uxío definitivamente no lo es. De todas maneras, Uxío tiene varios antecedentes por violencia, así que tampoco podemos descartar que haya cometido el crimen por venganza o que sea el tonto útil del verdadero asesino. Su

animadversión hacia Quiroga era bien conocida. Tenemos que asegurarnos. Lo mejor será visitarlo antes de que lo detengan. No podemos perder más tiempo. El asesino podría volver a actuar en cualquier momento.

28

La madrugada había sido lluviosa y el aire dejaba un olor a hierba húmeda en el interior del Volkswagen Golf de Vargas. Recogió a Marzán en Laxe y se dirigieron a la pequeña aldea donde vivía Euxenio Rodríguez, Uxío, a pocos kilómetros de la colonia donde todo comenzó.

Una llamada de Vargas al jefe de la comandancia de la Guardia Civil de Vimianzo, el sargento Vilanova, les permitió obtener más información sobre Uxío para preparar el encuentro. El trayecto lo recorrieron en silencio. Ella iba al volante mientras Marzán observaba, a través de la ventana, la masa boscosa que aparecía y desaparecía ante sus ojos. En la radio sonaba una suite de Bach, cuyo melancólico violín los acompañó durante casi todo el viaje. Vargas condujo el coche por una estrecha carretera rural rodeada de fincas repletas de pinos y eucaliptos. Pequeños senderos los guiaban a través de los pastizales, separados entre sí por muros de piedra medio derruidos, donde el ganado pacía tranquilamente. Noela pensó que la hierba tenía un verde tan profundo que parecía pintada al óleo.

Vilar era un pequeño núcleo urbano disperso, compuesto por casas de tejados a dos aguas, en su mayoría pintadas de un blanco ceniciento. Las intrincadas calles estaban conectadas como una tela de araña por pequeñas pistas de grava que golpeaban constantemente la parte inferior del vehículo.

Marzán, con las gafas levantadas y situadas sobre su frente, examinaba, concentrado, un antiguo mapa de carreteras.

—Creo que es por aquí...

Marzán señaló un pequeño camino forestal que se encontraba entre dos fincas, custodiado por altos muros de piedra. A los pocos metros, llegaron a una plazoleta donde se alzaba un viejo cruceiro en su centro, parcialmente cubierto de musgo.

Vargas preguntó por la dirección de la casa a una señora delgada, vestida de negro, que cargaba una palangana llena de ropa recién lavada. Ella les indicó el camino con cierta desconfianza.

La casa de Euxenio Rodríguez no destacaba en el paisaje. Era la típica casa rural de dos plantas: la parte superior, pintada de blanco, y la inferior, compuesta por lajas que simulaban un muro de piedra. Un tejado a dos aguas, rematado con las clásicas tejas curvas de cerámica roja tan comunes en la zona, completaba la estructura.

Junto a ella, Vargas pudo ver un leñero repleto de madera que presumió utilizarían para alimentar una antigua cocina de leña. La fachada estaba salpicada aquí y allá por una combinación de pequeñas ventanas de madera y otras de aluminio.

Al bajarse del coche, Vargas observó a su alrededor con detenimiento. Todo estaba en silencio. Percibió movimientos en una pequeña construcción de ladrillo adyacente que, por sus características, parecía funcionar como establo.

Ambos se dirigieron hacia allí, guiados por el sonido rítmico de alguien arrastrando algo. Luego escucharon los estruendosos mugidos de una vaca.

Vargas indicó con un gesto a Marzán que se colocara detrás de ella como precaución.

—Hola... ¿Hay alguien ahí? Queremos hablar con Euxenio Rodríguez... —gritó.

Los ruidos en el establo se interrumpieron de repente y, tras un rato de silencio, insistió:

—¿Euxenio? ¿Puede salir un momento? Nos gustaría hablar con usted. Soy la inspectora Noela Vargas de la Policía Nacional.

Nuevamente, reinó el silencio. Vargas miró a Marzán, preocupada. Instintivamente, llevó la mano al cinturón, donde llevaba su pistola.

Una figura, con una horquilla en la mano, emergió del interior. Vargas lo reconoció de inmediato por las fotos de los expedientes policiales.

Uxío era un hombre de estatura mediana, que había sobrepasado ampliamente los cincuenta años. Tenía la frente despejada y el pelo gris le cubría parcialmente la coronilla. Su rostro redondeado y sus ojos llenos de desconfianza completaban la imagen.

Vestía un pantalón negro viejo y un polo verde desgastado con el logotipo de una marca de repuestos de automóviles en el pecho.

—¿Qué quieren? —preguntó, seco y desconfiado.

—Soy la inspectora Noela Vargas y él es Suso Marzán. Estamos investigando el asesinato de Xosé Quiroga y me gustaría hacerle unas preguntas relacionadas con el caso. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar con calma?

—Aquí estamos bien, inspectora —Uxío apoyó su cuerpo en la horquilla, como si fuera un bastón.

—Creo que no me ha entendido, Euxenio —respondió Vargas, con un tono suave pero cargado de enfado ante la evidente animadversión del hombre. No le apetecía tener esa conversación bajo el fuerte calor del mediodía—. Hemos encontrado sus huellas en el cuchillo que se halló junto al cuerpo de Quiroga. Ahora mismo tenemos suficientes pruebas para detenerlo y acusarlo del crimen... En realidad, creemos que usted no lo mató, pero pensamos que podría ayudarnos a atrapar al verdadero asesino. Por eso queremos hablar con usted. Quizá le convenga colaborar antes de que la Guardia Civil venga a detenerlo. Ahora mismo, nosotros —miró a Marzán— somos lo único que tiene para salir del aprieto en el que se encuentra.

Uxío se puso nervioso. Miró fugazmente hacia la casa, como si considerara su siguiente paso. Luego, volvió la vista hacia Vargas y apretó los labios.

Su actitud se volvió más dócil. Sin decir nada, se dirigió hacia el interior. Vargas y Marzán lo siguieron.

Los tres se sentaron alrededor de una mesa de madera en la cocina.

La estancia estaba presidida por una cocina de leña, con utensilios colgados en ganchos. Una olla burbujeaba en el fuego, desprendiendo un dulce olor. Todo estaba sorprendentemente limpio y organizado, algo que no encajaba con la personalidad de aquel hombre. Un mandil de cocina decorado con flores, colgado de un gancho, hizo darse cuenta a Vargas de que alguien más vivía allí.

—Yo no tengo nada que ver con el asesinato de Quiroga. Se lo juro, inspectora.

—Hemos encontrado sus huellas en el cuchillo que el asesino utilizó. Supongo que tendrá alguna explicación al respecto.

Uxío bajó la cabeza y jugueteó con el dedo sobre el mantel de hule. Dudó, balbuceó palabras ininteligibles y, luego, levantó la mirada, apretando los labios.

—Esa misma noche recibí una llamada de un desconocido que me citó junto al molino. Cuando llegué, encontré el cadáver de Quiroga... Todo estaba lleno de sangre... Entré en pánico, inspectora, y no supe qué hacer, de verdad... No sé por qué cogí el cuchillo que estaba junto al cuerpo... Fue un acto reflejo. Luego me di cuenta de mi error y lo tiré... Vuelvo a decir que yo no lo maté. —Uxío jugueteó nervioso con las manos.

—¿Por qué no lo denunció? Se habría ahorrado muchos problemas. —preguntó Marzán.

—Supongo que no hace falta recordarles mis antecedentes policiales, y además, mi relación con Quiroga no era precisamente la mejor. Me habrían culpado de todas formas... Nadie me habría creído.

—Sigo sin entenderlo, Euxenio. Te llama un desconocido y acudes a esa cita. ¿Por qué? —insistió Vargas.

Uxío permaneció en silencio durante unos segundos. Luego, apoyó los codos sobre la mesa y sujetó su rostro con ambas manos, en actitud de derrota.

—Todo esto es muy extraño, Euxenio. ¿Qué motivo tenía para ir allí en medio de la noche? —Vargas volvió a preguntar, esta vez con un tono más enérgico.

Uxío titubeó.

—El hombre que me llamó dijo que, si no acudía a la cita, enviaría pruebas a la Guardia Civil de que trabajé en la colonia del Monte do Carballo durante la época de las muertes de aquellos chicos. Además, aseguró tener documentos que me implicaban como cómplice del padre Ángel Rivera.

—¿Cómplice de qué, Euxenio? ¿Rivera mató a esos niños?

Las manos de Uxío comenzaron a temblar.

—Sí... Rivera era perverso y los mató. Yo también odiaba a esos chicos por lo que representaban, pero jamás les hice daño. Por

Dios... ¡apenas tenía veintitrés años! Cuando recibí la llamada, me asusté... No podía permitir que saliera a la luz. Después de todo lo que he vivido... Mire, la vida en una aldea no es como en la ciudad. Si todo se hubiera descubierto, me habría complicado aún más la vida... Y ahora tengo algo por lo que seguir adelante.

—¿Rivera abusó de ti?

Las manos de Uxío comenzaron a temblar aún más.

—¿Qué cojones me está preguntando? —Uxío se puso a la defensiva.

—Ángel Rivera abusó sexualmente de varios niños en la colonia, ¿no es así?... Y creo que tú también fuiste víctima de esos abusos.

Uxío se levantó bruscamente de la mesa, lo que alertó a Vargas y Marzán. Cogió un vaso de una alacena de madera, lo llenó de vino y lo bebió ansiosamente.

—El padre Ángel era un repugnante monstruo, y sí, puso sus asquerosas manos sobre mí en más de una ocasión. Tuve que soportarlo. — Las lágrimas brotaban de sus ojos. — Yo era un niño de una familia humilde, y mis únicos ingresos provenían de mi trabajo en la colonia... Tuve que tragarme todo y soportar a ese cerdo sin decir nada.

Un incómodo silencio llenó el espacio mientras Uxío sollozaba.

—¿El padre Ángel está vivo?

—No lo sé, lo perdí de vista hace muchos años.

Uxío sollozaba con los dientes apretados. Algo se había roto en su interior. Sus manos temblaban mientras retorcía los dedos espasmódicamente, como si algo estuviera luchando por salir.

De repente, una figura apareció en la puerta de la cocina, captando la atención de los tres. Era una adolescente de unos quince años, vestida con un fino vestido negro y un delantal floreado, sosteniendo un barreño lleno de ropa.

La niña se sorprendió al ver a Vargas y Marzán sentados junto a Uxío, y se quedó parada en la puerta sin saber qué hacer. Luego, apartó la mirada al ver a Uxío llorando.

Uxío la presentó con evidente fastidio.

—Esta es mi sobrina Clara. Mi hermana y mi cuñado murieron en un accidente de tráfico hace dos años, y desde entonces me ocupo

de ella. Ahora soy su única familia.

Vargas observó aquellos ojos negros y temerosos. Cuando intentó saludarla, Clara desapareció rápidamente, subiendo las escaleras.

—Es muy tímida. —justificó Uxío.

Vargas notó la mirada de desaprobación de Uxío hacia Clara.

Marzán interrumpió aquel momento incómodo y le mostró varias fotos antiguas tomadas en la colonia.

En una de ellas, aparecía un grupo de niños frente al preventorio, sonriendo, algunos con los brazos levantados y otros aplaudiendo. Marzán señaló a un niño en particular, con la cabeza rapada, sentado sobre un muro con las manos debajo de los muslos.

—¿Reconoces a este chico, Euxenio? —preguntó Marzán.

Euxenio sacó unas gafas de una funda marrón y examinó detenidamente la foto.

—Sí, claro que lo reconozco. Es Artai Montenegro.

Marzán asintió levemente con la cabeza.

—¿Reconoces también a su hermano Xosé en alguna de estas fotos?

Uxío seleccionó una de las fotos que Marzán puso sobre la mesa y señaló a otro niño de pelo castaño, más pequeño que los demás, con una mirada aparentemente triste.

—Recuerdo esta foto —dijo Uxío—. En ocasiones, un titiritero venía a la colonia a representar alguna función. Solían ser algunos de los pocos momentos en que esos chicos eran felices.

Uxío se quedó mirando la imagen en silencio, como si lo arrastrara a otro tiempo, y una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—El padre Bieito tomó esta foto con su cámara.

—Cuéntenos un poco sobre ellos —pidió Vargas.

—Recuerdo poco a Xosé. Era un chico tímido y siempre estaba junto a su hermano. A Artai lo recuerdo más... era un demonio... nunca se adaptó a las normas de la colonia y constantemente desafiaba al padre Ángel. Pasaba más tiempo encerrado en «la urna» que en las habitaciones con los demás niños.

—Eso mismo me dijo Julio Sosa —Vargas miró a Marzán—. ¿Cree que el padre Ángel también abusó de Xosé?

Uxío se quitó las gafas, las guardó en el estuche y luego miró por la ventana.

—Sí. De hecho, era uno de sus favoritos. Quiero que entienda algo, inspectora. El padre Ángel era una persona atormentada. Creía firmemente que Dios le había dado un mandato divino: redimir del pecado del comunismo a todos esos niños, hijos en su mayoría de familias cuyos miembros estaban encarcelados por traición. Ese niño... Artai... era para él el mal en persona... un fracaso, ¿sabe? El corazón del padre Ángel odiaba tanto a ese niño y a lo que representaba que, de cierta manera, le tenía miedo. Y esa ira... en muchas ocasiones, la descargaba en su hermano.

—Y Artai... ¿sabe qué le pasó? —preguntó Vargas.

—Después de la desaparición de Xosé, se volvió loco... era incontrolable. Recuerdo que el padre Ángel le afeitó la cabeza como símbolo de expiación por sus pecados... aumentó los castigos físicos y estuvo encerrado en la urna la mayor parte del tiempo. Hasta que un día desapareció. Los curas nos dijeron que lo habían trasladado a otra institución donde le darían los cuidados que necesitaba... que estaba loco, decían.

—Está bien... Creo que ya tenemos suficiente por ahora —dijo Vargas, poniendo una mano sobre el brazo de Marzán.

—¿Entonces no me van a arrestar por el asesinato de Quiroga? No puedo ir a la cárcel. Ahora tengo algo muy importante en mi vida de qué ocuparme.

Vargas comprendió que Uxío se refería a su sobrina.

—No lo sé... ahora todo está en manos del juez. Lo que sí puedo decirle es que hablaremos con él para que sepa que ha colaborado con la investigación y que creemos que usted no es el asesino.

Los tres se levantaron al unísono, impulsados por un hilo de ansiedad. Marzán observó, a través de la abertura del viejo polo de Uxío, que portaba un colgante.

—¿Qué llevas ahí?

Uxío le mostró a Marzán una medalla con la imagen de Santa Mariña de Augas Santas, la misma que el asesino obligó a tragar a Quiroga. El mismo que Marzán encontró junto a los restos en la colonia.

—El padre Ángel me regaló este colgante. Todavía no sé por qué lo llevo.

—¿Tiene algún significado para ti? —Marzán tomó la cadena entre sus dedos.

—No, para mí... quizá lo llevo como una especie de símbolo... un recordatorio para no olvidar aquellos tiempos. En más de una ocasión, el padre me dijo que el colgante era un juramento de compromiso y lealtad de ciertos individuos, que representaba los tres valores del régimen franquista: catolicismo, anticomunismo y fascismo... Recuerdo que repetía esa frase una y otra vez.

De vuelta al coche, Vargas observó a Marzán, que parecía absorto en sus pensamientos, como de costumbre.

—¿Qué te preocupa?

—No te has dado cuenta, ¿verdad?

Vargas negó con la cabeza, sin entender a qué se refería.

—La simbología del colgante de Uxío. Catolicismo, anticomunismo y fascismo... de nuevo la tríada como un grupo de tres elementos interconectados... como el ritual de la Triple Muerte.

29

La comisaría no había cambiado desde su marcha. De repente, Noela recordó la frenética actividad diaria que tanto le gustaba y echaba en falta. Era un caluroso martes de finales de julio. Llegó al lugar donde comenzó su angustia y terminó su esperanza. El comisario García era consciente de que no sería fácil para ella, pero aun así insistió en que asistiera a una reunión de seguimiento de los llamados «crímenes de la Triple Muerte».

Comprobó emocionada cómo sus antiguos compañeros aún la echaban de menos. Tras la traumática despedida después de la muerte del pequeño Quique, pasó varios meses de baja y tratamiento psicológico. Luego solicitó un traslado a Madrid, buscando alejarse lo suficiente de aquel terrible suceso para retomar el control de su vida. Los recuerdos seguían presentes, sí, pero el dolor había desaparecido con el tiempo, como el humo de una hoguera al caer las primeras gotas de lluvia.

Manuel Delgado, su excompañero, la recibió con un cálido abrazo. Aunque no habían perdido completamente el contacto, hacía más de un año que no se veían. Él había querido visitarla en Madrid, pero ella siempre se había negado. Delgado todavía ocupaba un lugar importante en aquel doloroso recuerdo, y su presencia solo empeoraría las cosas.

Tomó suavemente sus brazos, la miró con dulzura y esbozó una sonrisa sincera.

— Hola, Noela.

— Hola, Manu —le devolvió la sonrisa.

Sus miradas se entrelazaron en un intenso cruce. Ella se ruborizó al encontrarse con sus ojos azules. Pensó fugazmente que, en otro tiempo o en otras circunstancias, su relación con él podría haber sido diferente, algo más que compañeros.

Un incómodo silencio se prolongó por unos segundos, interrumpido por el continuo ir y venir de sus colegas, que se acercaron a saludarla. Juntos se dirigieron a una pequeña sala de descanso donde había una cafetera y una nevera. Vargas observó la pizarra de corcho en la pared, aún llena de pequeños anuncios escritos a mano. Entre ellos, varias instantáneas en las que aparecía más joven junto a Manu y otros compañeros en diferentes celebraciones.

Con los dedos levantó una de ellas, dejando al descubierto otra debajo. En esa, Vargas y Lucía posaban en una terraza, con las cabezas pegadas mientras sonreían. Se quedó inmersa en una profunda reflexión, olvidándose por unos segundos de todo y de todos, hasta que la voz de Manu la sacó de su ensimismamiento.

— ¿La has vuelto a ver?

—No. Pero hace aproximadamente un mes hablamos por teléfono por primera vez desde la muerte de Quique. Tenía tantas cosas que contarle —sonrió—, que al final no pude hilvanar ni dos palabras seguidas. Intercambiamos frases sin importancia y luego colgamos. Fue extraño, ¿sabes? Ella ha creado una barrera que será difícil de derribar —dijo melancólica.

Delgado asintió comprensivo y cambió rápidamente de tema.

—¿Y qué tal con ese escritor... cómo se llamaba?

—Suso Marzán.

—Es un personaje bastante peculiar, perspicaz e inteligente, pero su alma todavía está atormentada por la muerte accidental de su padre y su hermano cuando era adolescente.

Por primera vez, Vargas notó una sombra de disgusto en los ojos de Delgado. El rubor le subió a las mejillas. Entonces comprendió que él sentía algo más que cariño por ella.

— …es gay —soltó sin pensar, arrepintiéndose al instante. Había sonado como una justificación casi infantil.

Delgado sonrió nervioso.

—¿Volverás a trabajar aquí? Todos te extrañamos.

—No lo sé, todavía tengo que reorganizar mi vida y examinar mis prioridades. Ahora soy feliz en Madrid, alejada de todo esto... pero quién sabe, un «ahora» no significa «nunca».

La conversación se vio interrumpida por la llegada repentina del comisario García, quien, con una expresión seria, le dio la mano a Vargas y la invitó a seguirlo con un ligero gesto. Manu levantó las cejas.

—Buena suerte... —susurró. Luego se llevó la taza a la boca y dio un breve pero intenso sorbo al café.

En el despacho del comisario, también se encontraba Arturo Castro, el funcionario del Ministerio del Interior. Estaba sentado en una butaca con las piernas cruzadas, parecía distraído. Al entrar Vargas, se levantó de un salto y la saludó efusivamente, estrechándole la mano. Al otro lado de la habitación, una figura alta, vestida con sotana, miraba por la ventana. Cuando se volvió, Vargas lo reconoció de inmediato. Era Ricardo Greco, el secretario personal del obispo Andrés Romero, quien la recibió en el arzobispado de Santiago de Compostela unas semanas atrás.

—Inspectora Vargas, supongo que se acordará de mí. Nos conocimos hace unas semanas.

Vargas asintió, pero lanzó una mirada de reproche al comisario García. No se sentía cómoda teniendo a dos personas ajenas a la investigación en esa reunión. El comisario rodeó su escritorio y arrojó un par de periódicos sobre la mesa.

—Inspectora Vargas —la llamó por su apellido, indicando su enfado—, creí que habíamos acordado en la última reunión que la investigación sobre el hallazgo de los restos humanos de la colonia se llevaría a cabo de manera discreta. Ahora se ha convertido en un circo mediático —García golpeó los periódicos con la punta de los dedos repetidamente.

Vargas leyó las portadas de los ejemplares de La Voz de Galicia y El Correo Gallego, que publicaban artículos sobre el hallazgo en la colonia y su relación con el asesinato del alcalde Xosé Quiroga.

—El obispo está muy disgustado con todo este asunto, señorita Vargas —continuó Greco—. El obispado y la Iglesia compostelana lamentan que la tranquilidad de la visita del Santo Padre en la Jornada Mundial se vea perturbada por sucesos que no tienen nada que ver con la Iglesia actual y que ensucian innecesariamente

nuestra imagen. Deberíamos estar hablando de la visita de Juan Pablo II en lugar de esto —dijo con tono despectivo, palmeando uno de los ejemplares del periódico.

El tono del sacerdote al llamarla «señorita» no le gustó nada a Vargas.

—Me gustaría que no se pusieran nerviosos —Vargas sacó una carpeta de su cartera—. Creemos que uno de los sacerdotes de la colonia pudo asesinar a los tres niños, y también hemos descubierto una línea de investigación muy prometedora que probablemente nos llevará a identificar al verdadero culpable del asesinato de Xosé Quiroga.

Entregó el informe al inspector, quien lo hojeó de forma displicente, sentado tras su escritorio. García miró a Arturo Castro y asintió con la cabeza, dándole permiso para continuar. La situación resultaba muy extraña.

—¿De qué línea de investigación estás hablando? Ya tenemos un sospechoso en el caso de Quiroga —dijo García, sacando una carpeta blanca con el logotipo del Ministerio del Interior, que entregó a Vargas. En su interior había un informe completo sobre Uxío.

—¿De dónde has obtenido esta información?—Vargas estaba desconcertada—. Este expediente no está registrado en ninguna parte.

Vargas se sentó y lo leyó. En el informe figuraba un largo historial de detenciones por delitos menores como tráfico de drogas y contrabando de tabaco, así como alteración del orden público. Nada que indicara un pasado violento que justificara un asesinato. Era el perfil de un hombre desafortunado cuya vida se había desmoronado.

—Creemos que Euxenio Rodríguez, también conocido como Uxío —dijo Castro—, colaboró activamente en la desaparición de los niños. Y, de alguna manera que aún desconocemos, Quiroga estaba implicado. Cuando se descubrieron los restos humanos de la colonia, los remordimientos y los recuerdos consumieron a Quiroga, quien se arrepintió y planeó confesar todo lo sucedido. Fue entonces cuando Uxío entró en pánico y lo mató —dijo Castro con calma.

—¡Pero eso es absurdo! ¿Así de simple? ¿No han visto su expediente? Uxío no es más que un pobre desgraciado —protestó Vargas, mirando desesperada a García como si no supiera qué estaba sucediendo en ese preciso momento.

El comisario evitó su mirada.

—Uxío —continuó Vargas— era un joven de veintitantos años. No es el responsable de las desapariciones. Fue un sacerdote llamado Ángel Rivera quien abusó de los niños de manera continuada. Uxío fue otra víctima de las circunstancias. Rivera también abusó de él y lo obligó a hacer cosas que ni siquiera puedo imaginar. Por favor, comisario, no cierre este caso en falso. No ceda ante las presiones de quienes quieren dar carpetazo a este asunto.

—Inspectora... —continuó Castro—, en su propio informe mencionó que el laboratorio forense encontró huellas de Rodríguez en el cuchillo utilizado en el crimen.

—Lo sé. Uxío me confesó que estuvo en el lugar donde se encontró el cuerpo la noche del crimen, pero estoy casi segura de que no fue el autor. Me contó que alguien lo llamó el día anterior y le pidió que acudiera al molino con la excusa de que ciertos documentos relacionados con la época de la colonia iban a ser revelados. Asustado, acudió a la cita y se encontró con el cuerpo de Quiroga. Dadas sus experiencias delictivas pasadas, entró en pánico y cogió el cuchillo. Si algo puedo asegurar es que Uxío no lo mató... Creemos saber quién puede ser el verdadero asesino.

—¿Creemos? — Castro abrió los brazos a modo de súplica y miró al comisario García.

—Sí… Durante el transcurso de la investigación, Marzán y yo hemos descubierto que el asesino de Quiroga puede ser uno de los niños de la colonia, y además tenemos una pista muy fiable de cuál de aquellos niños pudo ser.

—Mire, inspectora Vargas... —Castro continuó con aquel tono condescendiente que tanto la molestaba—, reconozco su entrega como policía en este caso y también sé que ha estado sometida a una gran presión durante los últimos meses intentando demostrar que está apta para el servicio después de la muerte de aquel niño.

Hasta ahí había llegado la cortesía... Tocar ese tema de esa manera le dolió sobremanera; fue un golpe realmente bajo.

García observó cómo la cara de Vargas se enrojecía por momentos y, ante la posibilidad de que dijera algo de lo que podría arrepentirse, intercedió inmediatamente.

—Vargas, en vista de las pruebas, y si no aparecen otras más concretas que lo desmientan, queda claro que Euxenio Rodríguez es el único sospechoso de la muerte de Xosé Quiroga. Por eso he remitido el informe al juez de instrucción para que valore la emisión de una orden de detención contra él. También está acusado como probable autor de las desapariciones de aquellos tres pobres chiquillos, en complicidad, aún por determinar, con Xosé Quiroga. Pero, como sabes, este delito ha prescrito y no se le juzgará por este motivo. Creo que con esto el caso está cerrado.

— Se equivoca gravemente… El crimen de Quiroga va más allá de un acto impulsivo. Es un crimen ritual de un asesino que volverá a matar... se lo aseguro, y si no, al tiempo. Si no seguimos con la investigación, perderemos un tiempo precioso para atraparlo. Uxío no es el asesino, comisario. No tiene las destrezas intelectuales ni psicológicas para organizar algo como esto. Reflexione... déjeme al menos una semana más para reunir pruebas.

Vargas, por primera vez, vio dudar al comisario, que enseguida dirigió sus ojos a Castro.

—Inspectora... —dijo Castro—. Haga lo que le dice su jefe. El caso está más que cerrado, y creo que ya es hora de que vuelva a Madrid a sus funciones. Ha realizado una labor soberbia con el caso, y esto le puede ser de ayuda en el futuro... así que le ruego que no lo estropee.

Vargas sostuvo la mirada a García, pero él la apartó, avergonzado. Luego recogió sus cosas y lanzó una mirada desafiante a Castro, que ya se había levantado del sillón para ponerse la chaqueta... y entonces lo vio... Recordó dónde había visto la misma corona de espinas que Artai Montenegro portaba en las fotos del expediente policial... en el ojal de la chaqueta de Castro.

30

Uxío estaba asustado. La visita de la inspectora y las preguntas que le hizo sobre su pasado en la colonia lo pusieron en alerta. Últimamente, su vida había cambiado para mejor con la llegada de la pequeña Clara. Ahora tenía algo por lo que luchar y preocuparse, pero, a pesar de la penitencia, los sucesos del pasado habían vuelto a su vida como una nueva condena. Sí, estaba asustado. Todo lo que había hecho para alejarse de su antigua vida podía desmoronarse una vez más. La situación de equilibrio que experimentaba podría romperse tan fácilmente como la cáscara de un huevo. ¿Qué haría si tuviera que volver a la cárcel? Si eso ocurría, los servicios sociales le arrebatarían a Clara, y eso jamás lo consentiría. Haría cualquier cosa para evitarlo. No podía dejar de pensar en las consecuencias una y otra vez; esos pensamientos le desgarraban las entrañas. Intentó combatirlos refugiándose en la bebida. Al menos, el vino podría ayudarlo a despejar su mente de visiones de sufrimiento y sangre. Por eso entró en aquella pequeña taberna de Vilar, buscando ahogar sus inseguridades en varias tazas de vino tinto barato.

Una voz ronca resonó y rasgó el aire entre los murmullos incesantes de los hombres que combatían el hastío y la pobreza a base de alcohol.

—¡Eh, Uxío! He oído que te has metido en líos otra vez... La policía anda rondando por aquí por tu culpa—dijo con sorna un individuo corpulento, con la barba empapada en alcohol, apoyado en la barra como si fuera un bote salvavidas. Era el tipo de líder ruin y buscavidas habitual en lugares como aquel, donde los borrachos siempre eran bienvenidos.

Uxío solía visitar aquel lugar cada día antes de que Clara llegara a su vida. En aquel entonces, era el único momento del día en que

podía olvidar sus desdichas y miserias, ahogadas una y otra vez en una taza del líquido granate. No pudo distinguir el rostro de aquel individuo con claridad, sumido como estaba en la bruma que enturbiaba sus sentidos. Escuchó las risas flojas que provenían de un grupo de hombres que, como él, mataban el tiempo en un sitio donde la desesperanza enfermaba el alma y el alcohol era la única escapatoria.

—¿No serás tú el culpable de la muerte de aquellos chicos en el castillo?

Entonces, aquel individuo se hizo más nítido a los ojos de Uxío. Se sentó frente a él con aire amenazador. Su cara redonda y rojiza, quemada por el sol de verano fruto del trabajo exterior, y aquellos ojos juntos, pegados a la nariz como un racimo de uvas a la vid, lo miraron fijamente, exigiendo una respuesta que él jamás le daría. Uxío permaneció con la vista perdida en los posos que el vino había dejado en el fondo de la taza, como si al escudriñarlos pudiera obtener una respuesta a aquella pregunta.

—¿No contestas? Algo estarás escondiendo —insistió. Como respuesta, Uxío cogió la jarra de vino y volvió a llenar su taza. Su pulso tembló, afectado por el alcohol, haciendo que el vino se desbordara y cayera sobre la mesa. Luego, a modo de juego, hizo pequeños garabatos con el dedo sobre el vino derramado.

—Déjame en paz...—palmoteó el aire como si quisiera atrapar un fantasma—, no he hecho nada...no tienes derecho…—balbuceó.

—¿Que no tengo derecho a qué? Hace tiempo que deberías haberte marchado del pueblo... Eres una amenaza para nuestros hijos... Eres un asqueroso pervertido —dijo el individuo, golpeando con un manotazo la taza repleta de vino, que se derramó sobre la mesa, salpicando los pantalones de Uxío. Las risas flojas se convirtieron en risotadas de sus acólitos.

—No tienes ni vergüenza... eres un borracho, Uxío. Me das verdadero asco.

—¡Vamos, Anxo! Déjalo en paz...¿No ves que está borracho? Métete con gente de tu tamaño —intervino la camarera alzando la voz, una chica rubia con el pelo recogido en una cola de caballo—. Si buscas pelea, hazlo fuera del local o llamo a la Guardia Civil.

—Está bien, no te enfades... —dijo Anxo, levantando las dos manos en un falso gesto de paz. Hizo además de levantarse, pero le susurró al oído— ... a saber qué le haces a la niña que vive contigo.

Uxío no lo soportó. El comentario le atravesó como un rayo a un viejo tronco. Se levantó bruscamente y golpeó con fuerza a Anxo. Este se trastabilló y se golpeó con una mesa situada detrás de él. Cuando Anxo se disponía a devolver el golpe, el sargento Vilanova irrumpió en el local, acompañado de un joven cabo de la Guardia Civil.

—¿Qué «carallo» ocurre aquí...? —dijo Vilanova. Miró a Anxo y luego a Uxío, a quien reconoció. Uxío regresó a su posición inicial, apoyado en la mesa, y bebió de un trago su taza de vino.

—Anxo... es mejor que te vayas a casa. Ya has bebido demasiado; tu mujer y tus hijos te estarán esperando.

Vilanova le abrió la puerta de la taberna y esperó pacientemente mientras Anxo pagaba su consumición y abandonaba el local, no sin antes lanzar a Uxío una mirada amenazante. Luego, el guardia civil regresó a su mesa y se sentó frente a él, observándolo en silencio. Levantó una mano y pidió a la chica de la barra que le trajera otra taza, que llenó con la jarra de vino que había encima de la mesa. Luego respiró profundamente.

—Sé que no eres trigo limpio, Uxío, y creo que harías bien en dejar de beber y regresar a tu casa. No creo que tarde en ir a buscarte para meterte de nuevo entre rejas. Estoy seguro de que mataste a Xosé, y era mi amigo. Voy a disfrutar el momento en que te ponga las esposas.

Vilanova probó el vino y, con una mueca de asco, lo dejó sobre la mesa.

Uxío se levantó, bamboleándose de la silla, y pagó mientras todos lo miraban. El silencio se apoderó de la taberna; solo el tintineo de los vasos rompía la tensión del momento. Sintió cómo las miradas de los dos guardias civiles lo seguían mientras abandonaba el local. Ya en la calle, un mecanismo se activó en su cerebro como la llama de un mechero. Ahora sí que tenía la certeza de que todo aquello que con tanto esfuerzo había intentado dejar atrás le estallaba en la cara. La borrachera no le impidió discernir que estaba otra vez en

peligro. Tenía que hacer algo. Subió a su desvencijada Derbi Coppa y la arrancó después de dos intentos. Luego cerró los ojos y pensó en Clara.

Ya en su casa, cerró la puerta con llave y se la guardó en el bolsillo del pantalón. A continuación, se dirigió con parsimonia hacia la sala de estar y bajó las persianas, dejando todo en penumbra. Seguidamente, fue a la cocina, se apoyó pensativo sobre la encimera y miró absorto la vieja alacena de madera que contenía la antigua vajilla heredada de su familia. Aún con su lucidez afectada por el alcohol, tamborileó con los dedos sobre la madera, con la mirada fija en el fregadero. Luego, como un resorte, se precipitó sobre uno de los cajones, abriéndolo con brusquedad y provocando el tintineo de los utensilios de cocina de metal que chocaron entre sí. Rebuscó dentro del cajón y cogió un cuchillo de puntilla, que apretó con su mano derecha.

Subió al piso superior de la casa por la escalera inacabada, aún revestida de cemento. Clara descansaba tranquilamente en su cama, en posición fetal, vestida con un vestido negro que dejaba entrever sus delgados muslos blanquecinos. Uxío se apoyó en el marco de la puerta de la habitación, con los brazos inertes a lo largo de su cuerpo y el cuchillo colgando de su mano. Sus ojos se humedecieron y unas lágrimas recorrieron lentamente sus mejillas. Pensó en el momento en que Clara, tras la trágica muerte de su hermana, llegó a su vida y se convirtió en su única familia. La hija que nunca tuvo. Aquella joven de quince años se había convertido en el faro que iluminaba su vida, y no estaba dispuesto a separarse de ella.

Uxío llenó sus pulmones con una larga y lacónica inspiración, queriendo absorber el olor a flores que ella desprendía. De repente, Clara se despertó y se asustó al ver a su tío de pie en silencio.

—¿Tío? —preguntó Clara—. ¿Estás bien? No te esperaba tan temprano... Voy a prepararte algo para comer.

—No te preocupes, Clara... Estoy bien. No tengo hambre —contestó Uxío. Luego, se enjugó las lágrimas, nervioso, con el dorso de la mano.

Clara se había acostumbrado desde hacía tiempo a ver a su tío borracho de vez en cuando, pero nunca le dio importancia. De

hecho, ella sabía la vergüenza que su estado generaba en él. Siempre entraba en casa y apenas la miraba, encerrándose en su habitación hasta la mañana siguiente. Nunca había tenido un mal gesto con ella.

Sabía que su tío vivía en una eterna lucha con los fantasmas de su pasado, y ella nunca quiso saber más. Simplemente, lo dejó estar. Reconocía el valor de aquella relación, pero su vida estaba cambiando. Se estaba haciendo mayor. Ya no era la niña de antaño, y lo que antes había sido protección empezaba a convertirse en una jaula de cristal. Quería salir, explorar el mundo, y el afán de su tío por protegerla comenzaba a molestarla en exceso.

Ahora tenía quince años y necesitaba sentirse parte de todo lo que la rodeaba. Jamás había salido de la aldea. Siempre había confiado en él, pero en aquel momento, las lágrimas en los ojos de su tío la pusieron en alerta. Algo no iba bien y comenzó a tener miedo.

—¿Hay algún problema, tío?—Clara se levantó y miró con inquietud el cuchillo que Uxío sostenía en la mano.

Uxío se sentó en una silla de madera y apoyó el brazo derecho en la cómoda. Luego, se tapó los ojos.

—Sabes, Clara, desde que llegaste a mi vida, has sido lo único valioso que he tenido.

Ella permaneció de pie, escuchando atentamente, como si una fuerza invisible la mantuviera inmóvil.

—Y… hombres como Quiroga siempre han querido arrebatarme lo más importante con mentiras y falsas acusaciones. Fui una víctima más de ese sacerdote, de Rivera… ¿Crees que ellos lo entienden? No, Clara, no lo entienden... Nadie entiende cómo he sufrido. Pero creí que contigo llegaría mi redención —Uxío miró a Clara—. Y me reconfortaste. Por fin, tenía algo por lo que luchar... Pero de nuevo, se acabó.

—Tío... por favor, deja el cuchillo... Me estás asustando —alzó la voz, alarmada.

—Siéntate, Clara—le dijo enérgicamente, señalando la cama con la mano en la que sostenía el cuchillo.

Uxío se levantó, cerró la puerta por dentro y volvió a sentarse.

Clara obedeció dócilmente y se sentó en la cama, inmóvil, con las piernas muy juntas y los dedos de las manos abiertas sobre su falda.

— Ahora, cariño. Solo nos queda esperar a que vengan.

31

Era noche cerrada en Camariñas y Marzán notó a Noela alterada. Estaban cenando en el restaurante del hotel Puente Arnela, donde ella se alojaba. Él la observó en silencio mientras fumaba un cigarrillo tras otro y los apagaba, irritada, dentro de un pequeño cenicero de chapa con el nombre del hotel. Su mirada, abstraída en la lejanía, reflejaba las luces de las farolas del paseo marítimo.

Suso, mientras, consumía su eterno vaso de güiski Macallan. Ella lo miró y se desahogó como un torrente.

—Me sentí tan impotente en la reunión... Es como si a todos les diera igual condenar a ese hombre. Tengo la sensación de que cualquier avance, indicio o prueba que podamos conseguir para exonerar a Uxío no saldrá a la luz. Es como si hubieran encontrado el perfecto chivo expiatorio…

—No te mortifiques. Tú no tienes la culpa. Parece que ni la policía, ni el gobierno ni la Iglesia tienen un especial interés en que este caso tenga mayor recorrido. Estoy seguro de que al comisario García no le agrada esta situación. Recibe muchas presiones desde todos los estamentos. Es lógico que nadie quiera ensombrecer la importante visita del Papa.

—¿Lógico?... ¿Tú lo ves lógico? —Vargas alzó la voz y los comensales de las otras mesas los miraron—. Desde que empecé como policía en la escala básica, siempre estuve comprometida con la ley. Castigar a los culpables y proteger a los inocentes... Sé que puede sonar un poco idealista en la sociedad en la que vivimos, pero eso es lo que me enseñaron en la academia...

—Vale... Suso, no me mires con ojos de cordero —por primera vez, Noela sonrió en lo que llevaba de noche —.Y ya sé que vas a decir que en el mundo real no es así, pero para mí las cosas o son blancas o son negras. En la búsqueda de la justicia no caben

matices, y es tan frustrante asistir a este linchamiento sin poder hacer nada.

—No te enfades conmigo... Yo solo soy práctico —Marzán puso su mano sobre la de Vargas—. Es cierto que solo tenemos un montón de indicios. No tenemos ninguna prueba sólida que podamos llevar al juez y que exculpe a Uxío. Las pruebas en su contra son abrumadoras, aunque nos cueste admitirlo. El cuchillo, el móvil del asesinato, todo está ahí. Uxío, lamentablemente, es el principal sospechoso.

Vargas chistó con aire de fastidio.

Una camarera se acercó a la mesa y les sirvió un plato de suculenta merluza a la gallega. El humeante olor hizo que el estómago de Marzán rugiera de hambre. No recordaba cuánto tiempo llevaba sin comer algo nutritivo. Luego, les llenó las copas con vino albariño y se marchó. Marzán aprovechó aquel impasse para echar un vistazo al pequeño local, que a esa hora se encontraba prácticamente lleno de gente.

—Artai Montenegro es la pieza clave de toda esta historia. Pero es difícil seguir su rastro desde principios de los setenta, cuando fue detenido por última vez. No hay documentación de su estancia en España desde entonces. Desapareció como un fantasma —dijo Vargas.

Vargas trinchó la merluza con suavidad y jugueteó con el tenedor en el interior de la sabrosa carne blanca.

—La verdad es que tienes razón, aunque me duela decirlo —continuó—. No tenemos nada fiable que nos lleve tras su pista ni pruebas que respalden nuestra teoría de que todos los sucesos están enlazados. Por eso tenemos que ponernos manos a la obra. No podemos contar con nadie más para avanzar en la investigación. Tenemos que ser discretos pero tenaces. Algo saldrá. Siempre sale.

Marzán apretó los labios y asintió con la cabeza. Volvió a llenar la copa de Vargas y luego hizo una indicación a la camarera para que les trajera otra botella de la misma marca.

—El punto de partida es que Uxío no pudo cometer el asesinato de Quiroga, a pesar de las pruebas que tiene la policía. Lo hemos descartado porque creemos que no es capaz de construir una

escenificación tan compleja basada en un antiguo ritual de sacrificios celtas. Además, ¿mataría a Quiroga y se quedaría tan tranquilo en su casa esperando a ser detenido?

Además, está su sobrina, a quien quiere con locura... Estoy seguro de que no haría nada que los separara. No tiene ningún sentido y no es el comportamiento habitual de un asesino. No hay un móvil claro.

—Lo sé, pero es todo lo que tenemos... Teorías y más teorías, pero ninguna certeza. Lo único cierto es que nuestro tiempo se agota antes de que el asesino vuelva a actuar. El juez de instrucción ha dictado hoy una orden de detención provisional contra Uxío, y la Guardia Civil ya tiene organizado el operativo para ejecutarla mañana a primera hora.

Además, el imbécil del sargento Vilanova le puso ayer sobre aviso.

La conexión es más que evidente entre todos los puntos, pero hay que terminar de conectarlos de alguna manera. Luego está el enigmático Arturo Castro y el imperdible misterioso con forma de corona de espinas que llevaba en el ojal de la chaqueta. Es el mismo símbolo que portaba Montenegro en las fotos que le tomó la policía.

—¿Y si seguimos echándole un poco más de imaginación? ¿Y si Castro y Montenegro pertenecen a la misma sociedad secreta? Míralo de esta manera...

Marzán apoyó los codos sobre la mesa e inclinó su cuerpo hacia delante, como si fuera a contarle un secreto.

—Imagina que existe una organización que permea todos los estamentos de poder en la actualidad y que, en la época de la dictadura de Franco, operaba en la clandestinidad. Tú misma me dijiste que Franco estaba obsesionado con eliminar a la masonería y a las sociedades secretas. Tenemos pruebas de que a Montenegro lo detuvieron varias veces acusado de pertenecer a alguna de ellas. No sabemos cuál.

Imagínate que esa organización se dedicó a localizar y eliminar a presuntos criminales de guerra durante la dictadura y que, al llegar la democracia, se infiltró en la política y en los poderes económicos. ¿Quién era Artai? Posiblemente, un lobo solitario, una especie de sicario que desapareció a finales de los años setenta y que ahora ha vuelto para tomarse cumplida venganza de todos aquellos que cree

que pudieron estar involucrados en la desaparición de su hermano Xosé.

—Suso, ya hemos hablado de esto y sabes que, en la situación en la que estamos, nadie nos va a tomar en serio. ¿Una sociedad secreta de sicarios? No puedo ir a mi jefe y contarle esta teoría sin ninguna prueba que la sustente.

—Vale... pero piénsalo bien, Noela... Estamos ante una lucha de poder. Por un lado, tenemos una sociedad a la que pertenece nuestro asesino, y por otro, tenemos una organización cuyo símbolo está representado con la imagen de Santa Mariña de Augas Santas. Imágenes que aparecen en los colgantes que encontramos entre los huesos de la colonia, en el interior del cuerpo de Quiroga y también en posesión de Euxenio Rodríguez. Recuerda, además, lo que nos dijo Uxío: que Ángel Rivera no paraba de repetir el significado de la imagen de Santa Mariña relacionada con la tríada del nacionalcatolicismo: catolicismo, anticomunismo y fascismo. Estoy seguro de que existió un grupo de individuos que formaron una sociedad secreta bajo la tutela del régimen y que estuvieron involucrados en la desaparición y encarcelamiento de rivales políticos. Además, participaron en una red que apartaba a los hijos de los represaliados y los recluía en instituciones como la colonia-preventorio de Monte do Carballo. Algunos, los más pequeños, fueron dados en adopción a altos jerarcas del régimen. Todos participaron, en mayor o menor grado, en la organización: Carrión, Quiroga, Camargo, Rivera... y otros individuos que ahora desconocemos. Para nuestro asesino, por lo tanto, esta es la lucha del bien contra el mal. Se ha erigido como el fiel de la balanza que determinará el destino de cada uno de ellos.

—Si tu teoría es cierta —resopló Vargas—, entonces debemos encontrar al resto de los miembros de ese grupo antes de que el asesino los elimine, quienquiera que sea. A Camargo ya lo tenemos localizado, al ser el arzobispo de Mondoñedo. Ah... y tengo una muy buena noticia que darte. He logrado localizar al coronel Marcos Carrión. Está internado en una residencia-sanatorio para militares en la ciudad de Cee. Puede que sea la pieza clave de todo este asunto. El problema es que, según tengo entendido, se encuentra en las

fases iniciales del alzhéimer y no sé qué información podremos obtener de él.

—Vayamos a visitarlo entonces —sentenció Marzán—, aunque también podemos hacer algo mucho más interesante: sentarnos a esperar a que el asesino vaya por esos desgraciados

32

Noela se despidió de Marzán en la puerta del restaurante. La noche había refrescado bastante y sintió un leve escalofrío que la obligó a arrebujarse bajo la fina chaqueta azul de algodón. No esperó a que él subiera a su coche para entrar en el hotel. Se encaminó por la pequeña pasarela que conducía a la puerta principal y, ya en la recepción, vio a un chico pelirrojo de unos veinte años, pecoso, que ojeaba un cómic de Conan el Bárbaro.

Cuando él se percató de su presencia, sonrió amablemente y luego cogió la llave de la habitación donde estaba alojada del panel de cuero marrón colgado en la pared. Vargas notó que solo quedaban dos llaves aparte de la suya.

De pronto, unas voces se filtraron desde el piso de arriba. Distinguió claramente la voz de un hombre y una mujer enzarzados en una discusión que iba en aumento. Miró de reojo al chico, quien había vuelto a sumergirse en la lectura de su cómic. Intrigado, alzó la cabeza y miró hacia arriba con inquietud.

—Llevan así desde hace un rato, inspectora —el chico movió la cabeza con aire de pesadumbre.

—¿Cómo?

—Discutiendo… me refiero. A gritos... como sigan así, van a espantar al resto de clientes. Les he avisado, pero no me han hecho caso. Regresaron al hotel hace un par de horas y él ha llegado completamente borracho. Además, he notado que la mujer tenía moretones en la cara.

Ese tipo de situaciones la violentaban. Era como echar sal en una herida abierta, como revivir recuerdos despreciables. Pensó en Lucía, en el maltrato que sufrió a manos de su marido, en la muerte de un niño inocente. Nadie más que ella era consciente del peligro que

entrañaba esa situación. Pensamientos oscuros emergieron desde un rincón olvidado de su memoria.

Subió con sigilo las crujientes escaleras de madera, atravesó el rellano y recorrió un estrecho pasillo de paredes color crudo hasta la habitación de donde provenían los gritos, cada vez más intensos.

En el trayecto, se cruzó con un hombre alto y mayor, apoyado en el marco de una puerta. Intentaba encender, sin éxito, una pipa tipo Dublín, igual que la que solía fumar su padre.

Aquel recuerdo la distrajo brevemente, pero luego sus sentidos se centraron de nuevo en la puerta del número seis del hotel.

El señor alto la observó con mirada circunspecta y le ofreció una sonrisa de dientes deformados antes de entrar en su habitación y cerrar la puerta.

Vargas esperó unos segundos frente a la puerta de donde salían los gritos, tratando de averiguar qué estaba ocurriendo. Luego golpeó con los nudillos y las voces se callaron de repente.

—Soy la inspectora Vargas de la policía. Por favor, abran.

Escuchó claramente unos pasos acercándose a la puerta, el giro de una llave y el descenso de la manija. La puerta se entreabrió y apareció el rostro de un hombre de unos cincuenta años, desaliñado, con barba de varios días. Llevaba gafas oscuras de pasta, y en su rostro destacaba una larga nariz afilada.

—¿Qué desea? —le espetó con evidente gesto de molestia.

—Policía. —Vargas le mostró su placa—. ¿Sería tan amable de dejarme pasar? Quisiera comprobar que la mujer que se encuentra dentro de esta habitación está bien.

Algunos huéspedes más curiosos se asomaron al pasillo. El hombre frunció el ceño y se apartó lentamente de la puerta, permitiéndole el paso.

En el interior, encontró a una mujer sentada en la cama. Debía rondar los cuarenta años y estaba a medio vestir. Cubría su torso con una sábana y su rostro reflejaba sorpresa por aquella irrupción repentina. Vargas notó que había llorado; tenía los ojos manchados de maquillaje.

El hombre se apoyó en la pared de la entrada.

Vargas echó un vistazo al lugar. La habitación estaba bastante revuelta: ropa tirada en el suelo, una maleta roja semiabierta sobre un sillón. Luego se acercó a la mujer.

—¿Cómo se llama? —preguntó con amabilidad, no exenta de tensión.

La mujer bajó la mirada al notar la intención de Vargas de descubrir si su actitud revelaba más de lo que mostraba.

—María.

—¿Qué está pasando aquí, María? —Vargas se agachó frente a ella y le levantó el mentón con la mano. A la luz de la lámpara de la mesilla, pudo ver claramente los moretones en su cara.

—Inspectora, no está ocurriendo nada. Solo es una pequeña discusión de pareja —dijo el hombre, con desconfianza, intentando justificar la escena.

—Cállese. Le estoy preguntando a ella, no a usted —lo miró con severidad—. María, ¿este hombre te ha pegado?

—No... no pasa nada... solo hemos tenido una discusión de pareja —repitió ella.

—Lo ve, inspectora, aquí no pasa nada... es una simple discusión —insistió el hombre, ahora con una sonrisa burlona en el rostro.

Vargas lo observó detenidamente. Estaba medio desnudo, con unos pantalones vaqueros viejos. Sabía que había golpeado a aquella mujer, pero sin una denuncia, no podría hacer mucho. Igual que con Lucía... esa impotencia la consumía.

—No vuelva a abrir la boca si no quiere pasar esta noche en el calabozo.

—Vamos, inspectora —continuó el hombre, justificándose con los brazos abiertos—. Déjenos en paz. Mañana debemos continuar nuestro viaje y tenemos que levantarnos temprano.

Vargas se interpuso entre los dos, colocando su mano en el pecho del hombre mientras sujetaba la culata de su pistola Star, Modelo 30 con la otra.

—Por favor, póngase allí, dése la vuelta y no se mueva —le indicó, señalando con el brazo extendido hacia la puerta.

—Tú eres un cabrón. Hace tiempo que debería haberte dejado y nunca he tenido el valor suficiente —dijo de repente María.

Se levantó y se acercó a Vargas, aún envuelta en la sábana.

—María, si este hombre te ha pegado... dímelo y en este mismo instante te saco de aquí. No te merece. Estoy segura de que puedes tener una vida maravillosa sin este desgraciado. Eres un tesoro, solo tienes que abrir el cofre y liberarte —susurró Vargas al oído de María.

María alzó la mirada por primera vez, y Vargas pudo ver la tristeza en sus ojos.

Aunque desconocía los detalles de su vida, sabía que no merecía vivir así.

—Quiero escapar de este lugar... —respondió María en un susurro al oído de Vargas—. Por favor, ayúdame.

En cuanto el hombre entendió la situación, su rostro se congestionó de furia.

—Pequeña «zorra»... así me agradeces todo lo que hago por ti —gritó.

Vargas sacó su pistola de la funda, y su mente estalló como un volcán en erupción.

Perdió el control.

Golpeó la cabeza del desconocido con la culata de la pistola. Una, dos, tres veces...

No pudo contenerse.

María intentó detenerla, pero todo sucedió como una escena a cámara lenta.

De repente, unas manos fuertes la agarraron por los hombros y la apartaron.

Se volvió, ofuscada, y se encontró con el rostro de Suso Marzán.

—Déjalo, Noela... ¡lo vas a matar! —gritó Marzán mientras la sujetaba con fuerza.

Luego, sostuvo el rostro de Vargas entre sus manos y la abrazó.

—Tranquila... ya ha pasado todo.

Vargas volvió a tomar consciencia de todo.

Nunca se había sentido así.

Vio al hombre en el suelo, medio desnudo, sangrando, y a María, sujetándose el rostro mientras lloraba amargamente.

Vargas miró a Marzán y se cubrió la cabeza con ambos brazos, sollozando.

No era ella.

33

Marzán conducía su Audi 80 en dirección a Cee, una pequeña ciudad situada en el concello del mismo nombre, en el centro-oeste de la provincia de A Coruña. Allí, Vargas había dado con el paradero del coronel Marcos Carrión, quien se encontraba retirado desde hacía cinco años en un sanatorio militar ubicado dentro del Castillo del Príncipe, un edificio construido en el siglo XVIII durante el reinado de Carlos III.

Según el expediente que tenía Vargas, Carrión había cumplido recientemente ochenta y dos años y padecía Alzheimer.

Ambos se desplazaban con la esperanza de obtener información clave de primera mano, a pesar de la enfermedad del coronel, que les ayudara a entender los sucesos ocurridos en la colonia durante los años cincuenta y su repercusión en el presente, e incluso en el futuro.

Marzán conducía concentrado en la carretera, mientras Vargas leía en silencio unos documentos de una carpeta color crudo. Decidió no profundizar en lo ocurrido la noche anterior, pensando que no sería agradable para ella.

Vargas cerró la carpeta, la guardó en la guantera del coche, apretó los labios y miró fijamente a Suso durante unos segundos sumida en sus pensamientos.

Él la miró intrigado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marzán.

—Nada...

—No sigas mortificándote. Ese desgraciado se lo merecía. Además, solo ha sufrido unas magulladuras... la única herida profunda es la que ha dejado en su orgullo.

Marzán esbozó una sonrisa reconfortante, y Vargas se cruzó de brazos, hundiéndose un poco más en su asiento.

—No creo que te denuncie. Él tiene mucho más que perder y recuerda que tu intervención quizá le haya salvado la vida a esa mujer.

Vargas agradeció las palabras tranquilizadoras de Marzán y apoyó la cabeza en el cristal del coche.

En silencio, escucharon el ronroneo del motor mientras avanzaban por la carretera.

—Sí, espero que los años venideros sean mejores para las mujeres, Suso.

—¿Alguna vez has sentido que una situación en la que fracasaste estrepitosamente te persigue y afecta a todas las decisiones que tomas en tu vida?

—Sí... conozco esa sensación. Mi vida ha estado llena de decisiones equivocadas... soy un gran fracaso —sonrió Marzán.

—No... en serio. Ayer, cuando presencié los signos de maltrato en la cara de María, no me reconocí a mí misma. Sentí que todos mis miedos resurgían como un torrente incontrolable.

—Muchas de mis decisiones y acciones han sido marcadas por lo que viví en el pasado, como el maltrato que sufrió Lucía... y luego la muerte violenta de Quique a manos de su propio padre. Pensaba que era una mujer fuerte, pero veo que mi alma solo está suturada con apósitos.

—Noela, a todos nos gustaría que nuestra vida fuera plácida, sin altibajos, pero las cosas no son así… Hay cosas que suceden de forma inevitable y ocurren porque estamos sujetos a los acontecimientos que nos rodean.

—Cosas que nos marcan para siempre y contra las que no se puede luchar sin una armadura que nos proteja. Y esa armadura son nuestras decisiones.

Marzán miró por el retrovisor y vio cómo una furgoneta blanca se acercaba y los adelantaba.

—¿Has vuelto a ver a tu amiga desde entonces?

—No, solo hemos mantenido un par de conversaciones superficiales por teléfono. La verdad es que me da verdadero pánico enfrentarme a ella.

—¿Te has preguntado alguna vez, Noela, si lo único que quiere es que le pidas perdón y escuchar de tus propios labios qué sucedió aquella noche y cómo te has sentido desde entonces?

—Estoy seguro de que para ella sería reconfortante. Ha pasado tiempo, y el tiempo, como sabes, lo cura todo.

Marzán puso su mano sobre la de Vargas, como si fuera a confiarle un secreto.

Vargas le lanzó una mirada cómplice y le sonrió, sorprendida.

Al llegar a Cee, se encontraron con una pequeña ciudad de edificios de granito de distintas alturas, con grandes ventanales de cristal cuadrado y marcos de aluminio.

Llegaron al viejo palacete donde estaba localizado el sanatorio militar, un lugar donde se trataban las dolencias de militares retirados de alta graduación y donde residía el anciano Marcos Carrión. Ambos se sorprendieron por la belleza del entorno.

El edificio se alzaba en un promontorio aislado del resto de la ciudad, al que se accedía por un camino sinuoso y estrecho que ofrecía una magnífica vista de la playa de la Concha y de la ciudad.

Marzán estacionó su Audi 80 frente al portalón de dos hojas, decorado con una reja de hierro forjado con detalles históricos, a través de la cual se divisaban unos jardines bien cuidados y un pequeño camino de grava que conducía a la puerta principal.

Vargas pulsó el interfono y esperaron unos segundos hasta que la puerta se abrió desde el otro lado.

Accedieron al jardín, impregnado de olor a hierba recién cortada, con hortensias y peonías que se mecían con la brisa de la mañana.

La puerta principal del edificio se abrió y apareció un hombre de unos cuarenta años vestido con una bata blanca, acompañado de un joven de pelo rubio que llevaba un mono gris claro con el emblema de la institución bordado en la pechera: Residencia Militar Virxen da Barca.

El hombre estrechó la mano de Vargas con energía y luego hizo lo mismo con Marzán.

—Soy el doctor Rubén Anxelo y dirijo esta institución —dijo.

Los cuatro entraron en el edificio, donde reinaban la calma y el silencio.

En la recepción, una chica rubia con el pelo recogido en una coleta tomaba notas en un cuaderno sobre una mesa de recepción para visitantes. Al verlos, levantó la vista y les sonrió, mostrando el chicle que mascaba.

Sobre la mesa descansaba un busto de hierro de un joven Francisco Franco, realizado en bronce y pintado de negro. La figura llevaba un cuello de pelo, simulando un abrigo de campaña y en el suelo de mármol brillante había un gran crismón con una leyenda en latín: In hoc signo vinces.

Marzán sintió el codo de Vargas clavarse suavemente en sus costillas mientras ella le indicaba con la mirada el crismón.

Él se acercó y le susurró al oído:

—Simbología franquista... «Con este signo vencerás».

—El Víctor es uno de los muchos símbolos apropiados por la dictadura, originarios de la época romana.

—Franco lo eligió como protagonista en el desfile de la victoria que se celebró en Madrid al finalizar la guerra.

Vargas le lanzó una mirada de complicidad y sonrió, sorprendida.

— Bien, inspectora, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó Anxelo.

—Como le comenté por teléfono, queremos hablar con el coronel Marcos Carrión en relación con un caso que estamos investigando.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Aunque, como le dije, el coronel padece Alzheimer y alterna momentos de lucidez con episodios en los que no recuerda a nadie. Comprenderá, inspectora, que su salud es delicada y no conviene alterarlo en exceso. ¿Cree que es necesario mantener esta conversación? —preguntó el doctor, esbozando una sonrisa atenuada.

—Sí, es necesario —respondió Vargas con contundencia.

—Bien, en ese caso, Jaime los acompañará —dijo el médico con evidente fastidio, señalando al joven de pelo rubio, que hasta ese momento no había dicho una sola palabra.

—Ahora mismo, el coronel Carrión se encuentra en el jardín descansando.

—Doctor —dijo Marzán—, si no le importa, a mí me gustaría ver la habitación de Carrión mientras la inspectora Vargas habla con él.

Anxelo miró a Vargas con expresión dubitativa.

—¿No necesitan una orden judicial para realizar un registro?

—No es un registro, doctor… Es una visita rutinaria dentro de una investigación por asesinato. El señor Marzán es criminalista y está colaborando con la policía en este caso. Está aquí para obtener un conocimiento más profundo del asesino que estamos buscando, ya que creemos que la vida del coronel está en peligro y cualquier pista que encontremos aquí será bienvenida.

—Pero... —volvió a dudar Anxelo.

—Como prefiera, doctor. Puedo solicitar una orden de registro y llenar este edificio de guardias civiles antes de que cante el gallo… Usted decide.

Ambos se quedaron en silencio mientras Anxelo valoraba la conveniencia de una visita policial en una institución tan reservada.

—Muy bien, acompáñeme —dijo Anxelo a regañadientes, franqueando el paso a Marzán.

34

Vargas caminó junto al celador a través del interior del edificio hasta llegar a otro jardín situado en la parte trasera. Este también estaba bien cuidado y, si cabe, aún más elegante.

Los parterres dibujaban figuras geométricas, y en las mesas, los residentes jugaban a las cartas mientras disfrutaban de una mañana tranquila y soleada.

Bajo un roble, un anciano vestido con un pantalón ocre y un fino cárdigan gris leía el periódico sentado en un banco de madera.

El celador se retiró, dejando a Vargas frente al anciano, cuyo rostro arrugado y dorado por el sol destacaba por un fino bigote de lápiz.

Tras un tiempo de silencio que duró más de un minuto, Vargas carraspeó con la intención de llamar su atención.

—¿Coronel?... Soy la inspectora Vargas.

En la portada del periódico ABC que el anciano leía, vio una gran foto del Papa Juan Pablo II, junto con algunas reseñas sobre la situación de inestabilidad en Alemania Oriental.

Carrión despertó de su letargo y se dirigió a Vargas con tono severo.

—¿Sabe? Antes todo era más fácil... Sabíamos en qué lado del muro estábamos situados.

—Nosotros, los ciudadanos de Occidente, con nuestros férreos valores cristianos, y en el que la prosperidad del individuo sobre el colectivo era un arma defensiva contra el comunismo.

—¿Y ahora? —Carrión golpeó la portada del periódico con el dorso de la mano—. La caída de la Unión Soviética y la inestabilidad en la que se ha sumido toda Europa Oriental hará que todo eso se vaya al traste, infectados por el virus mortal comunista.

—Coronel... —Vargas intentó encauzar la conversación—. He venido a hablar con usted sobre el asesinato de Xosé Quiroga. Lo

conocía, ¿verdad?

—Sí, ya veo que ha venido a despertar viejos recuerdos... Y sí, conocía bastante bien a Quiroga —hizo un ademán de fastidio y se levantó con dificultad del banco.

—¿Damos un paseo, inspectora? —Luego, se apoyó en el brazo de Vargas.

—Quiroga era el típico patán de los Servicios de Investigación e Información, un perro de presa. Era un hombre difícil de contentar y capaz de traicionar a su propia madre por un plato de lentejas.

—Entiendo que ustedes tuvieron algún tipo de relación durante aquellos años.

—Xosé Quiroga formó parte de nuestra Sociedad... —hizo una pausa—. La Sociedad que seguramente usted ya ha descubierto. Si no, no estaría aquí. ¿Me equivoco? Durante varios años, él también perteneció a ella, pero en cuanto vinieron mal dadas, simplemente nos traicionó. Se vendía al mejor postor.

—¿Sociedad? ¿Se refiere a la de Santa Mariña de Augas Santas?

Vargas mostró una bolsita de plástico en la que se encontraba una medalla con la efigie de la santa.

—¿Dónde la ha conseguido? —preguntó con sorpresa Carrión.

—Estaba en el interior del cuerpo de Xosé Quiroga.

—También encontramos varias de estas medallas entre los restos hallados en la Colonia de Monte do Carballo.

—Sí, he leído algo en los periódicos —la miró de soslayo—. Esas medallas eran el símbolo de nuestra Sociedad. Una sociedad iniciática en la que éramos miembros las personas más selectas del régimen: militares de alta graduación, personajes de la alta jerarquía eclesiástica y figuras relevantes de la sociedad de aquella época.

—¿Y la Sociedad de Santa Mariña era conocida por Franco?

—Claro que lo era, aunque Franco odiaba a las sociedades secretas y a la masonería. Para él eran «carroña política» y un respaldo inaceptable para el comunismo. El generalísimo, que Dios lo tenga en su gloria, creía firmemente que el fuego solo podía apagarse con abundante agua, y nuestra sociedad simbolizaba esa agua.

—¿Y Quiroga? ¿Qué pintaba en todo esto?

—Como dije, era un perro de presa.

—Investigaba, denunciaba y encerraba a muchos sospechosos por subversión. Luego, nuestra sociedad se encargaba del resto.

—¿Del resto?

—¿Se refiere a encarcelar a gente inocente por delitos que no habían cometido?

—¿Separar a los hijos de los prisioneros y llevarlos a colonias donde eran maltratados física y psicológicamente?

Ambos interrumpieron el paseo y se miraron.

—Mire, inspectora. Quizá es difícil de entender, pero lo que hicimos fue para salvaguardar algo en lo que creíamos con firmeza.

—Éramos relativamente jóvenes y, probablemente, demasiado celosos de nuestras convicciones.

—Ahora, visto con los años... Posiblemente hubiera actuado de otra manera. No estoy orgulloso de lo que hice, y con este peso cargaré hasta mi muerte.

—¿Le suena el nombre de Artai Montenegro?

—No, ¿quién es?

—Es uno de los sospechosos que barajamos como autor de la muerte de Xosé Quiroga.

—Era un antiguo alumno de la colonia, y creemos que pudo pertenecer a una sociedad secreta cuyo símbolo era la corona de espinas. Es posible que esté en posesión de un antiguo libro de rituales y sacrificios. Rituales que el asesino ha empleado en otros asesinatos además del de Quiroga.

—¿El libro VI de Farsalia? —dijo sorprendido—. Creía que el libro había desaparecido para siempre. Es un legado mágico que ha viajado a través de los siglos y es muy peligroso. Aquellas culturas que lo han poseído han acabado desapareciendo en luchas fratricidas.

—¿Tiene alguna idea de en qué sociedad pudo militar Montenegro?

—Sí, los Carbonari.

—¿Los Carbonari? ¿Quiénes son?

—Una sociedad secreta que representó una gran amenaza para el régimen. Franco estaba obsesionado con ellos. Fue una de las organizaciones que más daño causó al régimen, casi una congregación de asesinos que se autodenominaban custodes. Nunca logramos atraparlos.

Carrión se pasó el dorso de la mano por la frente, tratando de quitar las gotas de sudor.

El sol era implacable a esa hora de la mañana.

—Una última pregunta, coronel... ¿Conocía al padre Rivera?

—Sí, era un degenerado. En la Sociedad debatimos mucho sobre qué hacer con él.

—Un día, de repente, desapareció.

—Supongo que la Iglesia quiso evitarse problemas y lo trasladó a algún sitio que desconozco.

—Bien... Eso es todo, coronel. Si se me ocurre algo más, me pondré en contacto con usted. De todas maneras, vamos a dejar a dos agentes para protegerle mientras atrapamos al asesino.

—Se lo agradezco mucho, inspectora.

Vargas acompañó a Carrión hasta un banco donde este se sentó.

El coronel cayó repentinamente en un silencio inquietante, mirando al sol con los labios apretados y los ojos cerrados.

Fue como si no existiera nada ni nadie frente a él, como si una caja de música se cerrara de repente.

35

La habitación de Carrión tenía una decoración austera. Presidían la estancia dos grandes ventanales con visillos transparentes que tamizaban la luz de media mañana, proyectando un haz luminoso sobre el suelo de madera.

El mobiliario constaba solamente de una mesa de estudio, una cama con un cabecero de hierro en forma de volutas y un sofá de tres plazas de color crudo.

Observó una estantería de fórmica detrás de la puerta, repleta de libros viejos amontonados unos sobre otros, lo cual denotaba que el coronel, a pesar de su edad, seguía siendo un ávido lector que añoraba épocas pasadas.

Esbozó una sonrisa al ver un ejemplar de la autobiografía de Franco, junto con una edición bastante antigua de Raza, la novela que el dictador escribió.

También había varias obras sobre el nacionalsocialismo alemán, la masonería y las sociedades secretas.

—Me gustaría estar solo un rato —conminó Marzán a Anxelo, que se quedó de pie en el pasillo.

El doctor vaciló por un instante y finalmente desapareció.

La tarima, aunque en buen estado, crujía bajo los pies de Marzán.

La sensación de paz y tranquilidad solo se vio interrumpida por el trino de un canario en una pequeña jaula. Marzán metió un dedo a través de los barrotes y acarició al pájaro, que saltaba y aleteaba alarmado.

Luego, se sentó en la cama y estudió su entorno.

Sobre el escritorio había un par de libros encuadernados en cuero marrón, un bote con el escudo preconstitucional lleno de bolígrafos, pequeños compartimentos cerrados con llave y algunas fotos enmarcadas que evocaban la nostalgia de un pasado militar floreciente.

—Vamos, dime algo —se dijo a sí mismo mientras buscaba alguna pista en el lugar.

Recorrió las paredes con la vista, intentando no perder ningún detalle, y luego se centró en la librería, para después volver al escritorio.

¿Realmente podría encontrar algo que le diera alguna pista sobre la localización del padre Ángel Rivera?

¿Habría algún documento que esclareciera la relación entre Quiroga, Carrión y el resto de los miembros de la Sociedad de Santa Mariña?

Marzán hizo un gesto de fastidio al no ver nada relevante para la investigación.

Se levantó de la cama, se dirigió a la puerta y puso la mano en la manija.

De repente, algo llamó su atención: Un elemento extraño en una ubicación inusual, una pequeña compuerta secreta en el escritorio.

La empujó sin mucho esfuerzo hacia dentro y esta se abrió fácilmente, dejando caer un pequeño libro a modo de agenda, con tapas de piel y cerrado con un broche.

En su interior, escritos con pluma, encontró un listado de nombres con sus correspondientes direcciones, todos recogidos con una letra elegante e historiada.

Pero ¿quiénes eran esos individuos?

Además de anotaciones, contenía una lista de sociedades secretas que habían existido en la época de Franco.

Una de ellas llamó su atención, pues estaba marcada con una flecha dentro de un círculo: «Carbonari».

Debajo, había otra lista de nombres anónimos, algunos tachados y otros marcados con flechas o subrayados.

Para su sorpresa, pudo ver el nombre de Artai Montenegro.

—Eureka —susurró, y luego se rió de su propia expresión.

—¿Ya ha terminado? —le sorprendió la voz del doctor Anxelo a su espalda.

—La inspectora Vargas le está esperando, parece que es algo urgente.

Marzán ocultó la agenda detrás de su pierna, como si fuera un niño al que hubieran pillado en una travesura.

Salió precipitadamente sin esperar a que Anxelo cerrara la puerta.

En la escalera estaba Vargas, que subía para encontrarse con él. Su expresión era de preocupación.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Marzán.

—Sí. Acaban de llamar desde la comisaría.

—Uxío se ha encerrado en su casa y mantiene retenida a su sobrina. Además, ha amenazado con matarla.

36

Vargas llegó a las inmediaciones de la casa de Uxío poco tiempo después de recibir la alerta. El tiempo transcurría con extrema lentitud mientras aguardaba junto al equipo de la Guardia Civil especializado en negociaciones de secuestros con rehenes. Era crucial determinar el mejor momento para intervenir, especialmente porque el ánimo del equipo comenzaba a flaquear ante la falta de respuesta de Uxío a las numerosas llamadas que Vargas había realizado en su intento por comunicarse con él.

Resguardada detrás de la puerta de un Land Rover de la Guardia Civil, mantenía su Star, Modelo 30 desenfundada, atenta a cualquier movimiento.

De repente, sintió una mano en el hombro y, al girar la cabeza, se encontró con el rostro preocupado del inspector Manuel Delgado.

—¿Qué haces aquí, Manu? —susurró incómoda.

—¿El comisario desconfía de que pueda liberar a la sobrina de Uxío con vida?

—No es eso.

—Simplemente, el comisario me ha pedido que te apoye en este asunto. Sabes que soy experto en este tipo de situaciones —respondió Delgado, levantando las manos en un gesto conciliador.

—Manu, estoy segura de que tienes otros casos más importantes en los que trabajar en lugar de hacer de niñera.

—Te lo repito, Noela. No te enfades conmigo. Estoy cumpliendo órdenes.

—Es una situación de secuestro con una rehén, y las cosas se han complicado bastante. Alfredo me ha enviado para darte apoyo por si lo necesitas. No vengo a tomar el mando de la operación.

—Ya… Algo me dice que el comisario no confía en mi criterio, a pesar de haber demostrado con creces a lo largo de mi carrera que

esto no es así.

—Mira, Noela, tienes que reconocer que la tragedia que vivimos con la muerte del pequeño Quique aún es muy reciente para todos. Y esta es una situación muy estresante. Estoy aquí para asegurarme de que todo va a salir como debe.

Vargas apretó con más fuerza la empuñadura de su Star, Modelo 30 y examinó nuevamente la zona.

Echó un rápido vistazo a la posición de los miembros de la Unidad, apostados alrededor de la casa.

Todas las persianas estaban bajadas y no se veía luz en el interior.

El silencio lo envolvía todo.

Vestidos con monos verdes y chalecos antibalas azules, los agentes empuñaban sus fusiles CETME, esperando con tensión la orden de acceso al domicilio. Vargas nunca lo reconocería abiertamente, pero no se sentía cómoda con la situación. En ese momento, experimentó una mezcla de excitación y miedo, consciente de que debía tomar una decisión lo antes posible, ya que la vida de la niña estaba en peligro.

Tal vez Manu tenía razón...

Había pasado algo más de un año desde la muerte del pequeño Quique a manos de su padre, y ahora se enfrentaba a una situación similar. Un individuo con claros síntomas de desequilibrio emocional mantenía secuestrada a una menor. Esto la intranquilizó sobremanera ya que no podía evitar relacionar ambos sucesos. No iba a permitirse cometer los mismos fallos.

En el caso de Quique, había subestimado la amenaza. Había convencido a Lucía de dejar a su marido sin considerar que él haría cualquier cosa por retenerla y ese error la atormentaba una y otra vez. Y, en el fondo, sabía que el comisario García era consciente de esa debilidad. Por eso había enviado a Manuel Delgado.

A pesar de que lo apreciaba mucho, su actitud paternalista la irritaba. Alejó esos pensamientos que la perturbaban y regresó a la realidad.

Se acordó de Marzán y lo buscó con la mirada. Lo localizó en el interior de uno de los Land Rover, tomando notas en el cuaderno de tapas de color rojo que siempre llevaba consigo.

De repente, él la miró y le hizo un gesto, levantando el pulgar de su mano derecha para indicar que todo iba bien.

Ella asintió con la cabeza.

Vargas se dio cuenta de que el gesto de complicidad entre ambos molestaba a Delgado.

—¿Qué tal te va con el profesor? — preguntó Manu con tono displicente.

Vargas captó en su pregunta un evidente matiz de celos. Le atraía Manuel, pero no era el momento de pensar en eso.

—Tenemos que averiguar qué está pasando ahí dentro. — dijo Vargas, cambiando de tema.

Manuel Delgado se alejó unos pasos y habló por el walkie-talkie durante unos minutos.

Luego regresó junto a Vargas.

—La situación no es favorable. Parece que ambos están atrincherados en esa habitación. — Manuel señaló una de las ventanas del piso superior de la casa. La falta de información sobre lo que está ocurriendo allí dentro complica nuestra intervención y disminuye nuestras posibilidades de éxito.

Vargas asintió, consciente de la gravedad de la situación.

—¿Ha contestado al teléfono?

—Le he llamado en varias ocasiones, pero no responde.

—Debemos hacer algo ya, Noela. Tienes que dar la orden de entrar si queremos tener alguna posibilidad de sacar a la chica con vida.

—Mierda... lo sé.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Un policía de uniforme se acercó.

Su voz denotaba control y experiencia en este tipo de situaciones.

—Inspectora, tenemos ya comunicación con el interior de la casa, pero las conversaciones no se escuchan con claridad. Sin embargo, detectamos movimientos bruscos y algunos llantos. Creo inspectora que la situación está empeorando. Mi recomendación es que entremos de inmediato.

Vargas, con una mirada cargada de contrariedad, se giró hacia Delgado antes de notar que Marzán se aproximaba al grupo con una

actitud tímida que le hacía parecer fuera de lugar. Los tres se dirigieron con paso apresurado hacia una furgoneta Iveco estacionada a un lado de la carretera. Dentro de la furgoneta, el núcleo de la operación bullía de actividad.

En el exterior reconoció la voz del sargento Vilanova, con quien había hablado varias veces. Al salir, lo vio flanqueado por varios guardias jóvenes que conversaban en un tono desenfadado en un marcado contraste con la tensión de la situación. Con un gesto rígido y el ceño fruncido, Vargas avanzó hacia él, su enojo era evidente incluso antes de pronunciar palabra.

—¿Es usted Vilanova? ¿En qué coño estaba pensando? Todo esto es por su culpa.

Vilanova enrojeció, molesto por ser cuestionado en presencia de los jóvenes guardias.

—¿De qué me está hablando, inspectora? Yo solo advertí a Uxío de lo que se le venía encima. Ya era hora de que la justicia hiciera algo para meter entre rejas a ese delincuente.

—Y claro, no se le ocurrió una manera mejor que alertarlo. Aléjese de mi vista inmediatamente, o hablaré con sus superiores para que le destinen a tareas insignificantes hasta que se jubile.

Sintió su mirada de odio, pero se mantuvo firme. Los otros guardias, conscientes de la tensión en el ambiente, se dispersaron discretamente. Pareció a punto de replicar, pero se lo pensó dos veces. Luego indicó a uno de los agentes, con un gesto severo, que lo acompañara. Subieron a su vehículo y se alejaron.

Ella siguió con la mirada cómo el Renault 4 desaparecía por la carretera, hasta que sintió una mano tirando suavemente de su antebrazo.

—Vamos, Noela. Centrémonos en lo importante.

Ambos entraron en la furgoneta. En el interior, varios policías de paisano observaban en silencio pequeños monitores que proyectaban imágenes en blanco y negro de toda la operación.

—Hemos traído la última tecnología para garantizar el éxito de esta operación —dijo Delgado con orgullo.

—Inspectora, por favor, escuche esto.

Uno de los policías, un joven con gafas de pasta, le acercó unos auriculares. Era alto y de tez morena. Su cuello era tan largo que la nuez de su garganta bailaba mientras hablaba.

Vargas no podía distinguir claramente las conversaciones, solo se oía un llanto prolongado y angustiado.

De repente, escuchó con claridad la voz de la sobrina de Uxío:

—Tío, por favor, déjame marchar.

Vargas miró a Delgado sobrecogida.

—Debemos intervenir de inmediato, antes de que esto se nos escape de las manos, Noela.

—Está bien, pero seré yo quien encabece la intervención.

—¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo?

—Creo que no estás evaluando correctamente la situación. Además, no estás en condiciones…

—¿En condiciones de qué, Manu? ¿De qué me estás hablando?

—Noela, hace poco pasaste por una situación de estrés extremo. Entrar ahí podría suponer un riesgo, tanto para ti como para esa niña.

Vargas mantuvo su mirada fija en él de manera firme y decidida.

—Pues acompáñame. No quiero que el grupo de intervención irrumpa disparando, mate a Uxío y resuelva todo de un plumazo. Estoy segura de que Uxío no quiere hacerle daño a su sobrina. Además, él es la única persona que puede ayudarnos a desentrañar el caso de «la Triple Muerte». Por eso quieren taparle la boca. Solo es un pobre hombre desesperado.

Vargas sacó su Star, Modelo 30, se colocó el chaleco antibalas y se encaminó hacia la casa con determinación. Él intentó sujetarla por el antebrazo como acto reflejo, pero ella se zafó con un brusco tirón.

—Está bien... ¡Joder! — exclamó Delgado.

Delgado abrió la puerta principal de la casa con cuidado. La iluminó con la linterna, revelando un interior sumido en la penumbra.

Vargas lo siguió, apretando con fuerza la culata de su pistola, tratando de desterrar los pensamientos negativos.

¿Y si se repetía el desenlace del secuestro de Quique?

Eso significaría el final de su carrera, sin duda. Pero no se dejaría vencer.

Le había costado demasiado superar sus propios miedos y fracasos y aceptar que era más emocional de lo que creía.

Siempre había querido controlarlo todo, tomar decisiones rápidas, ser consecuente. Por eso, sus compañeros la admiraban.

Admiraban su capacidad de abstraerse de las emociones y analizar los casos con frialdad, casi con precisión científica. Pero la muerte de Quique lo cambió todo. Se volvió vulnerable. Como si su verdadero yo hubiera salido a la luz.

Miró hacia atrás y vio una vida llena de fracasos.

La muerte de su hermano por sobredosis de heroína en un tiempo en el cual solo pensaba en su carrera y no había prestado atención a los problemas de los demás.

Problemas que fueron agravándose hasta un desenlace fatal.

Esa culpa pesaba sobre ella como una cerilla junto a un bidón de gasolina. Desde entonces su relación con su padre quedó reducida a cenizas. Él la culpó de la muerte de su hermano.

Ahora, Noela era otra.

Vulnerable.

Pero impredecible.

Estaba decidida a sacar a Clara con vida. No tenía otra opción.

Unos débiles sollozos procedentes del piso superior de la casa la sacaron de su ensimismamiento. El silencio en la casa era denso y opresivo, como el del bosque después de un incendio.

Sostenía su Star, Modelo 30 en la mano y observaba a Delgado, que avanzaba con sigilo subiendo los peldaños de la escalera.

Ahora era ella quien proyectaba el halo de luz de su linterna hacia el rellano de la segunda planta.

Cuando Delgado llegó arriba, le hizo una señal con la cabeza para que subiera, y ella lo siguió.

Una vez allí, comprobaron el ajuste de sus chalecos antibalas, un ritual que todavía conservaban de cuando eran compañeros.

Los sollozos se volvieron más intensos y desgarradores. El corazón de Vargas se encogió.

Repentinamente, los sonidos estáticos del walkie-talkie irrumpieron en el silencio como un trueno.

—Mierda...

Lo apagó de inmediato.

Luego, notó la mirada de preocupación de Delgado.

Al final del pasillo estaba la habitación donde se encontraban Uxío y Clara. Una tenue luz se filtraba por el resquicio de la puerta.

Entonces, escuchó la voz de Clara, un grito agudo, desesperado, cargado de terror.

—Tío, por favor, no lo hagas... ¡Suéltame!

De pronto, un ruido seco.

Un mueble siendo arrastrado.

El instinto de Vargas se disparó.

Ambos avanzaron rápidamente, pero antes de llegar, Vargas se detuvo un segundo frente a una puerta entreabierta.

Miró en su interior. Era la habitación de Uxío.

La cama aún estaba sin hacer.

… y la ropa estaba desperdigada por el suelo.

Representaba el caos de una mente atormentada.

El grito de Clara volvió a desgarrar el silencio.

—No... por favor... ¡tío!

Vargas ya no pensó.

Ni en protocolos.

Ni en riesgos.

Dejó atrás a Manu y se lanzó decidida hacia la puerta.

—Noela... ¿qué diablos estás haciendo?

Pero ya no lo escuchaba.

Apoyó la espalda contra la pared junto al marco de la puerta.

Las manos sudaban sobre la culata de su arma.

—Eugenio, soy la inspectora Vargas.

—Por favor, suelta a Clara. Ella no tiene nada que ver con esto. Sé que la quieres. Sé que no serías capaz de hacerle daño. Sé que no eres el asesino de Quiroga. Y haré todo lo posible por demostrarlo.

—Pero ahora suelta a la niña.

Hubo silencio.

Solo los sollozos de Clara, cada vez más intensos.

—Inspectora, por favor, ayúdeme —Clara lanzó un grito desesperado.

—Sí, te ayudaré. Ahora, tranquila.

—¿Eugenio, me escuchas?

Hubo un breve silencio.

Entonces, Clara habló.

—Inspectora... no lo entiende. Ayúdele a él.

Vargas abrió con cuidado la puerta y contuvo la respiración.

Lo primero que vio fue a Clara, sentada en la cama con las muñecas atadas al cabecero.

Su pelo revuelto, sus ojos hinchados y su pecho agitándose entre sollozos.

Tenía pánico en su rostro y Vargas siguió la dirección de su mirada.

Y entonces lo vio.

A Uxío.

Colgaba de una soga atada a la viga.

El cuerpo se sacudía en espasmos, luchando contra la asfixia.

Vargas empujó con fuerza la puerta con el hombro.

Extendió el brazo hacia Clara en un gesto de calma y, sin apartar la vista de Uxío, enfundó su pistola.

—¡Manu!... Ayúdame —gritó.

Intentó sostener el cuerpo de Uxío para aligerar la presión de la cuerda, pero pesaba demasiado. Manu irrumpió en la habitación. Enfundó su arma y recogió el cuchillo de Uxío del suelo.

Se subió a una silla e intentó cortar la soga, pero era demasiado gruesa, demasiado resistente.

Vargas sintió las lágrimas quemándole los ojos. Uxío entonces dejó de moverse. Dos agentes de la Guardia Civil aparecieron de inmediato y ayudaron a sostener el cuerpo.

Vargas retrocedió lentamente, en estado de shock.

Delgado y los dos agentes lo descolgaron con rapidez y lo depositaron en el suelo.

El silencio se hizo insoportable.

Delgado, con los labios apretados, apoyó dos dedos en el cuello de Uxío.

Quince segundos eternos.

Luego, miró a Noela y negó con la cabeza.

Los llantos de Clara se convirtieron en un torrente. Vargas la rodeó con sus brazos, protegiéndola, como la chiquilla que era.

Entonces, como un estallido, una imagen apareció en su mente. El cuerpo ensangrentado de Quique, en brazos de su padre y luego vio a Clara, sollozando entre sus brazos.

Y de pronto, comprendió. Finalmente se había redimido. Y por primera vez, después de tanto tiempo, pudo recordar con claridad el rostro de su amiga Lucía.

37

Noela estacionó su Golf frente a la residencia donde Lucía se alojaba, un robusto edificio pintado de un llamativo azul turquesa. Ubicado en las discretas afueras de Carballo, el lugar destilaba un aire de tranquilidad inadvertida. Aferrándose al volante con las manos tensas, Vargas sintió la necesidad de armarse de valor. La ansiedad la invadía, llevándola a tomar una profunda inhalación que llenó sus pulmones, buscando serenidad en aquel gesto. Desde la muerte de Quique, no había vuelto a ver a Lucía; sus intentos de comunicación habían sido frustrantes, siempre truncados por el dolor y la distancia emocional.

La herida en el alma de Lucía aún sangraba, y Vargas había evitado profundizar más en aquel dolor compartido. Pero el reciente rescate de Clara había sido un catalizador, un despertar a los asuntos inconclusos en su propia vida que clamaban por una resolución.

Noche tras noche, soñaba con Lucía, imaginándola entre sus manos, acariciando con ternura sus párpados cerrados. Esos sueños eran un espejo de la culpa que la consumía; una llamada a reconciliarse con su amiga, a expresar su arrepentimiento por haberla presionado a abandonar a su marido, y a la vez, a confesar que, a pesar de todo, no lamentaba haberlo intentado. No podía soportar ver a Lucía consumirse en su propia infelicidad. Para Vargas, Lucía era más que una amiga, era como una hermana.

Con el corazón palpitante, Vargas descendió del coche y se dirigió hacia el portón de hierro que custodiaba la entrada a la casa, conduciendo a un pequeño patio delantero. Al llegar a la puerta, pulsó el timbre del portero automático y aguardó con una mezcla de esperanza y temor. Cada segundo que pasaba sin respuesta parecía

estirarse indefinidamente, hasta que, finalmente, una voz femenina resonó desde el otro lado: —¿Sí?

—Quisiera hablar con Lucía Hernán.

—¿Quién pregunta por ella? —respondió la voz con cierta desconfianza. Vargas titubeó un instante.

—Soy la inspectora Noela Vargas. ¿Podría ponerse un momento?

Se hizo el silencio durante dos largos minutos.

—Hola —dijo la voz seca de Lucía al otro lado.

—Hola, Luci, soy Noela... me gustaría hablar contigo.

El silencio reinó en la línea telefónica, y luego Noela escuchó cómo Lucía colgaba el teléfono. No sabía qué hacer; se apartó un poco de la puerta y miró hacia el interior, sin ver nada.

Con fastidio y evidente desazón, Vargas regresó a su vehículo. Tal vez no era el mejor momento. De repente, la puerta se abrió lentamente y apareció Lucía. Vestía un cárdigan azul de lana sobre un pijama de raso, su pelo estaba enmarañado y tenía profundas ojeras que resaltaban en sus ojos. También se veía más delgada.

—Hola, Noela. Te veo bien.

—Hola, Lucía... Solo quería saber cómo estabas.

—¿Cómo quieres que esté? —dijo Lucía, esbozando una sonrisa atenuada mientras cruzaba los brazos para buscar abrigo en su cárdigan. Vargas se acercó un poco más y Lucía dio un paso hacia atrás.

—Mira, Lucía... posiblemente nuestra relación no vuelva a ser la misma, pero siento que debo darte una explicación.

—No me la debes, Noela, de verdad... no la necesito —dudó—. Pero tienes que entender que la muerte de Quique ha destrozado mi alma. Estoy en tratamiento psiquiátrico desde entonces... me lleno de ansiolíticos para poder dormir al menos una hora seguida, debido a las pesadillas que tengo noche tras noche... Y, Noela, eres parte de esos dolorosos recuerdos a los que todavía no puedo enfrentarme.

Vargas no supo qué decir. Solo pensar en el infierno que Lucía estaba sufriendo le dejaba las palabras atascadas en la garganta.

—Lucía... yo... —titubeó.

—Sé que todo lo que hiciste fue por mi bien. Éramos las mejores amigas y no podías soportar verme infeliz con un hombre que me

maltrataba. Noela, tú siempre has sido una mujer segura de ti misma, pero yo soy todo lo contrario. Me siento frágil, como si cualquier cosa pudiera romperme. Yo no pensaba en mí, solo quería proteger a Quique. No te culpo por lo que sucedió, Noela. Sé que hiciste todo lo posible por salvarlo —Lucía empezó a sollozar—, pero necesito tiempo. Cualquier cosa me recuerda a él, como las risas de los otros niños jugando en el parque. A veces me despierto y oigo sus pasos por la casa, o veo su rostro inocente en la oscuridad.

Lucía escondió su rostro entre las manos y su llanto amargo comenzó a fluir como un torrente desbordado. Vargas se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y también comenzó a llorar desconsoladamente.

—Lo siento, Lucía... lo siento... Ojalá hubiera podido hacer más.

Una convulsión sacudió el alma de Noela Vargas, y en ese momento supo que el destino de Lucía y el suyo volverían a estar unidos.

38

Era un día espléndido en Laxe. Marzán retornaba a la casa de su prima Carme con el propósito de recoger sus cosas y retomar su vida y sus clases en A Coruña. Tras la muerte de Uxío, el principal sospechoso, el magistrado Maldonado había archivado el caso del asesinato de Xosé Quiroga. A través de un lacónico mensaje, el comisario García comunicó a Marzán que la policía ya no precisaba de su colaboración. Marzán asumió la noticia con resignación; aun así, él seguía pensando que los indicios apuntaban a la inocencia de Uxío, lo que implicaba que el verdadero culpable aún estaba en libertad. Mientras tanto, las órdenes de protección policial para Marcos Carrión y Bieito Camargo habían sido revocadas, al igual que la búsqueda del padre Ángel Rivera, principal sospechoso de las trágicas muertes en la colonia preventorial de Monte do Carballo.

Inmerso en sus pensamientos y en el eco de sus temores, Marzán observaba cómo la vida del pequeño pueblo pesquero seguía su curso. La energía juvenil de un grupo de peregrinos, ansiosos por explorar la zona mientras se dirigían a Santiago de Compostela para la Jornada Mundial de la Juventud, llenaba las calles con su entusiasmo, un contraste agudo con la inquietud que Marzán sentía en su interior, aún marcado por el reciente hallazgo de una pintada en su coche que le recordaba la hostilidad a la que se enfrentaba: «Fuera maricón de Laxe». El mensaje, escrito en un rojo chillón, reflejaba un odio profundo que persistía en las sombras del pueblo.

Aún con una tarea pendiente, Marzán no podía abandonar Laxe sin visitar a Mario, quien había regresado después de emigrar a Argentina y acababa de inaugurar un bar en la plaza del pueblo. Desde una distancia prudente, Marzán observó el local: sus paredes de color ocre, la puerta de madera pintada de un azul encantador,

los amplios ventanales. La terraza, aunque limitada en espacio, ya estaba llena de clientes, un recordatorio palpable de aquel día perfecto en el que la brisa marina mitigaba el sofocante calor del verano. Era mediodía, y las calles estaban repletas de forasteros en animada conversación.

De pronto, lo vio. Mario salió del local para limpiar con un paño una mesa recién desocupada. Vestía un delantal negro con el nombre del bar, La Constancia, bordado en letras blancas. «Bonito nombre», pensó Marzán. A pesar de los años, Mario no había perdido su atractivo. Al verlo, un torrente de emociones y recuerdos inundó a Marzán. Recordó una noche de verano de 1974, cuando él y Mario compartían su tiempo, cuando su amor era aún clandestino. Recordó la agresión que sufrieron al regresar a casa de la romería de la Virgen del Carmen, cómo unos bravucones borrachos los insultaron y les arrojaron piedras, una de las cuales dejó en la frente de Mario una cicatriz que aún se veía. Desde entonces y hasta la muerte de su padre y su hermano, Mario y él estuvieron muy unidos. Después, Mario emigró a Argentina en busca de un futuro mejor.

Mirarlo desde la distancia trajo a Marzán una mezcla de dolor y nostalgia. Pero, como si una conexión invisible los uniera, Mario levantó repentinamente la mirada, lo saludó y lo invitó a acercarse con una sonrisa. Marzán obedeció.

Una vez frente a frente, se miraron y sonrieron.

—Suso, estás como quería recordarte.

Mario dejó la bandeja llena de vasos que portaba encima de una de las mesas.

—Bueno, tú has perdido un poco de pelo —sonrió con fugacidad Marzán. Mario se pasó la mano por la cabeza en un gesto de confirmación.

—Pensé que no vendrías a verme.

Marzán hizo un silencio y observó el ambiente de animación de la terraza.

—No iba a venir... pero han sucedido varias cosas durante este tiempo que me han hecho cambiar de opinión.

—Bueno… espero que sean buenas.

Mario le acarició tiernamente el rostro a Marzán, y ambos se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Pasa y cuéntame, que tenemos muchas cosas para ponernos al día.

Y ambos desaparecieron en el interior del pequeño local.

SEGUNDA MUERTE

(TEUTANES MERCURIUS)

Coram ara Teutanes Mercurius, sacrificium offero pro ultione, ferventer imploro favorem eius ut sitis meae iustitiae satiatae.

Ante el altar de Teutanes Mercurio, ofrezco el sacrificio en busca de venganza, con fervor imploro su favor para que mi sed de justicia sea saciada.

Libro VI

39

1965

—Todos los presentes en esta reunión somos conscientes de la falta de libertad de pensamiento que coarta nuestro desarrollo personal. Nuestra universidad está plagada de profesores cuya única valía se basa en su afinidad política con el Régimen, en lugar de su competencia y conocimiento. Esto ha dado lugar a catedráticos incompetentes que han sumido a la institución en la bancarrota, con una administración incapaz de gestionarla eficazmente. Incluso el rector ha hecho de la represión de nuestras ideas su bandera. Además, los planes de estudio mal elaborados han limitado la participación estudiantil... Compañeros, todas estas circunstancias nos obligan a no detenernos y a ejercer más presión en nuestras movilizaciones.

Quien hablaba era un joven de ojos oscuros, con cabello liso y negro que le caía hasta los hombros. Luchaba por hacerse escuchar por encima del coro de voces que resonaba en el paraninfo de la Universidad de Barcelona. El ambiente estaba tenso después de largas jornadas de protestas, que la policía había reprimido con dureza, dejando como saldo alumnos heridos y varios detenidos.

—Silencio, por favor... Dejadle terminar para que podamos entendernos —pidió uno de los pocos profesores presentes en la reunión, arriesgando su puesto en apoyo a las reivindicaciones.

El profesor, de poco más de cuarenta años, estaba sentado detrás de una mesa en la que colgaba una gran bandera roja con la hoz y el martillo. El salón, de planta cuadrada, respiraba un aire histórico

con su decoración neomudéjar y sus grandes frescos que representaban los hitos de la institución. Para los cincuenta estudiantes presentes, aquel acto era otro momento histórico que marcaría un punto de inflexión en los movimientos estudiantiles en contra del régimen de Franco. Se habían reunido allí para tomar decisiones sobre los próximos pasos en las movilizaciones. Llevaban más de dos horas juntos, temiendo en todo momento que la policía irrumpiera y dispersara la reunión a la fuerza, incluso deteniendo a los presentes.

En ese momento, una joven estudiante de cabello rizado y pelirrojo, con grandes gafas de pasta negra, se levantó de su asiento sosteniendo unas hojas de papel y alzó la mano para calmar a los asistentes.

—Por favor, dejadme presentar al responsable de los comités de acción, nuestro compañero Artai Montenegro.

Artai era uno de los estudiantes más influyentes en la organización, aunque algunos miembros desconfiaban de él debido a sus posiciones extremas, justificando la violencia como un medio para que sus reivindicaciones fueran escuchadas. Con agilidad, Artai subió los dos peldaños que lo separaban del estrado y se situó frente a los demás estudiantes. Su silencio hablaba por sí mismo y su rostro imperturbable atraía la atención de todos.

—Es el momento, compañeros y compañeras... —Artai comenzó a hablar con pausa, sintiendo la tensión de ese momento crucial—. Todo lo que decidamos aquí será clave para el futuro del movimiento.

Durante unos segundos, sus penetrantes ojos azules escudriñaron a la audiencia. La dureza de su rostro lo asemejaba a una fiera a punto de atacar a su presa.

—Si creen que vamos a quedarnos de brazos cruzados mientras nuestros camaradas son detenidos y torturados en las comisarías de la dictadura, están muy equivocados.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala.

—Estoy de acuerdo con la mayoría de vosotros, que insistís en que las palabras son un arma efectiva para luchar contra aquellos que intentan sofocar nuestra libertad de pensamiento. Pero a veces,

camaradas, las palabras no son suficientes. Debemos hacer algo más, debemos dar un ejemplo claro a nuestra sociedad, que ahora mismo nos observa. Estamos viviendo un momento histórico. Somos la punta de lanza del cambio.

—Nuestra sociedad vive adormecida, sin la menor esperanza de cambio mientras el dictador siga en el poder. Si no mostramos la más mínima actitud crítica hacia lo que está sucediendo, los tiempos no cambiarán. Somos la generación que ha vivido siempre bajo el yugo de la dictadura, y es hora de alcanzar una salida democrática. Nosotros, los estudiantes, somos la clave para lograrlo.

Montenegro silenció su discurso entre los aplausos de muchos y los desacuerdos de unos pocos.

—Es el momento —continuó— de realizar un acto que atraiga la atención internacional, que los ojos del mundo se vuelvan hacia nosotros. Somos la chispa que encenderá la pólvora. Y ese momento es ahora. El régimen se tambalea como un árbol enfermo, y debemos hacer un último esfuerzo para derribarlo de raíz. Salgamos de aquí y eliminemos cualquier símbolo franquista de esta universidad. Nuestra universidad, la universidad de todos, está agonizando, compañeros y compañeras. Si seguimos sin hacer nada, esta institución morirá junto con la esperanza de nuestra generación y las próximas.

Los gritos de ánimo se propagaron entre los presentes. La emoción por lo desconocido se extendió por el recinto.

—¡Acompañadme! —exclamó—. Tomemos el rectorado ahora mismo y gritémosle al dictador que todo está cambiando, que ya no hay marcha atrás.

Artai Montenegro abandonó la sala seguido por un grupo de unos treinta estudiantes, entre cánticos de «La Internacional». La multitud se dirigió como una corriente humana hacia el claustro del rectorado. A través del patio porticado, los estudiantes se dispersaron por las dependencias, destruyendo todo a su paso y pintando las paredes con mensajes de libertad. Un pequeño grupo de estudiantes levantó un busto de alabastro de Franco y lo arrojó desde lo alto de la balaustrada. También colgaron una bandera con la hoz y el martillo en uno de los balcones.

Mientras Artai empujaba al rector fuera de su despacho, un grito anónimo resonó en el claustro:

—¡Los grises! ¡Los grises están aquí!

Artai y dos estudiantes más se asomaron por encima de la balaustrada del piso superior y vieron a varios policías antidisturbios vestidos con sus uniformes grises, correajes y cascos del mismo color, que entraban corriendo, blandiendo sus porras y golpeando con saña a quien se les cruzaba. Poco después, un individuo con un abrigo de cuero negro hasta las rodillas y una pistola apoyada en su muslo hizo acto de presencia en el claustro. Tenía el rostro marcado por la viruela. Al ver a Montenegro, el agente llamó a otros dos individuos, probablemente sus subordinados, y le señaló. Un chico rubio de ojos verdes y pelo rizado, que acompañaba a Artai, le tiró del brazo y le gritó:

—¡Corre, Artai! Vienen a por ti. Lárgate.

Artai escapó corriendo por una escalera secundaria, pero se topó de frente con dos policías que subían las escaleras y le ordenaron que se detuviera. Montenegro intentó escapar corriendo por el pasillo, forcejeó con las puertas de las oficinas, pero todas estaban cerradas. Se encontró en un callejón sin salida. Su gesto de frustración fue evidente; volvió sobre sus pasos y se topó de nuevo con los dos policías y el extraño agente del abrigo de cuero.

—Será mejor que te entregues, si no quieres salir herido —lo conminó el policía.

Artai levantó los brazos en señal de rendición. Uno de los policías se acercó y lo obligó a arrodillarse, pero en un rápido movimiento, Artai se deshizo de él con un codazo en la nariz, rompiéndole el tabique nasal. Intentó escapar corriendo, embistiendo con fuerza a la barrera improvisada de policías que bloqueaban su salida, pero ya era una apuesta perdida. Dos agentes más llegaron en ese momento y lo agarraron con firmeza. Uno de ellos le golpeó la cabeza con la culata de su revólver. De repente, su conciencia se sumió en la oscuridad.

Cuando despertó, sintió un profundo dolor de cabeza. Estaba desorientado. Le costó enfocar la vista y darse cuenta de que se encontraba en una pequeña habitación iluminada por una bombilla y

sin ventanas. Se incorporó y se sentó en una especie de catre en el que un desvencijado colchón de color verde era el protagonista. Miró a su alrededor y empezó a reconocer en la penumbra lo que parecía ser una celda. Había un pequeño lavabo y un váter al que le faltaba el asiento y cuya cisterna goteaba de forma rítmica. Una puerta de hierro, a la que le faltaba una capa de pintura, era el punto de conexión con el exterior.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? —gritó, esperando una respuesta. Intentó levantarse, pero su muñeca estaba esposada al cabecero del catre.

—Qué coño… —murmuró.

Había perdido la noción del tiempo. No sabía cuántas horas llevaba encerrado. Le habían quitado el reloj y vaciado los bolsillos. Palpó su cabeza dolorida y notó un gran chichón.

«Hijos de puta», pensó.

Escuchó el eco de unos pasos acercándose desde el exterior.

—¡Eh!... ¡Cabrones! ¡Sacadme de aquí de una vez! ¡No he hecho nada! —exclamó, esperando que alguien respondiera.

En ese momento, recordó al tipo del abrigo de cuero negro en la universidad. Estaba seguro de que era miembro de la temida brigada de los Servicios de Información e Investigación, la policía política de Franco. Había escuchado muchas cosas sobre ellos, ninguna de ellas positiva: palizas, torturas e incluso desapariciones de opositores eran su tarjeta de presentación. Angustiado, se planteó la posibilidad de no salir de allí ileso. Aquel policía había ido expresamente a la universidad para detenerlo. La situación no pintaba bien.

La cerradura de la puerta comenzó a moverse y Artai escuchó cómo los pestillos se abrían poco a poco, seguidos por la apertura de la puerta. El mismo individuo siniestro de la universidad estaba allí, luciendo un pantalón de traje de cuadros escoceses y un jersey rojo de pico sobre una camisa de cuello amplio. Tenía la elegancia oscura de los funcionarios que trabajaban para el régimen. El policía se mantuvo en silencio, mirándolo con desprecio mientras fumaba un cigarrillo barato. Luego, asintió con la cabeza y uno de sus secuaces se acercó para liberarlo de las esposas que lo mantenían sujeto al catre. Montenegro se frotó la muñeca dolorida y se puso de pie.

Otro policía uniformado lo agarró bruscamente del brazo y lo sacó de la celda en volandas.

Avanzaron como una manada por un pasillo oscuro, situado presumiblemente en el sótano de un edificio iluminado solo por bombillas en serie. Subieron unas escaleras y cruzaron un piso lleno de oficinas bulliciosas, donde varios policías atendían llamadas o tecleaban en máquinas de escribir. El policía del abrigo de cuero lo ignoró y entró en un pequeño despacho, y continuó con su trabajo como si la situación ya no le afectara. Finalmente, el policía uniformado lo condujo a otra sala con una pequeña mesa y dos sillas enfrentadas, al parecer destinada a los interrogatorios.

—Espera aquí; tu abogada quiere verte.

—¿Abogada? Yo no he pedido ninguna abogada. Además, no tengo dinero para pagarla —respondió Artai, aún sorprendido por cómo los acontecimientos se estaban desarrollando.

—No tienes que pagar nada, Artai. ¿Te importa si te tuteo? Tienes amigos muy poderosos que han estado siguiendo tu trayectoria durante mucho tiempo. Me llamo Patricia Smith. —Aquella abogada lo observaba desde la puerta con sus grandes e hipnotizantes ojos verdes.

—¿Qué trayectoria? ¿De qué amigos poderosos estás hablando? —preguntó Artai.

—Te pondrán al corriente más adelante. Yo solo vengo a gestionar tu liberación... Solo necesitas firmar estos dos documentos y podrás marcharte cuando quieras.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más —respondió ella.

Patricia Smith le lanzó una sonrisa fugaz mientras ordenaba los papeles y los guardaba en un maletín de piel. Luego se fue tranquilamente por donde había venido, dejando la puerta abierta.

A la salida de la comisaría, un Seat 124 de color granate lo esperaba frente a la puerta. Un hombre alto y delgado se encontraba de pie, sosteniendo la puerta del copiloto abierta. A medida que Artai se acercaba, pudo distinguir sus rasgos: cara larga y afilada, cabeza completamente rapada. Vestía unos vaqueros azul

claro y un jersey de cuello de cisne debajo de una cazadora de cuero negro. Con un gesto, le indicó que se acercara.

—Señor Montenegro, alguien quiere conocerlo. Si es usted tan amable, nos gustaría que nos acompañara.

El extraño se dirigió a él en tono cortés, con un marcado acento francés.

Artai se sentó junto al conductor, un hombre de mediana edad que asintió con la cabeza y se centró en conducir. El extraño se acomodó en el asiento trasero del copiloto y arrancaron. Rápidamente tomaron la Rambla, llena de coches y taxis de vivos colores negro y amarillo. Luego, giraron hacia la avenida Diagonal y salieron de la ciudad.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Montenegro, desconfiado. Sus acompañantes no respondieron. Poco después, el extraño le ofreció un pañuelo.

—Debe ponérselo. No se preocupe, no le haremos daño. La persona que va a conocer prefiere mantener el anonimato. Lamento las molestias que esto pueda causarle. Por favor, confíe en nosotros.

Montenegro se cubrió los ojos con el pañuelo sin objeciones. Calculó que el destino estaba a unas dos horas de Barcelona. Finalmente, cuando el coche empezó a traquetear, supuso que estaban en un camino de tierra apartado. El coche se detuvo y el extraño le quitó el pañuelo.

Cuando los ojos de Montenegro se acostumbraron nuevamente a la luz, vio una hermosa masía de piedra rojiza con un tejado a dos aguas, rodeada de jardines bien cuidados y viñedos que se perdían en el horizonte. Salieron del coche y el extraño lo condujo al interior de la casa, igualmente impresionante por dentro. Grandes muros de piedra y artesonados de madera adornaban el lugar. El extraño se retiró en silencio, dejando a Montenegro solo en un amplio salón.

Observó con curiosidad el entorno. Una estantería repleta de libros en francés llamó su atención, incluyendo El contrato social, de Jean-Jacques Rousseau, obras de Friedrich Nietzsche y textos históricos sobre la Revolución Francesa. También vio varias fotografías en la repisa de la chimenea, entre ellas una en blanco y

negro en la que reconoció, sorprendido, al joven Charles de Gaulle sonriendo junto a un hombre de unos cuarenta años, de tez morena, pelo engominado y bigote fino. Había otra foto aún más antigua que mostraba a un grupo de hombres y mujeres armados sentados en un pajar derruido, algunos sonrientes y otros con el puño en alto en señal de victoria.

—Nos tomamos esta foto en 1944, en Caen, durante los preparativos para la invasión de Normandía. Nuestra misión era hostigar a las tropas alemanas, volando sus infraestructuras y cortando sus suministros mientras los aliados se preparaban para el asalto. Fueron meses difíciles, en los que perdí a muchos camaradas que aparecen en esta foto, pero el sacrificio valió la pena.

Montenegro quedó sorprendido por las palabras de un hombre de unos cincuenta años, con acento francés y un rostro amigable marcado por una cicatriz en la mejilla derecha. Su cabello blanco empezaba a asomar entre una abundante cabellera.

—Mi nombre es Abelard Morandé —estrechó enérgicamente la mano de Artai—. Imagino que está sorprendido, Monsieur Montenegro, por cómo se han desarrollado los hechos desde esta mañana. Pero le aseguro que todo ello es esencial para proteger mi identidad y la de nuestra organización.

—¿Qué organización? ¿Quién es usted? —preguntó Montenegro, desconfiado.

—Permíteme explicarte, si puedo tutearte. Después de la Segunda Guerra Mundial, y con Europa dividida en dos bloques políticamente enfrentados, muchas personas influyentes en el mundo social y económico, intolerantes al fascismo, volvieron su atención hacia España, la única dictadura fascista que aún prevalecía y que, sorprendentemente, era tolerada por el resto de los países.

»Para hombres amantes de la libertad como yo, es una afrenta que España, bajo el régimen de Francisco Franco, sea miembro de la ONU desde 1955, a pesar de las evidentes carencias en las libertades políticas y de expresión, así como los crímenes cometidos durante la Guerra Civil que siguen impunes. Además, existe una

evidente maquinaria de represión ante la cual el resto del mundo hace oídos sordos.

Morandé se apoyó en la repisa de la chimenea y cogió una de las fotos en la que él y un grupo de maquis aparecían sentados frente a un tanque de guerra estadounidense.

—Algunos de nosotros, incluido yo, nunca hemos tolerado esta afrenta histórica. Hemos ocupado puestos destacados en el régimen de Franco, en ámbitos económicos y políticos, para luchar desde dentro contra esta aberración.

—¿De qué manera? —preguntó Montenegro, cada vez más intrigado por lo que estaba escuchando.

Morandé sonrió al ver que había despertado su interés.

—Como te mencioné antes, algunos de nosotros nos hemos infiltrado en el régimen para acabar con la impunidad de muchos de sus miembros. Pertenecemos a los Carbonari, una sociedad secreta secular cuyas raíces se extienden hasta la Alta Edad Media. Nos originamos en los bosques del norte de Italia, Alemania y Francia, donde nuestros primeros cofrades celebraban sus reuniones. Nuestros votos consolidan la misión principal de luchar contra la tiranía y destruir los gobiernos que utilizan la represión y el sufrimiento como herramientas coercitivas para someter a su pueblo.

En España, nuestro objetivo es restaurar la soberanía a sus ciudadanos, instaurando una República donde todos sean iguales ante la ley, sin secretos de Estado. Los ciudadanos decidirán quién gobierna y quién no, exigiendo a los políticos y funcionarios actuales que rindan cuentas por sus crímenes. Te encuentras en una de nuestras logias, conocidas como Ventas, y yo soy el líder supremo.

Morandé le ofreció un vaso de agua, y Montenegro sintió una sed que hasta entonces no había experimentado.

—¿Y qué desea de mí, señor Morandé? ¿Por qué estoy aquí?

—Llámame Bernard, por favor.

Morandé puso una mano sobre el hombro de Montenegro y lo invitó a entrar a una pequeña habitación contigua. Allí, la iluminación de varios candelabros creaba un ambiente misterioso. Símbolos de hachas, antorchas e iconografía cristiana se representaban en

grandes tapices, que Montenegro supuso que podrían ser de origen medieval. Un tapiz rojo con la representación de una corona de espinas presidía la estancia.

—Artai, hemos seguido tu trayectoria durante todo este tiempo. Con solo veinticinco años, has sido arrestado más de diez veces y estás en la agenda de los Servicios de Información e Investigación. Soltero y sin pareja conocida, huérfano desde los diez años. Tu hermano Xosé desapareció en la colonia preventorial de Monte do Carballo, y desde entonces te has convertido en un firme luchador contra la dictadura, tanto a través de tus palabras como de tus acciones. Estudiante de Historia, eres brillante y posees una mente privilegiada.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Montenegro.

—Tenemos miembros infiltrados en todos los estamentos del régimen, incluso en la policía —respondió Morandé, golpeando dos veces con el dedo índice una carpeta con el membrete de los Servicios de Información—. Quiero que te unas a nosotros, Artai Montenegro. Te ayudaremos a lograr lo que siempre has deseado desde que estás en la universidad. Te convertirás en nuestro agente en el mundo exterior, y te proporcionaremos todos los recursos y protección necesarios.

—¿Y cuál sería mi objetivo? —preguntó Montenegro.

—Eliminar a los criminales de guerra del régimen. Ahora sabemos que nunca serán llevados ante la justicia, al igual que ha sucedido con muchos criminales de guerra nazis. Todos ellos están protegidos por una red de mentiras.

Morandé abrió un panel oculto en una de las paredes de la habitación, revelando unas veinte fotografías tomadas desde diferentes ángulos de personas desconocidas para Montenegro. Colgaban en aquellas paredes, aparentemente con algún tipo de significado que él no lograba discernir.

—Estos son ellos, llevando vidas normales. Frente a ti se encuentran los verdaderos criminales de guerra responsables de cientos de fusilamientos, persecuciones políticas y abusos contra niños presos en colonias por todo el país.

Montenegro se acercó a las fotos y las observó detenidamente. Todos aquellos rostros desconocidos se amontonaban en el panel. ¿Cómo era posible que esa gente llevara una vida normal bajo la tolerancia de un régimen corrupto y permisivo con la violencia? Artai se volvió hacia Morandé y lo miró a los ojos.

—¿Qué debo hacer?

Morandé tomó una pequeña caja de terciopelo rojo y se la entregó a Artai. En su interior había un colgante de oro con el símbolo de una corona de espinas.

—No será fácil convertirte en miembro de pleno derecho de nuestra organización. Deberás permanecer en Francia durante seis meses y prepararte psicológica y físicamente para cumplir con tu misión.

Montenegro se colocó el colgante alrededor del cuello.

—Bernard... llevo preparándome para esto desde que era niño

40

Agosto de 1989

Inés se levantó muy temprano, como era su costumbre. Cada día, puntualmente a las cinco de la mañana, salía de casa hacia la panadería que regentaba en Xaviña, un rincón tranquilo de la Costa da Morte. Después de años de esfuerzo constante, había conseguido sacar adelante su pequeña tahona, que ya contaba con cuatro empleados: dos artesanos panaderos y dos dependientes.

Inés cumplió su rutina matinal con meticulosa precisión. Se duchó y se maquilló con esmero, intentando disimular las profundas ojeras que el insomnio había esculpido bajo sus ojos. Las últimas noches habían sido un tormento, plagadas de pesadillas que no lograba descifrar. Lo único que recordaba al despertar era la imagen perturbadora de una soga que oscilaba al ritmo de un corazón agitado y una figura ominosa, con el rostro velado por una capucha. Esa mañana, frente al espejo, se enfrentó a la pregunta que rondaba su mente cada día: ¿realmente valía la pena el esfuerzo? Hacía tiempo que no disfrutaba de unas vacaciones o de un momento de ocio sin cargas.

A pesar de ello, una sonrisa se dibujó en su rostro mientras trazaba un corazón en el espejo empañado del baño. Aunque su trabajo era exigente, Inés se había convertido en un pilar para su comunidad, algo que le infundía un profundo sentido de propósito. Reflexionando sobre el valor que su labor aportaba a la vida de los demás, las dudas se disipaban como la bruma bajo el sol matinal.

Así que, aquel lunes de principios de agosto, ella sería, como siempre, la que levantaría la persiana de su pequeño negocio y

hornearía las primeras barras de pan que luego repartiría con su furgoneta por las poblaciones cercanas. Antes de salir de casa, se dio cuenta de que había caído un buen chaparrón y de que parecía que otra tormenta se avecinaba, pues una fina llovizna comenzaba a empapar la calzada con una cadencia rítmica.

Al llegar a la puerta, abrió su paraguas y empezó a recorrer el kilómetro y medio que separaba su casa de la panadería. Allí la estarían esperando Xoaquín y Sabela, los dos panaderos que la ayudaban a comenzar el día. Sus botas, chapoteando en el suelo encharcado, hacían que pequeños tirabuzones de agua salpicaran las perneras de sus pantalones.

Las farolas —al menos las que aún funcionaban— iluminaban tímidamente la calzada de cemento. Después de recorrer los primeros seiscientos metros, decidió desviarse por un sendero que solía utilizar para ahorrar algunos minutos en el trayecto. Este sendero pasaba por un tramo abandonado donde se encontraba un viejo hórreo y un cruceiro del siglo XVI cubierto de musgo. Sin embargo, algo había cambiado. Un detalle que no escapó a la atención de Inés. En la silueta del cruceiro, que se alzaba en la oscuridad como una reliquia del pasado, algo parecía estar fuera de lugar. Por instinto, Inés redujo la velocidad de sus pasos, y el miedo, junto con la angustia por lo desconocido, la invadieron mientras se aproximaba.

Un grito ahogado de pánico emergió involuntariamente de su garganta, y sus manos soltaron las pertenencias que llevaba, dejándolas caer al suelo ante la horrenda visión que tenía frente a sí.

El terror la invadió completamente mientras, casi por instinto, sus pies la llevaban a acercarse para observar con mayor detalle la escena que se desplegaba ante sus ojos. Lo que vio era un cuerpo, o más bien un amasijo sanguinolento, atado al travesaño del cruceiro de piedra. Las piernas estaban sujetas al poste vertical de la cruz con cuerdas, creando una figura grotesca y distorsionada. Todos sus miembros —brazos y piernas— estaban asegurados de tal manera que el cuerpo colgaba suspendido en el aire, en una posición perpendicular al suelo. De su garganta brotaban borbotones de

sangre, que al mezclarse con la lluvia formaban un reguero cristalino que fluía y caía al suelo como un torrente incontrolable.

Un ataque de ansiedad le provocó un profundo mareo, pero aún pudo mantenerse consciente para distinguir, en la cabeza de esa pobre criatura, una tosca y enrevesada corona de espinas.

41

Marzán se despertó muy temprano debido a la llamada de Noela. El asesino había vuelto a actuar. Aquellos que desviaron la atención del caso acusando al pobre Uxío con argumentos de locura mental se habían equivocado. Sí, habían encontrado al chivo expiatorio perfecto, pero este nuevo crimen derrumbaría sus teorías como un castillo de naipes.

A su llegada a Xaviña, la oscuridad de la pequeña aldea gallega se cernió sobre Suso; sin embargo, era precisamente en la oscuridad donde él se encontraba en su elemento, igual que los murciélagos en las cuevas.

El asesinato, la manifestación más cruda de las pasiones humanas, siempre le había fascinado. Aquellos que manejaban los hilos en las sombras querrían cubrir este nuevo hecho bajo un manto de silencio, pero se toparían con un desafío aún mayor ahora que los medios de comunicación ya habían olfateado el olor a sangre. La presión para que estos crímenes no ensombrecieran la próxima visita del papa Juan Pablo II a Santiago de Compostela resultaría infructuosa.

Con su mirada aguda, Marzán notó un pequeño enjambre de periodistas que se apiñaban tras la cinta policial, ávidos por compartir los sucesos con sus audiencias. Permaneció detrás del control policial, mientras escudriñaba la escena del crimen como si fuera un espectador en la primera fila de un macabro teatro. Observó a los agentes de la policía científica que recorrían la escena y cómo el cuerpo de la víctima fue tratado con el máximo cuidado antes de ser introducido en una bolsa mortuoria y trasladado en una furgoneta.

Vargas estaba allí; seguramente fue una de las primeras personas en llegar al lugar. Con un gesto de su mano, indicó a los policías uniformados que le permitieran pasar. Con precaución, siguió el

camino hasta el lugar exacto donde se encontró el cuerpo y examinó los alrededores del cruceiro. Notó marcas de hierba aplastada y ramas rotas de los arbustos que crecían salvajes alrededor, como un rastro dejado por un objeto pesado arrastrado hasta la cruz de piedra.

El sendero lo llevó a un terreno colindante, conectado con una finca cuya entrada estaba flanqueada por simples tablones. Parecía fácil para el asesino dejar un coche en ese terreno oculto y arrastrar el cuerpo unos metros hasta el lugar del hallazgo. La sangre tiñendo de rojo la hierba corroboraba esta teoría.

Agachándose para examinar mejor, Marzán descubrió la huella de un talón de bota en una acumulación de barro. Tomó una impresión con cinta adhesiva y la guardó en una bolsa de evidencia. Con un gesto, llamó a uno de los técnicos forenses para que se acercara y le entregó la bolsa. —Para el laboratorio —dijo, sacudiéndose las manos.

Marzán continuó peinando la zona con cuidado. Ya amanecía, y la claridad permitía observar cada detalle con mayor precisión. La sangre aún goteaba de la cruz de piedra y las cuerdas utilizadas para atar el cadáver permanecían en el suelo, marcadas con las etiquetas de las pruebas periciales.

Justo en ese momento, vio llegar al magistrado Maldonado, sentado en el asiento del copiloto de un coche de la Guardia Civil, apuntando datos en una libreta. Después de un breve reconocimiento, Marzán volvió a su labor y se alejó del sendero, echando un vistazo a la parte trasera del cruceiro.

Observó un pequeño riachuelo artificial, formado por la lluvia, que descendía terreno abajo por una pequeña ladera. Se agachó para examinar cada pista con detenimiento, notando nuevamente la hierba aplastada. Este parecía ser otro lugar donde el cuerpo habría permanecido inmóvil. Calculó que la distancia desde el cruceiro hasta su posición era de unos diez metros.

El asesino habría atado las cuerdas a la víctima, la habría arrastrado y, finalmente, lo levantó en volandas con una fuerza notoria. El hecho de que no hubiera mucha sangre en el suelo indicaba que la muerte no había ocurrido allí, sino en otro lugar;

posiblemente, la víctima dio sus últimos estertores colgado en el cruceiro.

Agachándose de nuevo, palpó el interior del riachuelo y tocó algo metálico. Al sacarlo, vio que era un colgante con una corona de espinas en su extremo.

—¿Has encontrado algo? —Vargas apareció junto al magistrado Maldonado casi de la nada, tomando a Marzán por sorpresa. Él no se había percatado de su presencia, tan absorto estaba en su investigación. Se levantó, metiendo el colgante que había encontrado en otra bolsa de evidencia, y luego se la entregó a Vargas, quien le ofreció una toalla para secarse las manos.

—¿Quién es la víctima?

—Marcos Carrión —Vargas apretó los labios en un gesto de tensión—. Fue reportado como desaparecido ayer. No llevaba nada consigo cuando salió de su residencia. Esta mañana temprano, una mujer encontró el cuerpo mientras iba a su trabajo.

Vargas entregó a Marzán una bolsa con una tela similar a la encontrada en el cuerpo de Xosé Quiroga, pero con un nuevo mensaje en latín. Creemos que el asesino ha seguido también el ritual de la Triple Muerte celta.

Marzán desenrolló la tela con cuidado.

—¿Teutanes Mercurius?

—Teutanes es Mercurio en lengua gala —explicó Maldonado—. Los galos apaciguaban a este dios con rituales de sacrificios humanos, en los que las víctimas eran ahogadas y colgadas hasta desangrarse.

Marzán observó el cruceiro y luego el sendero que llevaba a la finca adyacente. —El escenario concuerda con ese sacrificio. El asesino intentó matar a Carrión en otro lugar. Habrá que confirmar con la autopsia si presenta síntomas por ahogamiento. Luego lo trajo hasta aquí, quizá en su propio coche, y arrastró el cadáver hasta este punto. Pero Carrión no estaba muerto: intentó luchar, y fue entonces cuando el asesino perdió este colgante. Finalmente, lo degolló e izó el cuerpo a la cruz.

—Hemos cerrado todo el perímetro y dividido el área en cuadrantes para realizar la inspección ocular con la mayor precisión posible. Además, tengo la sensación de que el arma con la que degolló a Carrión no debe estar muy lejos —añadió Vargas, dirigiendo su mirada al magistrado Maldonado—. Ahora sí podemos catalogar a nuestro asesino como un asesino en serie. No creo que este sea su último acto.

—Tenemos que encontrar al padre Rivera, si es que todavía está vivo, y proteger al obispo Camargo. Uno de los dos será su próxima víctima —dijo Marzán—. Noela, debes hablar con tu amigo Arturo Castro. Hay algo que tus jefes nos están ocultando. La impunidad con la que se mueve este asesino no es normal. Aún no puedo discernir si estamos ante un caso de psicopatía o si, en realidad, nos enfrentamos a un asesino completamente lúcido. Es como si cada asesinato fuera el acto de una obra de teatro, cada uno con su propio drama. Tengo que reconocer que me desconcierta.

Vargas asintió, y Marzán se quedó contemplando el colgante de oro con la corona de espinas que habían encontrado. Aquel colgante tenía un significado oculto que aún no alcanzaba a descifrar.

42

Al día siguiente del hallazgo del cuerpo de Carrión, Noela se dirigió a Laxe con el propósito de encontrarse de nuevo con Suso. Sus ojos recorrían ávidamente las páginas del diario de Carrión, un cuaderno que él había sustraído, sin autorización, durante su visita a la residencia donde el coronel había estado internado.

—¿Cómo coño has podido hacer esto, Suso? Es un delito grave ocultar pruebas a la policía.

Marzán se encogió de hombros y tomó un sorbo de café, sonriendo.

—Vamos… Noela. Sabes perfectamente que, si este cuaderno hubiera llegado a manos de las autoridades, se habría «traspapelado».

Vargas gruñó en reconocimiento a la verdad de sus palabras, aunque le disgustase admitirlo.

—Esa agenda es historia, inspectora —Marzán solía llamarla por su cargo cuando la situación se volvía seria—. En ella están los nombres de algunas sociedades secretas que existieron en España durante el régimen de Franco. Se cita una en particular: los Carbonari. —Le arrebató la agenda de las manos y buscó una página específica—. Mira aquí… —señaló con el dedo un listado con nombres de los miembros que la componían, algunos tachados y otros no—. ¡Oh! —exclamó Marzán—. ¡Sorpresa! Aparece el nombre de un tal Artai Montenegro. Luego... —pasó una página más— podemos encontrar una relación de las ubicaciones de sus principales logias, que los Carbonari llamaban ventas.

Vargas frunció el ceño.

—Eso nos dice que quizá Montenegro pudo pertenecer a esa orden, pero eso no lo convierte en asesino. Además, los Carbonari…

Carrión también me los mencionó. ¿Quiénes son?

—Este tema es muy interesante. Los Carbonari, o Carbonarios, son una sociedad secreta que se originó en la Edad Media. Su simbolismo está estrechamente vinculado con el mundo celta, pero con el tiempo adoptaron la iconografía cristiana con un significado fundamentalmente mágico. Busqué información sobre ellos, pero no encontré mucho. Sin embargo, lo que sí está disponible los señala como una sociedad de ámbito guerrero. Tienen ciertas similitudes con los templarios, con una estructura muy jerarquizada, casi militar. En su interior existían figuras similares a los sicarios o custodes, que se encargaban de eliminar a personas de relevancia en todos los ámbitos.

—¿Qué tipo de crímenes? —preguntó Vargas, intrigada.

Marzán continuó hablando despacio.

—He observado ciertas pautas en una serie de muertes violentas cometidas contra militares, políticos y, en algún caso, sacerdotes implicados en el aparato de represión del bando franquista.

»Ya sabes que Franco no solo ocultó a criminales de guerra nazis, también situó en puestos clave de la dictadura a muchos militares que, durante la Guerra Civil, fueron verdaderos criminales de guerra. Durante estos días he podido leer y reflexionar sobre esta sociedad secreta. Nacieron con una misión principal: luchar contra la tiranía en todas sus formas. Han sido un motor de desestabilización de las oligarquías y tiranías en toda Europa a lo largo de los siglos.

»De hecho, han ocupado posiciones de poder político, militar y económico en muchas épocas de la historia; desde la Inglaterra de Cromwell —que constituyó el único gobierno republicano en la historia inglesa— hasta su participación en la Revolución Francesa, en su primera Asamblea Constituyente. Incluso en la Alemania nazi, algunos historiadores especializados en sociedades secretas afirman que pudieron haber participado en el golpe de Estado que intentó acabar con Hitler en 1944, en la operación Valkiria.

—En caso de que tu razonamiento sea correcto, Suso, ¿qué relación podría haber entre la actividad de esta sociedad... los

Carbonari, y los cuerpos encontrados de esos pobres chicos de la colonia, y los asesinatos de Quiroga y Carrión? —preguntó Vargas.

—No lo sé todavía, pero el modus operandi es el mismo en los dos asesinatos. Además, el informe de la autopsia que me entregaste de Carrión dice que el asesino intentó narcotizarlo con Claviceps purpurea, la misma sustancia que se encontró en el cuerpo de Quiroga. Pero esta vez, nuestro asesino cometió un error al utilizar una cantidad incorrecta que hizo que Carrión despertara durante su traslado a Xaviña. Por lo tanto, el asesino está siguiendo una especie de ritual de sacrificios celtas, muy relacionado con los orígenes de los Carbonari. Y Artai Montenegro, según el cuaderno de Carrión, pertenecía a esta sociedad. Creo que él puede ser nuestro asesino, aunque no tengamos pruebas, Noela.

—Bien —Vargas reflexionó—. Está bien. Supongamos que lo que dices es cierto. Lo primero que tenemos que hacer es confirmar que Artai Montenegro es el individuo que estuvo en la escena del crimen de Carrión —entrelazó las manos, enfatizando sus palabras.

—¿Cómo planeas demostrar eso? —Marzán dejó caer las manos sobre sus rodillas.

—Estamos a las puertas de los noventa, Suso —sonrió—. Recientemente, la policía ha inaugurado cerca de Madrid el SAID (Sistema Automático de Identificación Dactilar), y ahora están intentando identificar las huellas encontradas en la escena del crimen de Carrión comparándolas con una base de datos de millones de registros. Ya a principios de los setenta, la policía tomaba las huellas dactilares de los detenidos, y todas se han volcado en una base nacional. Si las huellas de Montenegro están en esa base y coinciden con las encontradas en el lugar del crimen de Carrión, sabremos que al menos estuvo en contacto con él en las horas previas a su muerte. Ayer me llamó el comisario García y me dijo que también tenía a mi disposición una nueva metodología de investigación basada en la técnica de amplificación del ADN, que está en fase experimental, pero que quieren incluir en las investigaciones criminales. Gracias a los restos recogidos de ADN en

la inspección ocular de ambas escenas, tenemos suficiente material genético como para compararlo con el del asesino. Como tú bien dices, Carrión se despertó y luchó con él... quizá podamos encontrar algún resto genético en su cuerpo y, si es de Montenegro, podremos probar que él es el asesino.

—Estoy seguro de que será así. Pero primero debemos atraparlo. Necesitamos saber si el padre Ángel Rivera sigue vivo y, si lo está, cuál es su paradero actual. Noela, no dudes de que será el próximo objetivo de Montenegro. Además, es nuestra pieza clave para resolver de una vez por todas quién mató a esos pobres chicos de la colonia.

—Cierto. Por lo pronto, mañana tenemos una cita con Arturo Castro en Santiago de Compostela. Ayer mantuvimos una conversación telefónica y, la verdad, se puso bastante nervioso cuando le hablé de que creíamos que Artai Montenegro podría ser el principal sospechoso. Me dijo que tomaría el primer avión a Santiago y que, ni de broma, tratara este tema en comisaría. Que todo debía ser extraoficial... Suso, tengo la sensación de que hemos dado en el clavo.

43

Por fortuna, en la base de datos de huellas dactilares del SAID se encontraron muestras correspondientes a las de Artai Montenegro. La científica las comparó con las huellas encontradas en la escena del crimen del coronel Marcos Carrión y todo parecía confirmar que Montenegro era el presunto asesino en quien centrar sus pesquisas. Las suposiciones se solidificaban en pistas que se desplegaban ante Vargas como un elaborado rompecabezas.

Noela sabía que la única figura capaz de validar estas conjeturas era Arturo Castro, el alto funcionario del Estado que vigilaba de cerca la investigación. La reunión matutina con Castro, planificada para el día siguiente, era crucial. Despejar el velo de misterio y confusión podría desentrañar la cadena de medias verdades y enigmas que anhelaba resolver. Montenegro debía ser atrapado antes de que continuara trazando su sendero de venganza a lo largo de la Costa da Morte.

Ella le había expuesto a Castro por teléfono las principales líneas de investigación, incluyendo a un nuevo implicado, Artai Montenegro, y la teoría de que la acusación a Uxío era una farsa. También le había informado sobre la sociedad secreta de Santa Mariña de Augas Santas, formada por partidarios del régimen de Franco, entre ellos altos militares y miembros eclesiásticos, que operaban como un brazo ejecutor contra los opositores.

Le explicó a Castro que esta sociedad se originó en Galicia, pero tenía conexiones a lo largo de la cornisa cantábrica. Quiroga, Carrión, Rivera y el obispo de Mondoñedo, Bieito Camargo, todos vinculados a los sucesos en la colonia de Monte do Carballo, pertenecían a ella.

Existían múltiples incógnitas: ¿Cuál era la conexión entre los crímenes en la colonia y la sociedad secreta de Santa Mariña?

¿Estaban sus miembros al tanto de lo que allí ocurría? Castro, al otro lado de la línea, había escuchado con atención cada palabra de Vargas y, al día siguiente, tomó el primer avión a Santiago de Compostela.

Era sábado al mediodía cuando Vargas y Marzán se citaron con Castro en el parque de Santo Domingo de Bonaval. Ambos se sentaron en un banco de piedra, cercano al antiguo cementerio del convento, y aguardaron bajo las frondosas ramas de un alcornoque, cuyo follaje atenuaba el riguroso calor matinal de agosto.

La reunión le recordaba a Vargas los encuentros entre espías de las películas que solían echar en la televisión, en respuesta a la creciente inestabilidad política en Europa, alimentada por los países tras el Telón de Acero. A lo lejos, Vargas vio la silueta de Castro acercándose con paso cansino con un cigarrillo entre los dedos. Por lo general, el funcionario se vestía con elegantes trajes de seda, pero para la ocasión optó por un vaquero y un polo Lacoste blanco que resaltaba su bronceado de vacaciones de lujo. El titubeante andar de Castro era un indicador de su nerviosismo previo al encuentro.

Tiró el cigarrillo aún a medio terminar y lo pisó con determinación.

—Felicidades, inspectora. Parece que están avanzando con la investigación mucho más rápido de lo que esperábamos —Castro paseó la mirada entre Vargas y Marzán. Un brillo en sus ojos diminutos anticipaba el zarpazo de un depredador—. Y puedo asegurarles que hay mucha gente nerviosa. Suponíamos que este caso se cerraría rápido y en silencio. Ahora, con los titulares en los periódicos y la prensa atando cabos, mucha gente teme que salpique aún más la ya manchada imagen de la Iglesia, gracias a su antiguo compadreo con la dictadura de Franco.

—¿Qué me dice de los abusos en las colonias? ¿Hasta dónde llega la implicación de la Iglesia? —inquirió Vargas.

—Los vínculos con algunas de las desgraciadas colonias preventorio y ciertos sacerdotes, especialmente los salesianos, se mantienen ocultos por ahora. Pero, visto lo visto, y gracias a su investigación, no tardarán en salir a la luz pública.

—¿Y quién se beneficia de mantener esto en secreto?

—La Iglesia, el gobierno... ¿quién sabe? —Castro miró a su alrededor con sospecha—. Pero de lo que sí estoy seguro es de que hay muchos más casos como el de los niños de la colonia de Monte do Carballo. Miles de niños ingresaron en esas instituciones. Nadie quiere desenterrar este pasado. Ni el actual gobierno de derechas, ni el anterior de izquierdas. Los asesinatos de Carrión y Quiroga, junto a los de los demás sacerdotes, son el espejo donde se refleja lo que ocurrió en esas instituciones. Montenegro no fue más que una de sus víctimas.

—Inspectora, puede que parezca otro obstáculo en su camino, pero no lo soy —Castro sonrió con astucia mientras se encendía otro Marlboro—. Puede considerarme un demiurgo, buscando equilibrio en el universo.

—No acabo de entender qué quiere decir con eso.

—Verá, inspectora, supongo que ya sospecha que soy miembro de la sociedad de los Carbonari. Ocupamos puestos en todos los estamentos del país. Hemos influido en la historia desde la Edad Media. Anhelamos un orden y corregimos anomalías cuando las hay. A veces necesitamos eliminar factores disruptivos, aquellos que arrebatan al pueblo el protagonismo de su propia historia. Eso ha implicado tomar acciones, digamos... coercitivas, contra criminales, torturadores y corruptos. Con la llegada de la democracia, este tipo de acciones ha menguado. Ahora simplemente vigilamos.

—¿Y qué me puede decir de Montenegro? —preguntó Marzán.

—Montenegro fue reclutado en 1965. Parecía prometedor, a pesar de una vida complicada. Tras la muerte de su padre en un campo de trabajo franquista y el fallecimiento prematuro de su madre, Artai y su hermano Xosé fueron enviados a la colonia preventorial de Monte do Carballo, bajo la tutela de la Iglesia. Allí, Xosé desapareció, un hecho que marcaría a Artai para siempre. Tras su fuga de la institución, fue acogido por su tío paterno, ya fallecido. Luego estuvo detenido por hurtos siendo adolescente. En Barcelona, le reclutamos y entrenamos. Era un custode, un guardián, identificaba y

secuestraba objetivos. Pero ese trabajo le cambió. Tuvimos que... bloquearle.

—¿Bloquearle? —preguntó Vargas.

—Un término de nuestra jerga, supongo —Castro se encogió de hombros—. Le perdimos la pista a finales de los setenta, hasta que empezaron a aparecer los cuerpos de sacerdotes salesianos. Ahí supimos que Montenegro había vuelto, con un objetivo claro: vengarse de quienes consideraba responsables de la desaparición de Xosé.

—¿Y por qué ahora? —intervino Marzán—. ¿Por qué no acabó su venganza antes, y por qué los rituales?

—Montenegro es un asesino eficiente e inteligente. Puede desaparecer si lo desea; así fue entrenado. Para encontrarlo, deben entender sus prácticas celtas. Busquen el origen, el grimorio donde se halla el rito original: el Libro VI y su ceremonia de la Triple Muerte. Ahí estarán las pistas para prever sus próximos movimientos. Ahora debo irme, inspectora Vargas, pero estaremos en contacto.

Después de una rápida despedida, Castro se alejó rápidamente. Vargas se quedó en silencio, rumiando las palabras que acababa de escuchar.

44

1959

—¿Cómo ha podido suceder esto? Hemos cruzado un límite... Hasta ahora, he logrado disimular el comportamiento desenfrenado del padre Rivera, pero los rumores sobre la anarquía en la colonia han llegado a oídos del Consejo Superior de Protección de Menores.

Con el gesto descompuesto, el coronel Carrión se volvió hacia el padre Bieito Camargo.

—¿Y ahora qué, padre Camargo? Aparece aquí contándome que tres muchachos han muerto accidentalmente. No puedo seguir ocultando lo que sucede en la colonia. La Iglesia debe actuar de manera adecuada para evitar una investigación oficial.

Carrión alternó su mirada entre Camargo y Quiroga.

—Recordad que nuestras carreras están en juego; de una forma u otra, todos estamos involucrados. He encubierto las atrocidades de ese sacerdote durante demasiado tiempo. Además, tengo la impresión de que la situación de la colonia se está desbordando. La Guardia Civil me ha informado de que en las últimas dos semanas varios de los chicos han intentado fugarse. Afortunadamente, pudimos resolver la situación rápidamente y sin levantar sospechas.

Aquel frío amanecer de invierno, el coronel Marcos Carrión convocó urgentemente al padre Bieito Camargo y a Xosé Quiroga. La residencia del coronel, un pazo del siglo XVIII que había sido remozado para brindarle una estancia cómoda mientras dirigía los campos de trabajo, había visto tiempos mejores. El coronel se levantó de la silla de su escritorio y observó severamente a sus dos invitados, perdido en sus pensamientos.

El más joven, el padre Camargo, era un sacerdote de treinta años recién nombrado director de la colonia preventorial del Monte do Carballo. Sus ambiciones terrenales superaban con creces los intereses estrictamente espirituales. Xosé Quiroga, por otro lado, era un mal necesario; con ojos de comadreja y un espíritu bañado en traición, era el encargado del Servicio de Información e Investigación. Para Carrión, Quiroga era un peón en esta historia, pero imprescindible para afrontar esta crisis crucial, donde los traidores a la patria y al régimen pululaban por doquier.

En medio de sus pensamientos, dos golpes suaves en la puerta de su despacho interrumpieron al coronel. Una mujer alta, vestida de negro, entró y dejó un juego de tazas y una cafetera de porcelana sobre una mesilla, en medio del silencio y la atención de los tres hombres. Al retirarse y cerrar la puerta, el coronel sirvió con parsimonia café a sus invitados.

—No olviden, caballeros, el mandato que Franco nos ha encomendado bajo la fundación de nuestra sociedad de Santa Mariña: defender la fe y las leyes del nacionalcatolicismo, identificando y castigando —dirigió una mirada severa a Quiroga— a todos aquellos que quieren destruir nuestros valores. Los rojos, los judíos y los masones son el cáncer de nuestra sociedad, y la fundación de la colonia preventorial tiene como objetivo cuidar de las mentes y las almas de aquellos muchachos que, por una cruel vuelta del destino, nacieron en familias contaminadas por el gen rojo. Este sitio debe ser un lugar de pureza, donde no cabe la depravación.

Camargo y Quiroga asintieron con un gesto.

—Estén tranquilos, caballeros —prosiguió el padre Camargo, su rostro reflejando astucia y desenvoltura—. Estoy haciendo todo lo posible para resolver este problema. El obispado me ha prometido encontrar un lugar donde el padre Rivera pueda recibir tratamiento para su enfermedad. Mientras tanto, ha sido apartado del servicio y confinado en su habitación hasta nuevo aviso. Doy gracias a Dios —se santiguó— de que hayamos podido poner fin a esto, gracias a la sincera confesión del padre Rivera.

Todos eran conscientes de que Camargo había violado el secreto de confesión en beneficio de sus intereses menos espirituales.

—¿Dónde están los cuerpos? —preguntó Quiroga.

—Les hemos dado sepultura cristiana —Camargo se santiguó de nuevo.

—¿Y qué pasa con ese chico que ha escapado...? ¿Cómo se llama? —preguntó Carrión, sorbiendo su café.

—Artai Montenegro… Todavía no sabemos su paradero, pero estoy seguro de que lo encontraremos pronto. No tiene muchos lugares a los que pueda ir.

Camargo lanzó una mirada oblicua a Quiroga, esperando su confirmación.

—Estamos trabajando en ello —corroboró Quiroga—. Ese chico no llegará muy lejos.

—Entiendo —respondió Carrión, serio—. Quizá lo mejor para todos sea que ese chico no vuelva a aparecer. ¿Comprende lo que le digo, Quiroga?

Quiroga asintió, luego dio un largo trago a su café.

45

Agosto de 1989

El agua tibia fluyó en un delicado hilo, humedeciendo los brazos de Artai con una lentitud ceremonial.

El ritual de la ablución matutina, su único lujo, se desarrollaba en el interior de un caserón desvencijado cerca del Cementerio de los Ingleses. Se escondía allí, tras ser identificado por la policía como el sospechoso de los asesinatos de Quiroga y Carrión. Aquella acusación incrementó su cautela y dictó una rigurosa disciplina personal, en armonía con la misión que debía cumplir.

Solo salía de su refugio para acudir a un pequeño supermercado en la aldea cercana de Brañas Verdes. Los habitantes de este lugar habían dejado de preguntarse por aquel forastero que, con puntualidad mensual, aparecía para recoger provisiones y después desvanecerse durante semanas. La curiosidad inicial, poco a poco, se transformó en saludos fríos, y la simplicidad de estos intercambios había normalizado su presencia.

Un día más, Montenegro se contempló en el espejo. El peso de los años y su vida oculta en las sombras habían dejado huella en su rostro. Sus ojos azules estaban enmarcados por unos surcos oscuros que se intensificaban con el paso del tiempo, como los anillos en el tronco viejo de un árbol.

Mientras observaba su imagen, sus pensamientos volvieron a aquel día del año 1965 en que conoció a Abelard Morandé, el líder de los Carbonari. Desde entonces, había sido el eco sombrío del fantasma en que se había convertido. Acechaba entre las sombras, esperando con paciencia a que sus víctimas emergieran de la oscuridad de viejos edificios. Conocía sus rostros únicamente por

fotos en blanco y negro y, aunque no los conociera, les guardaba un desprecio oculto. Su espíritu se había ido transformando encargo tras encargo, búsqueda tras búsqueda, hasta que un día, las fotos de todos aquellos desconocidos que debía eliminar se fusionaron en un reflejo borroso de sí mismo.

La soledad se instaló en su vida. Ausente de cualquier lazo emocional, su única compañía fue el consuelo de Ofelia, una prostituta regordeta de un viejo barrio en el centro de Madrid, a quien conoció una noche en la escalera del edificio donde vivía, llorando desconsoladamente después de una paliza más de Ferrán, su proxeneta.

Artai recordó aquel día en que la acompañó a su casa, tratando con delicadeza las heridas de Ofelia.

—Tu alma está triste —dijo ella, acariciándole el rostro. Aquellas palabras perforaron su coraza y despertaron un remordimiento por una cercanía que no podía permitirse. A partir de aquel día, Artai pasaba largas horas con ella cada vez que visitaba Madrid, y a veces se permitían hacer el amor. Después, miraban juntos al techo de la habitación y soñaban con viajar por el mundo. Él sonreía, porque por primera vez veía claridad entre las sombras.

Un día, una de las amigas de Ofelia llamó a su puerta y, entre lágrimas, le avisó que Ofelia estaba hospitalizada en estado grave tras la última paliza de Ferrán. Este golpe desató la ira de Artai, que, olvidando todas las reglas impuestas por los Carbonari, localizó a Ferrán en un destartalado bar de barrio. Al caer la noche, se escondió, acechándole, y cuando Ferrán salió, le propinó una paliza tan brutal que solo la muerte fue su irremediable final. Sin embargo, el odio y el rencor le nublaron la mente, y dejó suficientes huellas y testigos para que la policía pudiera ir tras su pista. Huyó de España y se estableció en Lyon, pero antes dejó un gran ramo de rosas blancas y un sobre con dinero en la habitación de Ofelia como un intento de ofrecerle una nueva vida.

En Lyon, los Carbonari le consiguieron un empleo en una correduría de seguros. Allí conoció a Marcel, una chica enjuta, de ojos claros y una radiante sonrisa perlada. Iniciaron un romance

intenso, pero breve, porque Marcel se dio cuenta de que no había lugar para ella en el corazón de Artai.

—Si regresas del mundo donde vives, te estaré esperando con los brazos abiertos —le dijo Marcel, cerrando la puerta de su apartamento entre sollozos. Pero Artai nunca regresó de su mundo.

Cayó en un letargo hasta que, una mañana de invierno de 1980, recibió un sobre marrón arrugado. En su interior, una tarjeta ocre que tenía un mensaje conciso: «De un amigo para un amigo». El sobre contenía una carpeta con documentación que despertó sus recuerdos y que incluía fotos de su infancia, fotos de niños jugando en un patio, de sacerdotes y militares vinculados a la colonia preventorial de Monte do Carballo. Entre las fotos, la de un sacerdote de mirada felina y labios finos: el padre Ángel Rivera. El demonio con sotana que había atormentado a su hermano Xosé.

Movido por una necesidad de comprensión más profunda y por el deseo de reconciliarse con las sombras de su pasado, inició un viaje a Santa Mariña de Augas Santas, permaneciendo allí durante varios meses. Durante ese tiempo, entabló una extraña amistad con el párroco del lugar, quien, intrigado por su sed de conocimiento, le desveló los detalles más íntimos de los rituales y la historia sagrada de la Santa. Fue allí donde sus ojos se posaron por primera vez sobre el libro VI de Farsalia, un documento original que recogía antiguos rituales celto-romanos hasta entonces desconocidos para él. Lo estudió con meticulosidad casi reverencial, descubriendo entre sus páginas un oscuro ritual de purificación y olvido, un antídoto ancestral escondido en el tiempo. Aquel libro se convirtió en su guía, en el mapa de una venganza ritualizada que comenzaba a tomar forma definitiva.

Con este conocimiento, localizar a los primeros dos sacerdotes mencionados en aquellos documentos y ejecutar el merecido castigo fue solo cuestión de tiempo. A partir de ese momento, los recuerdos de su infancia regresaron, embistiendo su memoria con la misma furia con la que el viento azotaba las ventanas de la colonia en las

heladas noches de invierno. Todo lo que él y su hermano Xosé habían vivido desde su llegada a la institución resonó con una vividez desgarradora.

Artai Montenegro, de repente, salió de esa amarga ensoñación. Dos lágrimas solitarias trazaron surcos por su rostro curtido. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lloró; desde la última vez que revivió las imágenes de aquella colonia maldita.

46

Las imágenes de aquella colonia maldita volvieron a su mente.

Recordó aquel día en que él y Xosé llegaron a la colonia preventorial, adonde su madre los había enviado con la promesa de una vida mejor que la que llevaban, desgastada por el olvido y el hambre en la pequeña aldea donde vivían.

El padre de Artai había sido arrancado de su hogar contra su voluntad una fría noche de otoño, a principios de los años cincuenta, e internado en un campo de trabajo. Allí, su padre murió poco después a causa de una fuerte neumonía, resultado de las espantosas condiciones laborales.

El único sustento constante que recibían se extinguió con él. Aunque su madre trató de reemplazar las labores diarias del padre, solo contaba con más espíritu que fuerza. Cuidaba del ganado que poseían: un par de vacas que proveían la leche necesaria para un vaso cada mañana y que también se convertía en unas onzas de un delicioso queso cremoso que deleitaba a Artai y Xosé. Cuatro gallinas ponían los huevos para la tortilla cotidiana, y un pequeño huerto les otorgaba suficientes verduras para mantener una dieta equilibrada. El excedente, junto con las frutas que su madre recolectaba de algunos manzanos, se vendía en la feria semanal del pueblo, a diez kilómetros de distancia.

Recordaba aquellos miércoles de feria como los momentos más felices de su infancia, viajando en un carromato tirado con esfuerzo por una vieja mula. Pero, a pesar de todo esto, el dinero que entraba apenas bastaba para llevar una vida digna.

Una noche, su madre, gastada por el tiempo, pero aún luciendo una cabellera abundante y rizada, se acostó tosiendo y ya no volvió a levantarse. El médico del pueblo la visitó varias veces, diagnosticándole fatiga crónica y recomendándole reposo absoluto.

Así, tanto Xosé como Artai tuvieron que madurar de repente, cargando con el peso del día a día sobre sus espaldas.

Una mañana de primavera, el médico apareció en su rutinaria visita mensual, pero esta vez acompañado de un severo sacerdote de estatura alta y porte recto, vestido con sotana negra. Montenegro jamás olvidaría aquellos ojos imperturbables.

Mientras su madre escuchaba en silencio lo que el sacerdote decía, Montenegro y Xosé se quedaron sentados en la cocina, observándola. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, tras recibir la bendición del sacerdote, su madre los llamó a su lado.

Montenegro recordaba con tristeza la mirada de Xosé, su cabello rubio y lacio, con aquel rizo rebelde que caía sobre la frente. También evocaba a su madre, con aquellos ojos verdes oscurecidos por las ojeras. En ese escenario les dijo que debían ser fuertes, que aquel lugar solo les ofrecía tristeza y pobreza. Les relató que el sacerdote le había propuesto que ambos hermanos recibieran una educación que los transformaría en hombres de provecho y que siempre tendrían un plato caliente sobre la mesa. Prometió visitarlos tan pronto como se recuperara. Pero nunca lo hizo.

Una semana después, el Seat 1400 del médico apareció en la puerta para llevarlos a aquella institución. Un gran roble centenario vigilaba la entrada, testigo silencioso de épocas pasadas. Llegaron con sus viejas maletas marrones, y el sacerdote alto que había visitado a su madre los recibió en la puerta.

—Soy el padre Ángel Rivera. Supongo que tú eres Xosé, y tú eres Artai. Bienvenidos a la que será vuestra nueva casa: la Colonia del Monte do Carballo.

Cruzaron un amplio portalón que daba paso a un claustro. Niños de distintas edades estaban agrupados según su edad, todos vestidos con batas azules. Con una señal del padre Ángel, uno de los niños mayores se acercó corriendo.

—Rodrigo, acompaña por favor a Xosé y Artai a su habitación —ordenó, y luego miró a los recién llegados con una sonrisa enigmática—. Rodrigo os enseñará vuestra estancia. Es casi la hora de la comida, así que debéis asearos y luego dirigiros al comedor.

La habitación se encontraba en el primer piso. Era un espacio amplio, con camastros cubiertos por mantas de lana azul. Junto a cada cama había una pequeña mesilla y un armario de madera. Pequeñas ventanas en la parte superior filtraban la luz, otorgándole a la sala un aire sombrío y monástico. Artai observó a Xosé: sus ojos estaban abiertos, llenos de curiosidad, y su sonrisa radiante demostraba satisfacción.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Artai.

—Cinco años. Soy de los más veteranos en la colonia.

—¿De dónde eres?

—De Ponferrada.

—¿Eso dónde está? — intervino Xosé, curioso.

—Muy lejos de aquí — respondió Rodrigo con tono de hastío—. Bien, aquí están vuestros camastros, los baños están allí. Dejad vuestras cosas, lavaos un poco, luego os llevaré al comedor.

Mientras Rodrigo señalaba los baños, Artai percibió, bajo la manga de su blusa, un brazo cubierto de moretones oscuros. Rodrigo se estiró la manga al notar la mirada fija de Artai.

—Vamos, no tenemos todo el día. En la colonia se come exactamente a la una en punto. Si nos retrasamos, nos castigarán y nos quedaremos sin comer todo el día.

Los días pasaron inexorablemente para Artai y Xosé, inmersos en un régimen escolar donde la severidad de los profesores daba fe al viejo refrán de «la letra con sangre entra». Los sacerdotes pretendían encauzar a los niños por el camino de la rectitud. Los castigos eran diarios y duros, incluso por la falta más nimia. Pero lo que más marcó a Artai fue «la urna», una pequeña habitación oscura en uno de los sótanos del castillo donde se encerraba a los alumnos rebeldes durante horas.

Cuando Xosé comenzó a cambiar, Artai supo que algo había alterado la relación que tenía con Rivera. El padre Ángel empezó a prestarle más atención. Cada noche, Artai veía cómo se acercaba a la cama de su hermano, con aquel colgante que giraba alrededor de su dedo, susurrándole palabras al oído.

Una noche, Artai se enfrentó al padre Ángel. Le golpeó en la cara con un vaso de cristal, provocando que la sangre brotara en

abundancia. Tras ese incidente, Artai pasó una semana encerrado en «la urna». Cuando finalmente fue liberado, sus compañeros lo miraban con una mezcla de admiración y temor.

La situación en la colonia empeoró para los hermanos. El padre Rivera castigaba a Artai con dureza, ante la indiferencia de los demás sacerdotes, quienes parecían ignorar lo que estaba ocurriendo. La misteriosa desaparición de dos niños fue la gota que colmó el vaso. Temiendo por la seguridad de Xosé, Artai trazó un plan de fuga. Pero aquella huida solo duró unos cuantos días antes de que fueran capturados por la Guardia Civil y devueltos a la colonia.

Los días se convirtieron en meses, lentos y tortuosos. Artai se desvivía por un Xosé cada vez más silencioso, más distante. Hasta que una noche, los gritos de desesperación de su hermano rompieron el silencio del dormitorio. Artai se enfrentó de nuevo al padre Ángel, pero esta vez recibió un puñetazo tan violento que su conciencia se desvaneció en la oscuridad.

Nunca volvió a ver a su hermano. Le dijeron que había sido trasladado a un sanatorio, pero él no lo creyó. Al día siguiente, saltó la tapia de la colonia y juró que nunca volvería.

47

En aquella mañana de principios de agosto, Suso pasó a recoger a Noela en Camariñas. Ambos habían acordado desplazarse a Corcubión, un rincón en el extremo oeste de la provincia de A Coruña, conocido por su ubicación privilegiada en la Costa da Morte. Allí se citarían con el magistrado Maldonado, cuyo conocimiento sobre los ritos mágicos de la Triple Muerte, recogidos en el grimorio del *libro VI de Farsalia*, prometía desentrañar el modus operandi del asesino que estaban persiguiendo. Según Arturo Castro, esta obra milenaria poseía claves para descifrar el ritual.

Maldonado, el magistrado, los recibió en su despacho. Con la cortesía habitual, les sirvió un vaso de agua fresca y se acomodó tras su escritorio.

—Lucano es el autor del Libro VI. Nació en Córdoba en el año 39 después de Cristo y era sobrino de Séneca —dijo Maldonado—. Es célebre por su poema narrativo inacabado, Farsalia, que narra la guerra civil entre Julio César y Pompeyo. Esta obra se compone de diez libros, pero el Libro VI es el más singular. Se trata del tratado de necromancia más extenso de la Antigüedad, donde se recogen los ritos mágicos del mundo celta, una cultura en la que los sacrificios humanos eran una práctica común para aplacar a los dioses.

—¿Necromancia? —preguntó Marzán, jugueteando con el vaso de agua entre sus manos.

—Exactamente. La necromancia, o nigromancia, implica el uso de los muertos —a través de sus cadáveres o espíritus— para obtener conocimientos ocultos. Era una práctica común en culturas antiguas y medievales. Pero, a diferencia de la nigromancia moderna, que se centra en convocar a los espíritus para obtener respuestas, los antiguos, como los pueblos mesopotámicos, persas, egipcios e

incluso algunos enclaves de origen medieval, empleaban ciertos rituales para absorber el conocimiento adquirido por los muertos, tanto en vida como tras la muerte. En la cultura celta y en regiones del norte de Europa, el nigromante era quien hablaba a los dioses, los cuales, tras ser ofendidos, podían ser aplacados mediante sacrificios rituales. En algunos casos, como en la Triple Muerte, se utilizaban seres humanos. De hecho, estos rituales fueron bastante comunes durante la Alta Edad Media. Tenemos varios ejemplos de restos humanos de la Antigüedad aparecidos en turberas del norte de Europa.

—¿Me está diciendo que Montenegro ha tenido acceso a este conocimiento? ¿Cómo? —preguntó Vargas.

Maldonado hizo un gesto con el dedo, pidiendo paciencia. Se levantó y se dirigió a un aparador donde, tras abrirlo con llave, extrajo un libro antiguo y voluminoso. Lo colocó sobre el escritorio con sumo cuidado.

—Este libro es una copia facsímil del Manual de Múnich de magia demoníaca, o Liber incantationum. Es uno de los pocos grimorios de la Antigüedad que han llegado hasta nosotros. Lo conseguí a través de un amigo anticuario y ocultista. El libro original se encuentra en la Biblioteca Estatal de Baviera.

Marzán y Vargas se levantaron y se acercaron a Maldonado. Mientras él pasaba con cuidado las páginas, sus ojos recorrieron los dibujos y esquemas de rituales mágicos que se hallaban en cada hoja.

—El libro consta de tres categorías de ritos: psicológicos, de ilusionismo y de adivinación...

—¿Cuál es el origen de este manual?

—Es un misterio. Tal vez se trate de una recopilación de ritos mágicos realizada en algún monasterio del siglo XV. Lo importante es que este grimorio agrupa el conocimiento mágico de la Antigüedad, incluyendo textos del libro VI de Farsalia, a los que posiblemente nuestro asesino haya tenido acceso. Si queremos atraparlo, debemos prever sus próximos pasos. Localicemos el lugar donde Montenegro

estudió el libro. Presumo que Artai Montenegro se inició con él. Que las víctimas pertenezcan a una sociedad como la de Santa Mariña —santa que, según la tradición, también fue sometida a un sacrificio de Triple Muerte— puede parecer una casualidad... pero no lo creo. Estoy convencido de que el asesino conocía este hecho y ha usado este ritual en sus crímenes como una especie de «contramaleficio». Lo que está claro es que se ha inspirado en el Libro VI para llevar a cabo su plan, y este plan puede tener un final realmente terrible.

—Pero... ¿por dónde empezamos a buscar?

—Mi recomendación sería comenzar en la iglesia de Santa Mariña de Augas Santas, situada cerca de Allariz. Tengo información fiable de que allí, el antiguo párroco —quien es un versado estudioso del ocultismo— podría ofrecernos algunas pistas sobre el paradero del original del Libro VI.

Ambos se despidieron de Maldonado y salieron a la calle, donde una ligera llovizna envolvía el día como si de una tela suave y satinada se tratara.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marzán.

—Lo primero que debo hacer es tratar de encontrar a Rivera. Será la próxima víctima de Montenegro.

—Entonces, Noela, yo adelantaré un poco de trabajo y me desplazaré a Allariz. Voy a hablar con el expárroco e intentar averiguar algo más que nos pueda conducir hasta el Libro VI y a Montenegro.

48

Aquella calurosa mañana de agosto, Noela había viajado hasta Lugo para encontrarse con el cardenal Augusto Laprovittola, un anciano amigo de la familia y antiguo prelado del Opus Dei, considerado durante años una de las figuras más influyentes de la Iglesia española. Confiaba en que él, conocedor de los entresijos más oscuros de la institución eclesiástica, pudiera proporcionarle alguna pista sobre el paradero de Ángel Rivera.

Mientras aguardaba su llegada, contemplaba en silencio la imponente muralla romana desde una de las ventanas de la residencia del cardenal, perdida en sus pensamientos. Repasaba mentalmente los detalles de la conversación mantenida días atrás con el magistrado Maldonado, cuando una presencia se hizo notar a su espalda: alta, espigada, con pasos lentos pero firmes.

—Es hermosa y a la vez inquietante —dijo Laprovittola, interrumpiendo los pensamientos de Vargas—. Sabes, la leyenda cuenta que esta muralla no se construyó para proteger la ciudad, sino para preservar el bosque sagrado de Augusto. Lucus Augusti, de ahí el nombre de Lugo.

Vargas sonrió al hombre alto, de unos ochenta años, moreno, con una espesa cabellera canosa, ojos inquisitivos y nariz aguileña. Sus gestos transmitían elegancia, propia de alguien acostumbrado a moverse en altos círculos sociales.

Laprovittola la tomó suavemente de los brazos y la atrajo hacia sí, dándole dos cariñosos besos.

—Cuánto tiempo… ¿cómo estás? —exclamó—. Sabes, Noela, hace mucho que no nos vemos, pero siempre he seguido tus pasos. —Laprovittola señaló unos cómodos sofás de color beige para que ambos se sentaran—. Creo que la última vez que coincidimos fue en el entierro de tu hermano... ¿verdad?

Vargas asintió, mostrando cierta incomodidad. La muerte de su hermano aún no había cicatrizado por completo en su alma, y sentía punzadas de dolor cada vez que se le recordaba.

—Perdona, Noela... no sabía que la muerte de tu hermano sigue siendo un tema doloroso para ti.

—No importa.

—¿Cómo está tu padre?

—Bien... aunque no hablamos mucho.

Un breve silencio se apoderó de la habitación durante unos segundos.

Unos suaves golpes en la puerta anunciaron la entrada de una monja vestida con un hábito gris. A juzgar por las arrugas en su rostro, debía tener unos setenta años. Portaba con agilidad una bandeja con una cafetera italiana, dos tazas y un pequeño plato de pastas. Colocó la bandeja sobre una mesita de cristal con patas de caoba y se retiró con el mismo sigilo con el que había llegado. Laprovittola sirvió dos tazas humeantes de café y entregó una a Vargas, cuyo estómago rugió agradecido ante el olor del café recién hecho, ya que no había ingerido ningún alimento desde la noche anterior.

—Tu padre es un hombre admirable. Noela, sé de primera mano que has estado distanciada de él desde la muerte de tu hermano, pero puedo asegurarte que está muy orgulloso de ti.

Vargas sorbió el caliente café y tomó una de las pastas.

—Bien... —Laprovittola gesticuló, chocando las manos sobre sus rodillas—. ¿Qué te trae por aquí? Supongo que no es para hablar de la familia ni de este pobre y viejo sacerdote.

—No, en realidad vengo por trabajo —Vargas dejó con delicadeza la taza de nuevo en la bandeja.

—Estoy buscando a un sacerdote llamado Ángel Rivera, que trabajó durante los años cincuenta en una antigua colonia y preventorio ubicado en un pueblo de la Costa da Morte.

Vargas sacó un retrato ampliado de Ángel Rivera, recortado de una de las fotos en las que el sacerdote aparecía junto a otros clérigos, una de las pocas fotografías que la policía tenía como

prueba. Laprovittola se inclinó ligeramente y la examinó durante casi un minuto.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Necesito tus contactos dentro de la Iglesia para localizarlo. Creo que está vivo. La Iglesia lo envió a misiones en África durante los años sesenta y estoy convencida de que vive en España con una nueva identidad.

Laprovittola volvió a dejar la foto sobre la mesa.

—Es posible que haya fallecido, Noela —dudó el cardenal.

—No lo creo. Mi teoría es que la Iglesia, con la complicidad del gobierno de Franco, lo encubrió y le proporcionó una salida digna antes de que se hicieran públicos los abusos que cometió contra algunos niños.

—¿Te refieres a que le crearon una nueva identidad?

—Exactamente.

—Entonces, seguirle la pista será complicado —respondió el ex prelado.

Laprovittola juntó las manos y entrelazó los dedos, indicando que poco más podría hacer.

—Me consume pensar que quizá pueda seguir haciendo daño a otros niños. Tengo que encontrarle —insistió Vargas.

Laprovittola apretó los labios y asintió en silencio. Se levantó, sacó un paquete de cigarrillos Camel y lo encendió con un encendedor Zippo bañado en oro que llevaba el escudo del Vaticano. Vargas notó el gesto reflexivo del cardenal mientras aspiraba el humo del cigarrillo.

—Augusto, de verdad, necesito tu ayuda para encontrarlo. Además, hay algo más que debes saber. En el preventorio se cometieron abusos horribles contra los niños que estaban internados. Creemos que uno de esos niños, quizás el hermano de una de las víctimas se está vengando de todas las personas implicadas en esos sucesos.

—Hasta ahora, hemos descubierto dos sacerdotes muertos, además de las recientes muertes de un exmilitar y el alcalde de Vimianzo. Fueron asesinados y sometidos a torturas empleando un antiguo rito iniciático celta. —Vargas hizo una pausa para observar la

reacción de Laprovittola, quien la miraba con perplejidad—. También creo que este asesino tiene en el punto de mira a este sacerdote y al obispo de Mondoñedo, Bieito Camargo. Me gustaría encontrar a Rivera antes de que el asesino lo haga.

Laprovittola frunció el ceño, claramente sorprendido por la gravedad de los hechos.

—¿Estás diciendo que en el preventorio se cometieron abusos y que alguien está llevando a cabo una venganza sistemática contra todos los que estuvieron involucrados?

—Sí, exactamente. Y los métodos que está utilizando indican un conocimiento profundo de antiguos ritos celtas, lo que hace que todo esto sea aún más preocupante.

—¿También crees que tratará de atentar contra Camargo? —preguntó Laprovittola, sorprendido.

—Sí. Él fue el rector del preventorio durante esos años, y creemos que ocultó deliberadamente los sucesos y encubrió a Ángel Rivera para proteger la imagen de la Iglesia y no perjudicar su propia carrera dentro de ella.

—...y ahora es obispo... —murmuró.

—Augusto, estamos hablando de Ángel Rivera, un depravado que ha permanecido oculto, sin rendir cuentas por sus pecados ante la justicia y ante Dios, durante más de treinta años.

El exprelado apagó su cigarrillo en un cenicero de cuarzo y se sentó al lado de Noela Vargas.

—Mira, Noela... lo único que te puedo decir es que, durante los últimos años del franquismo, los casos de pederastia entre el clero español se dispararon. En ese contexto, se creó un programa secreto llamado Mutatio, mediante el cual las familias cuyos hijos e hijas habían sufrido abusos recibieron una compensación para comprar su silencio, y a los sacerdotes se les asignó una nueva identidad y fueron trasladados a otros lugares.

—¿De cuántos sacerdotes estamos hablando? —exclamó Vargas, sorprendida.

—Alrededor de doscientos…

—¿Y el Vaticano sabía de esto?

Laprovittola asintió con la cabeza.

—¿Y no hicieron nada al respecto?

—Hay que tener en cuenta que en aquel momento España era una dictadura, pero también era el bastión del catolicismo en Occidente. El Vaticano prefería mantener una buena relación con el régimen de Franco, ya que estaba perdiendo influencia espiritual. Por tanto, sí... vieron y guardaron silencio. Existe la posibilidad de que la persona que buscas, ese Ángel Rivera, pueda encontrarse entre esos sacerdotes que cambiaron de identidad.

—¿Existe algún registro que recopile todos estos cambios de identidad?

—Puede que sí, pero no tengo acceso a él. Lo siento, Noela. Mi poder tiene límites.

Vargas mostró evidente frustración.

—De todas formas —dijo Laprovittola, intentando consolarla—, veré lo que puedo hacer. Pero no puedo prometerte nada...

—¡Gracias! —exclamó Vargas, con esperanza—. Eso me ayudaría muchísimo.

Laprovittola le sonrió y le acarició el dorso de la mano. Fue entonces cuando Vargas reparó en algo que nunca había visto, pese a los años en que su familia había tratado al cardenal: un anillo de oro en su dedo anular, con una corona de espinas finamente grabada en el chatón.

49

Noela Vargas pasó la noche sin poder conciliar el sueño después de su conversación con Augusto Laprovittola. Sus pensamientos regresaban una y otra vez al anillo que el cardenal llevaba en el dedo, un detalle que nunca habría llamado su atención de no ser por el significado que ahora tenía para el caso. El símbolo de la corona de espinas adquiría una relevancia nueva, casi inquietante. Las afirmaciones de Arturo Castro sobre los Carbonari infiltrados en distintas esferas de la sociedad empezaban a cobrar sentido. Vargas se revolvía inquieta en la cama, preguntándose si Laprovittola le había contado toda la verdad, aunque la perplejidad que había mostrado ante los crímenes parecía genuina. Solo podía confiar en que cumpliera su palabra y la ayudara a encontrar a Rivera.

El tiempo corría en su contra: si Montenegro encontraba primero al sacerdote, no dudaría en matarlo. Y, aunque la idea no le producía precisamente lástima, Vargas necesitaba algo más que venganza. Quería llevar a Rivera ante la justicia, enfrentarlo a cada uno de sus actos. No podía permitir que alguien de su calaña siguiera libre y, quién sabe, en contacto con otros niños.

La luz se coló por la persiana entreabierta de la habitación del hotel, donde había estado alojada durante las últimas semanas dirigiendo la investigación.

Encendió la lámpara de la mesilla y vio que eran las seis y media de la mañana. Abrió el cajón donde guardaba su pistola Star, Modelo 30 y una cajetilla de cigarrillos More. Aunque no era una fumadora empedernida, a veces sentía la necesidad de fumar un cigarrillo cuando estaba nerviosa; por eso, siempre llevaba un paquete consigo. Además, en sus momentos más reflexivos, fumar le ayudaba a concentrarse.

Tras pensarlo dos veces, decidió encender uno y buscó una caja de cerillas en su bolso, encontrando una con publicidad del hotel. Encendió el cigarrillo y se acercó a la balconada, subiendo la persiana. Desde allí, podía contemplar una hermosa vista del puerto, bañado por los primeros rayos del sol.

El puerto empezaba a cobrar vida con pequeños barcos pesqueros entrando y saliendo de los muelles. Vargas dio una calada profunda al cigarrillo, apoyada en la puerta del balcón. Pensó, de repente, en la mención que hizo Laprovittola de su padre. Todavía sentía, en lo más profundo de su corazón, un afecto sincero por él, pero la muerte de su hermano había creado una barrera casi insalvable entre ambos. Él pensaba que ella podría haber hecho más por su hermano, siendo policía; y, a su vez, ella le culpaba de haberle dejado a su suerte debido a su adicción a la heroína. La muerte de Alfonso fue solo el comienzo de una serie de desencuentros. Esa desgracia unió a la familia en una profunda oscuridad, y el distanciamiento pareció ser la única cura.

Observó la calle, reflexiva y concentrada en sus pensamientos, mientras el humo de su cigarrillo se evaporaba en el aire, formando tirabuzones.

De repente, vio un taxi blanco con una franja azul que se detenía frente a la puerta del hotel. El conductor salió del coche y entró apresurado en la recepción. Al cabo de un minuto, sonó el teléfono de la habitación. Vargas apagó el cigarrillo en un cenicero con una fotografía del puerto y contestó. La voz del chico de recepción sonaba animada, como de costumbre.

—Inspectora Vargas. Hay un taxista que trae un paquete para usted.

—De acuerdo. Bajaré a buscarlo después.

Desde su habitación, Vargas escuchó los murmullos de una conversación.

—Inspectora, lo siento. El taxista insiste en entregarle el paquete en persona.

En la recepción, el taxista la esperaba impaciente, sosteniendo un sobre marrón de tamaño A4.

—¿Es usted la inspectora Vargas? Me pidieron que le entregara este sobre.

—¿Quién se lo pidió? —preguntó Vargas con cierta desconfianza.

—No lo sé. Ayer por la noche, la central me llamó y me ordenó recoger este paquete en la recepción del Hotel María Pita, en La Coruña. Cumplí con las instrucciones y vine directamente hasta aquí.

Vargas regresó intrigada a su habitación y cerro con llave desde dentro. Se sentó en la cama y examinó el sobre por ambos lados. No había nada en particular: ni marcas, ni nombres. Luego despegó el adhesivo de la solapa y encontró una carpeta de cartón en su interior. Para su sorpresa, contenía información sobre el padre Rivera, incluyendo fotografías antiguas y otras más recientes tomadas desde diferentes ángulos. También había un pequeño memorando escrito a mano, sellado por la Dirección General de Policía y firmado por un funcionario cuya rúbrica resultaba difícil de descifrar.

El memorando detallaba los lugares a los que el padre Rivera fue enviado después de abandonar la colonia preventorial de Monte do Carballo en 1959: misiones en África (Kenia y Tanzania) durante diez años; luego regresó a España en el invierno de 1970, cuando se le asignó una nueva identidad. Según la documentación, Rivera fue destinado a varios colegios. Vargas no podía creer lo que estaba leyendo y se preguntó si los constantes cambios eran consecuencia de nuevos abusos por parte del sacerdote, una sospecha que le heló la sangre. A finales de los años setenta, fue asignado permanentemente a una pequeña parroquia en la Costa da Morte, a modo de retiro, cerca de la colonia. Allí había estado oculto durante los últimos diez años con el nombre de padre Marcos Antelo.

—Está más cerca de lo que creía... Dios mío —susurró.

Luego se dio cuenta de que esta información solo podría haber llegado a sus manos a través de la intermediación de Augusto Laprovittola. Él había cumplido con su palabra, y esa información era tan valiosa que la acercaba más a la pista de Montenegro a través de la ubicación de Rivera. Evitaría otro crimen y, además, atraparía a un pederasta que había estado oculto durante años. Los

pensamientos se agolparon en su mente como el agua en el fondo de un pozo.

Miró el reloj. Habían pasado dos horas en un instante. Debía localizar a Marzán, pero recordó que esa misma mañana él se dirigiría a Allariz para encontrar al expárroco de la iglesia de Santa Mariña de Augas Santas.

Tenía que actuar rápido. Lo mejor en ese momento era contactar con el comisario García. La policía debía enviar una patrulla para localizar y vigilar al padre Rivera. Estaba segura de que era cuestión de tiempo que Montenegro apareciera. El tiempo jugaba en su contra, y sabía que, si ella tenía esa información, el asesino también la tendría.

50

Marzán llegó temprano a Allariz. Era una población impregnada de magia y tradiciones seculares. Este pueblo orensano había crecido bajo el influjo de leyendas y encantamientos. En lo más profundo de su ser, Marzán estaba convencido de que aquella villa era el epicentro de la trama que investigaba. Su corazonada se debía a que ese era el lugar donde Artai Montenegro había aprendido los rituales de la Triple Muerte celta. De hecho, a tan solo seis kilómetros de Allariz se encontraba el pueblo de Santa Mariña de Augas Santas, con su iglesia de la Asunción y el Forno de la Santa, inacabado por los templarios. Según la tradición, en el siglo IX, un clérigo llamado Godofredo Ansúrez, del monasterio de San Paio de Antealtares, había ocultado allí el original del libro VI de Farsalia, resguardado bajo la custodia de tres llaves en la cripta. Los expertos consideraban a Santa Mariña de Augas Santas un lugar de poder, relacionado tanto con el martirio de la santa como con antiguos asentamientos. Solo quedaban vestigios de aquellos tiempos en forma de antiguos restos arqueológicos celtas, donde los ritos iniciáticos y mortuorios se habían convertido en los protagonistas de una historia perdida en el tiempo.

El día anterior, Marzán había realizado las investigaciones pertinentes para localizar al expárroco de Allariz, y ahora tenía un nombre: don Augusto Sempere. No fue difícil encontrar al sacerdote. Bastó con una simple llamada al ayuntamiento, donde tuvo la suerte de hablar con una amable funcionaria. Al mencionar su nombre y el motivo de la llamada, la funcionaria, llamada Lola, lo reconoció rápidamente como el famoso criminólogo. Lola había estudiado Derecho en Santiago y había leído varios de sus libros. Además, por

un capricho del destino, resultó ser una pariente cercana del sacerdote, quien era muy conocido en la villa.

Gracias a la confianza surgida de manera espontánea entre los dos interlocutores, Lola no tuvo inconveniente en proporcionarle un número de teléfono de contacto. Inmediatamente, Marzán realizó la llamada, se presentó y logró concertar una cita en la casa de Sempere para aquel martes de principios de agosto, a las diez de la mañana.

El día era esplendoroso en Allariz. Las calles rebosaban de vida, como corresponde a un día de pleno período vacacional. La casa de Sempere se encontraba en el casco antiguo, en la cuesta que lleva al Penedo de la Arnela, desde donde se divisa el esplendor del pueblo y su antigua fortaleza.

La vivienda se distinguía por una hermosa balconada de madera que proyectaba una pequeña sombra sobre la calle. Esto permitía que, en los largos días de verano como aquel, el propietario pudiera sentarse en un banco de piedra adosado a la fachada y disfrutar de la frescura. Un antiguo portón de madera, partido por la mitad, con la hoja superior abierta de par en par, dio la bienvenida a Marzán. En el interior, pudo vislumbrar un estrecho pasillo decorado con pequeños cuadros, que supuso eran fotografías familiares. Al fondo, una habitación iluminada por luz natural que, a través de un ventanal, daba a un pequeño patio trasero. Suso Marzán presionó el timbre y, al instante, una mujer de unos cincuenta años asomó la cabeza, luciendo el cabello corto y despeinado. Portaba unas grandes gafas metálicas que colgaban de una cadena. Con un rostro serio y unos labios finos y apretados, la mujer observó a Marzán con recelo, como si fuera un intruso en su territorio.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo una cita con don Augusto Sempere. —Marzán repasó la nota para asegurarse de que la dirección anotada era la correcta.

—Sí, es mi tío.

—Ayer hablé con don Augusto por la tarde. Quería tratar con él un tema relacionado con una investigación policial.

—¿Es usted policía?

—No... soy criminólogo. Me llamo Suso Marzán y estoy colaborando con la policía en esta investigación.

—¿Tiene algún documento que lo acredite?

Marzán le entregó una de las tarjetas que llevaba en la cartera. La mujer la examinó minuciosamente por ambos lados, como si fuera un sabueso siguiendo un rastro.

De repente, una voz ronca y tosca resonó desde el fondo del pasillo. Provenía de la habitación iluminada al final de la casa.

—Por Dios... Carmen, deja de interrogarle e invítale a pasar.

La sobrina abrió la puerta y se apoyó en la pared para dejarle pasar, ya que el acceso era bastante estrecho y ella era de complexión corpulenta.

—Le ruego que no altere demasiado a mi tío. Tiene una salud delicada.

Marzán esbozó una sonrisa enigmática, como si el ruego no tuviera demasiada importancia para él.

—¡Mujeres! No se puede vivir con ellas, ni tampoco sin ellas. —Volvió a sonar la tos intermitente—. Disculpe a mi sobrina Carmen. A veces pienso que, más que cuidarme, en realidad me tiene secuestrado.

En la habitación, Marzán se encontró con un anciano de unos ochenta años, recostado en un sillón de orejas. Su cuerpo, extremadamente delgado, se perdía bajo un jersey negro y unos pantalones grises que Marzán imaginó como vestigios de su antigua ocupación eclesiástica. El anciano estaba conectado a un bombona de oxígeno que le ayudaba a respirar. En ese momento miraba fijamente la televisión, donde un canal local proyectaba un reportaje sobre los preparativos en Santiago de Compostela para recibir al papa Juan Pablo II. Marzán pudo ver el avance de un gran altar en el Monte do Gozo, y luego aparecieron varios rostros de jóvenes felices hablando de sus expectativas como testigos de aquel evento que sería retransmitido a todos los países del mundo.

—Oh, siéntese, por favor. Está usted en su casa. —Volvió a sonar la tos compulsiva—. Disculpe la tos de este viejo cura, pero sufro de una enfermedad que acabará conmigo en poco tiempo.

—Lo lamento.

—No lo lamente, hijo. Ya he vivido todo lo que tenía que vivir.

La sobrina salió de la habitación, cerrando la puerta sigilosamente.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Marzán. Suso Marzán. Don Augusto, me gustaría hacerle unas preguntas sobre una persona que usted conoció hace tiempo.

Marzán sacó de su cartera una antigua foto policial en blanco y negro de un joven de unos veinte años y se la entregó.

Don Augusto miró la foto durante unos treinta segundos y luego se la devolvió a Marzán.

—Pues no he visto a este «rapaz» en toda mi vida... pero comprenda que mi memoria ya no es la que era.

—Quizás si le digo que estuvo aquí hace unos diez años, estudiando con usted el Libro VI que se guardaba en la antigua cripta del Forno de la Santa, ¿lo recordaría?

—Sí... ¡claro! Ahora lo recuerdo: Lucas... su nombre era Lucas... se llevó el libro.

—¿Cómo que se llevó el libro? No entiendo.

—Sí, Lucas... era un joven muy reservado que encontré una tarde sentado en la puerta de la iglesia, empapado y con frío. Al principio pensé que era un borracho durmiendo la mona, pero me miró con unos ojos tan perdidos que no supe por qué, pero le invité a entrar en la sacristía. Generó un extraño influjo en mí. Nos miramos en silencio durante varios minutos y enseguida establecimos una conexión tan fuerte... —el sacerdote se quedó embelesado mirando la pantalla del televisor—. ¿Sabe? Me ayudó en la iglesia durante mucho tiempo y lo alojé en mi casa. Estaba hospedado en aquella habitación —el viejo sacerdote señaló con parsimonia una puerta de madera, cuyo color ocre se había perdido con el tiempo—. Le enseñé los secretos de los antiguos rituales, en los que estaba muy interesado, así como los orígenes mágicos del pueblo. Pero una mañana, cogió las llaves de la cripta del Forno de la Santa y desapareció con el libro para siempre.

—Yo era el custodio del libro. No debí haberlo permitido.

—¿Y por qué cree que se lo llevó?

El anciano perdió la mirada en el abismo y guardó silencio durante varios segundos.

—¿Don Augusto?... ¿me escucha? ¿Por qué cree que Lucas se lo llevó?

—No lo sé... Recuerdo que se obsesionó con él. Era común que desapareciera algunos días y encontrarlo después, al día siguiente, dormido en la cripta de la iglesia, abrazando el libro.

—Entiendo... ¿Recuerda algo más sobre él? ¿Algo que pueda ayudarme a localizarlo?

—¿Por qué lo busca la policía?... Era un buen chico, solo estaba un poco perdido. Espero que Dios, en su gracia, le haya mostrado el buen camino.

—El joven al que usted llama Lucas... en realidad se llama Artai Montenegro. La policía cree que está detrás de varios crímenes cometidos en la comarca, utilizando un extraño ritual celta conocido como la Triple Muerte. Creemos que dicho ritual está registrado únicamente en el libro VI de Farsalia.

El excura contempló la foto que Marzán aún no había guardado.

—Padre, ¿por qué cree que a Montenegro le interesa ese libro?

—¿Cómo dice? —respondió el sacerdote, mostrando signos evidentes de que aquellos recuerdos le causaban dolor y agotamiento.

—El Libro VI, padre. Me refiero al Libro VI. ¿Por qué alguien podría estar interesado en llevárselo?

—Sí... el Libro VI... Lo teníamos custodiado en la iglesia desde tiempos inmemoriales, y mi labor era protegerlo, tal como hicieron mis predecesores... Recuerdo el primer día que bajamos juntos a la cripta y se lo mostré. Fue como una revelación para él. Pasó horas leyéndolo. Parecía hipnotizado... o quizá «estar bajo su influjo» sea la forma correcta de describirlo. Lucas se volvió aún más callado de lo que ya era... hasta que un día, como le dije, desperté por la mañana y Lucas se había marchado. Al día siguiente descubrí que el libro que se guardaba en la cripta había desaparecido. Él se lo llevó.

—Padre Augusto, necesito saber qué contiene el libro que es tan importante para Montenegro... Creemos que puede cometer más asesinatos utilizando los rituales que se recogen en sus páginas. Comprender su contenido nos ayudaría a prevenir futuros crímenes.

—Entiendo... Por favor, abra aquel cajón. —El sacerdote señaló una cómoda de cerezo. La tos volvió a interrumpir su voz—. Encontrará un borrador de un libro.

Marzán extrajo un montón de hojas mecanografiadas, sujetas por un sujetapapeles metálico. En la portada se leía, en latín: De antiquis aliquam operam magicam : La antigua nigromancia.

—Es la obra de toda mi vida, señor Marzán. He pasado los últimos diez años investigando los tratados más antiguos que existen sobre rituales mágicos. Es un compendio de todo lo que se sabe sobre los ritos mágicos practicados por nuestros antepasados, en los cuales buscaban el favor de sus dioses, predecían si los augurios eran buenos o malos en el nacimiento de sus hijos y aplacaban a los dioses si no les eran favorables.

Marzán hojeó el libro, intrigado. Además de reproducciones de lo que parecían ser antiguos tratados mágicos, grimorios y libros de nigromancia, hasta el siglo XVI, incluía también anotaciones personales y reflexiones del propio Sempere. En ese momento, la sobrina de don Augusto entró, ofreciéndole unas pastillas que él ingirió obedientemente.

—En este manuscrito encontrará un análisis detallado de los grimorios más importantes de la Antigüedad. Desde el Ars Notoria, del siglo XIII, hasta la Pseudomonarchia Daemonum, escrita en el siglo XVI por el famoso demonólogo Johann Weyer. Pero estoy seguro de que lo que encontrará más fascinante y útil para su investigación es mi estudio del libro VI de Farsalia. Quizás le ayude a encontrar lo que busca.

—¿Puedo llevármelo? Prometo cuidarlo y devolvérselo cuando termine la investigación... Me haría un gran favor.

Don Augusto Sempere asintió con la cabeza, tosiendo nuevamente.

—Muchas gracias por su ayuda, don Augusto. Solo tengo una última petición. ¿Podría echar un vistazo a la habitación de Artai antes de irme?

—Como desee, pero ya le he dicho que no encontrará nada importante.

Marzán entró en una pequeña habitación bastante deteriorada por el paso del tiempo. Una cama cubierta con una colcha de cuadros, una pequeña mesita con una lámpara de hierro, una cómoda y un crucifijo en la cabecera de la cama eran todo lo que adornaba el lugar.

Marzán se sentó en la cama y observó detenidamente cada detalle de la habitación.

—Vamos, dime algo —murmuró.

Con cuidado, abrió el cajón de la mesita junto a la cama y luego apartó las cortinas para observar la calle. Un par de señoras de unos setenta años, con bolsas de la compra en la mano, conversaban animadamente. Marzán se acercó a la cómoda de abedul y abrió cada uno de los seis cajones, palpando con la esperanza de encontrar algo que pudiera revelar más sobre Artai. Cuando ya estaba a punto de darse por vencido, descubrió un folio pegado con celofán en la parte superior de uno de los cajones inferiores. Lo despegó y lo examinó: una hoja arrancada de un libro antiguo, quizá del Libro VI original. La hoja tenía un color amarillento debido al paso del tiempo y estaba doblada en cuatro partes. Describía en latín y con detalle la preparación de una sustancia alucinógena: la Claviceps purpurea.

De repente, la puerta de la habitación se abrió bruscamente. Era la sobrina de Sempere, quien lo miró sorprendida al verlo agachado con el cajón abierto. Marzán se puso de pie y sacudió sus pantalones.

—Señor Marzán, tiene una llamada de la policía. La inspectora Vargas le está llamando por teléfono. Dice que es muy urgente.

51

Era una tarde tranquila en la pequeña población de Leis. Pequeños remolinos de aire jugueteaban con las copas altas de los eucaliptos, agitándolas en contorsiones casi imposibles.

La aldea donde residía Rivera había crecido como todas las demás de la comarca, a ambos lados de una carretera estrecha y sinuosa que durante años había servido como camino forestal. Una pequeña iglesia románica, similar a muchas otras de la zona, era el primer edificio que daba la bienvenida al visitante, seguido de un enredo de calles estrechas que entrelazaban las casas como una madeja de lana entre las garras de un gato brioso.

Vargas esperaba impaciente dentro de su coche a que la dotación de la Guardia Civil destinada a apoyarla en la operación se dignara a aparecer. Mientras tanto, jugueteaba con su Star, Modelo 30, pensando que quizá, con un poco de suerte, estaría más cerca de resolver aquel caso y poder regresar a su vida en Madrid. Por el retrovisor, Vargas vio un coche verde botella que estacionó detrás del suyo. Reconoció al instante la marca y modelo del coche del inspector Delgado. Él salió del vehículo portando un chaleco antibalas y luego golpeó con delicadeza la ventanilla del Volkswagen Golf de Vargas.

—Qué casualidad que siempre nos encontremos en estas circunstancias —dijo Vargas con sarcasmo, mientras bajaba la ventanilla del coche con la manivela.

—Vengo solo a darte apoyo. El comisario García pensó que lo necesitarías. No te lo tomes a mal, Noela. Creo que te vendrá bien un poco de ayuda en la búsqueda de Montenegro y estoy aquí para lo que necesites. No he venido para estorbarte ni para informar a nadie. Créeme.

En ese momento, la dotación de la Guardia Civil, que iba a bordo de un Land Rover, se acercó sigilosamente, y de él bajaron dos

jóvenes guardias. Vargas salió del coche con determinación, y Delgado tuvo que apartarse de la puerta para evitar ser golpeado. Delgado sonrió; siempre le había gustado el temperamento fuerte de Noela, luego ella abrió el maletero del coche y cogió un chaleco antibalas, donde se distinguía claramente la palabra «POLICÍA» en letras fluorescentes.

—Bien, Manu… Entonces vamos a comprobar si no estás oxidado.

Delgado asintió y ella hizo una señal a los dos guardias civiles para que los siguieran. Los cuatro avanzaron unos metros por una pista tranquila, interrumpida solo por los ladridos de perros guardianes y algún gato que saltaba sobre un muro, sorprendido por la visita. Llegaron a una casa pintada de azul y blanco. Un pequeño patio de cemento, decorado con varias macetas de hortensias ya marchitas, les dio la bienvenida. Una ligera brisa movió el pelo de Vargas, que se recogió en una coleta para evitar que le estorbara. Luego, indicó a los guardias que rodearan la casa y buscaran otros puntos de acceso, mientras ella y Delgado se dirigían a la puerta principal. Vargas llamó al timbre, cuyo estruendo resonó en el silencio, y esperó a que alguien respondiera desde el interior.

—¿Padre Rivera? —preguntó Vargas en voz alta. Su voz resonó como un eco en el silencio—. Ángel Rivera, somos inspectores de policía. Nos gustaría hablar con usted.

Noela Vargas miró a Delgado, quien a su vez arqueó las cejas en señal de interrogación. Luego, él le señaló el pomo de la puerta con un movimiento de cabeza. Estaba forzado, y se veía claramente que alguien lo había roto, pues la madera que rodeaba la cerradura estaba astillada. Ambos desenfundaron sus Star, Modelo 30 y se colocaron a cada lado de la puerta. Vargas cogió el walkie-talkie de su cinto y se puso en contacto con los guardias civiles que estaban al otro lado de la casa.

—Vamos a entrar —confirmó.

Se oyó un ruido de estática.

—Entendido, inspectora. Nosotros estamos situados en la parte trasera. Aquí también hay una puerta de acceso.

Noela Vargas empujó la puerta con suavidad y se encontró al principio de un pasillo estrecho, alargado y casi en penumbra.

Delgado encendió una pequeña linterna, cuyo haz iluminó un reguero de gotas de sangre que se dirigían hacia la cocina. Sobre la mesa había un plato con comida que servía de festín para un grupo de moscas que revoloteaban a su alrededor. La disposición de los muebles, una silla caída y algunos utensilios de cocina en el suelo dejaban claro que había habido algún tipo de lucha o forcejeo en aquel lugar. Vargas pudo observar que la cocina de gas estaba encendida, con una cacerola vacía que en algún momento había contenido algún tipo de líquido que se había evaporado.

Vargas cerró la llave de gas y abrió las ventanas para ventilar el lugar.

—Parece que nuestro amigo ya no está —dijo Delgado.

—Mierda... creo que Montenegro se nos ha adelantado. Está claro que aquí ha habido una lucha, y con bastante violencia. Hay rastros de sangre por todas partes.

—Parece que Rivera estaba cenando cuando alguien entró y lo golpeó. No ha debido de pasar hace mucho tiempo, la comida del plato aún está tibia —agregó Delgado.

En ese momento, los dos guardias civiles de apoyo aparecieron.

—La puerta del patio trasero también está forzada, inspectora —informó uno de los guardias civiles.

—Por favor, Manu, avisa a Criminalística y que vengan a examinar el lugar. A ver si tenemos suerte y podemos encontrar alguna huella. —Luego miró a los dos guardias civiles, que estaban expectantes, sin saber cómo reaccionar—Y ustedes, ¿a qué esperan? Acordonen la zona para que nadie entre sin nuestro permiso.

Vargas suspiró, sabiendo que estuvo muy cerca de encontrarse con el asesino. La esperanza de estar a un paso de Montenegro le dio ánimos. Comenzaba a conocerlo un poco mejor, entendía sus motivaciones y sabía que solo era cuestión de tiempo que cometiera un pequeño error. Y cuando lo hiciera, ella estaría esperándolo.

Luego, caminó tranquilamente por la casa. Todas las habitaciones tenían las persianas bajadas. Algunas fotos familiares estaban estratégicamente colocadas en marcos de plata en varios muebles del salón. Subió al piso de arriba y entró en la habitación donde supuestamente dormía Rivera. Se encontró con una cama grande

protegida por un cabecero histórico y un pie de cama de hierro pintado de negro, que le daba un aspecto dieciochesco a la decoración. Inspeccionó minuciosamente, atenta a cualquier detalle que pudiera proporcionar más información sobre lo sucedido. Observó la mesilla junto a la cama, donde había una lámpara con una tulipa gris adornada con borlas. Una araña se balanceaba en una telaraña, iluminada por la luz de la bombilla.

En la base de la lámpara encontró un sobre blanco que estaba abierto. En el anverso del sobre, escrito en rojo, estaba su nombre: «Para Noela». Lo cogió y, después de ponerse unos guantes de goma, sacó un papel en el que aparecía escrito un texto en latín que decía:

Et quibus inmitis placatur sanguine diro /
Teutates horrensque feris altaribus Esus /
Et Taranis Scythicae non mitior ara Dianae
(Aquellos a quienes se aplaca con sangre cruel /
Teutates, temible en altares salvajes, y Esus /
Y Taranis, cuyo altar no es menos cruel que el de la /
Diana escita),
Libro VI de Farsalia (I, 444-445).

52

Al día siguiente del secuestro de Rivera, Vargas y Marzán se reunieron nuevamente con el magistrado Maldonado en su casa de Corcubión, con el objetivo de obtener más información sobre la misteriosa nota que Montenegro había dejado sobre la mesilla de la habitación de la casa de Ángel Rivera.

— «Los que aplacan con horrendo sacrificio al cruel Teutates y al horrible Esus, el de bárbaros altares, y a Taranis, cuyo altar no es menos cruel que el de la Diana escita» —leyó Maldonado en voz alta, mientras se quitaba las gafas y las colocaba con cuidado sobre su escritorio. Luego, introdujo la nota en un sobre y se lo entregó a Vargas de manera pensativa.

—Está claro que el asesino es consciente de que nos estamos acercando cada vez más, de lo contrario, no te habría dejado esta carta —comentó Marzán.

—¿Qué cree que significa, magistrado? —preguntó Vargas, guardando cuidadosamente el sobre en la bolsa de pruebas.

—Es una confirmación de lo que ya sabíamos: nos enfrentamos a un ritual. La nota confirma que el secuestro de Rivera cierra el círculo que comenzó con la muerte de Quiroga y continuó con la de Carrión. Taranis Dispater y Teutates Mercurius fueron los rituales utilizados por el asesino en los dos crímenes anteriores, y ahora surge un tercero: Esus Marte, el de los bárbaros altares.

—Además —interrumpió Marzán—, el hecho de que Montenegro te haya dirigido la nota directamente a ti, usando tu nombre de pila, es más que un simple detalle. No podemos pasarlo por alto, Noela. Parece que el asesino ha establecido cierto grado de rivalidad contigo, pero también siente empatía. Ahora sabe que eres su perseguidora.

—¿Empatía? ¿En qué sentido? —preguntó Vargas, arqueando las cejas, desconcertada.

—El asesino cree que eres su reflejo. De lo contrario, no te habría dejado la nota. De alguna manera, piensa que, a medida que avanzas en la investigación y profundizas en sus motivaciones, te estás volviendo más consciente de por qué Montenegro hace lo que hace.

—Piénsalo, Noela —continuó Marzán—. A medida que hemos ido profundizando en el caso, hemos descubierto la conexión del asesino con una infancia marcada por los abusos. Sabemos que Montenegro sufre un trastorno de la personalidad que se ha ido intensificando con los años. Probablemente, de niño y adolescente, nunca pensó que la desaparición de su hermano Xosé estuviera relacionada con lo que experimentó en la colonia. Podríamos decir que borró esos recuerdos de su mente. Sin embargo, en algún momento, un evento relacionado con las personas que estuvieron involucradas en los abusos le hizo recordar. Para Montenegro, ponerles cara después de tantos años fue un detonante. Normalmente, los individuos sociópatas como él tienen dificultades para relacionarse con los demás y necesitan justificar sus acciones. Nosotros, al ser conscientes de las atrocidades que se habían cometido en nombre de Dios y la Patria, le hemos dado la excusa perfecta para llevar a cabo sus actos. —Marzán se sentó en la silla frente al escritorio, adoptando una actitud reflexiva—. En este caso, creo que esperará a que descubramos dónde tiene secuestrado a Rivera para sacrificarlo.

—Bueno, si todo lo que dices es cierto, Marzán, esta nota es la pista que nos llevará al lugar del ritual —dijo Maldonado, emocionado—. Veamos lo que tenemos. Desde la Antigüedad, los celtas han aplacado a Marte con sacrificios rituales, colgando a sus víctimas y degollándolas. La mención a los «bárbaros altares» hace referencia a un altar divino consagrado a Marte. Pero los detalles específicos sobre qué tipo de altar se trata deben estar registrados en el Libro VI.

—El Libro VI está en posesión de Montenegro. Según me contó el expárroco de Santa Mariña, lo robó de la cripta donde estaba custodiado durante su estancia en Allariz —prosiguió Marzán—. Pero tenemos algo que podría ayudarnos, magistrado. Augusto Sempere escribió un manual donde analizó los principales grimorios de la Antigüedad, y el libro VI de Farsalia está entre ellos.

—¡Fantástico! —exclamó el magistrado.

Maldonado tomó el manual de las manos de Marzán con sumo cuidado y lo hojeó durante unos minutos. Vargas observó cómo la mirada de Maldonado se volvía curiosa, como la de un niño pequeño... Finalmente, el magistrado señaló un punto del manual con el dedo.

—Aquí está. Esta referencia al sacrificio de Esus Marte podría proporcionarnos la pista sobre dónde podría encontrarse Rivera —dijo Maldonado, leyendo en voz alta—: «Para aplacar y recibir los mejores augurios de Esus-Marte, será necesario sacrificar a un infante puro y colgarlo del ecúleo. Después, se desgarrará con peines de hierro y garfios acerados, se abrasará con teas y hachas encendidas, y finalmente, atado de pies y manos, será sumergido en un baño, tina o estanque de agua hasta que pierda el aliento y la respiración de la vida. Luego será arrojado a uno de los hornos, donde será incinerado y su espíritu será entregado».

—Bien, ahora solo nos falta averiguar cómo interpretar este párrafo —dijo Vargas con un tono irónico.

—Un ecúleo era un antiguo potro de tortura, ¿verdad? —Marzán lanzó la pregunta al aire.

—Sí, era un instrumento y un método de tortura —continuó Maldonado, recostándose en el butacón—. Consistía en atar al acusado de pies y manos a una superficie conectada a un torno. Al girar, el torno tiraba de las extremidades en direcciones opuestas, lo que resultaba en la dislocación e incluso, dependiendo de la crueldad con la que se utilizara, la desmembración del cuerpo.

—Luego el texto menciona instrumentos de tortura para infligir un daño atroz: la expiación que busca Montenegro y de la que hemos hablado a lo largo de la investigación —añadió Marzán.

—Desgarrado con peines de hierro y garfios acerados... —murmuró Vargas.

—La primera muerte —apostilló Marzán.

—Exacto —retomó la reflexión Maldonado—, luego se describe la segunda muerte de la siguiente manera: «atado de pies y manos y sumergido en un baño, tina o estanque de agua sobre los bárbaros altares», y finalmente, la tercera muerte: «arrojado a uno de los hornos, donde será incinerado y su espíritu será entregado».

Los tres se quedaron pensativos por unos segundos.

—¿Dónde podríamos encontrar utensilios de hierro, tornos y estanques de agua? —preguntó Vargas.

—¿En un taller? —propuso Marzán.

—¡Exacto! —exclamó Maldonado, señalando a Vargas con el dedo —. Un lugar en el que haya tornos, piscinas de agua, bancadas... ¡una fundición! Hay una antigua fundición abandonada en una pequeña localidad llamada Brens, muy cerca del municipio de Cee.

El magistrado rebuscó entre una pila de revistas amontonadas en una silla estilo curul, al estilo romano, y finalmente extrajo un ejemplar con dificultad. Lo abrió por la mitad y buscó con ahínco una página en particular, luego se la mostró con satisfacción. Un anuncio publicitario a página completa mostraba una serie de fotografías de principios de los años setenta, donde técnicos con ropa de protección y máscaras realizaban diversas tareas de fundición con soplete y otros utensilios. En la cabecera del anuncio, un título grande decía: «Fundiciones Outón. Fundición de todo tipo de piezas desde 1958. Brens».

—La fábrica fue cerrada a principios de los años ochenta debido al traslado de toda su producción.

—Bien, ya sabemos por dónde empezar, Suso —dijo Vargas—. No tenemos tiempo que perder. Solo tenemos una oportunidad para recuperar a Rivera con vida y, con suerte, atrapar de una vez por todas a Montenegro. Y esa oportunidad ya ha llegado.

TERCERA MUERTE

(ESUS MARTE)

Coram ara Martis et his acutis ferramentis, carnes peccatorum lacerabo et manibus sanguine infectis iterum clementiam tuam implorabo.

Ante el altar de Marte y con estos hierros afilados desgarraré la carne de los pecadores y con mis manos manchadas de sangre de nuevo volveré a implorar tu clemencia.

Libro VI

53

La niebla densa invadió la mente de Ángel Rivera, envolviéndolo en recuerdos que preferiría olvidar. Aquellos años oscuros volvieron a él en una sucesión de imágenes borrosas: los niños que llegaban a su habitación, arrastrados por la culpa y la lujuria, eran su maldición. Aunque su alma sentía compasión por ellos, algo en su interior clamaba por castigarlos, una necesidad que él sabía perversa y contraria a los designios de Dios. Los «hijos de la peste», como él mismo los llamaba, despertaban en él una lascivia que lo corroía, empujándolo a actos innombrables. Sus noches se poblaban de esos recuerdos y, a pesar de sus esfuerzos por sofocarlos, siempre volvían, inexorables, atormentando su alma sin piedad.

En una de esas visiones, se vio sentado junto a un niño de cabello rizado, aterrorizado bajo su mano que, en un gesto aparentemente inocente, acariciaba su cabeza. La imagen se desvaneció bruscamente, solo para ser reemplazada por otra, más perturbadora: el mismo niño, más vulnerable aún, implorando con su mirada. De repente, la oscuridad lo envolvió, interrumpiendo el sueño. Cuando la neblina en su mente comenzó a disiparse, se dio cuenta de la cruel realidad en la que se encontraba.

Al abrir los ojos, sintió un dolor punzante, como si la culpa que había intentado enterrar durante tantos años lo atravesara de nuevo. El frío metálico que lo rodeaba, la silla a la que estaba encadenado y el penetrante olor a gasolina que lo envolvía le confirmaron lo inevitable: su pasado había vuelto para cobrarle su deuda.

Una bocanada de aire gélido le cortó la respiración y lo arrancó de golpe de la inconsciencia. Rivera luchó por abrir los ojos, pero un dolor indescriptible lo recorrió. A medida que sus sentidos se aclaraban, se dio cuenta del horrible escenario que lo rodeaba. Un par de ojos azules e inescrutables lo observaban con frialdad.

Desesperado, intentó moverse, pero estaba encadenado a una silla de hierro, vestido solo con sus calzoncillos y con el cuerpo empapado en sudor y orina. Al ver el rostro hirsuto del hombre que lo tenía cautivo, una certeza se instaló en su mente: no había escapatoria para alguien como él. La imagen de aquellos niños inertes entre sus brazos, los mismos que había intentado enterrar en su memoria, volvió a él con una claridad aterradora. Ahora comprendía que había llegado el momento de enfrentarse a su destino, uno del que ya no podía escapar.

—¿Por qué me haces esto…?¿Qué quieres de mí? —preguntó el sacerdote, desesperado, con palabras agudas que denotaban el terror que sentía.

El desconocido interrumpió su tarea y lo miró, pero no respondió. Después, se levantó y verificó que la cadena estuviera lo suficientemente tensa con dos tirones firmes. Luego se alejó, abriendo una pesada puerta de metal que emitió un chirrido ensordecedor, y desapareció en la oscuridad, como si lo hubiera devorado la boca de un gigante hambriento. Un cerrojazo resonó con fuerza, sellando la desesperación de Rivera. Miró a su alrededor en busca de una salida, pero sus fuerzas, menguadas por sus ochenta años, no eran suficientes ni siquiera para intentar una fuga improbable. Observó el entorno con creciente angustia, mientras las heridas en su pecho ardían como brasas sobre una piel quemada. ¿Dónde estaba? ¿Por qué aquel hombre le hacía esto? ¿Acaso se encontraba al borde de la muerte? Una profunda inspiración lo obligó a rendirse, a aceptar que todo lo que estaba ocurriendo era el castigo que merecía. Sabía que había causado mucho daño a lo largo de su vida, aunque siempre lo justificó como el resultado de una enfermedad, una enfermedad que aquellos a su alrededor conocían y ayudaban a ocultar, incluida la Iglesia, que nunca lo abandonó. Ahora, en su vejez como párroco de una pequeña aldea, había aprendido a contener sus deseos carnales, pero el lujurioso impulso seguía latente, emergiendo cada vez que veía a los niños jugar en el pueblo.

Rivera vio de nuevo al individuo entrar en la sala, su presencia llenaba el espacio de una amenaza palpable.

—¿Quién eres? —preguntó con voz temblorosa, aunque ya intuía la respuesta.

El desconocido lo miró fijamente, esta vez dispuesto a responder.

—¿No me recuerdas? —dijo con voz cargada de resentimiento—. Han pasado muchos años, pero aún deberías reconocerme. Fui uno de esos niños a los que estabas destinado a proteger, pero, en lugar de eso, tu perversión destruyó la poca inocencia que me quedaba.

Rivera sintió un frío que nada tenía que ver con el entorno. Era el helado peso de la culpa, ese que había intentado sepultar durante décadas.

—¿No te acuerdas de esta cicatriz? —continuó el hombre, señalando la cruz en su mejilla—. Es tu obra, padre. Un regalo para un chico como yo, un «hijo de la peste», como solías llamarnos. Soy Artai Montenegro, hermano de Xosé, al que asesinaste con tus propias manos.

El pánico se apoderó de Rivera cuando reconoció la cicatriz y el nombre. Los recuerdos lo asaltaron con brutalidad: aquel día lluvioso en la colonia, el niño aterrado que gritaba, su mano apretando con fuerza la boca y la nariz del pequeño hasta que su resistencia se extinguió como la vida en sus ojos. Rivera había intentado olvidar, pero ese olvido nunca fue completo. Ahora, toda la verdad lo golpeaba con una claridad desgarradora.

—Soy Artai —repitió el hombre, con la voz firme como una sentencia—, y ahora, padre, es momento de que expíes tus pecados. Ruega al Señor por tu alma, si es que puedes perdonarte primero.

Con un movimiento decidido, apretó un botón, y la grúa comenzó a levantar la silla en la que Rivera estaba encadenado. El sacerdote miró a su alrededor, desesperado, intentando comprender lo que estaba por suceder.

—¿Qué vas a hacer? ¡Por Dios, ten piedad! ¡Bájame! —gritó Rivera, su voz quebrada por el terror.

La silla se sumergió en una piscina de agua turbia hasta la cintura. El frío del agua era penetrante, contrayendo sus músculos y robándole el aliento. Mientras tanto, Artai abrió un grifo que hizo que el nivel del agua comenzara a subir lentamente.

—Perdóname, Señor, porque he pecado. Acógeme en tu seno y haz que este sacrificio purifique mis faltas —balbuceó Rivera, con la esperanza de encontrar en la plegaria un consuelo que sabía que merecía, pero nunca había recibido.

Artai, imperturbable, desplegó una funda de cuero sobre una mesa de hierro. Dentro, una colección de herramientas brillaba bajo la luz tenue de la mañana, recordando a los instrumentos de un cirujano de antaño. Entre ellas, bisturíes y tenazas de diferentes tamaños aguardaban para cumplir su propósito cruel.

El burbujeo del agua llenó el silencio del antiguo edificio, creando un ritmo siniestro que contrastaba con el revoloteo de un par de golondrinas que se habían colado dentro, como testigos involuntarios de lo que estaba por suceder. Sobre la mesa, envuelto con cuidado en una lona, descansaba el libro VI de Farsalia, el texto antiguo que Artai había robado de la cripta del Castro da Armea. Este libro, lleno de oscuros rituales, había sido su guía y su condena, conduciéndolo hasta este momento.

Artai abrió el libro con reverencia, deteniéndose en una página amarillenta donde una nota a bolígrafo decía:

«Sanguine diro placatur».

(Apaciguado por la terrible sangre)

De repente, el sonido de una puerta cerrándose bruscamente interrumpió el momento. Artai levantó la cabeza, sabiendo que no había subestimado a Noela Vargas. La inspectora había llegado justo a tiempo para el ritual.

54

El ladrido amenazador de un perro rompió el silencio y, de inmediato, hizo temblar con fuerza la valla de malla que bordeaba la entrada a la vieja fundición. Vargas dio un respingo, sorprendida por la repentina agresividad del animal, mientras recorrían el estrecho camino de asfalto que los conducía a la puerta principal. Los perros siempre habían atemorizado a Vargas desde que tenía diez años, cuando presenció cómo uno de los dóbermanes de su padre se escapó y atacó sin previo aviso al jardinero que cuidaba con mimo el jazmín trepador de la verja que rodeaba la casa familiar. Las heridas y la sangre en el brazo de aquel hombre causaron pesadillas terroríficas en aquella niña pequeña e impresionable durante muchos meses. Sus padres, con la esperanza de que desapareciera aquel trauma, se deshicieron de los perros —nunca le contaron cómo—, y el tiempo, que todo lo cura, hizo que ese miedo se desvaneciera en el olvido. Sin embargo, aún guardaba cierto resquemor hacia esas bestias de cuatro patas y sus gañidos estridentes.

Vargas miró a su compañero de reojo, escrutando sus gestos por temor a que él se diera cuenta de su debilidad, pero se tranquilizó al observar que el rostro de Marzán mostraba el habitual rictus de concentración contenida que lo caracterizaba. La fundición de Brens llevaba varios años abandonada. Una gran nave industrial les dio la bienvenida con sus amplios ventanales, cuyos cristales descerrajados por el tiempo horadaban con tristeza los bloques de hormigón, antes grises y ahora cubiertos de grafitis de corazones atravesados por flechas de amores adolescentes y frases políticas. El silencio solo era interrumpido por los ladridos de los perros a lo lejos, que, con una cadencia casi rítmica, mantenían una especie de diálogo que tensaba

el ambiente. Un aire veraniego movía con fruición los helechos que habían crecido de forma furtiva por todo el recinto.

Finalmente, llegaron a una puerta de chapa deformada por el tiempo, bloqueada con una pesada cadena y un candado oxidado. Marzán dio dos tirones con la esperanza de que el candado cediera fácilmente.

Vargas notó una mirada de duda en Marzán.

—¿No crees que deberíamos esperar apoyo antes de entrar ahí?

Vargas escuchó, pero no contestó de inmediato. Luego se aseguró de que su Star, Modelo 30 estuviera cargada y la volvió a colocar en su funda.

—No podemos esperar, Suso... Si Rivera está adentro, el tiempo corre en nuestra contra. Montenegro matará a Rivera sin dudarlo... Lo sabes. Además, siento que estamos tan cerca de atraparlo. Estoy segura de que Montenegro ha dejado todas estas pistas para que lo encontremos. De alguna manera, quiere que seamos testigos privilegiados de su ritual... Tenemos que encontrar una forma de entrar.

Vargas retrocedió varios pasos, inspeccionando con la mirada los costados de la imponente mole de piedra, en busca de alguna otra entrada. Marzán frunció el ceño, consciente de que avanzar sin más refuerzos era un riesgo considerable, incluso para alguien tan experimentada como su compañera. Sin embargo, sabía que Vargas tenía razón. Artai Montenegro estaba llegando al clímax de su obra macabra. Cada ritual, cada escenificación, su meticuloso modus operandi, conducía a un desenlace en el que ni siquiera su propia vida tenía valor. Montenegro estaba dispuesto a sacrificarlo todo con tal de cumplir su objetivo: vengarse de todos aquellos que, de algún modo, habían sido partícipes de una historia en la que el dolor era la única fuente de su insaciable sed de justicia.

—Mira... —Vargas señaló una puerta de acceso situada sobre una rampa que en su día debió de funcionar para carga y descarga.

Al acercarse, comprobaron que la puerta estaba forzada y dejaba un estrecho acceso al interior. Una vez dentro, el olor a humedad los golpeó con fuerza. Los charcos de agua, provenientes de la lluvia, se acumulaban en el suelo debido a las filtraciones en el techo. Aquella

nave era un testimonio mudo de tiempos pasados y actividades frenéticas. De pronto, un sonido brusco los alertó y obligó a Vargas a desenfundar su pistola. Comprobaron con alivio que, de una escombrera, un gato blanco con manchas oscuras saltó y cruzó rápidamente la nave, trepando ágilmente por uno de los ventanales. Luego los miró con curiosidad y salió furtivamente del recinto.

El espacio de la fundición era diáfano, salpicado de maquinarias antiguas y oxidadas que parecían gigantes dormidos en un cuento infantil. Vargas observó su entorno y, con un leve movimiento de mentón, señaló a Marzán el final de la nave, donde una vieja plataforma se alzaba como la cabina de un barco mercante abandonado. Allí, en tiempos pasados, debieron de estar las oficinas, de las cuales solo quedaban los marcos de las ventanas y algunas puertas descolgadas como mudos testigos del pasado. Subieron con cuidado por la escalinata de hierro, situándose en la plataforma desde donde se controlaba toda el área de producción. Vargas apoyó ambas manos en la barandilla y, con la mirada pensativa y alerta, observó hacia abajo, mientras Marzán inspeccionaba con cautela uno de los antiguos despachos. Dentro, el aire viciado y el olor a abandono lo envolvieron. Encontró archivadores corroídos, mesas y sillas destrozadas, con el relleno desparramado: una auténtica radiografía del deterioro. Las paredes estaban cubiertas de grafitis, mientras que en el suelo se acumulaban jeringuillas usadas, evidencias claras de la decadencia social que había invadido el lugar.

Más allá de las oficinas, una puerta metálica entornada permanecía semioculta en uno de los recovecos de la pasarela. Marzán tocó el brazo de Vargas e indicó la puerta. Ella, sumida aún en sus pensamientos, asintió en silencio y, con un gesto, le indicó a Marzán que esperara allí mientras se aproximaba a la puerta con su pistola desenfundada. La abrió lentamente y escudriñó en su interior. Una escalera de hierro, de apariencia frágil, descendía, iluminada tenuemente por bombillas de obra. Alguien estaba abajo…

—¿A dónde llevará esta escalera? —susurró Marzán, con un hilo de voz.

—No lo sé... Quédate aquí y no te muevas. Voy a echar un vistazo.

Vargas empezó a descender, apoyando con cautela sus pies en cada peldaño.

—Inspectora... ten cuidado, esto no me gusta nada —advirtió Marzán.

Vargas supo que el peligro era real, pero, aun así, le lanzó una fugaz sonrisa, intentando tranquilizarlo, antes de sumergirse en la oscuridad. Marzán observó cómo el haz de la linterna de Vargas se deslizaba por las sombras hasta desaparecer por completo. Estiró el cuello, como un avestruz, tratando de ver más allá, pero la oscuridad devoró cualquier indicio de su compañera.

—¿Noela…?—El silencio se hizo espeso. Apretó los labios, obligándose a reunir el valor necesario, y comenzó a bajar la escalera en busca de Vargas.

—Mierda... —murmuró para sí, anticipando los peligros que podrían aguardarle al final del descenso. Al llegar al nivel inferior, se encontró en un espacio diáfano, atestado de tuberías de metal que se conectaban al techo y a lo que parecían ser antiguos hornos, similares a las calderas de viejos barcos. Una tenue hilera de bombillas iluminaba el camino hacia otra estancia, donde divisó la linterna de Vargas proyectando haces de luz en el fondo. Respiró aliviado.

—¡Noela! —susurró de nuevo. Pero al cruzar la puerta, una sensación inquietante lo recorrió. Vargas estaba de perfil, inmóvil, con la mirada fija en algo que él aún no podía ver...

—Noela... ¿qué cojones...? ¿No me estás escuchando?

Vargas levantó el brazo y agitó bruscamente la mano, indicando a Marzán que se callara. Su mirada seguía fija en un punto al otro lado de la estancia. Intrigado, apresuró el paso para situarse a su lado... y entonces lo vio. En el centro de una piscina industrial que se llenaba lentamente de agua, un hombre anciano estaba atado a una silla, su cuerpo cubierto de heridas, como si hubiera sido torturado. Vargas se tapó la boca con la mano, dominada por el horror y la

estupefacción, hasta que un ruido de pasos sobre una pasarela metálica rompió el silencio. En la penumbra apenas iluminada por unas pocas bombillas, una figura comenzó a emerger de las sombras. Poco a poco, la silueta se definió, revelando a un hombre con el torso desnudo, la cabeza rapada y unos ojos de un azul intenso que lo hacían parecer un espectro. En su mano derecha sostenía una botella con un trapo en la boquilla. Ambos reconocieron de inmediato lo que sostenía: un artefacto incendiario improvisado.

Vargas avanzó varios metros, acercándose a la piscina, y un fuerte olor impregnó la sala. El cuerpo de Rivera estaba empapado en gasolina. Instintivamente, Vargas se tapó la nariz con la manga de su gabardina.

—¡Artai! —gritó Vargas—. Sé que este hombre es culpable de cosas abominables que ni siquiera puedo imaginar, pero créeme, matarlo no será la solución. Por favor, deja la botella en el suelo. Rivera será juzgado como se merece. Te doy mi palabra.

Montenegro permaneció en silencio. Vargas apoyó su mano sobre la funda de su Star, Modelo 30, evaluando las opciones en caso de tener que usar la fuerza para detenerlo. La posición elevada de Artai en la plataforma le daba ventaja. Solo un tiro certero podría resolver la situación.

De repente, Montenegro habló. Su voz profunda y cadenciosa llenó el silencio de la sala.

—Cada persona tiene un propósito en la vida que debe cumplir. Estáis aquí por una razón. La misión... el ritual... que se me ha encomendado forma parte de algo mucho más grande. Y os he traído aquí porque nadie mejor que vosotros podría comprender lo que estoy haciendo. Vosotros, que habéis vivido momentos realmente trágicos, habéis cambiado vuestra perspectiva respecto al mundo. Estoy seguro de que esta experiencia os permitirá entender mejor lo que está ocurriendo aquí. Estáis siendo testigos de algo más grande que cualquiera de nosotros.

Montenegro hizo una pausa; cuando volvió a hablar, la voz apenas le vibraba.

—Tanto yo como mi hermano Xosé, entre otros, sufrimos las adversidades de una época en la que nuestras vidas no importaban.

Fuimos víctimas de aquellos que utilizaron su posición para cometer actos execrables, y yo estoy aquí para cerrar esa herida.

Vargas se sorprendió al darse cuenta de que Montenegro conocía su pasado. Marzán, que permanecía de pie detrás de ella, la miró fijamente, y ambos intercambiaron una mirada cargada de comprensión, como si supieran que estaban en un punto sin retorno.

—Supongo que te sorprende, inspectora —continuó Montenegro —, que sepa cosas tan íntimas sobre ti. Mi trabajo como custode siempre ha consistido en entender a fondo a las personas, sus motivaciones, por qué hicieron lo que hicieron antes de eliminarlas de la faz de la tierra. Debo admitir que he hecho cosas de las que no me siento orgulloso y otras que siguen atormentándome, aunque intente olvidarlas, pero sigo convencido de que en su mayoría eran necesarias para mejorar este mundo.

—Artai, entrégate antes de que sea tarde. No creo que valga la pena morir por esto —le instó Vargas.

—¿Sabes, inspectora…? Tenía curiosidad por ver en persona a quienes me perseguían. Quizá no volvamos a vernos... o quizá sí... Pero quería saber si estáis a la altura. —Una sonrisa enigmática se dibujó en la penumbra, y el diálogo se desvaneció en el silencio. En la lejanía, el ulular de las sirenas de los coches de policía rompió la tensión del momento.

Rivera se despertó de repente de su letargo y comenzó a agitarse, mostrando claros signos de pánico.

—Dios, perdóname y acógeme en tu seno —murmuró Rivera.

Artai encendió el artefacto incendiario y lo lanzó sobre el cuerpo de Rivera, que se prendió como una antorcha entre gritos horribles de sufrimiento. Vargas desenfundó su pistola y disparó hacia donde Montenegro se ocultaba entre las sombras, esperando acertar en el primer intento. Pero el disparo falló, y la bala rebotó con un eco metálico. Montenegro había desaparecido.

—¡Suso! —exclamó Vargas—. Saca a Rivera de la piscina antes de que se ahogue. Yo voy tras Artai.

Marzán observó con evidente nerviosismo cómo Vargas desaparecía escaleras arriba. Con paso indeciso, se acercó a la piscina, sin saber realmente qué hacer. El agua seguía atemorizándolo, y la idea de sumergirse en ella lo sobrepasaba. Se asomó al borde y localizó a Rivera en el fondo, sumergido de perfil, todavía atado a la silla de metal. El anciano agitaba los brazos desesperadamente, luchando por liberarse. La escena le trajo a la mente los temores de su infancia, los mismos que aún lo obligaban a medicarse. Vio a su padre y a su hermano ahogándose, y él, paralizado por el miedo. Un disparo rompió su trance. Tenía que hacer algo.

Se despojó de la chaqueta y los pantalones, se encaramó al borde de la piscina y se lanzó al agua sin pensarlo. Tomó aire en una bocanada y se sumergió, intentando liberar a Rivera tirando de las cintas que lo mantenían atado, pero estaban demasiado apretadas. Emergió y miró a su alrededor y vio un conjunto de herramientas abandonadas sobre una mesa de metal. Empapado, tomó un escalpelo y volvió a sumergirse. Con dificultad, logró cortar las cintas y liberar a Rivera. Lo sacó de la piscina con un esfuerzo sobrehumano; aunque el cuerpo del sacerdote era pequeño y liviano, el agua dificultaba sus movimientos. Lo tendió en el frío asfalto y acercó su oído a la boca del anciano para comprobar si respiraba. Pero el cuerpo de Rivera mostraba claros signos de ahogamiento: el vientre hinchado, la piel fría y azulada. Le dio varias bofetadas en la cara, pero no hubo respuesta. Desesperado, empezó a presionar el pecho de Rivera, marcando el ritmo con fuerza y alternando las compresiones con insuflaciones. Lo intentó durante varios minutos, hasta que el cansancio lo venció.

Justo entonces, varios guardias civiles y un médico irrumpieron en la estancia y le apartaron bruscamente para continuar con las maniobras de reanimación. Marzán escuchaba las voces como ecos lejanos en su cabeza, y luego distinguió el rostro de Manuel Delgado, quien le hacía preguntas insistentes, aunque no podía entender lo que decía.

Poco a poco, volvió a ser consciente de la realidad.

—¿Dónde está Noela…? Marzán, ¿me oye…? ¿Dónde se encuentra la inspectora Vargas?

Marzán intentó responder, pero la verdad era que no sabía dónde estaba ella. Se había desvanecido como un espectro entre las sombras de la plataforma. Esa era la verdad. De repente, se sintió atrapado en la niebla de sus recuerdos.

Revivió el día en que su padre y su hermano murieron. Se vio a sí mismo como un niño pequeño, en una habitación iluminada por una luz tan brillante que le dañaba los ojos. Había dos camillas, con un par de cuerpos cubiertos por unas sábanas blancas. Un médico corpulento, con rostro rojizo y cabello pajizo, le sonrió con condescendencia y lo invitó a descubrir las sábanas. Entonces vio los rostros de su padre y su hermano, sus caras congeladas en una mueca grotesca. Los miró con una mezcla de miedo y alivio por el reencuentro, hasta que sus ojos se abrieron de golpe, y él soltó un grito de terror. La imagen desapareció tan rápido como había llegado, devolviéndolo a la realidad. Se encontró tendido junto al cuerpo sin vida de Ángel Rivera, cuyo rostro reflejaba un pánico que Marzán solo había visto en aquellos que habían pasado por una experiencia traumática. En ese momento, dos guardias civiles se acercaron al cadáver y lo cubrieron con una sábana...

Noela se encaramó con esfuerzo hacia la cámara situada en la parte superior, por donde Montenegro había huido. Estaba realmente asustada. A lo largo de su carrera, había hecho frente a muchas situaciones de estrés, pero recordó especialmente una redada por tráfico de drogas cuando aún era una policía novata, recién salida de la academia.

En un almacén a las afueras de Santiago de Compostela, uno de los delincuentes la atacó con un cuchillo, hiriéndola levemente en el brazo. Su compañero disparó, matando al atacante al instante. Aquella sensación de zozobra la atenazó nuevamente. Ahora, la oscuridad de la cámara, donde apenas veía más allá del haz de luz de su linterna, y los constantes ruidos mantenían todos sus sentidos en alerta máxima. La presencia de decenas de ratas que se descolgaban de las paredes, sumada al ambiente lúgubre y mugriento, la amenazaba desde todas direcciones.

Avanzó sigilosamente entre las sombras, creyendo ver una figura moverse en la penumbra. Apuntó con la linterna y disparó sin pensarlo. La cámara se iluminó brevemente con el fogonazo, y su respiración se aceleró. De repente, una figura vestida de blanco y encapuchada se abalanzó sobre ella, desarmándola con un movimiento rápido y preciso. Sintió cómo le sujetaba las manos por detrás y un brazo fuerte se colocaba en su garganta, inmovilizándola. Vargas se sintió atrapada, como una presa entre las fauces de un león. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, en un instante, su vida pasó fugazmente por su mente. Vio a Laura de nuevo con su hijo, la amplia sonrisa de su hermano, los abrazos de su madre que la calmaban en sus pesadillas, y las caricias imaginarias de Manuel Delgado en su rostro. Luego, sus ojos se cerraron y sus sentidos se desvanecieron en la oscuridad.

55

Noela se despertó en la cama del hospital, rodeada de paredes blancas y asépticas, sumida en un silencio opresivo. Una ligera brisa matutina se colaba por la ventana entreabierta; alguien debió haberla abierto para renovar el aire cargado de la habitación. Se sentía desubicada, como si aquel lugar no tuviera nada que ver con ella. No recordaba cuánto tiempo llevaba postrada en esa cama, apenas retenía fragmentos del día anterior en la fundición de Brens. Una sensación traicionera de soledad la invadió, acompañada de recuerdos imprecisos de una fuerza bruta que la había sometido. Luego... nada, solo el vacío y el silencio. Su consciencia se disolvió como un terrón de azúcar en café caliente.

Intentó mover el cuello, pero se dio cuenta de que llevaba un collarín. Una punzada de dolor le atravesó el cráneo, obligándola a cerrar los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, examinó la habitación con más detenimiento: nada la diferenciaba de las decenas de otras que había conocido a lo largo de su carrera en la Policía. Sobre un soporte sujeto a la pared, una televisión sin sonido proyectaba imágenes del papa Juan Pablo II, alternadas con tomas de grupos de jóvenes mochileros recorriendo las calles de Santiago de Compostela. La Jornada Mundial de la Juventud estaba a pocos días de comenzar, y miles de jóvenes se reunirían en la gran vigilia del Monte do Gozo, el 19 de agosto de 1989.

Con torpeza, Vargas palpó la mesilla de formica junto a la cama hasta dar con el mando a distancia, desgastado por el uso. Lo cogió y cambió de canal. En el telediario matinal, las imágenes que aparecieron en la pantalla le hicieron contener la respiración: el rostro de Artai Montenegro, acompañado de antiguas fotografías policiales. El presentador, un hombre delgado, de rostro enjuto y gran bigote oscuro, vestido con una camisa blanca y una corbata de

franela gris, hablaba mientras un rótulo se deslizaba lentamente por la parte inferior de la pantalla: «Nuevo asesinato en la Costa da Morte, la policía solicita la colaboración ciudadana.»

Vargas subió el volumen justo cuando las imágenes mostraron un lugar que reconoció de inmediato: la fundición de Brens. Desde allí, una periodista rubia, de mediana edad, desgranaba con todo lujo de detalles los hechos ocurridos el día anterior.

—Mierda —musitó—. Alguien debe de estar muy cabreado con esto.

—Y que lo digas, inspectora —respondió Manuel desde la puerta, sosteniendo un vaso de café—. Veo que ya te has despertado.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—El suficiente para asegurarme de que estabas bien. Me tenías preocupado.

A Noela se le escapó una ligera sonrisa mientras sentía cómo se ruborizaba. Manuel se acercó y le dio un suave beso en la frente antes de apagar la televisión con el mando.

—Ahora lo último que necesitas es preocuparte por lo que pasa allá afuera. Relájate y descansa.

—Otra vez con la condescendencia —respondió, frunciendo el ceño—. Ya no soy esa novata que conociste hace años.

Manu hizo una mueca de desaprobación.

—¿De verdad crees que te trato con condescendencia? No entiendo qué querías demostrar entrando ahí sola, sin apoyo. Fue una estupidez, Noela. Corriste un riesgo innecesario.

Vargas desvió la mirada hacia la ventana, dejando que sus pensamientos se perdieran.

—Estábamos tan cerca, Manu —masculló.

—¿Tan cerca? Rompiste el acuerdo tácito que teníamos —dudó un segundo—. Que tenemos. Siempre apoyarnos cuando sea necesario. Este caso te está obsesionando, Noela. Y ahora el asesino sabe que eres vulnerable. Lo aprovechará. García está muy preocupado por ti y por el caso. Me ha llamado, y no te voy a engañar, está enfadado.

Manu hizo una pausa, observándola con gravedad.

—Las investigaciones se han filtrado a la prensa. El delegado del Gobierno ha tenido que hacer declaraciones para calmar las aguas,

pero nada está bajo control. La Iglesia también presiona; querían llevar esto con discreción, y ahora es solo cuestión de tiempo que la prensa relacione a Rivera con los cadáveres de la colonia. Todo a dos semanas de la visita del papa... Es una bomba de relojería.

Vargas lo miró con seriedad desde la cama.

—Anda, ayúdame a incorporarme.

Manu accionó el mecanismo eléctrico de la cama, y Vargas se sintió aliviada al incorporarse.

—Todavía me da vueltas la cabeza —dijo, llevándose una mano a la frente.

—No me extraña, Noela. Ese cabrón estuvo a punto de asfixiarte.

—Créeme, Manu. La intención de Montenegro no era matarme. Sabía que íbamos a la fundición. Puede que te suene raro, pero sentí como si nos hubiera invitado a ser testigos de la muerte de Rivera. Esta vez escapó, pero cometerá un error, y cuando lo haga, estaré allí.

Vargas se quedó pensativa un instante; de pronto, la imagen de Marzán cruzó su mente.

—Por cierto, ¿y Suso?

Manu movió la cabeza con una expresión de fastidio evidente.

—No te preocupes por tu Watson, está bien. Aunque no pudo salvar a Rivera, se lanzó al agua con valentía para intentarlo.

Ambos sonrieron. En ese instante, alguien llamó a la puerta, y el rostro de Marzán apareció tras ella, sosteniendo un ramo de rosas rojas. Se empujó las gafas para acomodarlas sobre su nariz y entró lentamente.

—Espero no interrumpir—dijo Marzán.

Tomó un jarrón vacío de cristal y lo llenó de agua en el baño; luego colocó las rosas dentro. Tanto Vargas como Delgado observaron el gesto con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

Delgado se despidió de Vargas con un beso en la frente y saludó a Marzán con un leve movimiento de cabeza antes de salir.

—Creo que no le caigo bien.

—No lo creo. Manu y yo llevamos mucho tiempo trabajando juntos, y siento que nuestra relación profesional ha despertado en él un sentimiento de protección... quizás demasiado.

—Está enamorado de ti. ¿Y tú? ¿Te gusta?

—¿Si hay algo entre nosotros? No, pero lo he pensado alguna vez... Aunque una relación complicaría las cosas.

—Por cómo te trata, dudo que a él le importe complicarse.

Se hizo un incómodo silencio.

—Bien, ¿alguna novedad? —preguntó, cambiando de tema.

—Montenegro ha logrado parte de su objetivo. Ha eliminado a todos los que, según él, estuvieron involucrados en la colonia y en la muerte de su hermano Xosé. Solo queda viva una persona: quien dirigía el preventorio.

—Bieito Camargo.

—Sí. El obispo Camargo lleva más de seis años al frente de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol. Está muy bien conectado y, según he averiguado, fue nombrado responsable del Preventorio Monte do Carballo por el Ministerio de Gobernación, sin experiencia previa en la gestión de instituciones para niños. Es un hombre ambicioso. Después de dejar el preventorio, estuvo a cargo de instituciones importantes del régimen, como los Hogares Mundet y el Preventorio de Guadarrama. Desde ahí, ascendió rápidamente en la jerarquía eclesiástica.

—Tenemos que hablar con él cuanto antes —dijo Vargas, mientras se bajaba de la cama y se quitaba el collarín.

—¿A dónde crees que vas? Aún estás bajo observación médica.

—Tenemos varias tareas pendientes, Suso. Nuestra prioridad ahora es hablar con Camargo antes de que me aparten del caso. Estoy segura de que podemos obtener información adicional del obispo sobre lo sucedido en la colonia. Algo grande está ocurriendo y parece que Montenegro es solo una pieza de un tablero de juego más amplio, con intereses importantes en ambos lados. No parece ser una coincidencia la reaparición de Artai después de tantos años, los carbonari, el Libro VI y la visita del papa para la JMJ.

—La Guardia Civil no tardará en localizar a Montenegro. Su cara está en todos los periódicos, alguien lo habrá visto ya.

—Eso no me preocupa, Marzán. Lo que me inquieta es que Montenegro llegue a Bieito antes de que nosotros lo hagamos.

—Camargo es una figura muy inaccesible, apenas aparece en los medios y recibe pocas visitas. No creo que podamos hablar con él sin un buen contacto dentro de su círculo.

—Eso déjamelo a mí.

SEGUNDA PARTE

MONTENEGRO

Reverteri ad locum tuum

(Regresa a tu lugar)

56

1959

—¡Por Dios santo! —murmuró Camargo en voz baja.

Bieito Camargo, un joven sacerdote ambicioso de veintisiete años, de pelo rubio y lacio, con un rictus serio y una mirada dominante, no podía creer lo que estaba presenciando. Había luchado arduamente por su posición actual durante los últimos dos años, como para permitir que el padre Ángel Rivera arruinara todo. En el fondo, sabía que él era el principal responsable; debió haber apartado a ese hosco sacerdote de la colonia en cuanto advirtió las primeras señales de alarma.

La primera vez que lo conoció fue cuando asumió el cargo de director del Preventorio Monte do Carballo. En un principio, no le llamó la atención: Rivera era un hombre de mediana edad con una mirada huidiza. Al principio, le pareció el típico cura de la vieja escuela, estricto, con profundas creencias religiosas, alta moral y valores cristianos. Pero cuando Camargo se dio cuenta de que el interés del sacerdote por los niños iba más allá de la simple amabilidad, ya era demasiado tarde. Como las olas violentas del mar que azotaban aquellas costas, apareció el primer cadáver solo unos meses después. Le surgieron dudas, pero denunciarlo habría arruinado su carrera antes de comenzar; lo culparían por permitir que la perversión envenenara la institución. Así que lo ocultó, lo borró de su conciencia. Sin embargo, cuando apareció un segundo cadáver, medio desnudo en un descampado, supo que todo estaba perdido. Su moral y su alma se habían oscurecido; había cruzado un umbral del que ya no habría retorno. Y ahora, al presenciar el tercer cadáver, se dio cuenta de que había perdido el control por completo.

Allí estaba, inmóvil, contemplando la grotesca escena en la habitación de Rivera. El sacerdote, sentado en su camastro, se balanceaba nerviosamente, con el pequeño cuerpo muerto en sus brazos. Una alarma se encendió en su mente: esta vez, todo podría venirse abajo... todo por lo que había soñado desde niño.

Recordó su infancia en una pequeña aldea de Orense. Siempre envidió la vida de los hijos de los potentados que vivían en grandes caserones, mientras su familia sufría carencias. Se prometió salir de la pobreza, y para lograrlo, se acercó a don Eligio, el párroco del pueblo. Don Eligio, proveniente de una familia acomodada, se hizo cargo de sus estudios en el seminario, convencido de la sagacidad e inteligencia inusual del joven Bieito. Desde muy temprano, Camargo supo que la carrera sacerdotal era el camino más directo para alcanzar sus ambiciones. Después de la Guerra Civil, se adaptó con astucia a las circunstancias políticas, convirtiéndose en un leal defensor del régimen de Franco desde el púlpito. Aquellas circunstancias le abrieron puertas, permitiéndole convertirse, a una edad muy temprana, en el sacerdote salesiano más joven en dirigir una institución educativa.

Pero la escena que ahora tenía ante sus ojos amenazaba con poner fin a todo su trabajo. No iba a permitir que eso sucediera. Su futuro era más importante que las vidas de aquellos niños: hijos de la peste, hijos de traidores, de prisioneros, hijos de rojos y de madres solteras, los desechos de una sociedad en transformación. Su ambición iba mucho más allá de esa estúpida institución que odiaba; su verdadero objetivo siempre había sido convertirse en el prelado más joven, en un obispo de la Iglesia.

Y sin embargo, allí estaba, paralizado por primera vez en su vida, sin saber qué hacer. De repente, el padre Jaime Riera, un sacerdote delgado y de espíritu asustadizo, apareció en la puerta, vestido con un pijama verde manzana, tras oír las voces provenientes de la habitación de Rivera.

Camargo se arrodilló ante la mirada atónita de Riera y, con fuerza, sujetó el rostro de Rivera entre sus manos.

—¿Qué has hecho, alma del demonio? —exclamó Camargo, furioso, mientras él y Jaime Riera liberaban el cuerpo inerte de aquel

chiquillo de los brazos del padre Rivera y lo depositaban con cuidado en el frío suelo de losetas.

—Padre, tenemos que hacer algo —dijo Riera, alarmado—. ¿Llamamos a la Guardia Civil? No podemos seguir ocultando lo que está pasando aquí.

Riera se santiguó y empezó a murmurar una oración. Luego, se dejó caer contra la pared, deslizándose hasta quedar sentado, con la cabeza hundida entre los brazos.

—No podemos dejarnos vencer ahora —dijo Camargo, sacudiendo con fuerza los hombros de Riera.

—Ya son tres niños muertos, padre Camargo. Esta situación se nos ha ido de las manos... —la mirada inquisitiva de Riera penetró en Camargo como un puñal—. El principal culpable es usted. Si hubiera actuado antes, no estaríamos en esta situación.

—¿Qué espera que hagamos? ¿Llamar a la Guardia Civil y decir que este niño ha muerto por accidente? ¿Qué tenemos escondidos otros dos cadáveres? No nos creerían, acabaríamos en la cárcel y probablemente excomulgados. ¿Eso es lo que quiere, padre? Aún tenemos mucho camino por recorrer bajo la mirada del Señor. Además, sabe bien que estos niños ya nacieron condenados.

Los ojos de Riera se llenaron de lágrimas, y sus labios temblaron.

—¿En qué nos hemos convertido? Debemos entregar al padre Ángel. Es un enfermo, y nosotros somos aún peores... cómplices del demonio.

—No sea ingenuo, padre. Está tan implicado en esto como yo o cualquiera. ¿Cree que cerrar los ojos lo exime de culpa? Ahora debemos tomar decisiones rápidas y firmes. Le prometo que Ángel Rivera será historia, lo apartaremos de nuestras vidas para siempre. Pero necesitamos hacer un último esfuerzo. Nuestra vida no puede terminar aquí. Somos tan víctimas de Rivera como esos pobres niños. —Camargo se puso de pie y le ofreció la mano a Riera para ayudarlo a levantarse.

—Cálmese, por favor. —Susurró Camargo al oído de Riera—. Vaya a buscar a Uxío y traiga unas mantas. Tenemos que limpiar todo esto.

Al poco tiempo, Uxío, un muchacho desgarbado, de ojos cetrinos y mirada perdida, entró en la habitación. En sus manos llevaba unas mantas, y sus movimientos delataban a alguien que había presenciado demasiado en muy poco tiempo. Camargo se acercó a él.

—Uxío, ayuda al padre Jaime a bajar el cuerpo de este pobre niño al sótano. Colócalo junto a los demás.

La respiración de Uxío se agitó.

—Pero... no, padre. No voy a hacerlo otra vez —murmuró.

Camargo se aproximó y le puso las manos sobre los hombros, mirándolo fijamente.

—Escúchame, Uxío. ¿Sabes qué pasará cuando descubran lo que ha ocurrido aquí? Nos encerrarán a todos, y a ti te alejarán de tu madre y tu hermana para siempre —dijo, acariciando la cabeza del chico con una ternura inquietante—. Ellas, hijo mío... ¿qué harían sin ti? En un pueblo donde nunca perdonarán lo que ha sucedido, tendrán que cargar con la vergüenza. La familia de un cómplice de asesinato... Y no necesito decirte lo que eso significa para dos mujeres solas.

Uxío bajó la cabeza, derrotado.

—Cumple con tu deber y ayúdanos a hacer lo correcto.

Con delicadeza, Uxío tomó el cadáver en brazos y lo llevó al sótano del castillo, un lugar húmedo y desvencijado, lleno de trastos y sombras. El padre Riera lo acompañaba, tembloroso, con una linterna en la mano. Tras mover un viejo armario, revelaron la entrada a un espacio rectangular que había sido una despensa en tiempos medievales. Allí, el cuerpo de Xosé descansaría eternamente junto a otros dos cadáveres.

—Date prisa, Uxío. Salgamos de aquí lo antes posible —instó Riera, ansioso. Ambos regresaron a la habitación. Rivera seguía en posición fetal en la cama, mientras que Camargo estaba sentado en una silla, observándolo con una extraña fijeza, como hipnotizado.

—¿Está todo listo? —Preguntó Camargo a Riera, sin desviar la mirada de Rivera. Riera asintió, nervioso.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Riera, señalando al sacerdote.

Camargo apretó los labios. Se acercó lentamente a Rivera, le arrancó la medalla de Santa Mariña que colgaba de su cuello y la guardó en su bolsillo.

—Que descanse por ahora. Ya he hablado con el arzobispo. Todo está listo para que Ángel Rivera desaparezca de nuestras vidas para siempre.

57

Agosto de 1989

El día no había empezado bien para el obispo Bieito Camargo. Apenas había pegado ojo durante la noche debido a la hernia de disco lumbar que lo aquejaba desde hacía meses, impidiéndole llevar una vida normal. El médico del obispado lo tenía a base de antiinflamatorios, lo que lo mantenía somnoliento la mayor parte del día, aunque aliviaban parcialmente el dolor, que se intensificaba sobre todo por las noches.

Camargo siempre había sido una persona activa; incluso a sus sesenta y cinco años cuidaba su cuerpo con esmero. De joven había practicado deporte con regularidad y llegó a competir profesionalmente en carreras de cuatrocientos metros vallas. A pesar de su edad y de las responsabilidades como líder de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol, aún mantenía la rutina de salir a correr diez kilómetros alrededor de su casa. Antes lo hacía solo, pero desde hacía unas semanas lo acompañaba un escolta, ya que la policía le había advertido de que su vida corría peligro debido a su conexión con varios sacerdotes que habían trabajado con él en la colonia preventorial Monte do Carballo en los años cincuenta y que recientemente habían sido asesinados.

Camargo llegó temprano a la diócesis de Mondoñedo; había mucho trabajo por delante y faltaban solo quince días para la visita del papa Juan Pablo II a Santiago de Compostela. No podía permitirse quedarse en cama lamentándose. La inminente llegada del papa había sido una fuente constante de preocupación durante el último mes.

El arzobispo de la archidiócesis de Santiago le había encargado personalmente la organización de los eventos en los que participaría el pontífice durante los cinco días que duraría su estancia, en el marco de la Jornada Mundial de la Juventud. Esta tarea lo había sumido en largas y estresantes reuniones con representantes del Gobierno, la policía y emisarios del Vaticano. La seguridad era extremadamente rigurosa, debido al atentado que el papa sufrió el 13 de mayo de 1981. A eso se sumaban los recientes crímenes en A Costa da Morte, lo que incrementaba aún más su estrés y traía a la superficie recuerdos oscuros de su tiempo como responsable de la colonia maldita.

Camargo se acomodó en el gran butacón de su despacho, un amplio espacio ubicado en la primera planta del Palacio Episcopal. Con una decoración sobria, aquel despacho había sido el centro de su actividad diaria durante los últimos cinco años. Estaba equipado con todas las comodidades necesarias. Una gran estantería de nogal, que cubría toda una pared, estaba llena de libros, y en ella se alineaban una decena de fotografías enmarcadas que capturaban momentos clave de su vida, rodeado de figuras políticas y de la alta sociedad. Un nuevo latigazo de dolor recorrió su pierna. Molesto, se levantó con dificultad y se acercó al mueble botellero, donde se sirvió una copa de bourbon Four Roses, bebida de un solo trago.

Con nostalgia, tomó una de las fotos en las que aparecía sonriente junto a varios empresarios después de una partida de golf. Echaba de menos esos momentos, ya que no había mejor forma de enterarse de los entresijos de la política y la economía que en el campo de golf con los empresarios más influyentes de Galicia. No los envidiaba, pues, aunque ellos podían moldear la sociedad desde sus cargos, él, desde su diócesis, tenía en sus manos algo mucho más valioso: las almas y creencias de quienes lideraba. Para Camargo, la espada y la Biblia nunca habían estado tan cercanas.

Se miró en un espejo de cuerpo entero que había traído de Milán, colocado junto a su escritorio. Apenas se reconoció. La tensión de las últimas semanas lo había envejecido visiblemente. Llevaba puesta su sotana con botones dorados, fajín morado y solideo, ya que el día prometía ser importante. Recibiría al Nuncio del Vaticano

para ultimar los detalles de la visita del papa y, además, había recibido una carta oficial del Vaticano invitándolo a asistir a la recepción del Pontífice junto a los Reyes. Estaba comenzando a recoger los frutos de años de trabajo. Soñaba con que una organización impecable de la visita del papa le brindara mayor visibilidad dentro de la curia romana y, quizás, el ansiado puesto de arzobispo de Santiago de Compostela.

Esbozó una sonrisa fugaz frente al espejo y, al sentir que el dolor comenzaba a remitir, se sentó de nuevo con mayor agilidad tras su escritorio. Su mente volvía a recuperar el control sobre su cuerpo. Unos suaves golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos. El padre Caballero, su secretario particular, asomó la cabeza.

Caballero era un hombre alto, de rostro anguloso y ojos negros. Camargo notó cierta duda en su expresión, pero lo invitó a entrar con un gesto de la mano. Desde su llegada a la diócesis, Caballero había sido su colaborador más cercano. Era una persona reservada y solitaria. Camargo apenas conocía detalles de su vida personal; en una ocasión le había mencionado que tenía unos primos lejanos en Argentina, pero poco más se sabía sobre sus amistades o contactos. Lo que era innegable era su lealtad absoluta al obispo. Camargo, que nunca había sido amigo de hablar con la prensa o con los feligreses, delegaba esas tareas tediosas en Caballero, quien las ejecutaba con diligencia y eficacia.

—¿Has visto la factura que nos ha enviado el taller de orfebrería por los mil doscientos cálices para la misa de Su Santidad en Monte do Gozo? ¿No me habían dicho que se ajustarían al presupuesto aprobado? ¡Es casi un veinte por ciento más de lo que habíamos acordado!

—Lo sé, Su Ilustrísima. Hablé con ellos, pero se justificaron diciendo que tuvieron que afrontar pagos a varios intermediarios que gestionaron el pedido. Además, el corto plazo desde la aprobación del encargo los obligó a contratar más mano de obra para cumplir con la entrega a tiempo.

—Ya... claro. Todo el mundo quiere sacar tajada de esto, por lo que veo —Camargo levantó la vista de la factura y miró de reojo a Caballero.

—Supongo que les dejaste claro que un porcentaje del contrato debe ser aportado voluntariamente a las obras de mejora del Palacio Episcopal.

Caballero asintió en silencio.

—Bien.

—El cardenal Laprovittola llamó esta mañana.

—¿Qué quería? —preguntó Camargo, visiblemente molesto.

El cardenal Laprovittola, aunque retirado, seguía siendo uno de los prelados más influyentes de la Iglesia española. Había sido Prefecto con Juan XXIII en el Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica, encargado de supervisar la correcta administración de justicia dentro de la Iglesia. Ahora asesoraba en temas judiciales al presidente de la Conferencia Episcopal Española, y aunque Camargo lo detestaba, sabía que debía mantener una buena relación con él. Solo oír su nombre lo ponía nervioso, convencido de que Laprovittola estaba al tanto de su gestión, no siempre ortodoxa, en la diócesis.

—Es sobre una investigación policial que está en curso.

—¿Una investigación? ¿De qué?

—No me dio muchos detalles. Me dejó una nota y dijo que volvería a llamar.

Camargo asintió lentamente, mientras su mente buscaba respuestas sobre el inesperado contacto de Laprovittola. Sospechaba que todo tenía que ver con los extraños crímenes en A Costa da Morte. El fantasma del padre Rivera volvió a aparecer en su mente; había creído que esa página de su vida estaba cerrada, pero parecía que su pasado regresaba para atormentarlo.

—Por cierto, el Nuncio del Vaticano se retrasará. Su secretario llamó para disculparse —dijo el obispo, con tono apagado, como si esa reunión fuera lo menos importante en ese momento. Su mente estaba en otro lado: todo lo que había construido podría venirse abajo si la policía empezaba a investigar su pasado.

Caballero dejó el correo sobre la mesa y salió en silencio, cerrando la puerta tras de sí. Camargo entrelazó los dedos y los apretó con fuerza. Observó el anillo de oro con el escudo de la diócesis, encargado en una de las joyerías más prestigiosas de Galicia, y luego se frotó la frente y los ojos, como si intentara borrar de un

plumazo todos aquellos pensamientos oscuros. Él también fue una víctima de Rivera... o al menos eso quería creer.

Con impaciencia, revolvió el correo que Caballero había dejado en la mesa. Un sobre marrón llamó su atención. Tenía su nombre escrito en el anverso, y en la solapa figuraba una dirección que le heló la sangre: colonia preventorial Monte do Carballo. Las manos de Camargo temblaron mientras abría el sobre con nerviosismo y volcaba su contenido sobre la mesa. Dos fotos antiguas en blanco y negro cayeron frente a él.

En una de ellas aparecía él de joven, vestido con sotana, las manos en los bolsillos y una mirada desafiante, la de un joven que quería comerse el mundo. A su lado, la figura alta y espectral del padre Rivera. Entre ambos, una hornacina representaba el martirio de Santa Mariña de Augas Santas. En la segunda foto, varios niños sonreían con tristeza, sentados en el viejo muro que rodeaba el castillo de la colonia. Uno de ellos tenía la cabeza marcada con un círculo rojo, dibujado a mano.

Las manos de Camargo comenzaron a sudar cuando reconoció al niño marcado. Una punzada de dolor, como un relámpago, le recorrió el cuerpo. La imagen del pequeño Xosé Montenegro le atravesó la mente con brutal claridad.

Una cuartilla blanca cayó al suelo. La recogió con dedos temblorosos y la desdobló. En ella, escrita con tinta roja, había un texto en latín:

> «Sanguine diro Teutates horrensque feris altaribus Esus. Mercurius lingua Gallorum Teutatis dicitur, qui humano apud illos sanguine collebatur. Teutates Mercurius sic apud Gallos placatur: in plenum semicupium homo in caput dimittitur ut ibi suffocetur. Hesus Mars sic placatur: homo in arbore suspenditur, usque donec per cruorem membra digesserit. Taranis Ditis Pater hoc modo apud eos placatur: in alveo ligneo aliquod homines crematur.»

Un fragmento del Libro VI, traducido al margen, decía:

(Mercurio en lengua gala se denomina Teutates y es honrado con sangre humana. Los galos aplacan así a Teutates Mercurio: sumergen a un hombre boca abajo en un recipiente para que se ahogue. Esus Marte se aplaca colgando a un hombre de un árbol hasta que se desangra. A Taranis Dispater lo sacrifican quemando a hombres en una estructura de madera.)

Visiblemente alterado, Camargo descolgó el teléfono y marcó un número que tenía anotado en una libreta, reservado solo para casos extremadamente graves. Esperó varios tonos hasta que una voz grave respondió.

—Viene a por mí —dijo el prelado, con la voz entrecortada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Tranquilo, Bieito. No tienes nada que temer. Montenegro no te tocará, te lo aseguro. Mantén la calma. Una inspectora irá a verte en los próximos días. Mantente firme y no hables demasiado. Fallar ahora, cuando estamos tan cerca del objetivo, decepcionaría a muchas personas —respondió una voz fría y calculada.

—Me siento como una cabra atada a un poste, esperando que la fiera venga a devorarla —dijo derrotado.

Colgó el teléfono y se reclinó en el butacón de su despacho. Entrelazó los dedos, cerró los ojos y comenzó a murmurar una larga letanía en oración, en un susurro ininteligible.

58

Vargas estacionó su Volkswagen Golf cerca de la plaza de la Catedral de Mondoñedo. Mondoñedo, una pequeña población situada en la provincia de Lugo, había vivido momentos de esplendor en la Edad Media, llegando a ser una de las seis capitales del reino de Galicia en el siglo XII. Su catedral, conocida oficialmente como la Catedral-Basílica de la Asunción, dominaba el centro histórico. De proporciones más modestas que otras grandes catedrales gallegas, a menudo se la llamaba la catedral pequeña, aunque su imponente arquitectura románico-gótica no dejaba de impresionar.

Concertar una cita con Bieito Camargo no había sido fácil. El obispo era conocido por su discreción y rara vez recibía visitas en el Palacio Episcopal. Noela había tenido que recurrir nuevamente a Augusto Laprovittola para pedir otro favor. Una tarde, recibió la llamada del obispado: la cita estaba fijada para el día siguiente, a las doce del mediodía.

El día de la reunión, Marzán acompañó a Vargas, y ambos llegaron con media hora de antelación. Desayunaron café y un par de churros en uno de los bares de la plaza, y luego caminaron hacia el Palacio Episcopal. El edificio, una mole de tres plantas de cuarcita y granito, tenía una placa en la entrada que databa su construcción en el siglo XVIII.

Al llegar, los recibió el secretario particular del obispo, el padre Caballero, un hombre alto y delgado, tan rígido como el palo mayor de un barco. Caballero reconoció inmediatamente a Marzán y lo saludó efusivamente.

—Hace cinco años que terminé la carrera de Derecho, señor Marzán, y créame, sus libros han sido una inspiración para mí en todos los temas relacionados con la Criminología y las ciencias del comportamiento.

Después de intercambiar cumplidos, Caballero los condujo por el patio porticado, con paredes blancas, hasta un ascensor que los llevó directamente a la tercera planta, donde estaba el despacho del obispo Camargo. Al llegar a la puerta, el padre Caballero se volvió hacia Vargas y, en un tono bajo, le habló:

—Hágame un favor, inspectora Vargas. Trate de ser delicada durante la reunión. Su Ilustrísima ha tenido días muy difíciles debido a una hernia discal que lo aqueja. Hay momentos en los que se encuentra física y mentalmente incapacitado. No es necesario recordarle que un interrogatorio demasiado... estresante podría afectar su salud.

—Lo tendré en cuenta, padre —respondió, secamente.

Caballero asintió con una mirada que delataba cierta desconfianza, y golpeó suavemente la puerta del despacho.

—Esperen aquí un momento, por favor —añadió antes de entrar.

Unos segundos después, Caballero les invitó a pasar al despacho. Lo primero que Vargas notó fue que, detrás de un historiado escritorio, estaba sentado un hombre de unos sesenta y tantos años, con pelo cano y avanzada alopecia. Tenía la tez pálida y unas profundas bolsas bajo los ojos que los hacían parecer más pequeños, dándole un aspecto ratonil. Vestía un traje negro con alzacuellos, y una cruz dorada colgaba de su pecho, identificándolo como un miembro destacado de la Iglesia. En sus manos sostenía un papel arrugado, en el que parecía absorto, hasta que la presencia de Noela lo sacó de su ensimismamiento. Mostró una sonrisa fugaz, casi resignada.

Camargo se levantó con dificultad de su butaca y le ofreció a Vargas su anillo para que lo besara. Con cierta reticencia, ella se dejó llevar y lo besó. Marzán, en segundo plano, estrechó la mano del obispo con suavidad.

—Inspectora Vargas, permítame que me siente. Como seguramente le ha mencionado el padre Caballero, llevo días sufriendo una molesta hernia que me ha mantenido postrado. Aunque estoy en tratamiento, los medicamentos que me han recetado alivian el dolor, pero me impiden estar de pie por mucho tiempo.

Sonrió de nuevo y se dejó caer con dificultad en su butacón.

—Pero, por favor, siéntense. Díganme, ¿qué ha traído a la policía a esta humilde casa de Dios?

—Supongo, Ilustrísima, que estará al tanto de los restos humanos encontrados en la colonia preventorial Monte do Carballo.

—Sí, inspectora, estoy informado. Es un asunto horrible —respondió el obispo, negando con la cabeza y separando las manos, que mantenía entrelazadas en una actitud casi de oración.

—Sabemos que usted dirigió la colonia entre 1954 y 1959, época en la que creemos que esos niños fueron asesinados.

—Sí, fui director de la colonia durante esos años... Pero, inspectora, si durante mi estancia hubiera tenido conocimiento de esos execrables crímenes, le aseguro que habría actuado en consecuencia.

Marzán se levantó y puso una carpeta encima del escritorio de Camargo, quien la miró con desconfianza. Abrió la carpeta, y Vargas observó atentamente su rostro. El semblante del obispo cambió por completo al ver el contenido: varias fotos de un joven Camargo acompañado por Xosé Quiroga, Marcos Carrión y Ángel Rivera. Su rostro se tornó enfermizo al ver las fotos del expediente policial, donde aparecían los restos hallados en la colonia.

—Creemos que el hallazgo de los restos guarda relación, en mayor o menor grado, con estos tres individuos que usted conocía bien y que han sido asesinados en las últimas semanas —dijo Vargas.

Camargo miró directamente a los ojos de Vargas.

—¿Qué relación tuvo con estos tres hombres?

—Por supuesto que los conocía, no tengo nada que ocultar. A Marcos Carrión lo traté en menor medida; era nuestro enlace con el gobierno militar en aquella época y también uno de los mecenas de la colonia. En cuanto a Rivera... sí, fue profesor durante los años en los que dirigí la institución.

—¿Mecenas, monseñor? —interrumpió Marzán—. El coronel era todo menos un mecenas. Carrión estaba a cargo de los campos de trabajo de Lavacolla. Muchos de los niños internados en la colonia provenían de familias rotas, cuyos padres fueron encarcelados por motivos políticos en esa prisión.

—Escúcheme, señor Marzán —respondió Camargo, alargando las palabras—. Doy por hecho que desconoce muchas de las cosas que la Iglesia hizo por esos pobres niños en aquella época. Aunque ahora vivimos tiempos de revisionismo, quiero que quede claro que la Iglesia hizo todo lo posible por sacar a esos niños de la miseria y brindarles un hogar, alimento y ropa. Sin esos cuidados, señor Marzán, muchos de ellos habrían muerto.

—¿Incluyendo abusos físicos, psicológicos y sexuales? —preguntó, tajante.

—Señor, no le permito que venga aquí a insultarme en mi propia casa —replicó Camargo, levantándose con esfuerzo, el rostro enrojecido de furia.

Vargas puso una mano en el hombro de Marzán, intentando calmar la situación.

—Disculpe, Ilustrísima. El señor Marzán no intentaba ofenderle —dijo, lanzándole una mirada dura a Marzán—. Pero tenemos suficientes indicios para confirmar que el sacerdote Ángel Rivera fue responsable de esos asesinatos, que coinciden exactamente con los años en los que usted dirigía la colonia. Estoy bastante segura de que usted estaba al tanto y no hizo nada para impedirlo —hizo una pausa—. Cuando esta información salga a la luz —y saldrá—, su carrera en la Iglesia habrá terminado.

Camargo se dejó caer nuevamente en su butacón, con aire de derrota. Miró fijamente a Vargas y luego su vista se desvió hacia la misteriosa carta que acababa de recibir.

—Bien —dijo finalmente, con voz apagada—. ¿Qué desean saber?

—Me gustaría conocer, con todo lujo de detalles, lo que ocurrió en aquel año de 1959 en la colonia. Entender cuál fue su relación con Xosé Quiroga y Marcos Carrión. Y, por último, quiero saber qué papel jugó Rivera en las desapariciones de esos chicos.

Camargo se levantó en silencio, se sirvió una copa de bourbon y la bebió pausadamente, saboreándola. Luego, comenzó a relatar una historia perdida en un tiempo no tan lejano.

—Inspectora, yo provengo de una familia humilde. Mi padre fue asesinado durante la Guerra Civil por el bando republicano, y mi madre, viuda, apenas podía mantenernos a mí y a mis cuatro

hermanos. La Iglesia fue mi única oportunidad para escapar de aquella miseria. El párroco de mi pueblo, don Eligio, vio en mí una vocación y me envió al seminario de Santiago de Compostela cuando tenía doce años. Allí recibí una educación, algo impensable para mí en otro contexto. Tras tomar los votos, me enviaron a sustituir al párroco de la iglesia de Santa María do Camiño, que había fallecido de forma repentina. Durante esos meses, conocí al entonces capitán Marcos Carrión, a través de una feligresa adinerada de la comunidad.

»Era finales de los años cuarenta, y Carrión ya tenía conexiones con las altas esferas del régimen de Franco. Nuestra amistad creció rápidamente, aunque éramos personas muy distintas: él, de familia acomodada; yo, de orígenes humildes. Pero compartíamos la misma edad, convicciones y ambiciones: la mía, prosperar en la Iglesia; la suya, en el gobierno. Solíamos vernos en una casa que su familia poseía en Santiago de Compostela. Hablábamos de política, de la guerra, de la Iglesia... Poco después, fue ascendido a coronel y destinado como asesor en el Ministerio de Defensa, bajo el mando de Agustín Muñoz Grandes.

»No supe más de él hasta 1955, cuando me llamó por sorpresa. Me informó de que lo habían nombrado coordinador de los campos de trabajo que aún permanecían en Galicia. Franco, en su empeño por mejorar la imagen del régimen, quería cerrar esas instituciones, y Carrión tenía la tarea de supervisar ese cierre. Galicia contaba con varios campos de trabajo forzado, como los de Muros, Padrón y Lavacolla. Este último era el más preocupante para Carrión, ya que las condiciones eran terribles. Muchos presos políticos enfermaban y morían, dejando a sus hijos huérfanos y a familias destrozadas.

»Para solucionar este problema, me ofreció dirigir una nueva colonia en la Costa da Morte, un lugar para reeducar a los hijos de los presos y huérfanos, además de ser un preventorio para niños enfermos de tuberculosis. Acepté el reto en 1957. Aunque no tenía experiencia, la Colonia Monte do Carballo se me encomendó. La colonia tomó su nombre de un roble centenario cercano a un castillo

abandonado que fue restaurado para albergar la institución. Era un edificio frío y sombrío, como aquellos grandes lugares que se adaptan a un propósito para el que no fueron diseñados. El Estado pretendía que la colonia fuera una herramienta propagandística del régimen, presentando a Franco como el protector de los hijos de aquellos a los que llamaban traidores y delincuentes. Los llamábamos «hijos de la peste» por la tuberculosis, la «peste blanca», aunque algunos de ellos no estaban enfermos. El apodo se generalizó para todos los internos.

»Organizar todo desde cero no fue fácil. Los jóvenes desconfiaban de nosotros, y no era de extrañar. Para ellos, los sacerdotes representaban la separación de sus seres queridos. Muchos de aquellos niños pasaban el día en silencio, con la mirada perdida. Al principio, pensé que dirigir la colonia sería solo un paso más en mi carrera dentro de la Iglesia, pero, inspectora, ver a esos chicos... me hizo cambiar. Mi corazón experimentó un despertar. Creí que podía darles las mismas oportunidades que yo había recibido. Era una ilusión, lo admito ahora, pero en ese momento lo sentí con fuerza. Intenté, de verdad, hacer lo correcto.

Camargo hizo una pausa, respirando profundamente, como si reviviera aquellos momentos.

»Pero los corazones son débiles. Y el mío, el primero de todos. No me di cuenta de ello hasta 1959, cuando conocí al padre Ángel Rivera. Fue entonces cuando descubrí que mi alma había emprendido un camino sin retorno.

»La orden salesiana, encargada de la regencia de la institución, me envió a los primeros sacerdotes para impartir clases a los jóvenes. Entre ellos se encontraba el padre Ángel Rivera. Nunca olvidaré la primera vez que lo conocí. Conectamos de inmediato. Me sorprendió su altura y la fijeza con la que me observaba, como si escrutara cada uno de mis gestos. Recuerdo que nos sentamos en mi despacho y mantuvimos una larga conversación. Me contó que había estudiado teología en la Sorbona, y enseguida supe que era un hombre de una rectitud moral elevada. Para él, la educación no

era solo formar individuos, sino forjar una nueva clase social basada en los valores del nacionalcatolicismo, fundamentales para la Nueva España que Franco y la Iglesia buscaban construir.

»Aquel hombre me impactó. Parecía salido de otra época. Estaba decidido a impartir la asignatura de Formación del Espíritu Nacional, y así lo acordamos con un firme apretón de manos. Sin embargo, nunca olvidaré lo que me dijo antes de salir de mi despacho: «No se deje engañar, padre Camargo. Muchos de estos jóvenes albergan en su interior un poso de amargura y nos odian. Sus venas están envenenadas por el gen rojo que corroe su alma, y nuestra misión como educadores es extirparlo».

»Esas palabras han estado conmigo durante toda mi vida, inspectora Vargas, porque fue a partir de ellas que se desencadenaron los graves problemas en la colonia unos meses después.

Camargo hizo una pausa, como si pesara cada palabra antes de continuar.

»Los rumores sobre el trato excesivamente duro del padre Ángel no tardaron en surgir. Empezaron a llegarme denuncias veladas de otros sacerdotes, pero el más insistente era el padre Manuel Carrasco, un anciano sacerdote que trabajaba conmigo. Habló conmigo en varias ocasiones, expresando sus sospechas de que algo extraño estaba sucediendo con Rivera, insinuando que su comportamiento hacia los niños podría ser indecoroso. Debo admitir que no le presté la atención debida, ya que todo se basaba en rumores y percepciones vagas. Me arrepentí de ello muy pronto.

»Sin embargo, cumplí mi promesa de hablar con Rivera. Una tarde lo llamé a mi despacho para discutir las quejas y denuncias que había recibido. Cuando le mencioné los rumores, me miró fijamente, apretando los labios, y me dijo: «Lo siento, padre. Si alguien ha malinterpretado mis gestos hacia algunos de los alumnos, le prometo que no volverá a suceder».

»Dos días después, el padre Carrasco fue hospitalizado tras ingerir setas venenosas durante la cena. En aquel momento no conecté ambos sucesos, pero ahora estoy convencido de que Rivera, de alguna manera, se enteró de que Carrasco lo había denunciado y

trató de envenenarlo. Los días pasaron sin más incidentes hasta que llegó una mañana de primavera de 1959. Fue temprano, cuando el jardinero encontró ahorcado a uno de los chicos de la colonia al comenzar su jornada laboral.

—Uxío lo encontró, ¿verdad? —preguntó Vargas.

—Sí, Uxío...

Camargo guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—Ahí estaba ese chico, colgado de una viga en la caseta donde guardábamos las herramientas de jardinería. Esa imagen me persigue en mis peores pesadillas. Era evidente que había sido un acto desesperado: una silla volcada en el suelo y una nota sencilla, ilegible, empapada por el rocío de la mañana. Esos fueron los únicos testigos de esa tragedia. El chico estaba desnudo, solo vestía unos calzones, y noté algunos hematomas en sus brazos y espalda.

Camargo hizo una pausa, entrelazó los dedos, apoyó los codos en el escritorio y hundió la frente entre las manos, como si la confesión lo aplastara.

—Continúe, por favor —murmuró Vargas, horrorizada.

—No supe qué hacer. Llamé a Carrión, quien me escuchó atentamente, sin interrumpir.

—«Entendido, Camargo —me dijo, imperturbable—. No llames a la Guardia Civil hasta que pensemos cómo proceder. Hablaré con alguien de confianza que nos ayudará a resolver este problema».

—Unas horas más tarde, un Seat 1400 se detuvo junto al roble. Del coche bajaron dos hombres: uno alto y delgado, y otro más bajo, con un traje arrugado y una barba de varios días. El más bajo se adelantó y me saludó. Se presentó como Xosé Quiroga, delegado provincial de los Servicios de Información e Investigación de la Falange. Los llevé hasta el lugar del suicidio, descolgamos el cadáver y lo trasladamos discretamente a la enfermería, donde Quiroga lo examinó.

—«Tenemos que deshacernos del cuerpo»—dijo.

—No podía creer lo que estaba oyendo.

—«Pero tenemos que llamar a la Guardia Civil», respondí, alarmado.

—Quiroga encendió un cigarrillo, inhaló profundamente y, con una calma inquietante, me dijo: «Mire, padre, el coronel me ha enviado para resolver un problema. Si llama a la Guardia Civil, surgirán preguntas difíciles de responder. ¿Por qué se suicidó el chico? ¿De dónde salieron esos hematomas? Obviamente, no se hicieron solos. ¿Alguien lo golpeó? ¿Fueron los otros chicos de la colonia? ¿O fue uno de los sacerdotes? Como verá, padre Camargo, las respuestas no son fáciles. Y si esto llega al Consejo Superior de Protección de Menores, abrirán una investigación. Eso podría significar el cierre de la colonia, y usted sabe lo que eso significaría para sus aspiraciones dentro de la Iglesia. Si tiene alguna duda, dígala ahora».

»Recuerdo que mis manos temblaban. A mi lado, el padre Agustín Álvarez me miraba con asombro y susurró: «Padre, esto no es cristiano. Somos miembros de la Iglesia, no delincuentes que encubren crímenes».

—«Usted decide, padre», insistió Quiroga, aplastando el cigarrillo aún incandescente bajo su zapato.

Camargo se detuvo un momento, respiró hondo y prosiguió con voz grave:

»Y ahí fue cuando cometí el mayor error de mi vida. Ordené a Uxío, que me miraba expectante, y al padre Álvarez que ocultaran el cuerpo en el sótano del colegio, cerca de un espacio lúgubre que los chicos llamaban «la urna», una celda de aislamiento para los que cometían faltas graves.

»A partir de ese momento, comenzó mi propio infierno. Las pesadillas me perseguían cada noche, veía al chico colgado, mirándome, señalándome con el dedo. Pasé días enteros encerrado en mi habitación, y hasta una curandera del pueblo me recetó cornezuelo de centeno, un alucinógeno, para poder conciliar el sueño.

Marzán y Vargas se miraron sorprendidos.

—Claviceps purpurea —susurró Marzán.

—Ilustrísima, en los cuerpos de Rivera, Quiroga y Carrión encontramos cornezuelo de centeno en cantidades lo suficientemente grandes como para actuar como un narcótico.

—¿Cree que puede haber alguna relación?

—No lo sé, pero es posible que Artai lo viera consumir alguna vez esa sustancia y la haya integrado en su ritual de muerte para los crímenes de Quiroga y Carrión.

—Continúe, por favor. Cuéntenos con detalle el segundo suceso. La muerte del segundo muchacho —pidió Vargas.

Camargo respiró hondo antes de continuar.

—Pasó un mes y todo volvió a una relativa calma. Pero ya había comenzado a sospechar de Rivera. Los chicos le tenían un miedo real. Recuerdo a uno especialmente... Daniel, creo que se llamaba. Una noche, durante mi paseo nocturno, vi una luz parpadeante en uno de los dormitorios de los niños. A través de la cristalera y la puerta entreabierta, distinguí el haz de una linterna. Entonces lo vi. Era el padre Rivera, sentado al borde de la cama de Daniel, acariciándole el pelo y susurrándole al oído. Nunca olvidaré la cara de ese chico: estaba aterrado. Rivera se dio cuenta de mi presencia, se levantó tranquilamente y salió de la habitación sin siquiera mirarme.

»Durante las noches siguientes no dejaba de pensar en lo que había visto. Sabía lo que sucedía, pero no quería afrontarlo. Finalmente, un día llamé a Daniel a mi despacho. Rehuía mi mirada, como un gato asustado, y su cuerpo temblaba. Intenté acercarme con suavidad, pero al principio rechazaba cualquier contacto.

—«No te preocupes, no voy a hacerte daño, Daniel. Solo quiero que me enseñes tu espalda», le dije.

»Pero algo inesperado ocurrió. Como si estuviera en trance, Daniel se desnudó completamente y, de repente, me tocó de forma inapropiada.

—«¡Dios mío!... Daniel, ¿¡qué haces!?», exclamé, retirándole las manos de inmediato y sujetándolo con fuerza por los brazos.

»El chico agachó la cabeza, se acurrucó en un rincón y rompió a llorar amargamente.

—«Creí... creí... », balbuceó.

—«¿Qué creíste, Daniel?», le pregunté con suavidad.

—«Creí... que quería jugar al mismo juego que el padre Rivera», confesó entre lágrimas.

Camargo hizo una pausa. Su voz temblaba al recordar esos momentos.

—Después de aquel suceso, llamé a Rivera a mi despacho. Le dije que sospechaba de su comportamiento con los chicos y que, si no detenía esas acciones, me vería obligado a denunciarlo y expulsarlo de la colonia. Rivera me miró con aquella expresión fría y distante que siempre tenía. Se sentó en una butaca, con la cabeza entre las manos, como si implorara perdón.

—«Padre Camargo... lucho contra ello, pero es superior a mis fuerzas. Es un monstruo que me consume. He intentado arrancarlo de mí cada noche», me dijo mientras comenzaba a desnudarse. Entonces vi algo que me dejó helado: su cuerpo estaba cubierto de pequeñas heridas y cicatrices, señales de autoflagelación. «Le ruego al Señor, pero no me escucha. Soy un pecador... un monstruo, padre Camargo. Necesito confesión», imploró.

»Negué con la cabeza, horrorizado.

»Rivera extendió las manos hacia mí. «Se lo suplico…»—dijo, antes de tumbarse en el suelo boca abajo y luego arrodillarse frente a mí—. Le confesé. Escuché tantas cosas horribles sobre su vida que solo el secreto de confesión ha mantenido sepultadas. Y, pese a todo, le di la absolución.

Camargo cerró los ojos un instante antes de proseguir, con voz ahogada por la culpa.

»Al día siguiente, Daniel apareció muerto en un bosque cercano, desnudo y semienterrado. Quiroga regresó a la colonia. Tras una violenta discusión, una vez más vestí el hábito del cobarde y ocultamos el cuerpo del niño junto a los restos del otro muchacho.

El silencio en el despacho de Camargo se volvió eterno. Nadie se atrevía a romperlo.

Noela Vargas depositó sobre la mesa del escritorio de Camargo unas bolsitas de plástico que contenían colgantes con la imagen de Santa Mariña de Augas Santas.

—Encontramos estos colgantes junto a los cadáveres de Quiroga, Carrión y Rivera. Me gustaría saber qué significan para usted —dijo

Vargas, mientras Camargo sostenía las bolsitas entre sus dedos y las examinaba detenidamente.

—El coronel Carrión era un devoto de Santa Mariña. Siempre creyó que su martirio, basado en antiguas tradiciones celtas, tenía un significado profundo de muerte y resurrección. La leyenda de Santa Mariña relata que fue sometida a tres tipos de tortura, y para Carrión eso simbolizaba los tres pilares ideológicos que defendía apasionadamente: catolicismo, anticomunismo y fascismo.

Camargo hizo una pausa antes de continuar.

»Durante su estancia en Galicia, Carrión fundó una sociedad secreta formada por intelectuales, políticos y miembros de la Iglesia, entre los que estábamos Quiroga y yo. Al principio, nuestros debates se centraban en el futuro ideológico de la Nueva España que había emergido tras la Guerra Civil, resurgiendo de las cenizas del comunismo. Pero esos debates pronto se convirtieron en algo más oscuro: en señalamientos contra cualquiera que se apartara del pensamiento dominante del régimen. La Sociedad de Santa Mariña se convirtió en una especie de inquisición en Galicia, castigando a todo aquel que discrepaba. Como resultado, aumentaron los arrestos de intelectuales y figuras importantes de la sociedad gallega, etiquetados como traidores.

Vargas y Marzán escuchaban en silencio, absorbiendo cada palabra.

»Quiroga, podríamos decir, era el brazo ejecutor de la sociedad. Incluso el propio general Franco llegó a enterarse de nuestras actividades y escribió una carta personal a Carrión, felicitándolo y declarando a la sociedad como un ente de interés para el régimen —Camargo hizo una mueca de desagrado—. Fue en ese momento cuando Carrión cambió. La sociedad también cambió. De repente, se introdujo simbología mágica, muy similar a las sociedades secretas que el régimen perseguía. Carrión solía mostrar y leer un antiguo libro en nuestras reuniones.

—El Libro VI... —mencionó Marzán, recordando la conexión.

—Exacto.

—Lo que no entiendo —intervino Vargas— es cómo alguien como Rivera, un depravado, formaba parte de esa sociedad.

—Yo tampoco lo comprendo. Me sorprendió mucho ver el colgante en su cuello. Le pregunté a Carrión al respecto, pero su única respuesta fue un lacónico «así tiene que ser». Fue en ese momento cuando me di cuenta de que todo se me había escapado de las manos. Amenacé a Carrión con dimitir y denunciar todo lo que estaba ocurriendo si no trasladaban a Rivera lejos de los niños. Carrión se asustó, y me prometió que haría lo posible por solucionar el problema.

Camargo hizo una pausa; su expresión era sombría.

—Y entonces... apareció otro cuerpo, el de Xosé Montenegro —dijo con voz apagada.

»A finales de junio de 1959 llegaron dos hermanos: Xosé y Artai. Los recuerdo perfectamente. Eran hijos de un valiente médico que ejercía en pequeños pueblos de la costa gallega. Ayudaba y proporcionaba alimentos a aquellos que no tenían ni lo más básico para subsistir. Era un buen samaritano, y también se enfrentó a la corrupción política local del régimen, denunciando incansablemente el hambre que sufría parte de la población. Fue arrestado por cargos que hoy en día nos parecerían ridículos, silenciado y condenado a ser internado en el campo de trabajo de Lavacolla, donde murió poco tiempo después, de tuberculosis. Su madre no pudo hacerse cargo de los chicos, así que fueron trasladados a la colonia unas semanas más tarde.

»Xosé era un niño frágil, delgado, con ojos verdes y tristes. Artai, por otro lado, era fuerte y decidido; protegía a su hermano con ahínco debido a su fragilidad. Poco después de su llegada, Xosé contrajo tuberculosis y estuvo recluido varias semanas en la enfermería. Durante ese tiempo, Artai se destacó por su comportamiento rebelde: fumaba a escondidas, se peleaba con los otros chicos y se escapaba durante días, vagabundeando antes de regresar. Los castigos no le afectaban; pasaba más tiempo en «la urna», la celda de aislamiento para los más rebeldes, que junto a sus compañeros.

»Cuando Xosé se recuperó de la tuberculosis, quedó con secuelas evidentes: una tos persistente y ojeras profundas alrededor de sus ojos. Pasaba las tardes sentado en una silla de ruedas bajo el viejo

roble, con Artai siempre a su lado, contándole historias imaginarias que lograban arrancarle sonrisas. Estaban juntos hasta que el sol se ocultaba.

»En aquel entonces, el padre Rivera apenas salía de su habitación, salvo para dar clases de Formación del Espíritu Nacional. Todo cambió cuando conoció a Xosé. No sé si fue porque Rivera, como una sanguijuela, se alimentaba de la fragilidad de los demás, pero comenzó a tratar al niño con especial atención. Lo acompañaba en sus paseos, empujaba su silla de ruedas y se despedía de él cada noche, acercándose a su cama.

»Artai, con su intuición infantil, notó de inmediato que algo no estaba bien. Ese «cariño» estaba disfrazado con un manto de espinas. Una noche, decidió actuar: entró en la habitación de Rivera y lo atacó con un cuchillo de cocina. Por un milagro, el padre salió ileso, pero le quedó una cicatriz profunda en uno de sus brazos. Como castigo, Artai fue confinado en «la urna» durante un mes. Cuando regresó, encontró a su hermano en posición fetal, mirando fijamente al vacío. Artai supo que algo terrible había ocurrido.

»La primera noche tras salir de «la urna», Artai vio cómo el padre Rivera, lleno de rencor, se llevó a Xosé por la fuerza y le dio una bofetada que lo dejó inconsciente.

»Al día siguiente, encontré a Xosé muerto en los brazos del padre Rivera.

—¿Y Artai? —preguntó Marzán.

—Desapareció de la colonia poco después, y no volví a saber nada de él... hasta ahora.

Camargo guardó silencio y luego entregó un papel a Noela.

— Ayer recibí una carta con esta nota en su interior, Inspectora.

—Está en latín —observó Vargas, pasándole la nota a Marzán para que la leyera.

—La traducción dice lo siguiente —intervino Camargo—: «Mercurio, en lengua gala, se llama Teutates y es honrado con sangre humana. Los galos aplacan a Teutates Mercurio sumergiendo a un hombre boca abajo en un recipiente para que se ahogue. Esus Marte se aplaca colgando a un hombre de un árbol hasta que se

desangra. A Taranis Dispater lo aplacan quemando hombres en una estructura de madera».

—Es una glosa del Libro VI, que hace referencia a la Triple Muerte celta, el ritual que Artai ha seguido en los asesinatos de Carrión, Quiroga y Rivera —explicó Marzán—. Indica un cambio de ciclo. Ha cerrado una etapa dolorosa y ahora comienza otra.

Vargas asintió, preocupada.

—Debemos extremar la vigilancia sobre el obispo. Es probable que Artai pronto se acerque a él, y esta nota es una advertencia tanto para él como para nosotros.

Hubo un incómodo silencio que se prolongó durante unos eternos segundos.

Vargas retomó la palabra.

—En cuanto a usted, Ilustrísima, todo lo que nos ha revelado se mantendrá en esta habitación. Se lo he prometido al cardenal Laprovittola. Sin embargo, quiero que haga algo... —Noela lo miró con severidad—. Comuníquele al arzobispo su dimisión. Puede inventar la excusa que prefiera, como problemas de salud. Como policía y creyente, creo que no merece ocupar ese cargo. No representa ni a la Iglesia ni a los valores morales que se esperan de un alto representante eclesiástico. Ha arrastrado la dignidad, la honestidad y la bondad que deberían caracterizar a alguien en su posición. Ha ocultado estos hechos por ambición y cobardía. Obispo Camargo, usted es una vergüenza.

El silencio en la sala se hizo aún más denso. Noela continuó, sin desviar la mirada.

—Me encantaría detenerlo por obstrucción a la justicia y ocultar pruebas en una investigación policial. Sin embargo, no lo haré... Pero aquí está mi colega Suso Marzán, quien no está vinculado a este compromiso, y estoy segura de que estaría encantado de compartir este asunto con la prensa.

Camargo apretó los labios y asintió lentamente. Sabía que esa era su única salida si no quería enfrentarse a la humillación pública.

Vargas y Marzán se levantaron y se dirigieron hacia la puerta. Antes de salir, Vargas se giró.

—Una última pregunta: ¿qué sucedió con el padre Rivera?

Camargo suspiró, y tras un breve silencio, respondió:

—Una mañana, llegó a la colonia un automóvil negro, bastante lujoso. Venía acompañado de un sacerdote y un hombre con acento francés. Se presentaron rápidamente y se llevaron a Rivera. Recuerdo que él me miró fijamente durante unos segundos y esbozó una sonrisa, como si fuera una despedida. Subió al automóvil y nunca más supe de él.

—¿Recuerda algo más sobre el hombre de acento francés? —insistió Vargas.

—Bueno... era alto, de modales elegantes y, como le mencioné, con un marcado acento francés. Hay un detalle que nunca olvidaré: llevaba una corona de espinas en la solapa de su chaqueta.

—Un carbonari... —exclamó Marzán, sorprendido—. ¿Qué tienen que ver ellos con todo esto?

Camargo, con una sonrisa fugaz pero enigmática, se levantó una vez más de su butacón y se sirvió otra pequeña copa de bourbon. Luego, con calma, dijo:

—Creo que no hace falta recordarles que dentro de quince días el papa Juan Pablo II visitará Santiago de Compostela. Todos estos eventos, junto con la repentina aparición de Montenegro, no pueden ser meras coincidencias. Quizás... inspectora, señor Marzán... aquellos que creen que son sus aliados no lo sean tanto.

59

«La letra con sangre entra...».

Artai Montenegro rememoraba esa frase, una que se repetía en su subconsciente noche tras noche. Lo acompañaba en sus sueños y pesadillas desde los días en la colonia. Era una tórrida noche de agosto y le costaba conciliar el sueño. Su respiración era agitada, exhalando aire húmedo en movimientos casi espasmódicos. Bajo los párpados, sus ojos se movían en una danza interminable, fruto de un sueño intranquilo.

Desde que era niño, siempre había dormido con la luz encendida. Su alma nunca se había recuperado de aquellos días de oscuridad en la colonia, cuando los curas lo encerraban en aquel pequeño espacio llamado «la urna». A pesar de los años que habían pasado, las noches seguían aterrando a Artai.

Se levantó, encendió un cigarrillo y se sirvió un café frío —pero bien cargado— en su vieja cafetera italiana. Observó cómo el humo se elevaba lentamente desde su boca y se desvanecía, lento y quebradizo, como un ente fantasmal.

Tomó su cuaderno de espiral, donde dibujaba rostros que ya no podía reconocer y escenas surgidas de su mente perturbada. Mientras lo hacía, el cenicero de mármol se llenaba con la ceniza de su cigarrillo, consumido lentamente por el fuego. Aquella noche de agosto, Artai se sentó en un viejo sofá junto a la ventana de un gran salón desvencijado, en una casa solariega perdida en algún rincón de la Costa da Morte. La ubicación era perfecta, alejada de cualquier núcleo de población, lo que garantizaba la ausencia de visitas indeseadas que pudieran interferir en su misión.

Vivía solo en esa casa, en un aislamiento casi ascético que le proporcionaba la tranquilidad necesaria para preparar sus actos de expiación. Y todo aquello no habría sido posible sin aquel individuo anónimo que lo contactó tras su regreso de Francia. Estaba seguro

de que esa misma persona fue quien le entregó la documentación con los nombres de los responsables de las desapariciones en la colonia, incluyendo la de su hermano Xosé. Ese individuo sin rostro también le había proporcionado el escondite.

A través de correspondencia enviada por «un buen amigo», Artai recibía actualizaciones semanales con las instrucciones necesarias para mantenerse un paso por delante de la policía mientras completaba su misión. Estaba convencido de que ese «buen amigo» también pertenecía a la Sociedad Carbonaria, la misma sociedad que lo acogió y lo convirtió en un asesino preciso y despiadado, pero que lo abandonó cuando las cosas se complicaron.

Esos pensamientos lo ocupaban por completo mientras se preparaba para su acto final. Ya había matado a Rivera, el hombre que más había odiado en su vida, el viajero eterno de sus pesadillas. Pero la misión no terminaba ahí. Su sed de venganza aún no se había saciado. Su «buen amigo», en sus cartas, le recordaba constantemente que solo hallaría la redención de su alma cuando erradicara la maleza que infestaba otras almas. Almas que, al igual que la suya, habían sido mutiladas por la Iglesia. Una institución que debía proteger y perdonar a los débiles, pero que se había convertido en todo lo contrario.

Ese era el mal que debía eliminar de raíz.

En medio de sus reflexiones, el sueño volvió a vencer a Artai, transportándolo años atrás, a su infancia en la colonia. Era un día lluvioso de invierno. Se veía a sí mismo de pie, castigado en el patio. El vaho escapaba de su boca y nariz. Estaba semidesnudo y descalzo, una de las tantas veces que Rivera lo había castigado con crueldad. Aquella vez, por haber intercambiado las sábanas mojadas de orina con su hermano Xosé. No quería que el padre Rivera descubriera que su hermano se orinaba en la cama. Sabía que Rivera era como una sanguijuela, alimentándose de la debilidad de los demás. Artai prefería soportar el castigo él mismo antes que dejar que su debilitado hermano lo sufriera. Estaba dispuesto a sacrificarse por él.

Vio cómo Rivera lo observaba desde las sombras, fijamente, mientras él temblaba de frío, con los brazos cruzados sobre el pecho,

vestido solo con unos calzoncillos blancos manchados. Sus miradas se encontraron en la oscuridad. Rivera, sin decir nada, encendió un cigarrillo y se escondió bajo los arcos del claustro. Artai recordaba esa sonrisa de desprecio, esa crueldad, y la brasa del cigarrillo encendiéndose y apagándose con cada calada, visible entre la bruma matutina. Después, observó horrorizado cómo Rivera levantaba la vista hacia la ventana donde Xosé, con las manos apoyadas en el cristal, miraba desde dentro. El vaho empañaba el vidrio, mientras el rostro de Rivera mostraba una sonrisa maliciosa y lasciva.

Artai se despertó bruscamente, con los ojos húmedos y la respiración entrecortada. Miró el techo de madera envejecida, sintiéndose atrapado en un letargo catatónico. Encendió la lámpara sobre la vieja mesa de madera y miró su reloj. Apenas eran las cinco de la mañana.

El encuentro con la policía y el criminólogo en la fundición de Brens le había permitido conocer mejor a sus perseguidores. Sabía que la policía estaba cada vez más cerca, por lo que había tomado precauciones, reduciendo sus salidas al mínimo. Incluso había dejado de ir al pueblo más cercano para comprar alimentos; en su lugar, hacía los pedidos por teléfono y recibía la entrega semanalmente.

Montenegro se dirigió a la cocina, tomó un vaso de leche fresca y se encaminó hacia una puerta que daba acceso a un sótano oscuro y lúgubre. La escalera de madera que descendía estaba apenas iluminada por una vieja lámpara de casquillo cubierta de polvo. Al llegar al final, se encontró en una sala de piedra, con una mesa de mármol en el centro, iluminada por varias lámparas de tungsteno. Sobre la mesa había diversos instrumentos de laboratorio: embudos, matraces y gradillas con tubos de ensayo. En una estantería de metal junto a la pared descansaban frascos de cristal con hierbas etiquetadas.

Encima de la mesa, un terrario cuadrado, iluminado por una lámpara incandescente, albergaba varias ranas de la especie punta de flecha. Sus colores dorados, vivos y brillantes, eran una advertencia para cualquier depredador. Artai se acercó al terrario y golpeó suavemente el cristal con el dedo índice. Las ranas apenas

reaccionaron. Luego, se puso unos guantes de goma y, con cuidado, sacó una de ellas. Sabía que debía tener extrema precaución con su piel, ya que era un arma letal. La toxina que producía podía matar a más de cinco mil personas en cuestión de segundos.

La rana se agitó en sus manos, estremecida por el contacto. Artai la depositó sobre la mesa de mármol y, con habilidad, le hizo una pequeña incisión con el escalpelo, lo justo para estimular la liberación de sus secreciones tóxicas. Con sumo cuidado, raspó la piel del anfibio, extrayendo las gotas de toxina que brillaban en su superficie. Luego, procedió a repetir el proceso con otro ejemplar.

Cuando estuvo satisfecho con la cantidad de toxina recogida, colocó los raspados de piel en un frasco y añadió una pequeña cantidad de alcohol para disolver las secreciones cutáneas. Agitó el frasco suavemente, dejando que el alcohol extrajera la toxina, antes de filtrar la mezcla a través de una fina gasa. El líquido resultante era amarillento, y viscoso.

Encendió un mechero de alcohol y calentó la mezcla en un matraz de fondo redondo, permitiendo que el alcohol se evaporara lentamente, dejando un residuo translúcido en el fondo del matraz, la toxina que necesitaba. Con precisión, vertió el veneno en tubos de ensayo, sellándolos cuidadosamente con tapones de corcho, y los colocó en una gradilla junto a otros diez tubos llenos de la misma sustancia letal.

Con calma, escribió en una etiqueta en letras mayúsculas:

BATRACOTOXINA.

Luego, apagó las lámparas sobre la mesa, dejando todo envuelto en penumbra.

Subió las escaleras con sigilo y cerró la puerta tras de sí.

Artai se quitó los guantes con cuidado, los arrojó a la papelera metálica y apagó las luces del sótano. El proceso había terminado. La batracotoxina —su arma final— ya estaba preparada. Cogió los viales, los guardó en una caja y mientras subía las escaleras y cerraba la puerta del sótano, sintió el peso de lo que estaba a punto de hacer. Cada paso que daba lo acercaba al cumplimiento de su misión y, aunque las paredes de aquella casa solitaria lo habían protegido durante meses, sabía que ya no había vuelta atrás.

Caminó hasta el salón y se dejó caer en el viejo y desgastado sofá orejero. Durante mucho tiempo permaneció allí, fumando pacientemente mientras observaba su propio reflejo en el espejo de cuerpo entero que había colocado en la habitación. Sus ojos, profundamente marcados por ojeras, parecían perforar su propia imagen. La habitación estaba envuelta en el mismo aire espeso que había llenado sus pulmones en las últimas semanas: cargado de humo y recuerdos.

Inhaló el humo del cigarrillo y lo expulsó lentamente, dejando que las nubes se disolvieran bajo el techo de madera. Frente a él, en el espejo, veía a un hombre consumido por su propia historia, alguien que, después de años de preparación, había llegado al momento culminante. Apagó el cigarrillo en el reposabrazos y se puso de pie con decisión.

Sobre el viejo aparador, cubierto de polvo, cogió un sobre marrón que había llegado días atrás. Lo abrió y extrajo varias hojas impresas y fotos. En ellas, aparecía un hombre rechoncho, de unos cincuenta años, con un bigote en forma de herradura. Era cartero. Según las notas, recogía un pedido semanal de vino de mistela, que entregaba puntualmente cada martes en la Catedral de Mondoñedo para la celebración diaria de la Eucaristía. Esta información era crucial. Aquel cartero representaba su vía de acceso al obispo Camargo. Con la visita del papa Juan Pablo II a Santiago de Compostela a solo dos semanas, y una misa del obispo programada para el domingo en la catedral, era el momento perfecto para ejecutar su plan.

Hoy era jueves. Tenía tres días para localizar al cartero, retenerlo y suplantarlo. El plan era sencillo, pero efectivo: recoger el vino, inyectar la batracotoxina en la garrafa de mistela y entregarla en la secretaría de la catedral. Después, solo quedaría esperar a que el veneno hiciera su trabajo. Sería el acto final de su larga venganza, la deuda que todos aquellos hombres debían pagar por la desaparición de su hermano Xosé.

Sobre una silla, el uniforme de empleado de correos, perfectamente doblado lo esperaba. Artai lo guardó en una bolsa de cuero marrón que luego introdujo en el maletero de su coche, junto con la pequeña caja metálica que contenía los viales con la toxina.

Con todo preparado, su mirada recorrió por última vez el interior de la casa que había sido su refugio y prisión.

Sacó un bidón de gasolina del maletero y roció con cuidado el vestíbulo, el salón y las escaleras. La casa, que había sido testigo de su transformación, ahora debía desaparecer. Encendió el mechero Zippo y lo lanzó al suelo. Las llamas comenzaron a devorar rápidamente los muebles, las cortinas y la vida que había construido en ese lugar. Se quedó junto a la puerta, observando el fuego danzar, consumiendo todo a su paso. Por un momento, se preguntó si debería dejarse arrastrar también por las llamas, desaparecer junto a todo lo que había sido.

El humo comenzó a llenar sus pulmones rápidamente; cada respiración se volvía más dolorosa y pesada. Una tos violenta lo sacudió, rasgándole la garganta como si inhalara cuchillas. Su pecho se apretó, y cada bocanada de aire parecía insuficiente. La cabeza comenzó a darle vueltas, y por un momento, todo a su alrededor pareció tambalearse. Los ojos le ardían, llenándose de lágrimas involuntarias que nublaban su vista. El sabor amargo y metálico del humo llenó su boca, y una oleada de náuseas le subió por la garganta.

Se tambaleó hacia la puerta, tosiendo con fuerza mientras sus pulmones luchaban por expulsar el aire contaminado. El mareo le dificultaba mantener el equilibrio, y por un momento consideró dejarse caer al suelo y rendirse al calor que lo rodeaba. Pero su instinto de supervivencia fue más fuerte. A duras penas, cruzó el umbral y, al inhalar el aire fresco del exterior, se arrodilló, jadeando como un náufrago. Tosió con fuerza una vez más y vomitó, su cuerpo trataba desesperadamente de purgar las toxinas que había inhalado.

Aún mareado, se limpió la boca con el dorso de la mano y miró hacia la casa, observando cómo las llamas devoraban lo que quedaba de su refugio. Los pulmones aún le ardían con cada respiración, y sus piernas temblaban bajo su propio peso.

Aún con el pecho ardiendo por el humo, Artai abrió la puerta del coche y encendió el motor. Retrocedió por el estrecho camino de tierra que lo conducía hasta la carretera comarcal. Mientras giraba

bruscamente hacia la carretera, sus pensamientos ya estaban puestos en el horizonte, donde el sol empezaba a levantarse. Sabía que, al final de esa carretera, lo esperaba su destino.

60

7 días para la visita del Papa

Esteban cumplía cincuenta y cuatro años aquella soleada mañana de agosto de 1989. Casualmente, también celebraba sus veinte años como trabajador del servicio postal de Correos en ese mismo día. Había llegado un poco antes de su horario habitual, como solía hacer en esa fecha especial, al centro de distribución y reparto de Mondoñedo. Fichó puntualmente a las ocho de la mañana y solicitó al responsable de la oficina la tarde libre. Su plan era sencillo: tomar unas cervezas con sus compañeros al mediodía, como hacía cada año, y luego regresar a casa para celebrarlo con su esposa y sus dos hijos.

La oficina ya estaba llena de actividad aquella mañana. Los diez empleados clasificaban el correo meticulosamente, listos para distribuirlo en los pueblos cercanos. Los jueves, Esteban tenía una tarea especial: recoger y entregar un paquete de una bodega local, una caja de vino de mistela destinada a la Catedral de Mondoñedo. Decidió que sería su primera tarea del día; así podría entregar el resto del correo con tranquilidad y estar de vuelta a tiempo para el almuerzo con sus compañeros.

Los saludos y felicitaciones no se hicieron esperar, acompañados de algún que otro pellizco juguetón de Maruxa. Ella era la administrativa de la oficina, una mujer de unos treinta años, con ojos claros, tez pálida y un cabello teñido de rojo que le daba un aire de muñeca de trapo.

—¡Esteban, felicidades! ¡Ya te estás haciendo viejo! —bromeó Maruxa—. Eres el abuelo de la oficina.

La broma hizo que Esteban se detuviera por un momento, reflexionando sobre lo rápido que había pasado el tiempo. Veinte años en Correos, veinte años recorriendo la misma ruta, viendo cómo los compañeros entraban y salían de la oficina: algunos casándose, otros teniendo hijos, y unos pocos que ya no estaban. Él, sin embargo, había permanecido constante, manteniendo su puesto. Conocía a cada vecino de la comarca, cada calle y rincón. Y, después de todo, había tenido una vida plena: una esposa a la que adoraba y dos hijos por los que se había sacrificado.

—¡Después de trabajar, nos tomamos unas cervezas para celebrarlo! —anunció Esteban con una sonrisa, provocando una algarabía entre los compañeros.

Se acercó a Eugenio, el encargado de clasificación y reparto. El olor a tabaco impregnaba la figura del hombre, quien, con un cigarrillo a medio fumar entre los labios, le entregó la correspondencia del día. Esteban guardó las cartas mecánicamente en su cartera de cuero desgastada y se dirigió al estacionamiento para recoger su furgoneta de reparto, una Renault 4 amarilla.

La mañana tenía un frescor agradable; la hierba que crecía entre las grietas del asfalto y las viejas aceras estaba cubierta por un leve rocío. Al llegar al vehículo, Esteban se encontró con un compañero que lo saludó con la mano, aún adormilado a esas horas. Esteban notó con fastidio un golpe en la carrocería de la furgoneta.

—Joder... —murmuró para sí, mientras pasaba la uña por el arañazo. Con un suspiro, abrió las puertas traseras de la furgoneta y recogió un viejo chaquetón que había dejado la noche anterior, algo que sin duda agradecería en aquella mañana fresca. Lanzó la cartera al asiento trasero y, justo cuando se disponía a subir al asiento del conductor, todo cambió.

Una mano firme lo atrapó por el cuello, con una fuerza implacable. Antes de que pudiera reaccionar, sintió una tela áspera presionando su nariz y boca. Luchó desesperadamente, como un pez fuera del agua, pero no podía respirar. El pánico se apoderó de él; sus piernas flaquearon y un calor húmedo descendió por sus pantalones cuando su vejiga se vació. Un olor embriagador invadió su olfato; sus movimientos se volvieron torpes, incontrolables. Todo a su alrededor

comenzó a desvanecerse, como si lo envolviera una cálida oscuridad. Y entonces, todo se apagó, cayendo en un abismo profundo y reconfortante donde no había ni dolor ni aire.

61

El cuerpo del cartero pesaba demasiado, pensó Montenegro mientras arrastraba a Esteban, aún inconsciente, hasta la parte trasera de la furgoneta. A esa hora de la mañana, el estacionamiento estaba lleno de vehículos de reparto esperando iniciar su jornada, por lo que debía actuar con rapidez para evitar encontrarse con alguno de los empleados de la oficina. Subió al Renault 4 amarillo, encendió el motor y se puso en marcha, conduciendo por la carretera hacia su primer objetivo: recoger el pedido de vino de mistela en la bodega, inyectar la batracotoxina en las botellas y entregarlas en la catedral de Mondoñedo.

Mientras conducía, Montenegro orientó el retrovisor hacia el asiento trasero para comprobar si el cartero seguía inconsciente. Aún no daba la menor señal de recuperar el sentido. Con una mano, cogió la carpeta con la hoja de recogida donde estaba anotada la dirección de la bodega. A pocos kilómetros, se desvió por una tranquila senda que lo llevó a una zona boscosa. Estacionó la furgoneta en un claro y, con esfuerzo, arrastró el cuerpo del cartero fuera del vehículo. Lo ató con correajes a uno de los pinos cercanos.

—Aquí estarás bien —susurró Montenegro mientras subía de nuevo al Renault 4.

Antes de ponerse en marcha, sacó de una pequeña bolsa de cuero unas gafas de montura plateada estilo aviador, junto con unos postizos de bigote y cejas. Se los colocó cuidadosamente, transformando su apariencia. Luego, con precisión militar, se cambió al uniforme de empleado de Correos. Con su disfraz completo, arrancó el coche y dejó atrás a Esteban, que en pocos minutos recobraría el conocimiento.

Media hora después, Montenegro llegó a la nave industrial señalada con un cartel oxidado que rezaba «Bodegas Aliña S. L.».

Aparcó la furgoneta y subió por las escaleras de metal hasta una puerta de cristal. Un cartel escrito a mano señalaba la dirección de las oficinas. Al entrar, una mujer de unos cuarenta años, con pelo corto y mechas rubias, lo miró desde detrás de un mostrador.

—¿Hoy no ha venido Esteban? Quería felicitarlo por su cumpleaños —preguntó la recepcionista, decepcionada.

—No, hoy se ha tomado el día libre —respondió Montenegro, mostrando la hoja de entrega.

Recogió la caja de cartón precintada y la colocó en la parte trasera de la furgoneta. Tras abandonar el polígono, regresó al lugar donde había dejado al cartero atado al pino. Para entonces, Esteban ya había recuperado la conciencia. Cuando Montenegro se acercó, lo vio luchar desesperadamente contra los correajes, con los ojos abiertos de par en par por el pánico.

Se arrodilló frente a él y ajustó las ataduras para asegurarse de que no podía liberarse. Registró su cartera y la inspeccionó con indiferencia.

—Esteban... —murmuró— lamento todo esto, pero no te preocupes. Tan pronto como termine lo que tengo que hacer, avisaré a la policía para que encuentren tu cuerpo. Tu familia no debe sufrir demasiado.

Le quitó la mordaza y sujetó su mandíbula con firmeza, forzando su boca a abrirse. Con un movimiento rápido, vertió el contenido del vial en su boca, obligándolo a tragar. Los efectos no tardaron en manifestarse.

Esteban comenzó a sudar profusamente; su camisa se pegó a su piel empapada. Su respiración se volvió errática, boqueando como si intentara desesperadamente absorber aire que nunca llegaba a sus pulmones. De repente, su cuerpo fue sacudido por espasmos violentos, cada músculo retorciéndose sin control. Los ojos se le desorbitaron, y un gemido ahogado escapó de su garganta antes de que su boca se llenara de espuma blanquecina.

Los temblores continuaron durante unos minutos más, hasta que el cuerpo de Esteban quedó inmóvil, colgado grotescamente del pino, atado como un muñeco roto. Montenegro observó el resultado

en silencio, luego se levantó y, con guantes de goma, guardó el vial en una bolsa transparente.

—Por cierto, feliz cumpleaños... —susurró Montenegro antes de regresar a la furgoneta.

En el portón trasero, rompió el precinto del paquete que contenía seis botellas de vino con una etiqueta personalizada para la catedral de Mondoñedo. Sacó otro vial del estuche negro y, con precisión quirúrgica, inyectó la cantidad justa de toxina a través de los tapones de corcho. La dosis era suficiente para provocar un colapso del sistema nervioso y muscular con una sola copa de aquel vino.

Una hora después, Montenegro llegó a la catedral. Entregó el paquete en la oficina y observó, a través de la entrada, cómo un joven sacerdote, vestido con sotana, recogía la caja y la llevaba al interior del edificio.

62

Al obispo Camargo le encantaba el boato con el que la sacristía de la catedral le recibía cada domingo. Lo primero que hacía era pedir a su ayudante una palangana de cobre del siglo XVI para lavarse cuidadosamente las manos. En aquel espacio cargado de historia, se regodeaba observando el pasado a través del retablo barroco que dominaba el frontis. El primer cuerpo del retablo estaba compuesto por lienzos de San Pedro, San Juan Evangelista y San Pablo, pero lo que realmente atraía su atención era la representación de la Piedad: la Virgen, rota de dolor, sostenía el cuerpo inerte de Cristo, extendido a lo largo de la escena. Esa imagen cobraba ahora una relevancia especial en su vida, después de haber comunicado al arzobispo de Santiago su renuncia a la diócesis de Mondoñedo por motivos de salud.

El arzobispo había aceptado la renuncia, pero con la condición de que Camargo permaneciera en su puesto hasta que concluyera la visita del papa a Santiago de Compostela. Con sesenta y cinco años, Camargo se consideraba joven para retirarse. Se mantenía en buena forma, tanto física como mental, y una organización exitosa de la visita papal habría impulsado su carrera, tal vez llevándolo a un puesto más alto dentro de la curia romana. Pero sus sueños se vieron truncados por un pasado que lo acosaba como un fantasma: la colonia, las desapariciones, los errores. Había pedido perdón a Dios una y otra vez, pero sentía que nunca sería suficiente.

Una furia inesperada lo invadió. Golpeó con fuerza la palangana de cobre, que cayó al suelo con un estruendo, derramando el agua por todas partes. El eco del golpe resonó por toda la catedral, atrayendo a un joven sacerdote moreno, con gafas de pasta negra.

—¿Monseñor, se encuentra bien? —preguntó el sacerdote, alarmado.

—Sí... —dijo Camargo, aún turbado—. Ha sido un accidente. Padre, avise a alguien para limpiar este desastre, por favor.

El sacerdote se retiró, y Camargo, tembloroso, abrió uno de los cajones de las cajonerías rococó. Sacó una botella de bourbon, se sirvió una copa y la bebió de un trago. Volvió a guardar todo con cuidado, como si el acto de ordenarlo pudiera devolverle algún control sobre su vida.

Momentos después, el sacerdote regresó para ayudarle a vestirse con las vestimentas litúrgicas. Camargo aceptó la ayuda en silencio, mientras el joven sacerdote le colocaba primero el amito sobre los hombros, asegurándolo con cuidado. Luego, le ayudó a ponerse el alba, una túnica blanca que caía hasta los tobillos. Con los brazos extendidos en cruz, permitió que le ajustara el cíngulo alrededor de la cintura, atándolo firmemente. Finalmente, el sacerdote le colocó la casulla roja, ribeteada con finos arabescos dorados, símbolo de la solemnidad de la misa que estaba por celebrarse.

Los otros sacerdotes entraron entonces en la sacristía, se inclinaron para besar el anillo pastoral del obispo y comenzaron a vestirse también para la misa.

La catedral estaba abarrotada aquella mañana. Representantes políticos y económicos locales ocupaban las primeras bancadas, mientras el resto del espacio estaba lleno de fieles. Era una misa importante, la última de Camargo como obispo de Mondoñedo y un preludio a la esperada visita del papa. El coro, situado junto al rosetón, entonaba la Pasión según San Mateo de Bach, elevando el tono místico de la celebración.

La liturgia avanzó solemnemente hasta la eucaristía. Camargo alzó la patena y recitó las palabras:

—Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre...

Luego levantó el cáliz, brillante con sus pedrerías, y bebió con devoción. Saboreó el vino y lo sintió descender por su garganta. Apenas terminó la plegaria, una extraña sensación de calor recorrió su cuerpo.

El momento de la comunión llegó, y Camargo descendió con solemnidad las escaleras del presbiterio. Repartió el pan sagrado entre los feligreses, repitiendo la misma frase una y otra vez, como una letanía:

—El cuerpo de Cristo.

Entonces, un sacerdote joven, de tez pálida y ojos azules penetrantes, se arrodilló ante él. Camargo vaciló al ver un tatuaje que asomaba desde el cuello del sacerdote. El joven tomó la hostia y, al recibirla, se inclinó para susurrarle:

—Sanguine diro placatur, Pater.

Las palabras le atravesaron como una daga. De repente, un temblor recorrió su cuerpo. Su corazón pareció detenerse por un segundo, y las piernas le fallaron. Los murmullos de la congregación se hicieron eco en su mente mientras el mundo a su alrededor comenzaba a desmoronarse. Los sacerdotes a su lado lo sujetaron antes de que cayera, pero su cuerpo ya no respondía.

Lo llevaron de vuelta a la sacristía, donde le ofrecieron un vaso de agua. Intentó cogerlo, pero sus manos temblaban incontrolablemente. El vaso se le escapó de entre los dedos y se rompió contra el suelo.

Un dolor agudo apretó su pecho, robándole el aliento. Trató de agarrar la casulla de uno de los sacerdotes, pero sus dedos no tenían fuerza. Su lengua se paralizó, y solo un gemido ronco escapó de su garganta.

—Ilustrísima, ¿se encuentra bien? —La voz lejana del sacerdote resonaba como en un túnel. Su visión se nubló y la catedral se desvaneció en una neblina gris que se tornó azabache. Camargo se deslizó en una oscuridad infinita, un viaje del cual no habría retorno.

63

La médico forense, con los guantes quirúrgicos puestos, mascaba chicle mientras examinaba el cuerpo del obispo. Sostenía el rostro de Camargo por el mentón, tratando de encontrar respuestas en su cuerpo inerte.

—A Camargo lo envenenaron con una toxina muy potente —dijo finalmente—. Ya la he enviado al laboratorio para que la analicen, pero parece ser de las que atacan el sistema nervioso directamente. Provocó una parálisis masiva que derivó en un fallo respiratorio, seguido de un ataque cardíaco casi instantáneo. —Hizo una pausa, levantando el rostro del obispo para mostrar algo a Vargas—. ¿Ves su boca, inspectora? —señaló con un dedo enguantado—. Esta secreción blancuzca nos indica que su sistema respiratorio colapsó rápidamente, afectando la lengua, la faringe y la epiglotis. El pobre hombre debió sufrir mucho antes de morir.

Vargas observaba en silencio mientras la doctora hablaba. Tras su explicación, la forense cerró con cuidado la cremallera de la bolsa mortuoria que envolvía a Camargo. Dos funcionarios cargaron el cuerpo en una camilla y se lo llevaron. Vargas se quedó pensativa, observando cómo el cadáver de Camargo salía de la sacristía. A pocos metros, Marzán daba vueltas por la sala, abriendo y cerrando cajones repetidamente, como si buscara algo que no lograba encontrar.

—¿Sabemos cómo y cuándo llegó el veneno al cáliz? —preguntó en voz alta, intentando ordenar sus pensamientos.

—Al parecer, lo inocularon en el vino de mistela que entregó un empleado de Correos ayer —contestó Delgado, que acababa de entrar en la sacristía—. Es el encargo semanal que la catedral recibe para la misa. Así que era solo cuestión de tiempo antes de que el veneno llegara a la copa de Camargo.

—Entiendo. Pero ¿los otros sacerdotes? ¿No deberían haber bebido del mismo cáliz? ¿Cómo es que no les pasó nada?

—Según el deán de la catedral, Monseñor era muy estricto con eso. Nunca dejaba que nadie más bebiera de su cáliz ni tocara su vino. Era una de sus excentricidades. Eso probablemente lo sabía la persona que lo envenenó, de lo contrario estaríamos hablando de muchas más muertes.

Delgado consultó rápidamente su cuaderno de notas. Luego, mostró una sonrisa de complicidad hacia Vargas. Ella no pudo evitar devolvérsela; hacía mucho que no veía a Manu tan animado, y no podía negar que se veía especialmente atractivo con su camiseta negra de cuello redondo y la blazer de tweed. Manu señaló hacia Marzán, que seguía olfateando la madera de los cajones con una expresión concentrada.

—¿Qué estás haciendo, Suso? —preguntó Delgado, divertido.

—Me encanta el olor de la caoba antigua —respondió sin levantar la vista, con una seriedad que hizo que ambos intercambiaran una mirada de incredulidad—. Es como si el tiempo hubiera dejado su huella en estos muebles. Es fascinante.

Vargas se acercó, ignorando el comentario.

—¿Has encontrado algo?

—Ha cambiado su modus operandi.

—Eso está claro —dijo Delgado con algo de fastidio.

—No lo entiendes, Delgado —insistió Marzán—. No tiene sentido. Después de toda la teatralidad y el simbolismo en los asesinatos de Rivera, Quiroga y Carrión, ahora envenena a Camargo de una forma... tan simple, tan... descuidada.

—¿Descuidada? —Vargas frunció el ceño, sin captar del todo.

—Sí, descuidada —Marzán hizo una pausa, reflexionando—. Es como si ya no le importara tanto el ritual. O peor aún, como si estuviera planeando algo más grande. Siente que tiene impunidad, que está protegido... por alguien o por algo. —Miró a Vargas a los ojos—. ¿Tenemos alguna información sobre el veneno que usó?

El trío permaneció en silencio por unos segundos, observando cómo dos agentes de la unidad científica, vestidos con monos blancos, introducían las botellas de vino en un contenedor especial.

—Aún no —dijo Vargas—. Las muestras ya están en el laboratorio, pero no tendremos los resultados hasta mañana.

En ese momento, un joven cabo de la Guardia Civil, rubio y de ojos claros, se acercó a ellos.

—Inspectora, tenemos más información. Hablamos con algunos testigos de la misa. Parece que Monseñor reconoció a alguien entre los asistentes durante la comunión. Un sacerdote, según varios testigos... y mencionan que tenía unos ojos azules muy intensos.

—Montenegro —susurró Marzán.

El cabo continuó, revisando sus notas.

—También hemos encontrado al empleado de Correos que desapareció ayer. Lo hallaron muerto y atado a un árbol. Y una testigo en la bodega donde se elaboró el vino ha reconocido a Montenegro. Estaba disfrazado, pero su altura y complexión coinciden.

—¿Algo más? —preguntó Vargas, con la mirada fija en el cabo.

—Sí, inspectora. Hace un par de días, hubo un incendio en un caserón de la Costa da Morte. Los bomberos han confirmado que fue provocado. Entre los restos encontraron lo que parece ser un laboratorio clandestino en el sótano. Suponemos que Montenegro lo estuvo usando como escondite.

Vargas asintió, asimilando la información, y despidió al cabo con un gesto de cabeza. Se giró hacia Marzán.

—Suso, esto no tiene sentido. No puede haber hecho todo esto solo. ¿Recuerdas lo que nos dijo Camargo?

—Sí. Que tal vez nuestros aliados más cercanos no lo sean tanto.

—Exacto. Esto es mucho más grande de lo que pensábamos. Debemos investigar las conexiones con los Carbonari. Si ese caserón que se incendió en la Costa da Morte era su escondite, está claro que alguien lo está ayudando.

Vargas se volvió hacia Delgado.

—Manu, organiza una reunión con Castro. En comisaría.

—¿En comisaría? —dudó Delgado—. No creo que un alto cargo quiera venir aquí para un interrogatorio.

—Maldita sea, Manu, invéntate algo —respondió molesta—. Dile que es información sensible, lo que sea, pero tráelo.

Delgado la miró, sorprendido por la intensidad de su tono, y trató de suavizar la situación.

—Noela, ¿qué te pasa? —dijo mientras la agarraba de la muñeca —. Estás demasiado involucrada en este caso. Hace poco que saliste del hospital. Deja que yo lo termine y tú te llevas todo el crédito de la investigación.

Vargas lo miró, visiblemente molesta.

—Te lo he dicho muchas veces, no seas condescendiente conmigo —dijo fríamente mientras se liberaba de su mano—. No me gusta que cuestionen mi estabilidad.

Se giró bruscamente, avanzando hacia la puerta, con Marzán siguiéndola de cerca. Pero, incluso sin mirarlo, sintió la mirada helada de Delgado clavada en su espalda.

64

El Audi 80 de Marzán se abrió paso entre los bosques de eucaliptos que flanqueaban la carretera comarcal. Vargas, sentada en el asiento del copiloto, observaba la estela verde mientras sus pensamientos divagaban. La actitud de Manuel en la sacristía la había molestado profundamente y la había dejado llena de dudas. Siempre había creído que él la apoyaba sin reservas, pero sus palabras en la catedral de Mondoñedo revelaban una sombra de desconfianza que no esperaba.

Los acontecimientos de las últimas semanas desfilaron en su mente como las imágenes de un viejo kinescopio: rápidas, fugaces. Los asesinatos, los cuerpos, el miedo, el encuentro con Montenegro en la fundición... Allí, por primera vez en mucho tiempo, había sentido un verdadero miedo por su vida. ¿Realmente había superado la muerte del hijo de su mejor amiga? ¿O solo estaba fingiendo estar bien, tratando de volver a ser la persona que era antes? Cada vez que se lo preguntaba, sentía que esa coraza emocional que había construido empezaba a desmoronarse. Atrapar a Montenegro era su prioridad ahora, y no permitiría que nada, ni nadie, la detuviera. Estaba tan cerca de resolverlo que sentía que lo tenía al alcance de los dedos, pero en lo más profundo, algo le advertía que el final sería más terrible de lo que imaginaba.

Suso la observaba de reojo, con una pregunta asomando en su mirada, aunque parecía no encontrar las palabras adecuadas. El ambiente en el coche estaba tenso, solo suavizado por la voz del locutor de radio, que narraba las noticias del día con solemnidad. Anunció que solo quedaba una semana para la llegada del papa Juan Pablo II al aeropuerto de Lavacolla. Las emisoras locales se llenaban de noticias sobre los preparativos y la expectación creciente.

A pesar de la calma aparente, el rostro de Artai Montenegro ocupaba la mente de Vargas. Desde aquel encuentro en la fundición, una parte de ella no podía dejar de pensar en él. ¿Por qué no la había matado cuando tuvo la oportunidad? Había algo en su mirada que iba más allá del odio. Y, aunque lo temía, también sentía una extraña atracción por su complejidad, como si Montenegro fuera un agujero negro, absorbiendo toda la luz que lo rodeaba.

La reflexión la inquietaba. Su modus operandi había cambiado con Camargo, alejándose del perfil habitual de un asesino en serie, pero todo lo que Montenegro hacía estaba marcado por el trauma de su infancia. Las cicatrices emocionales lo habían convertido en una marioneta en manos de alguien más.

—¿Qué sucede? —dijo de repente Vargas, dándose cuenta de que Marzán la observaba con una mirada inquisitiva.

—Nada, solo pensaba... ¿qué pasó antes en la sacristía? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio incómodo.

Vargas suspiró y miró hacia la ventana. Los árboles seguían desfilando como sombras verdes.

—¿A qué te refieres?

—A la conversación con Manu. Parecía tensa.

—¿Tú también vas a sermonearme, Suso? —respondió ella, frustrada.

—No es eso. Sé que Delgado no me traga, y lo cierto es que tampoco me cae bien. Pero se preocupa mucho por ti, eso es evidente.

—Eso no le da derecho a cuestionar mis habilidades. Yo soy la inspectora a cargo de este caso, no él.

Marzán asintió en silencio, mientras los árboles desaparecían y el paisaje cambiaba. Tras una curva, la carretera se abrió hacia una llanura de cultivos de maíz que se extendía hasta encontrarse con la inmensidad del océano Atlántico. A lo lejos, entre la niebla de la mañana, se distinguía el faro de Cabo Vilán, imponente, como un guardián vigilante. Delante de ellos, los restos carbonizados de un caserón se erguían de forma grotesca en medio de aquella belleza.

—Hemos llegado —dijo, deteniendo el coche en un pequeño claro cerca de las ruinas.

Vargas salió del coche, dejando que la brisa del mar la despejara. El olor a tierra quemada aún persistía en el aire. Las paredes ennegrecidas del caserón, despojadas de sus ventanas, se alzaban como testigos mudos de lo que allí había sucedido.

Marzán se unió a ella, en silencio. Ambos se quedaron observando los restos del edificio, tratando de imaginar lo que Montenegro había hecho en ese lugar.

—Parece que aquí es donde estaba oculto todo este tiempo.

—Y donde preparaba algo más grande —añadió, con la mirada fija en las ruinas—. Si todo lo que hemos descubierto es cierto, no estaba actuando solo. Aquí hay más personas implicadas.

Vargas asintió, con su mente trabajando a toda velocidad. ¿Montenegro estaba siendo manipulado? ¿Y si toda esta serie de asesinatos no era más que la preparación para algo mayor? ¿Un atentado durante la visita del papa, quizás? Los cabos sueltos se entrelazaban de forma siniestra.

—Tenemos que atar estos hilos antes de que sea demasiado tarde —dijo Vargas, volviendo a su tono habitual de mando—. Suso, quiero saber todo sobre este lugar. Y necesitamos hablar con Castro cuanto antes.

Mientras el viento agitaba su cabello, Vargas se prometió a sí misma que atraparía a Montenegro. Esta vez, no habría margen para el error.

65

—¡Ranas! —exclamó Marzán, golpeando suavemente con la punta de su bolígrafo la silueta calcinada de uno de los batracios desparramados en el suelo del viejo sótano.

El olor a gasolina impregnaba el ambiente, intensificado por el calor sofocante que se acumulaba en el lugar. A pesar de los esfuerzos de los bomberos por enfriar las estancias, aún quedaban rescoldos humeantes que mantenían el aire cargado y espeso.

Caminó con cuidado por el suelo, que crujía bajo su peso, mientras sus ojos recorrían la devastación a su alrededor. Con las manos enfundadas en guantes de goma, examinó los restos del laboratorio, donde todavía quedaban algunos fragmentos de instrumental científico semiderretido y chamuscado. Marzán se detuvo por un momento, observando la escena con una mezcla de incredulidad y preocupación.

Todo apuntaba a que aquel sótano era el origen de la toxina que había matado al obispo Camargo. Montenegro no solo había dejado rastros de su actividad, sino que lo había hecho de manera que indicaba una planificación meticulosa. Era obvio que había elaborado una gran cantidad de veneno antes de quemar el laboratorio y desaparecer. Pero ¿cuánto, y para qué? ¿Cuánto tiempo había pasado allí antes de que le avisaran de que la policía estaba cerca?

El sonido de los flashes de las cámaras lo distrajo. Dos policías de la unidad científica seguían tomando fotografías del lugar, mientras Marzán sacaba una bolsa de pruebas y la usaba para guardar una de las ranas calcinadas. Al alzar la bolsita, la luz que entraba por las pequeñas ventanas del sótano iluminó brevemente los restos del batracio. Era un testigo mudo de lo que había ocurrido allí, de la preparación de un veneno mortal.

Desde el sótano, pudo ver a Noela Vargas en el exterior, conversando con un par de guardias civiles. La inspectora hojeaba

un dossier con gesto concentrado, pasando las páginas una y otra vez, como si buscara algo que había pasado por alto. Marzán observó su postura decidida y profesional, pero su mente no pudo evitar notar lo bien que le sentaban los vaqueros negros que vestía. Aunque Delgado claramente tenía una conexión más personal con ella, Marzán también sabía reconocer la fortaleza y belleza que irradiaba.

Dejó atrás los escombros y salió al exterior, sacudiéndose el polvo que se le había acumulado en la ropa. Al llegar junto a Vargas, estrechó la mano de los dos guardias civiles que la acompañaban y tomó la carpeta que ella le ofrecía. Se trataba de un informe forense recién llegado.

—El laboratorio ha identificado la toxina que mató a Camargo —dijo Noela, sin preámbulos—. Es batracotoxina, extraída de ranas punta de flecha, originarias de Colombia. Es una de las toxinas más letales que existen. Un gramo puede matar a miles de personas.

Marzán frunció el ceño, preocupado por las implicaciones.

—Dentro del caserón he contado al menos una docena de ranas muertas. Si Montenegro ha usado todas ellas para extraer el veneno... ¿cuánta cantidad ha podido fabricar? ¿Y para qué demonios planea usarlo?

Ambos intercambiaron una mirada. La magnitud de lo que estaban descubriendo comenzaba a cobrar una nueva y alarmante dimensión. Si Montenegro había cambiado su modus operandi y estaba fabricando veneno en lugar de realizar asesinatos rituales individuales, el objetivo debía ser algo mucho mayor. Algo masivo.

—Tenemos que hablar con el magistrado Maldonado cuanto antes —dijo Marzán, finalmente—. Este cambio en el comportamiento de Montenegro es preocupante. La elaboración de este veneno no puede ser una simple coincidencia. Hay algo más grande detrás de esto, y tengo la sensación de que puede ser grave.

Vargas asintió con una expresión tensa, pero firme.

—Estoy de acuerdo. En unos días miles de jóvenes se reunirán en el Monte do Gozo para la Jornada Mundial de la Juventud. Si

Montenegro ha producido una gran cantidad de veneno, tal vez su objetivo sea el evento.

La idea de un posible ataque masivo durante un evento religioso de esa magnitud hizo que el corazón de Vargas latiera con fuerza, pero mantuvo la compostura.

—¿Pero cómo?—preguntó, tratando de encontrar sentido a la situación —. No puede envenenar uno por uno a todos los asistentes. No tiene ningún sentido.

—Lo sé, pero si ha producido tanto veneno, algo está planeando. Y debemos considerar la peor posibilidad. Necesitamos aumentar el nivel de alerta en Santiago. Si Montenegro está planeando algo para la JMJ, no podemos esperar más.

Noela miró una vez más los restos del caserón. Sabía que cada minuto contaba.

—Está bien. Convoca una reunión con Maldonado y cuéntale todo lo que tenemos. Yo hablaré con el comisario García. Necesitamos que Santiago refuerce su seguridad inmediatamente.

El viento de la costa soplaba con fuerza, arrastrando el eco de sus palabras. Noela se despidió con un gesto de la mano y se dirigió al coche. Tenía una cita en el Instituto de Toxicología Forense para investigar más a fondo los efectos de la batracotoxina y su posible alcance. Marzán se citaría con Maldonado, quien podía ayudarles a entender el simbolismo de las ranas y el veneno, y prever los posibles planes de Montenegro.

—Solo nos queda una semana, Noela— dijo, consciente de la gravedad del asunto.

—Lo sé... lo lograremos.

Con esas palabras, Vargas se subió al coche, sabiendo que cada segundo era crucial. Montenegro había cambiado el curso de sus crímenes, y si no lo detenían pronto, Santiago de Compostela y la JMJ podrían convertirse en un escenario de horror inimaginable.

66

El Instituto de Toxicología Forense estaba ubicado en una imponente estructura de sillería dentro del histórico complejo del Instituto de Medicina Legal de la Universidad de Santiago, en la Rúa de San Francisco. Vargas llegó apresurada a su cita, deseosa de conocer en profundidad la naturaleza de la toxina que había envenenado al obispo Camargo y, así, esclarecer el peligro al que se enfrentaban. La mañana era espléndida en Santiago de Compostela, pero Vargas no podía disfrutarla; llegaba con tres cuartos de hora de retraso al encuentro con el doctor Vílchez, un experto en toxinología.

Durante la noche, sus sueños se habían entremezclado con imágenes de crímenes, recuerdos de la fundición y la constante sensación de que el tiempo se le escapaba de las manos. Su despertador no sonó, y ahora caminaba con rapidez, tratando de recuperar esos valiosos minutos perdidos. Pensó, no por primera vez, en cómo el caso estaba afectando a su vida personal y en la necesidad de unas relajadas vacaciones cuando todo terminara.

Al llegar a la recepción del Instituto, fue recibida por un ujier de alrededor de sesenta años, vestido con un uniforme azul desgastado. Tras hacer una llamada telefónica, el ujier la dirigió a una pequeña oficina, donde el doctor Vílchez, un hombre alto, con cabello blanco y ojos cansados, la esperaba. Con un gesto amable, aunque con cierto reproche en su tono, le estrechó la mano.

—¿Inspectora Vargas? La esperaba hace tres cuartos de hora.

—Lo siento mucho, doctor. No calculé bien el tiempo— se disculpó Vargas, sintiendo que su excusa no sonaba del todo convincente.

Vílchez asintió, aunque sin rencor, y la invitó a seguirlo a su despacho. La sala, pequeña y abarrotada de papeles y archivadores, reflejaba la vida de un científico dedicado. A través de una gran cristalera, Vargas pudo ver un laboratorio lleno de actividad, donde

varios jóvenes con batas blancas trabajaban diligentemente. El despacho de Vílchez tenía el aire de un refugio intelectual: carpetas apiladas en cada rincón, una foto familiar enmarcada en un extremo de la mesa y estanterías repletas de libros técnicos en varios idiomas.

—Por favor, siéntese, inspectora— dijo Vílchez, mientras rebuscaba en sus cajones hasta encontrar un expediente marrón que colocó frente a él.

—El obispo Camargo murió debido a la ingesta de una toxina extremadamente potente: la batracotoxina— empezó Vílchez, hojeando el informe—. Atacó su sistema nervioso y causó un fallo cardíaco casi inmediato. Parece que la víctima tenía problemas respiratorios previos, lo que aceleró el proceso.

Vílchez hizo una pausa, quitándose las gafas de lectura y mirándola con una expresión pensativa.

—Esta toxina proviene de ranas de la familia de los dendrobátidos, comúnmente conocidas como ranas punta de flecha. Son originarias de América Central y del Sur, especialmente en zonas de Costa Rica, Panamá, Colombia, Perú y Ecuador. Curiosamente, las ranas no generan la toxina por sí mismas; la metabolizan a partir de los insectos que consumen, lo que las convierte en mortales para los depredadores.

—¿Y cómo pudo haber llegado hasta aquí, doctor?— preguntó Vargas, mientras reflexionaba sobre los restos que habían encontrado en el laboratorio clandestino.

—La importación de especies exóticas está muy regulada, inspectora. Si estas ranas llegaron a España, debieron hacerlo evadiendo los controles. Lo más probable es que se hayan usado rutas de contrabando de animales, y esto, créame, no es algo que pueda hacer una sola persona.

Vargas entregó unas fotografías del laboratorio que habían encontrado en el caserón incendiado, y Vílchez las examinó con detenimiento.

—Parece que quien creó este veneno sabe exactamente lo que está haciendo —dijo Vílchez tras unos segundos—. El proceso de extracción y concentración de la batracotoxina es complejo. Los

indios Chocoes de Colombia la usan desde hace siglos para untar las puntas de sus flechas de caza. Si quien ha hecho esto sigue ese procedimiento ancestral, estamos ante alguien extremadamente peligroso. Con la cantidad de ranas que menciona en el informe, podrían haber producido suficiente veneno para matar a miles de personas.

La preocupación en la cara de Vílchez reflejaba la gravedad de la situación. Vargas tragó saliva, considerando las implicaciones.

—¿Es posible que estén planeando un atentado masivo?— preguntó, recordando el próximo evento de la Jornada Mundial de la Juventud—. ¿Cómo podría utilizar el veneno?

—Desafortunadamente, es muy factible —continuó Vílchez, su tono grave acentuando la urgencia de la situación—. La batracotoxina no tiene olor ni sabor, y se puede disolver en líquidos o ser esparcida en alimentos sin que nadie se dé cuenta. En un evento como el que describe, con miles de personas congregadas, la toxina podría pasar desapercibida hasta que fuese demasiado tarde. Las consecuencias serían desastrosas.

El escenario que describía Vílchez caló hondo en Vargas. Sabía que estaban enfrentándose a una amenaza mucho mayor de lo que habían anticipado. Y lo peor de todo era que Montenegro no parecía estar solo. Operar a este nivel requería apoyo logístico, lo que significaba que posiblemente había más cómplices trabajando en la sombra.

—¿Qué medidas podríamos tomar para evitar algo así? —preguntó Vargas, tratando de adelantarse a la catástrofe.

—Es difícil decirlo sin saber cómo piensa actuar, pero debe estar en la fase final de su plan. Lo que sí está claro es que cualquier exposición de la toxina, ya sea en el agua o en alimentos, tendría un impacto inmediato y letal.

Vargas asintió lentamente, procesando la información. El tiempo corría en su contra, y ahora sabía que Montenegro podía estar planeando algo mucho más grande de lo que inicialmente habían imaginado.

—Muchas gracias por su ayuda, doctor— dijo Vargas, tendiéndole la mano para despedirse.

Vílchez aceptó el apretón y le deseó suerte con un tono grave. Noela salió apresurada del despacho, su mente se llenó de pensamientos sombríos. A medida que recorría los pasillos del Instituto, el peso de la responsabilidad sobre sus hombros se hacía más evidente. Tenía que actuar rápidamente si quería evitar una tragedia en Santiago de Compostela. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, pero quedaban muchas incógnitas.

Sabía que solo les quedaba una semana para detener a Montenegro.

67

Era una tarde soleada en Malpica. Suso Marzán se citó con el magistrado Maldonado en su residencia de verano, un antiguo pazo recientemente restaurado con estilo y sobriedad. Maldonado cerró con cuidado un ejemplar de una vieja Biblia que estaba leyendo y lo devolvió a su lugar en la librería.

—Como sabrá, señor Marzán, en el Éxodo se relata la segunda de las siete plagas que sufrió Egipto. Miles de ranas surgieron del río Nilo, invadiendo todas las casas, incluso los aposentos del palacio del faraón. La plaga no distinguía entre ricos y pobres, y el faraón rogó a Moisés que intercediera ante Yahvé. Cuando las ranas murieron, el hedor desató una peste que mató a muchos egipcios. Este es uno de los primeros relatos religiosos en los que la rana se asocia al castigo y a la muerte a través de la enfermedad —explicó el magistrado con tono sereno, mirándolo con intensidad—. Curiosamente, en muchas culturas clásicas, la rana también representa la transición, el cambio. Es un animal que atraviesa varias etapas en su vida, y ese proceso se ha interpretado como un símbolo de crecimiento, incluso de redención.

Marzán y Maldonado pasaron al jardín, donde un imponente hórreo gallego estaba rodeado de azaleas. Maldonado lo invitó a sentarse en unos elegantes sillones de arpillera marrón, situados entre reproducciones de esculturas clásicas que daban al entorno un aire distinguido. Eran las primeras horas de la tarde, y un suave aroma a hierba recién cortada y regada impregnaba el ambiente.

—Magistrado, como sabe, sospechamos que la Jornada Mundial de la Juventud será el momento que Montenegro tiene en la mira. Mi duda es si hay algún significado ritual o histórico en su elección del veneno, la batracotoxina, que pudiera darnos alguna pista sobre el tipo de ataque que planea— dijo Marzán, sorbiendo con cuidado el café caliente.

—No me atrevería a confirmarlo, pero es posible. La elección de un veneno tan peculiar no es casual. En el mundo ritual celta, donde Montenegro parece haber encontrado inspiración, los tótems y símbolos tienen un papel crucial. La rana, en este contexto, representa el salto de un estado de conciencia a otro, del mundo terrenal al espiritual. Quizá Montenegro busca su propia redención a través de la muerte, pero no antes de cumplir la misión que él mismo se ha impuesto. Sabemos que ya ha cobrado venganza sobre aquellos que, en su visión, causaron la muerte de su hermano Xosé. Si no me equivoco, ahora ve a la Iglesia como la gran encubridora de esos hechos.

—¿Cree, entonces, que el Papa podría ser su objetivo?— Marzán miró al magistrado con gravedad.

—Quizá. Podría ser el objetivo más obvio, pero no es una certeza. Usted mismo me ha dicho que Montenegro ha elaborado una gran cantidad de ese veneno. Creo que su objetivo es un colectivo, aunque no tengo claro que se trate solo de los jóvenes del JMJ.

—Existe la posibilidad de que se trate de los dignatarios eclesiásticos que acompañan al pontífice— aventuró Marzán.

—Puede ser. Pero ojalá tuviera respuestas más precisas para darle —respondió el magistrado, resignado—. Sé que usted y la inspectora Vargas están contra reloj. Pero, Marzán, hay algo que he aprendido de la Iglesia: el primer sacramento, la Eucaristía, es el momento cumbre de la misa, cuando los fieles reciben el cuerpo y sangre de Cristo en forma de hostia consagrada. Ese ritual podría interpretarse también como un puente entre el plano espiritual y el terrenal. Si Montenegro decidiera actuar en un momento tan simbólico, podría ser durante la misa del próximo domingo en Monte do Gozo.

La calma de la tarde fue interrumpida repentinamente por el sonido estridente del teléfono en el interior de la casa.

—Disculpe un momento — dijo Maldonado, levantándose.

Marzán asintió con un leve gesto, y su mente divagó, hipnotizado por el murmullo de los aspersores que se habían activado en el jardín. Un pensamiento fugaz le hizo reflexionar sobre el destino de Montenegro: ¿habría sido así si su infancia hubiese transcurrido de forma distinta, rodeado de afecto en lugar de odio? La vida de un

niño transformada por la crueldad de una institución, marcada por una época feroz y sombría.

La reflexión lo llevó a pensar en Mason, a quien echaba de menos cada día más. Sabía que estaba a punto de regresar de su largo viaje a San Francisco, y sentía que había llegado el momento de sincerarse y decirle cuánto lo quería.

—Señor Marzán, es para usted— dijo Maldonado, volviendo al jardín y señalándole el teléfono.

Marzán dio un último sorbo a su café y se levantó. Caminó hasta el vestíbulo, donde un teléfono verde agua estaba colgado en la pared, junto a una repisa con notas manuscritas y algunas guías telefónicas algo desgastadas.

—¿Marzán?— La voz de Noela Vargas llegó nítida, aunque de fondo se escuchaba el bullicio de un sitio concurrido—. Oye... Delgado ha conseguido concertar una reunión con Castro aquí en Santiago de Compostela. En unos minutos su avión va a aterrizar en Lavacolla. He venido a recogerlo al aeropuerto. Estoy segura de que sabe más de lo que nos ha dicho sobre el rol de Montenegro y sobre si alguien más puede estar detrás de un posible atentado. Te necesito en la comisaría; nos vemos allí.

—Estupendo. Acabo de hablar con Maldonado, y todo apunta a que el plan de Montenegro tiene como objetivo causar el mayor daño posible a la Iglesia. Estamos al límite, Noela, nos queda menos de una semana para la Jornada Mundial de la Juventud y no tenemos ni idea de dónde está escondido. Creo que debemos prestar especial atención a la misa del domingo en Monte do Gozo. Es una oportunidad perfecta para él.

—Lo sé, ya he hablado con el comisario García. Vamos a redoblar la vigilancia, tanto de la Guardia Civil como de la Policía. Este fin de semana se esperan más de trescientos mil peregrinos en Santiago. Además, estamos interrogando a los habitantes de las aldeas cercanas a la casa donde Montenegro se ocultaba. Quizá alguien pueda reconocerlo y darnos alguna pista de su aspecto actual. Estamos cerca... lo atraparemos.

—Dios te oiga, Noela.

68

Cinco días para la visita del Papa

—Vargas... espero que tu corazonada sobre Arturo Castro sea cierta y nos dé alguna pista para llegar hasta Montenegro. Como sabes, Castro es un hombre con gran influencia y podría apartarnos del caso en cualquier momento. No le ha hecho ninguna gracia que lo saquemos de sus plácidas vacaciones en Formentera para un interrogatorio. Sé cautelosa con las preguntas, por favor.

La inquietud del comisario García era evidente, y lo reflejaba en su voz baja, casi en una letanía dirigida a Vargas, quien observaba a Castro, el alto funcionario, a través de las persianas venecianas de la sala de interrogatorio. Parecía un tigre enjaulado; su incomodidad era palpable y a Vargas le encantaba verlo así. Castro se secó el sudor de la frente varias veces con un pañuelo. Ella había escogido aquella sala deliberadamente, donde el sol de agosto daba de lleno al mediodía, asegurándose de que la incomodidad trabajara a su favor.

A través de la cristalera, vio cómo Manuel entraba en la sala y le ofrecía a Castro un vaso de agua. Intercambiaron algunas palabras, y por un instante tuvo la sensación de que se conocían, una sospecha que descartó rápidamente. Él se dio cuenta de su mirada curiosa y le hizo un leve gesto de aprobación para que entrara. Noela lo hizo con una sonrisa amplia, buscando crear la apariencia de que Castro tenía una aliada, no una enemiga, al otro lado de la mesa. Manuel permaneció en una esquina de la sala, mientras ella se sentaba frente a Castro y colocaba una carpeta blanca con el escudo de la Policía Nacional sobre la mesa.

—Inspectora... ¿a qué viene esta pantomima?— protestó Castro, visiblemente molesto—. Llevo esperando aquí media hora en este horno sin saber para qué. Espero que sea realmente importante para que me hayan sacado de mis vacaciones y traído a esta pocilga. ¿Ya atraparon a Montenegro? Porque esa es la única noticia que me interesa. Si no es así, con una llamada estaré fuera de esta comisaría en un par de minutos.

—No se preocupe, Arturo. No está usted aquí para ser interrogado — Vargas mantuvo su sonrisa—, y lamento si dimos esa impresión.

Castro aflojó ligeramente la tensión y cambió de tono.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarles?

—En conversaciones previas no mencionó conocer a Montenegro.

—¿Cómo dice? —respondió sorprendido—. Claro que no lo mencioné, porque no lo conozco. ¿A qué viene esa pregunta? —Era evidente que la cuestión lo incomodaba.

—Porque creemos que Montenegro no está actuando solo y que alguien le está proporcionando apoyo en las sombras. Y queremos saber quién podría ser. Creemos que tanto usted como él podrían tener o haber tenido conexiones con los Carbonari.

Vargas dejó de sonreír.

—¿Y en qué basa esas suposiciones?

—Vamos, Castro... Sería imposible que un solo individuo, cuya cara aparece en todos los noticiarios, haya ejecutado estos asesinatos sin ayuda logística ni acceso a información privilegiada. Necesitamos que comparta con nosotros cualquier dato relevante que tenga, o me veré obligada a denunciarle por obstrucción a una investigación criminal.

Justo en ese momento entró Marzán, saludando a Vargas, quien asintió. Castro frunció el ceño y en su rostro apareció una mezcla de desprecio y desafío.

—Inspectora, no puede acusarme de nada— contestó con desdén —. Y si tuviera información clasificada, tampoco podría compartirla con usted. Lo que creo —hizo una pausa, recorriéndolos con la mirada—, es que está desesperada porque su investigación está en vía muerta. No tengo ni idea de qué está hablando.

Vargas abrió la carpeta y ordenó frente a Castro las fotografías tomadas en la casa de Montenegro.

—Estas fotos son de un laboratorio clandestino— le indicó Vargas, señalando con el dedo una de las imágenes—. Montenegro ha sintetizado un veneno mortal extraído de la piel de una rana tropical de Sudamérica. Creemos que lleva encima suficiente toxina para matar a miles de personas. Estas ranas no pueden importarse sin contar con el apoyo de una organización que tenga acceso a los recursos necesarios.

El semblante de Castro cambió, y una chispa de sorpresa iluminó su mirada.

—Mierda… entonces lo han conseguido— murmuró.

—¿Qué han conseguido, Arturo? Estoy convencida de que Montenegro es la pieza central de un complot para atentar contra la Jornada Mundial de la Juventud. No sabemos todavía los objetivos exactos, pero nos queda menos de una semana para desentrañar este caso. Por favor, necesitamos su ayuda.

Castro la miró con una expresión en la que el nerviosismo y la duda competían por el dominio. Observó de reojo a Delgado, que le sostenía la mirada.

—Castro, se lo ruego— continuó consciente de que él comenzaba a ceder—. Si tiene información que ayude a evitar una tragedia, este es el momento. Solo se lo preguntaré una vez: ¿quién está detrás del complot? ¿Los Carbonari?

Castro tamborileó con los dedos sobre la mesa, sus ojos fijos en las fotos.

—Está bien... lo que les voy a contar es información confidencial que no debe salir de esta sala. Desde hace unos meses, el CESID ha estado investigando movimientos anti-Vaticano. Algunos miembros de nuestra sociedad podrían estar implicados, aunque hasta ahora no teníamos confirmación. Pero viendo esto —señaló las fotos—, parece que no íbamos desencaminados.

—¿Qué línea de investigación están siguiendo?

—Creemos que algunos Carbonari de la línea más tradicional y ortodoxa católica, seguidores del obispo Marcel Lefebvre, estarían

planeando un atentado contra el Papa en Santiago de Compostela.

—¿Marcel Lefebvre?

—Sí, el mismo que fue excomulgado el año pasado por Juan Pablo II por consagrar a cuatro obispos. Su excomunión provocó un descontento masivo entre sus seguidores, muchos de los cuales rechazan las reformas del Concilio Vaticano II.

—¿Cree que Lefebvre esté detrás de este complot?

—No lo creo. Lefebvre es un acérrimo opositor del Concilio, pero no es un revolucionario ni un terrorista. Sin embargo, entre sus seguidores hay grupos extremistas, muchos de ellos nostálgicos del nacionalcatolicismo, que están dispuestos a todo. Si estos grupos están detrás, utilizar a Montenegro como ejecutor encaja perfectamente con su modus operandi.

—¿Tienen identificados a estos grupos?

—Aún no. Pero después de ver estas fotos… —Castro apuntó con el dedo— diría que están más cerca de lo que creíamos.

—¿Cree que son capaces de utilizar a Montenegro para conseguir sus fines? —preguntó Marzán.

Castro miró las fotos con seriedad.

—Con la excomunión de Lefebvre, estos grupos están más radicalizados que nunca. Muchos ven en el Concilio un pacto con el diablo para recuperar la influencia sobre las Iglesias ortodoxas. Si me preguntan, sí, son capaces de manipular a Montenegro y utilizarlo.

—¿Por dónde empezamos?— dijo Vargas, frustrada.

Castro se secó la frente, que brillaba de sudor bajo el calor del mediodía.

—Es probable que haya prioratos y casas de retiro de la Fraternidad San Pío X en la región que siguen la doctrina instaurada por Marcel Lefebvre. Muchos de estos lugares son focos de disidencia. Si Montenegro tiene aliados en la zona, podrían estar allí.

—Manuel, revisa si alguno de estos lugares está cerca de Santiago de Compostela.

—Inspectora, eso es todo lo que puedo decirles —se excusó Castro, levantándose y poniéndose la chaqueta. Estrechó la mano de

Vargas—. Si surge alguna otra información relevante, se lo haré saber.

—Gracias, Arturo. Le acompañaremos de regreso al aeropuerto. Si recuerda algo más, no dude en llamarme.

Castro se marchó. Vargas se volvió hacia Marzán y le tendió la carpeta. Él la recibió con un gesto solemne.

—Nos vamos, Marzán. Tenemos trabajo que hacer, y el tiempo no está de nuestro lado.

69

El despacho del comisario García estaba tal y como Vargas lo recordaba. Las fotos familiares en las que aparecía junto a su mujer e hijos seguían en su lugar, retratando épocas pasadas, pero indudablemente felices. Las fotos de sus tres hijos, ya mayores y vestidos con togas y birretes de licenciados, y otras de sus primeros nietos cuando aún eran bebés, formaban una especie de fotonovela de una vida personal plena y entregada también al trabajo. Un retrato del rey Juan Carlos I, en actitud casi mayestática, presidía la estancia desde la pared, y una pequeña bandera española ondeaba al ritmo del aire que lanzaba el ventilador, siempre encendido a máxima potencia, en el rincón más apartado de la oficina.

Vargas observó la figura de Marzán. Permanecía de espaldas, absorto mientras contemplaba el incesante ir y venir de los coches patrulla a través de la ventana. Unos llegaban para comenzar la ronda; otros, para finalizarla, luego se acomodó en la butaca frente al comisario, quien repasaba el informe de la reunión con Castro. Entre líneas, rumiaba pensamientos ininteligibles, aguardando a que Delgado llegara con algún dato concreto sobre los prioratos y casas de retiro lefebvrianos que pudieran aportar alguna pista sobre el paradero de Montenegro.

Finalmente, García se reclinó en el butacón, entrelazó las manos tras la nuca y exhaló un suspiro profundo antes de comenzar.

—Bien, hagamos un repaso de lo que tenemos, inspectora —dijo en tono pausado, como si le pesara el propio resumen—. Por un lado, tenemos a un sospechoso a la fuga que, presuntamente, ha cometido cuatro asesinatos siguiendo un antiguo ritual celta de venganza, inspirado en un libro llamado Libro VI, en nombre de su hermano, muerto hace más de cuarenta años en un preventorio. No

solo anda suelto —añadió tras una pausa, mirando fijamente a Vargas—, sino que no hemos logrado hallar una pista clara de su escondite. Sospechamos, además, que no actúa solo. Podría estar siendo apoyado por una organización secreta cuyos orígenes se remontan a la Edad Media, con miembros en posiciones clave de poder económico, político y religioso. Entre ellos, algunos seguidores del obispo cismático Marcel Lefebvre —continuó—. Y ahora se cierne la sospecha de que varios de sus miembros estén preparando un atentado durante la visita del Papa a Santiago para la Jornada Mundial de la Juventud. Y, si esto es cierto, Montenegro sería el brazo ejecutor... con una cantidad indeterminada de una toxina llamada batracotoxina. Una sustancia tan letal que podría acabar con miles de personas usando tan solo unos gramos.

Vargas asintió mientras García la observaba detenidamente, y concluyó:

—¡Es de locos! ¿Cómo voy a contar esto al ministro?

Marzán, Vargas y García se quedaron en silencio. En un momento de pausa, el comisario sacó del cajón una botella de güiski Cardhu y, de la estantería, unos vasos de cristal colocados sobre una bandeja de plata. Con un ademán, les ofreció a Vargas y Marzán, quienes declinaron amablemente.

—Lo sé, comisario, parece increíble, pero solo quedan cinco días para que el Papa aterrice en Lavacolla, y si no detenemos a Montenegro antes, tendremos que emitir una alerta especial de vigilancia en el evento. ¿Con qué fuerzas contamos ahora?

—Tenemos un operativo especial de unos cuatro mil agentes, entre Policía Local, Guardia Civil y Policía Nacional, para vigilar la llegada de más de trescientos mil peregrinos a Santiago durante estos días. Además, dispondremos de dos helicópteros que sobrevolarán el Monte do Gozo antes, durante y después de la jornada.

—¿Quién coordina el dispositivo?

—El coronel Aramburu, de la Guardia Civil, hombre de confianza del ministro del Interior. Coordinó la seguridad del Mundial de Fútbol

del ochenta y dos con indudable éxito.

—¿Podemos concretar una reunión con él?

—Haré lo posible para concertarla cuanto antes— dijo García, reclinándose en su butaca, pensativo.

—Gracias, comisario.

—¿Creéis que el Papa puede estar en peligro?— preguntó el comisario, lanzando la cuestión al aire, como si temiera la respuesta.

—Lo dudo —intervino Marzán—. Está rodeado de mucha seguridad; Montenegro no podría acercarse a él. Aún no tenemos claro cuál es su objetivo. Podrían ser los peregrinos... o tal vez los sacerdotes y prelados que asistirán a la JMJ.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo? Es imposible tener control sobre todos ellos —dijo Garcia con frustración, mirando el mapa de Santiago de Compostela colgado en la pared.

—El magistrado Maldonado mencionó algo que debemos tener en cuenta. La rana, en el simbolismo celta, representa la transformación... y en la misa también hay un momento muy significativo en que esa transformación se manifiesta —recordó Marzán.

—¡La eucaristía!— exclamó Vargas, comprendiendo al instante.

—Exacto, Noela. Si Montenegro planea actuar en un momento de gran simbolismo, será durante la eucaristía. Es el punto culminante, el momento de redención. Y no creo que se detenga ante nada para alcanzar sus objetivos. Eso lo hace aún más peligroso.

—Joder, seguimos igual —murmuró Vargas, revisando sus notas—. Más de mil doscientos sacerdotes estarán presentes para dar la comunión en la misa del día 20 de agosto.

—Por eso mismo, Noela —intervino Marzán, reflexionando en voz alta—. Debemos descubrir quién lo está respaldando en todo este entramado. Y recuerda que la Jornada se celebrará durante los días diecinueve y veinte. Es posible que Montenegro sospeche que estamos un paso por detrás de sus planes, así que debemos mantener la vigilancia constante ambos días.

—No tenemos alternativa —asintió García—. Tendremos que identificar a cada uno de los mil doscientos sacerdotes que asistirán

y participarán en la comunión. Quizás Montenegro se infiltre entre ellos, ¿quién sabe?

Vargas se levantó de la butaca y se acercó a la ventana. Desde allí observaba, desde lejos, las calles animadas de Santiago de Compostela, donde turistas y peregrinos se mezclaban en un ir y venir constante. El aroma a incienso flotaba en el aire, mezclado con el repique de las campanas de la catedral. La escena era pintoresca y serena, pero en su mente solo podía pensar en la amenaza que se cernía sobre la ciudad.

—Es difícil creer que toda esta paz pueda ser amenazada por un hombre y una organización con objetivos tan oscuros —comentó Vargas, volviendo a su asiento.

García rompió el momento de reflexión.

—Debemos actuar con rapidez y precisión. ¿Qué hay de las pistas hasta ahora?

—Tenemos algunos indicios, pero aún no hemos conseguido cercar a Montenegro. Hay algo que me inquieta. Los mensajes que encontramos junto a los cadáveres, la forma en que están redactados, las firmas... parecen mensajes codificados dirigidos a alguien más, no a nosotros.

Los tres asintieron en silencio. En ese momento, Delgado entró apresuradamente en el despacho con un cuaderno de notas abierto en la mano.

—Ya tengo algo, comisario: un listado de los prioratos de la Fraternidad de San Pío X. Por lo que he averiguado, estos prioratos funcionan como centros de encuentro y retiro para los seguidores de la fraternidad. Suelen estar formados por tres sacerdotes y un prior. En Galicia he localizado varios de ellos.

Delgado le entregó la lista a Vargas, quien la revisó detenidamente.

—Mira, Marzán —señaló inclinando el cuaderno hacia él.

Marzán lo tomó y, al revisar el listado, se detuvo en un nombre que le hizo fruncir el ceño.

—¡No me jodas! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó el comisario.

—En el listado aparece un priorato cerca de la iglesia de Santa Mariña de Augas Santas. Esa es la iglesia que da nombre a la sociedad de la que formaban parte las cuatro víctimas de Montenegro. Esto no puede ser una coincidencia.

—¿Creen que este priorato podría tener alguna conexión con Montenegro?

—No tengo ninguna duda, comisario. Podría ser uno de los lugares donde Montenegro ha encontrado refugio o apoyo.

—Por cierto, esto podría ayudarnos también —intervino Delgado —. He averiguado el nombre del actual superior general de la fraternidad, el padre don Blas Romero. Está alojado en el Hostal de los Reyes Católicos y asistirá a la JMJ como invitado personal del Papa.

—Tenemos que hablar con él, Marzán —dijo Vargas, levantándose del butacón de inmediato.

—Si le parece, comisario —añadió Delgado, tomando el cuaderno que aún sostenía Vargas—, podría echar un vistazo al priorato de Santa Mariña para investigar más.

García asintió.

—Está bien... pero llévate a Requena contigo.

—Pero, comisario... —protestó.

—No quiero que vayas solo. No sabemos qué te puedes encontrar ahí —García se volvió hacia Vargas con una expresión seria—. Quiero que me mantengan al tanto de todos los avances... ¿entendido?

Noela sostuvo la mirada de Manuel por un momento. Desde el incidente en la fundición de Brens, algo había cambiado entre ellos; Delgado parecía cada vez más distante, y aunque no sabía si se trataba de resentimiento o algo más que desconocía, la incomodidad de aquel silencio la inquietaba.

70

Ya estaba en la recta final.

En aquel preciso momento, Montenegro fue plenamente consciente del tiempo transcurrido desde que conoció a Abelard Morandé, líder de los Carbonari. Era casi un niño cuando aquella experiencia lo convirtió en un hombre. Toda su vida la había vivido en la oscuridad, sin poder llevar la cuenta de los hombres a los que había asesinado por encargo de la sociedad. Aquella vida le permitió esconder bajo una gruesa capa de olvido el sufrimiento del pasado: la desaparición de su hermano Xosé, el terror infundido por el padre Rivera, los golpes, los abusos. Sí, todo quedó sepultado bajo una espesa niebla de cólera. Pero todo cambió con la llegada de aquella maldita correspondencia. Un espectro del pasado, como en Cuento de Navidad, despertó en su interior una tormenta de desesperanza, ira y despecho.

Esa figura se convirtió en la puerta de sus impulsos más oscuros. Sabía que lo estaban manipulando, pero su sed de venganza era más fuerte que su orgullo. Aquella información precisa y las instrucciones recibidas le habían permitido localizar a cada uno de los culpables de la desaparición de Xosé, convirtiéndolo en un espectro sin esperanza, impulsado solo por la búsqueda de redención.

Ahora, Montenegro estaba en aquella casa: su último peldaño hacia el destino. Allí fue donde todo comenzó, cerca de Santa Mariña, en el austero priorato de paredes encaladas, decorado con extrema sencillez. Una cama vieja, sobre cuyo cabecero pendía un crucifijo, era el único mobiliario decorativo. Una cómoda y un mueble con espejo y palangana componían la escena, semejante a la frugal habitación de un monje de clausura. Montenegro reflexionó sobre los

peores lugares que había conocido a lo largo de su vida, recordando los momentos oscuros que lo llevaron hasta allí.

En la habitación encontró un paquete envuelto en papel de estraza, atado con una cuerda. Al abrirlo, descubrió una sotana, un alzacuellos y unos zapatos negros baratos, junto con un pase plastificado que llevaba una fotografía y un nombre desconocido hasta ahora: Xavier Torres. Junto al paquete halló una misiva firmada por «un buen amigo». Las instrucciones precisas detallaban cómo y cuándo debía llegar a Santiago de Compostela para acceder al recinto donde el Papa celebraría la misa junto a los mil doscientos sacerdotes convocados para dar la eucaristía a los peregrinos en el Monte do Gozo.

Montenegro salió de la habitación y pasó por encima del cuerpo del verdadero padre Xavier Torres, al que suplantaría. Observó la estancia en silencio antes de cargar el cadáver del sacerdote hasta la entrada, dejando tras de sí un leve reguero de sangre. Con el cuerpo en el maletero de su coche, condujo varios kilómetros hasta un descampado solitario, donde empapó el vehículo con gasolina y lo prendió fuego. Terminados los preparativos, regresó al priorato y limpió meticulosamente cada superficie que había tocado, tratando de eliminar cualquier rastro que pudiera incriminarlo.

Al mediodía, Montenegro volvió a caracterizarse como el padre Xavier Torres, vistiéndose con una vieja cazadora de cuero marrón que encontró entre las pertenencias del sacerdote. Tras asegurarse de que la moto Derbi Coppa arrancaba sin problemas, se dispuso a abandonar la casa. Sin embargo, en medio del silencio, escuchó el motor de un coche acercándose. Con cautela, se asomó desde la ventana de la cocina y vio a un hombre alto y moreno con una pistola en la mano derecha. La figura le resultaba extrañamente familiar. Tenso y con su pistola Beretta 92 en mano, aguardó en la penumbra, hasta que la puerta principal se abrió con un ligero chirrido.

Una voz suave pero firme habló desde el umbral:

—Hola, Artai. Soy un buen amigo.

71

La monumental portada plateresca del Hostal de los Reyes Católicos se alzaba frente a la Plaza del Obradoiro en aquel día caluroso y húmedo de mediados de agosto. Un crisol de peregrinos de distintas razas y lenguas descansaba apoyado en sus mochilas sobre el suelo empedrado, formando grupos donde las voces (unas más altas que otras) y las risas se mezclaban en una algarabía que llenaba cada rincón de la ciudad. A solo dos días de la llegada del avión papal al aeropuerto de Lavacolla, chicos de todos los rincones del mundo se habían dado cita en aquel punto final de un largo recorrido, impulsados por su fe y, en algunos casos, por promesas aún pendientes de cumplir.

Acompañada de Suso Marzán, Vargas avanzaba con paso decidido hacia la entrada, dejando atrás la sólida cadena de época que rodeaba el acceso principal. Observó de reojo la portada plateresca, con sus adornos en piedra y los escudos de armas que celebraban el legado de los Reyes Católicos, enmarcando el arco de entrada con una solemnidad casi regia.

Atravesaron el vestíbulo, donde un enrejado de hierro separaba la recepción, y observaron a un grupo de peregrinos que charlaba animadamente. Impaciente, se adelantó a un par de parejas alemanas de mediana edad que acababan de llegar y esperaban su turno en el mostrador. Mostró su placa de inspectora al recepcionista, interrumpiendo el proceso. Las parejas se apartaron, sorprendidas por la intervención de aquella desconocida que se disculpó con un «sorry» rápido y les dirigió una sonrisa fugaz.

—Perdone —dijo Vargas—. Estoy en misión oficial y necesito localizar cuanto antes al padre Blas Romero.

El recepcionista, algo desconcertado, recorrió con el dedo el registro de cuero y rápidamente tomó el teléfono. Tras unos

segundos, colgó y se volvió hacia ella.

—Parece que el padre no está en su habitación; puede que siga en el salón desayunando.

El recepcionista indicó a uno de los botones que los guiara hasta el comedor. Atravesaron el patio central, rodeado por las galerías de piedra que formaban el cuadrángulo del edificio, en cuyo centro se extendía un jardín. Algunos huéspedes paseaban por allí, capturando fotografías del entorno. Finalmente, llegaron a una puerta de cristal dentro de un arco de piedra rebajado que daba acceso a un amplio salón con paredes blancas y altos muros.

El Comedor Real, iluminado por la luz de la mañana, estaba decorado con tapices que representaban escenas cortesanas. Varias mesas acogían a los huéspedes, que disfrutaban del desayuno en un ambiente señorial. El botones se acercó a una gran mesa redonda en una esquina discreta, donde varios sacerdotes y prelados conversaban animadamente. Distinguió por sus vestimentas a algún que otro obispo y a dos cardenales. El muchacho se inclinó al oído de un sacerdote de mediana edad, de pelo cano y abundante, piel morena y una nariz aguileña. El sacerdote miró en su dirección y asintió con un leve movimiento de cabeza. El botones les indicó con un gesto que podían acercarse.

—El padre Romero les recibirá enseguida.

El padre Blas Romero era un hombre alto y delgado, con una sonrisa amplia que dominaba su rostro y un enérgico apretón de manos con el que saludó a ambos. Vargas percibió en él esa seguridad propia de las personas acostumbradas a liderar desde la amabilidad y el trato afable.

—Sentimos interrumpir su desayuno, padre, pero necesitamos hablar con usted con cierta urgencia —se excusó mostrando su placa.

—No hay de qué disculparse, inspectora. Justo estábamos terminando. Acompáñenme, por favor, a un salón donde podremos estar más tranquilos.

Vargas asintió al grupo de comensales que los observaba y cuchicheaba al ver aquella interrupción. Blas Romero los condujo

hacia un amplio salón, decorado con una elegancia discreta. La estancia estaba amueblada con aparadores y armarios de madera oscura, y las lámparas de pie bañaban el lugar en una luz tamizada que creaba un ambiente propicio para conversaciones confidenciales. Vargas no pudo evitar imaginar las reuniones y acuerdos importantes que habrían tenido lugar allí, bajo un techo de vigas que transmitía solidez y discreción. Llegaron a un área más apartada, donde varios butacones estilo wingback los esperaban. Un joven sacerdote con gafas de pasta, absorto en la lectura, apenas notó su llegada.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarles?

—Padre Romero, necesitamos conocer más sobre la Fraternidad de San Pío X, a la que usted representa, y su relación con el arzobispo Marcel Lefebvre.

—Marcel fue nuestro fundador —respondió Romero con calma—. La Fraternidad es una congregación de sacerdotes profundamente comprometidos con la tradición católica.

—¿Quiere decir que rechazan los dogmas del Concilio Vaticano II y lo que representa? —intervino Marzán.

—No los rechazamos. Simplemente disentimos en ciertos aspectos. Por ejemplo, defendemos la liturgia tradicional y la misa en latín, a diferencia del Concilio, que promueve el uso de la lengua nativa. Tampoco coincidimos en la apertura ecuménica. Creemos que la Iglesia debe conservar su misión de proselitismo, en lugar de dialogar con otras religiones, pues esto socava los fundamentos que el mismo Jesucristo estableció para su Iglesia.

—¿Por qué el nombre de Pío X? —preguntó Vargas.

—San Pío X fue una figura clave para el catolicismo tradicional. Su papado defendió tanto la ortodoxia católica como la teología de Santo Tomás de Aquino, aspectos que nuestra Fraternidad sostiene firmemente frente a lo que consideramos desviaciones modernas: el liberalismo, el ecumenismo y otras doctrinas que, a nuestro juicio, amenazan los valores fundamentales de la Iglesia.

—Padre Romero, estamos investigando posibles conexiones entre miembros de su Fraternidad y ciertos elementos de la Iglesia católica que sospechamos podrían estar involucrados en la planificación de una acción durante la JMJ.

—¿Una acción? ¿A qué se refiere exactamente? —preguntó el sacerdote, visiblemente desconcertado.

—Aún no lo sabemos con certeza, padre. Quizá se trate de un atentado.

Romero los miró, desconcertado.

—¿Un atentado?, ¿contra el Papa?... ¿Otra vez?

—Creemos que un ataque directo contra el Papa es poco probable. Nuestras investigaciones apuntan más bien a que un hombre que ha cometido varios asesinatos en las últimas semanas está siendo apoyado y financiado por miembros afines a su organización para llevar a cabo un ataque violento contra los asistentes al evento. En este momento, no sabemos quiénes serían los objetivos.

—¿Me está diciendo que miembros de nuestra comunidad… estarían implicados en la preparación de un atentado? Mire, inspectora, nuestra Fraternidad puede tener serias diferencias con el actual Papado, especialmente desde la excomunión del arzobispo Marcel Lefebvre y otros cuatro prelados, pero de ningún modo buscamos hacer daño a Juan Pablo II. ¡Por Dios! De hecho, estoy aquí en Santiago de Compostela por mandato directo de Lefebvre y de nuestra Fraternidad, como un gesto de acercamiento al Pontífice.

—Sí, claro —dijo Marzán—, pero esos prelados fueron ordenados obispos sin el consentimiento del Papa. Y su Fraternidad se autodefine como la verdadera guardiana de la fe y la tradición. Rechazan la libertad religiosa y el diálogo interreligioso, y se oponen a las reformas del Concilio Vaticano II, al que consideran impregnado de modernismo. Sabemos también que entre sus miembros hay sacerdotes con posturas negacionistas y nostálgicos del franquismo.

—Señor Marzán, el objetivo de la Fraternidad y de nuestro fundador nunca ha sido enfrentarnos a la Iglesia; simplemente somos defensores de la tradición. Admito que hay aspectos del

Concilio Vaticano II con los que no estamos de acuerdo, pero le aseguro que nuestras coincidencias con la Iglesia son mayores que nuestras diferencias. Y eso se lo puedo asegurar: no deseamos el mal a nadie. Hemos optado por un camino distinto porque creemos que es necesario preservar la estructura fundamental de la Iglesia, su papel primordial en la sociedad, como la única religión. Nos preocupa que las reformas del Concilio se basen en ideas liberales y de izquierda que, a nuestro juicio, han socavado los cimientos de la doctrina.

—Bien, padre, respetamos todas estas ideas —retomó Vargas—. Nuestro cometido no es juzgar a su comunidad; simplemente estamos aquí para identificar a los individuos de la Fraternidad que quizá no compartan su tolerancia y estén dispuestos a cometer un acto execrable este fin de semana. Creemos que también podrían pertenecer a los Carbonari, una sociedad tan tradicionalista como la suya.

— Claro... Algunos miembros destacados de nuestra comunidad son Carbonari. De hecho, uno de sus líderes históricos en España era Abelard Morandé, ya fallecido. Fue amigo íntimo del arzobispo Lefebvre y un firme protector de nuestra Fraternidad.

—¿Y no recuerda a nadie o alguna situación que le hiciera sospechar de ideas o comportamientos más extremistas en su comunidad? —preguntó Marzán.

Romero frunció el ceño y apretó los labios mientras se aferraba a los brazos del butacón.

—Ahora que lo menciona… hace un año, uno de los sacerdotes formados en nuestra Fraternidad se suicidó tras ser expulsado. No lo conocí personalmente, pero su caso llegó a mi conocimiento. Al parecer, había enviado misivas anónimas al Vaticano amenazando al Papa. Creímos que padecía algún tipo de trastorno mental y lo internamos en uno de nuestros sanatorios. Fue un día oscuro para la Fraternidad cuando lo encontraron ahorcado en su casa. Tenía un hermano... por lo que vi en el expediente, creo que era miembro de la Policía española, y según supe después, muy cercano al círculo de Morandé.

—¿Policía?... ¿recuerda el apellido del sacerdote? —preguntó Vargas.

—Sí, claro —Romero se inclinó hacia adelante con cierto aire de confidencialidad—, no olvido los nombres, inspectora: su apellido era Delgado, el padre Juan Delgado.

Al escuchar el apellido, Vargas sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo.

72

El inspector Delgado conducía en silencio, con la vista fija en las líneas discontinuas de la carretera comarcal que su Alfa Romeo devoraba con velocidad. A su lado, el subinspector Requena hablaba sin cesar de temas triviales a los que él no prestaba atención. García le había insistido en que llevara compañía, y eso resultaba un inconveniente que debía resolver pronto. Las cosas se habían complicado demasiado.

Mientras Vargas y Marzán seguían profundizando en la conexión, Delgado aprovechó el momento para encontrarse por fin con Montenegro. Planeaba escenificar un tiroteo en el que Artai moriría tras ser sorprendido en su escondite por la policía. Requena, el subinspector que lo acompañaba, sería una víctima mortal accidental, abatido con varios disparos a quemarropa mientras que él mismo resultaría levemente herido.

Como custode Carbonari, Delgado nunca imaginó que todo se le escaparía de las manos y que Montenegro acabaría con la vida del mismísimo obispo Bieito Camargo. Este acto había incomodado profundamente a la Hermandad y encendido las alarmas. Artai había convertido su venganza en un sangriento ajuste de cuentas. La misma sociedad que lo moldeó como un asesino eficaz y sigiloso ya no confiaba en él. Al usar un ritual celta antiguo, basado en un grimorio, no solo había puesto a Vargas y a Marzán tras su pista, sino que había atraído una peligrosa atención sobre la Hermandad, cuyo propósito siempre había sido permanecer en las sombras.

Lo más grave era que Artai había puesto a la policía sobre la pista de planes que debían mantenerse en secreto: el atentado previsto durante la visita de Juan Pablo II a Santiago de Compostela. La sociedad se dio cuenta demasiado tarde de que Montenegro no tenía

intención de cumplir su parte del trato: preparar el envenenamiento del Papa usando la toxina que se le había proporcionado. De repente cambió las reglas del juego y ya no le interesaba el Papa; planeaba algo aún más grande, algo tan espectacular que podría sacar a la luz no solo a él, sino a todos los miembros de la Hermandad que habían operado en la sombra durante tantos años, enredados como hiedra en el muro de la sociedad, e incluso en la misma Iglesia.

Las cosas tomaron un giro inesperado cuando Noela encontró una relación entre la Iglesia cismática lefebvriana y miembros del carbonarismo, descubriendo así la conexión de Abelard Morandé, líder fundador de los Carbonari en España, con Marcel Lefebvre. Este hallazgo inquietó a todos los implicados en la conspiración, ya que sabían lo que podrían perder. La llegada de Juan Pablo II significaba el fin de privilegios para varios prelados, y la expulsión de los sacerdotes lefebvrianos era un problema real; sin embargo, su verdadero temor era ser señalados públicamente como instigadores de un atentado contra el Papa.

Delgado estaba sumido en estas ideas cuando la voz de Requena lo sacó de su ensimismamiento, anunciándole que el desvío hacia la N-525, en dirección a Allariz, estaba cerca. Habían pasado casi dos horas al volante, atrapado en sus pensamientos, sin escuchar una palabra de la charla interminable del subinspector. Solo en algunas ocasiones había asentido ante preguntas sobre el caso, aunque ni siquiera recordaba de qué trataban.

Atravesaron Allariz e ingresaron en un camino comarcal rodeado de tierras rústicas y campos de vegetación dispersa, donde predominaban grupos de eucaliptos. Delgado conducía con cuidado por aquel terreno, mientras Requena, a su lado, revisaba las notas de un expediente.

—Es un mal bicho el que estamos buscando —susurró Requena, mientras levantaba la vista de la carpeta y observaba el exterior—. ¿A dónde vamos? Creía que íbamos hacia Santa Mariña —dijo, con desconcierto.

—Recibí cierta información que confirma que el sospechoso podría estar oculto en una casa a las afueras del pueblo.

—Inspector, creo que deberíamos informar a la central. Recuerda que el comisario nos pidió mantenerlo al tanto de cada movimiento. Este tipo es muy peligroso, necesitamos apoyo —insistió Requena, activando el walkie-talkie.

—No hace falta... solo vamos a echar un vistazo. Si confirmamos que el sospechoso está allí, entonces llamaremos a la central, te lo prometo. —Delgado le quitó el walkie-talkie y lo guardó en la guantera.

Al llegar a una casa de paredes blancas junto a una pequeña capilla, apagó el motor, y ambos se ocultaron tras una pared de piedra semiderruida, desde donde podían vigilar sin ser descubiertos.

—Veamos qué nos encontramos —musitó, observando la casa con unos prismáticos.

Una hora después, apareció un hombre alto, de cabeza rapada y medio torso desnudo, cubierto de tatuajes con frases en latín. Delgado no dudó: aquel era Montenegro. Ajustó el enfoque de los prismáticos y vio cómo Artai escudriñaba el entorno, alerta. Después, volvió a entrar en la casa, y minutos más tarde salió arrastrando un saco, que colocó con esfuerzo en el maletero de un coche blanco. Cerró el maletero y se dirigió al cobertizo, donde había una moto vieja. La arrancó y la dejó al ralentí unos minutos antes de apagarla. Acto seguido, subió al coche y abandonó la finca lentamente.

—¿No deberíamos seguirlo?

—No, es mejor esperar. Volverá.

Tres horas después, Montenegro regresó por un sendero con una mochila al hombro y volvió a entrar en la casa.

—¿Es él? ... ¿Es Montenegro, verdad?

—Sí. Pásame la pistola de la guantera.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Requena, cada vez más tenso.

Delgado comprobó la carga de la Astra A-80 y arrancó el coche.

—Lo que haría cualquier buen policía: atrapar a un asesino —dijo Delgado, con una sonrisa.

—Delgado, tenemos que avisar a la central. Este no es el procedimiento, y te vas a meter en un buen lío.

Dejando el coche al ralentí, Delgado miró a Requena con un deje de condescendencia.

—Requena, me caes bien, en serio, y lamento que seas una víctima colateral en esto. Pero el comisario insistió en que me acompañaras... cuando esto es algo que yo debería resolver solo.

—¿Por qué dices eso?...

Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando Delgado le disparó dos veces en el pecho y, finalmente, un tiro en la cabeza. La sangre y fragmentos de hueso salpicaron el parabrisas y el cristal del copiloto en manchas gruesas y trazos desiguales, mientras el eco sordo de los disparos se disipaba en el interior del coche. Delgado, sin prisa alguna, condujo el vehículo hasta la casa, apagó el motor y descendió con un rictus severo. Maldijo aquella situación y el giro inesperado de los acontecimientos, consciente de que Montenegro, probablemente, habría escuchado los disparos y estaría alerta, escondido en algún rincón de la casa.

Con cautela, avanzó hacia la puerta y la empujó. La penumbra dominaba el ambiente, y las bombillas rotas le indicaron que aquel encuentro sería un juego peligroso. Un ruido sordo en una de las habitaciones lo puso en guardia; empuñó su arma con fuerza. Sabía que, en un caso como este, una presentación era lo mínimo que debía ofrecer.

—Hola, Artai… Soy un buen amigo.

Desde la oscuridad, Montenegro respondió:

—Hola... Delgado. Vaya, qué sorpresa. No esperaba que fueras tú.

—Hace tiempo de aquel trabajo en Suiza. ¿Cuánto ha pasado?

—Unos cuantos años... desde el setenta y siete.

—El tiempo ha pasado rápido, Artai.

—Sí... —Delgado esbozó una sonrisa, respirando hondo—. Supongo que sabes por qué estoy aquí.

—Claro. Te esperaba, y estoy listo.

73

Vargas se reunió aquella mañana con el cardenal Laprovittola en su residencia de Lugo. Él se acomodó en el sofá y la invitó a sentarse. Noela había solicitado la cita inmediatamente después de salir del Hostal de los Reyes Católicos, donde obtuvo más información sobre las conexiones entre los Carbonari y los lefebvrianos a través del padre Blas Romero. Laprovittola, como nadie en su posición, conocía a fondo los entresijos de la Iglesia, las relaciones con los lefebvrianos y su conexión con la sociedad secreta de los Carbonari.

—Los Carbonari llevamos mucho tiempo ocupando puestos de relevancia en la sociedad europea —comenzó a decir el cardenal con lentitud, remarcando cada palabra—, en la política, en el ejército y en otras instituciones del Estado. Algunos de los empresarios más importantes de este país también pertenecen a nuestra sociedad. Desde la Edad Media, el objetivo del carbonarismo ha sido ejercer una influencia que contribuya al equilibrio social, ayudando a que los grandes líderes guíen a sus pueblos con justicia y generosidad hacia los más necesitados. Hemos protegido los regímenes democráticos, combatiendo los totalitarismos a lo largo de la historia, derribando dictaduras y construyendo esperanzas. Aunque, a mi pesar, no siempre lo hayamos logrado.

Laprovittola se levantó del sofá y se acercó a la ventana, desde donde se podía ver la muralla romana que rodeaba la ciudad de Lugo. Vargas, al ver su figura alta y erguida como un viejo roble, pensó en lo bien que el cardenal mantenía su porte, alto y esbelto a pesar de la edad. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando Laprovittola se volvió para mirarla con severidad antes de proseguir su reflexión:

—También hemos contribuido a que la Iglesia sea lo que es hoy. Aunque a la mayoría de los sacerdotes de la sociedad no les agradaran algunos de los cambios promulgados por el Concilio Vaticano II, los hemos aceptado en su mayoría sin cuestionarlos, y algunos, como en mi caso, hemos decidido dar un paso al lado. No es fácil pasar de una posición predominante en los asuntos de Roma a ser relegados por el actual Papa —esbozó una sonrisa fugaz—. Ten en cuenta que algunos de los cargos más importantes del Vaticano y más cercanos al Papa han sido carbonarios desde el Renacimiento.

—Pero algunos de esos prelados pertenecientes a la sociedad, sin duda, no han aceptado bien esta marginación.

—No... y ese es el problema, Noela. Es cierto que algunos han optado por una oposición más beligerante al actual pontífice, uniéndose a los postulados cismáticos de monseñor Marcel Lefebvre, lo cual ha debilitado aún más nuestras posiciones dentro de la Iglesia. De hecho, la excomunión de Lefebvre y de los obispos el año pasado solo ha empeorado nuestra situación.

Laprovittola hizo una pausa breve pero intensa. Se acercó a una mesita de estilo colonial en color nogal y tomó una pequeña copa de cristal de Bohemia. La llenó generosamente con un burdeos de la exclusiva bodega Fleur Pétrus. Vargas observó cómo el anillo carbonario del cardenal, engarzado con un topacio que proyectaba destellos azulados, resplandecía a la luz que entraba furtiva desde la ventana. En la base del topacio, una corona de espinas de oro relucía con solemnidad. Laprovittola notó la mirada absorta de Vargas y, sin disimulo, exhibió el anillo con un gesto cómplice. Luego, levantó la copa y, tras un trago rápido, la volvió a dejar sobre una bandeja de plata.

—Supongo que te preguntas por el simbolismo de este anillo —dijo el cardenal, acariciándolo suavemente con los dedos.

Vargas asintió.

—¿Por qué una corona de espinas?

—Nuestra sociedad es una de las más influyentes y temidas de Europa Occidental desde la primera mitad del siglo XIX. Tal vez la única organización comparable en influencia sea la masonería, pero nuestras raíces son más antiguas. El carbonarismo surgió y creció en

los primeros siglos de la Edad Media, en los bosques de Italia septentrional, Alemania y Francia, donde se reunían los primeros carbonarios. Por eso nuestras simbologías originarias incluían herramientas de trabajo: hachas, sierras, antorchas. Con el tiempo, evolucionamos y ganamos influencia, y se establecieron distintos círculos o grados dentro de la sociedad, cada uno con su misión y sus propios símbolos. Estos grados de conocimiento aún perduran hoy, y todos se basan en la iconografía cristiana, que dicta nuestra misión en el mundo.

—Los miembros que portan el símbolo de la cruz son el brazo ejecutor de los Carbonari, capaces de poner y quitar gobiernos. Otros, como Delgado y Montenegro son custodes. Su función es la persecución de tiranos y criminales de guerra, de aquellos que han traicionado o dañado a su pueblo. Finalmente, los que llevamos la corona de espinas representamos la realeza y la majestad, el sacrificio y la pasión de Jesucristo. Somos quienes ocupamos cargos relevantes en la política, la economía y la Iglesia católica. Podríamos decir que somos una especie de negociadores —sonrió Laprovittola con ironía—. Los miembros del círculo de la corona conocemos la identidad de todos los demás.

—¿Y Abelard Morandé? ¿Qué papel tiene en todo esto? ¿Cuál es su relación con Montenegro y el inspector Delgado?

—Morandé pertenecía al segundo círculo, el de la cruz. Los Carbonari hemos tenido presencia en España desde el siglo XIX y hemos ocupado puestos de relevancia bajo todos los gobiernos, incluida la II República. Sin embargo, después de la Guerra Civil fuimos perseguidos por Franco, quien, aunque alentaba ciertas sociedades secretas, como la de Santa Mariña de Augas Santas —que tú ya conoces—, despreciaba otras, como la masonería y el propio carbonarismo. Morandé llegó a España a finales de los años cuarenta para ayudar a compañeros perseguidos por la represión franquista a escapar del país. En las décadas siguientes, organizó a

los custodes en España, un grupo encargado de identificar y eliminar a criminales de guerra. Montenegro fue uno de los líderes de estos custodes y, durante su formación, se convirtió en el mentor de Delgado.

—¿Entonces Montenegro y Delgado se conocen?... ¿Cómo es posible? —murmuró Vargas—. ¿Cómo puede ser que me haya engañado todo este tiempo? No puedo creer que él, precisamente él, mi compañero, con el que he trabajado codo a codo durante estos años, sea una especie de sicario al servicio de una sociedad secreta sacada de un maldito cuento de conspiraciones.

—Sí, se conocen, y no te castigues por ello, Vargas. Individuos como Delgado llevan vidas paralelas, tan bien ocultas que ni siquiera sus familias las conocen. Delgado hace lo que muchos gobiernos no se atreven: levantar sus propias alfombras y sacudir la basura acumulada bajo ellas. No son simples sicarios; esa palabra les queda pequeña. Un custode es un «factor de corrección», una respuesta a errores graves del pasado.

—¿Un «factor de corrección»? —replicó Vargas—. Parece increíble oír a un prelado de la Iglesia hablar así de estos... asesinos. ¿Y para qué? ¿Para defender una causa en la que solo unos pocos creen? Es una locura. ¿La Iglesia es consciente de lo que están haciendo?

—Como te dije, la Iglesia es un rebaño diverso, con pensamientos y métodos muy distintos bajo un mismo techo —respondió el cardenal, mirándola con frialdad.

—¿Y el Papa lo sabe?

—No lo sabía... hasta que lo descubrió. Entonces, hizo una limpieza a fondo entre sus miembros. Y esa purga, te aseguro, no fue del gusto de algunos con mucho poder en la prelatura.

—¿Es esa la razón por la que su vida está en peligro?

—Te lo repito, Noela. Hay fanáticos en todos lados, y la Iglesia también está formada por seres humanos, con sus ambiciones, sus miedos y sus errores.

Laprovittola hizo un ademán suave, invitando a Vargas a relajarse y a tomar asiento nuevamente. Ella lo hizo, enfrentándose a su

mirada fija y severa, propia de alguien acostumbrado a guiar las almas y las decisiones de otros. El cardenal apretó sus labios finos, como si quisiera contener unas palabras difíciles.

—Noela... Delgado tiene ahora una misión vital: eliminar a Montenegro, que se ha convertido en un cáncer para los intereses de la sociedad. Se ha desviado del plan y ha puesto en jaque a personas poderosas, las mismas que siempre han movido los hilos en la sombra. Encuentra a Delgado, y encontrarás a Montenegro. Si logras detenerlo, quizás evites una tragedia a escala mundial... un espectáculo de venganza en directo.

—Espero que no sea demasiado tarde —susurró Vargas, con un aire de desesperanza.

74

1977

Montenegro estacionó la furgoneta Mercedes-Benz frente a la casa. El ralentí del motor mantenía a ambos hombres calientes dentro de la cabina, mientras el vaho de sus respiraciones empañaba las lunas del vehículo. Llevaban casi una hora esperando en aquella fría mañana invernal en Lausana. Delgado daba palmadas con los guantes para entrar en calor, mientras Artai observaba detenidamente la casa. Ambos aguardaban pacientemente la llegada de Leandro Rivas. Artai miró el reloj, impaciente por el retraso de su objetivo.

La casa que vigilaban estaba ubicada en el Chemin de la Gottettaz, en el cantón de Vaud, rodeada por un manto de nieve que cubría desde el tejado hasta las copas de los árboles y por la estrecha pista adoquinada que conducía hasta la puerta principal. Manuel, ensimismado, dejó que aquel paisaje blanco lo llevara a su infancia, recordando la bola de cristal con nieve que su abuela Flora le regaló una Navidad. Dentro de ella, un diminuto pueblo con casas abigarradas y un muñeco de nieve daban vida a un escenario que él solía imaginar habitado por pequeños seres disfrutando de un invierno perpetuo. Sonrió ante el recuerdo.

De repente, el motor de un taxi rompió el silencio de la calle al detenerse frente a la casa. Delgado y Montenegro vieron cómo una figura descendía del taxi, envuelta en un largo abrigo marrón con cuello de piel de marmota y un sombrero italiano tipo Borsalino. El

taxi se alejó, devolviendo la tranquilidad al ambiente. La figura sacó las llaves del bolsillo, abrió la puerta y entró.

—Ahí está —dijo Delgado, ajustándose los guantes.

Artai Montenegro salió de la cabina y abrió la puerta corredera lateral de la furgoneta, sacando un maletín azul con el logo de la compañía eléctrica suiza Atel. Volvió a su asiento, donde abrió el maletín con cautela para comprobar que en su interior estaban perfectamente acolchados un vial y una jeringuilla con un líquido transparente. Cerró el maletín tras asegurarse de que todo estaba en óptimas condiciones.

—¿Qué es eso? —preguntó Delgado.

—Es ricina, uno de los venenos más potentes. En este vial hay quinientos microgramos —dijo Artai, guardando de nuevo la caja en el maletín—. Es suficiente para acabar con Rivas de forma rápida y discreta. Este veneno le provocará fiebre alta, dolor abdominal, dificultad respiratoria y, finalmente, un fallo multiorgánico. Para quienes lo rodeen, parecerá una enfermedad fulminante; y cuando detecten el veneno, nosotros ya estaremos muy lejos.

Delgado no había visto a aquel tipo hasta aquel momento. La sociedad se había puesto en contacto con él mediante un mensaje críptico en el que le indicaban que debía reunirse con una persona desconocida. El sobre que recibió contenía un billete de ida y vuelta en avión a Zúrich y una dirección en Lausana. A pesar de su nerviosismo, su entrenamiento le permitía controlar el miedo en situaciones de estrés, y esta era una de ellas. Sentado en la furgoneta, congelado por el frío, esperaba su turno para acabar con la vida de un desconocido. Cuando finalmente miró detenidamente a aquel hombre, observó en sus ojos azules un brillo intenso y frío, y supo de inmediato que estaba frente a alguien que ejecutaba este tipo de trabajos con profesionalismo y naturalidad.

—Has venido a aprender —dijo Montenegro, cerrando el maletín —. Cuando entremos en esa casa —señaló la puerta principal—, le inyectarás el veneno en el antebrazo, a una o dos pulgadas debajo del acromion —añadió, señalando un punto en su propio hombro.

—Entendido —contestó Delgado.

—Dentro de este vial —prosiguió Artai, sacando un pequeño frasco— hay una solución de Claviceps purpurea, un potente narcótico sin residuos detectables. Le dormiremos primero; luego, con calma, terminarás el trabajo. Su mujer e hijos están en España, así que no esperamos sorpresas.

Delgado asintió en silencio.

Artai hizo ademán de bajar del vehículo.

—¿Quién es este tipo... Leandro Rivas?

—Un asesino despiadado... Tras la Guerra Civil, se cometieron muchos crímenes en la zona nacional. Valladolid fue una de las provincias donde se llevaron a cabo más fusilamientos. Existió una banda de asesinos que se hacía llamar la Escuadra del Amanecer, porque ejecutaban a sus víctimas al alba, dejándolas en las cunetas de las carreteras sin piedad. Este grupo estaba formado por miembros de la Falange, y entre ellos estaba este hombre, Leandro Rivas. Tiene más de cuarenta fusilamientos a sangre fría en su haber. Huyó de España con la llegada de la democracia, y el Gobierno actual no ha hecho nada por reclamarlo, así que estamos aquí para impartir la justicia que sus víctimas y familiares merecen.

—Entiendo.

Montenegro asintió, como en señal de aprobación. —Bien. Terminemos con esto lo antes posible.

Se bajaron de la furgoneta. Montenegro miró hacia ambos lados de la calle, que serpenteaba entre los chalés dispuestos uno tras otro. La tranquilidad era su mejor aliada para actuar sin ser vistos. La nevada había arreciado, y las botas de trabajo se hundían en la nieve a cada paso. Delgado observó la casa y se fijó en el lujo que rodeaba la vida de Rivas. De su boca salía vaho a intervalos, y Montenegro, al verlo, supo lo que estaba pensando.

—Rivas proviene de una familia hispano-suiza cuyos negocios crecieron inusitadamente con Franco. Esta es solo una de sus muchas propiedades.

Delgado se frotó las manos. El frío empezaba a colarse a través del anorak cuando pulsó el timbre, cuyo sonido profundo resonó como una campanada.

Montenegro sostenía con firmeza una esponja empapada con la solución narcótica. Para su sorpresa, una mujer voluptuosa, de unos treinta años, con el cabello rubio recogido en un moño y ojos azules, abrió la puerta. Vestía una bata larga de seda con estampado de flores entrelazadas. Un colgante de oro se posaba sobre su canalillo, resaltando sus generosos senos. Su fuerte perfume embriagó a Montenegro.

...Ella no debía estar allí, pensó.

—Qu'est-ce que vous voulez? (¿Qué desean?) —preguntó en un francés susurrante.

Delgado titubeó un segundo antes de responder en un francés también impecable:

—Nous venons de la compagnie d'électricité. On nous a informé d'une panne dans le secteur. Elle a déjà été réparée. Nous voulions juste vérifier que tout fonctionne correctement chez vous.

(Somos de la compañía eléctrica; nos notificaron una avería en la zona, ya solucionada, y queríamos verificar que todo funciona correctamente en su casa).

—¿Cariño? —dijo la mujer en español, con un marcado acento francés.

La mujer los miró provocativamente, dándose cuenta de que tanto Delgado como Montenegro no pudieron evitar mirarla por un instante. Elevó la voz nuevamente para llamar la atención de Rivas. Montenegro pudo ver al fondo una escalera que conectaba el lujoso vestíbulo con las estancias superiores de la casa.

—Son dos técnicos de la compañía eléctrica. Dicen que ha habido una avería en la zona — dijo en un perfecto español.

—¿Qué avería? —se oyó una voz masculina desde arriba.

Montenegro pudo ver unas piernas desnudas bajando por las escaleras.

—Diles que se larguen... aquí no ha habido ningún problema — dijo Rivas en tono despectivo.

La mujer los miró y encogió los hombros como excusa por aquella respuesta tan brusca.

—Vous l’avez entendu… (Ya lo han oído...) —dijo, e hizo ademán de cerrar la puerta.

Montenegro bloqueó la puerta antes de que la mujer pudiera cerrarla del todo.

—No tan rápido —dijo, empujando suavemente la puerta hacia adentro.

La sorpresa y el miedo se reflejaron en sus ojos. Sin darle tiempo a reaccionar, Montenegro la agarró por el cuello y, con la precisión de quien rompe una rama seca, le quebró el cuello. El cuerpo de la mujer se desplomó, quedando en el umbral mientras Delgado observaba la escena, petrificado.

—¿Pero qué demonios haces?... Este no era el plan —susurró Delgado, demasiado tenso.

Rivas, al percibir el peligro, retrocedió bruscamente, dejando caer el vaso de güiski que llevaba en la mano, derramando el líquido sobre la moqueta. Sus ojos aterrados, su rostro anguloso y el bigote fino ahora parecían demacrados y llenos de espanto. Trastabilló al subir, como si sus piernas se negaran a sostenerlo.

—¿A qué esperas? —le gruñó a Delgado—. ¡Ve tras él!

Delgado, extrajo de su cartuchera un pequeño revólver Colt Cobra y comenzó a subir las escaleras, pegándose a la pared para no exponerse.

El silencio en el piso inferior se rompió solo por una melancólica melodía de jazz que sonaba en la lejanía. Delgado sintió el ligero crujir de la madera bajo sus pies mientras alcanzaba el piso superior. En el pasillo, varias puertas entreabiertas dejaban ver interiores en penumbra, y en las paredes colgaban fotografías de tiempos pasados.

Entonces, vio a Artai ocultando el cuerpo de la mujer en un rincón, con una expresión impasible. Sintió una punzada de lástima: aquella mujer había empezado el día sin saber que sería el último de su vida, simplemente por estar en el lugar equivocado.

Absorto en esos pensamientos, no percibió el destello que, como un relámpago en la oscuridad, iluminó el descansillo. Un calor repentino y un dolor intenso le atravesaron el cuerpo; Rivas le había

disparado y él no estaba lo suficientemente alerta. Notó cómo la bala se había incrustado en su clavícula y, apretando los dientes, respondió con un disparo hacia la sombra.

Una voz nerviosa rompió el silencio desde las sombras del pasillo.

— ¿Quiénes sois? —gritó Rivas, con voz temblorosa, sin moverse de su escondite.

Delgado sintió cómo el pulso le latía en las sienes. Sabía que esos disparos podrían alertar a los vecinos, que llamarían a la policía. Miró hacia el piso de abajo, buscando algún tipo de apoyo por parte de Montenegro. La sangre corría por su hombro, y sintió que perder el conocimiento era solo cuestión de tiempo. Pero en lugar de ver a Artai, solo vio la puerta de la entrada abierta y el aire frío colándose en el interior de la casa.

— Mierda —murmuró, frustrado.

¿Dónde diablos estaba?

Un segundo disparo surgió de las sombras y Delgado se agachó, retrocediendo lo mejor que pudo. En ese momento, Montenegro irrumpió de nuevo por la puerta de entrada, avanzando como un tanque a campo abierto, portando una botella de cristal con un líquido que Delgado apenas alcanzó a distinguir, pero que supuso sería algún tipo de combustible. Con un movimiento rápido, Montenegro encendió la botella, la convirtió en un cóctel letal y la lanzó con fuerza hacia donde Rivas se ocultaba. Una llama violenta iluminó la estancia, y en cuestión de segundos, el lugar se convirtió en una trampa ardiente.

Rivas, tosiendo sin control, salió de su escondite entre llamas y humo. Delgado, al verlo, disparó varias veces. Rivas cayó al suelo como un saco; su figura inmóvil empezó a ser consumida por el fuego. Manuel sintió que el agotamiento lo vencía y que la inconsciencia era inminente. Antes de que pudiera desplomarse, unos brazos fuertes lo sujetaron y lo arrastraron fuera de la casa.

Al salir, Montenegro lo sentó en el asiento del copiloto de la furgoneta. Algunos vecinos, alarmados por el humo, habían comenzado a reunirse. Una anciana con un pequeño perro los miraba, sorprendida, mientras el humo comenzaba a escapar por las ventanas. Montenegro arrancó la furgoneta y aceleró para alejarse

rápidamente. Las primeras sirenas de la policía y los bomberos ululaban en la distancia.

Delgado le miró de reojo. Artai estaba completamente enfocado en la huida. Apenas sentía su cuerpo. Justo antes de desvanecerse, oyó a Montenegro decir:

—Menuda chapuza.

La mirada fría y la sonrisa extraña de Montenegro fueron lo último que vio antes de que su cabeza cayera hacia un lado y perdiera el conocimiento.

75

Delgado se encontró finalmente cara a cara con Montenegro. La figura de este último emergió de las sombras al reconocer su voz.En señal de tregua, guardó su pistola y levantó las manos. Artai, en cambio, aún le apuntaba con una pequeña pistola, cuyo destello metálico parpadeaba en la penumbra.

—He venido a hablar contigo y a recuperar el Libro VI. La Sociedad lo quiere de vuelta y está dispuesta a pagar una fortuna por él —susurró Delgado, empleando un tono que insinuaba una falsa camaradería.

Montenegro avanzó con paso firme, revelando su rostro mientras se acercaba. A medida que la distancia se acortaba, su perfil anguloso y pálido de cobró forma. Delgado observó, como si fuera la primera vez, aquella tez casi albina y los labios blanquecinos, que parecían haber perdido cualquier rastro de color hacía tiempo. Era la viva imagen de un espectro que había matado sin remordimientos, conservando la intensidad de aquellos ojos azules, fríos e inescrutables.

Sin responder, Montenegro le hizo un gesto para que se acercara a la escasa luz que emanaba de la capilla cercana.

—Veo que no has perdido tu elocuencia —bromeó, intentando forzar una complicidad que sabía inexistente.

Montenegro, al reconocerle, relajó el brazo que sostenía la pistola, bajándola lentamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con una mezcla de sequedad y cansancio. Pensé que te habías retirado después de lo de Lausana. Siempre fuiste demasiado blando para este trabajo.

—No del todo. Aún solicitan mi ayuda cuando necesitan ocultar la basura bajo la alfombra… Y me temo que alguien ha sido muy descuidado con el Libro VI.

Montenegro dejó escapar una sonrisa distante, tan fría como la de una estatua griega.

—Entiendo.

—¿Vamos a quedarnos aquí de pie o buscamos un lugar más cómodo para hablar? —sugirió.

Ambos entraron en la pequeña capilla, un anexo modesto adosado al priorato. Un crucifijo de madera presidía el espacio, y un par de sillas viejas completaban el mobiliario. En las estanterías, unos jarrones de cristal con flores marchitas y cubiertos de polvo parecían recordar los días en que el lugar aún recibía rezos. Delgado observó las flores muertas, preguntándose cuándo había sido la última vez que alguien había buscado consuelo allí. Pasó un dedo por el altar, levantando una nube de polvo que se dispersó lentamente en el aire pesado. Montenegro se mantenía apoyado en la puerta, observándolo en silencio, sin perder ni un solo detalle.

—La verdad es que nunca te agradecí lo suficiente que me salvaras la vida en Lausana —dijo Delgado—. Si no hubiera sido por ti llevándome a una de las ventas de la Sociedad, no habría sobrevivido; la hemorragia fue intensa. Te perdí la pista después, pero me interesé por saber quién eras, de dónde venías... y cómo habías llegado hasta aquí. Quería agradecerte lo que hiciste, y fue entonces cuando averigüé lo de tu hermano Xosé, lo que soportaste en aquella colonia de Monte do Carballo... Utilicé mis recursos y mi tiempo como policía para obtener más información sobre aquella etapa de tu vida. Descubrí que tu hermano desapareció sin dejar rastro en algún momento de finales de los cincuenta. Hay informes que lo sitúan incluso en noviembre de mil novecientos cincuenta y siete... aunque los archivos están plagados de contradicciones y algunas falsedades propias de aquella época.

Delgado hizo una pausa, como si rememorara el camino que lo había llevado hasta ese momento.

—Tiré del hilo y llegué a otras desapariciones de chicos en aquella época y otros sucesos oscuros de la colonia. —De su tono surgió algo entre el reconocimiento y la frialdad—. Fue extraño y a la vez… revelador descubrir tus debilidades, Artai. —Permaneció unos

segundos en silencio antes de proseguir—. En los ratos libres, seguí las pistas, descubrí documentos de la Iglesia y de una sociedad llamada Santa Mariña de Augas Santas. Supe que sus miembros participaron en la represión política y en las desapariciones de la colonia. Fue entonces cuando encontré los ritos que utilizaban y el manuscrito que guardaban celosamente: el libro VI de Farsalia, que ha pasado de mano en mano, dejando una estela de muerte a través de los años. Vi una oportunidad de devolverte el favor y así lo hice. Más tarde, te localicé en Francia, donde parecía que habías dejado atrás todo, y pensé que la mejor manera de saldar mi deuda era enviarte toda la información que había reunido sobre los culpables de la desaparición de Xosé. Pero nunca pensé que aquello… acabaría desatando tanto…

—¿Tanto odio? —respondió Montenegro, con una chispa de cólera en sus ojos.

—Sí… podríamos decirlo así. —Delgado esbozó una leve sonrisa, llena de ironía—. Tengo que reconocer que eliminar a Quiroga, Carrión e incluso a Rivera estaba dentro de lo planeado. Usar ese ritual de la Triple Muerte descrito en el *Libro VI* fue una forma efectiva de enviar un mensaje, aunque ha atraído demasiadas miradas, incluida la de la policía. —Delgado pasó su mano sobre un viejo crucifijo, fijándose en que el Cristo tenía la nariz y las manos dañadas—. Pero matar al obispo Camargo, uno de los líderes de la Sociedad, Artai, y además frente a sus feligreses... eso ha enfurecido a muchas personas poderosas. Creen que estás fuera de control y me han ordenado que lo solucione.

—¿Entonces has venido a matarme? —preguntó Montenegro.

El policía tocó el crucifijo como si fuera una reliquia, luego miró a Artai con aparente calma, aunque un leve temblor en su mandíbula delataba el esfuerzo de mantener la serenidad.

—Artai, lo que sabes sobre la muerte de tu hermano Xosé... puede que no sea toda la verdad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Montenegro desconfiado.

—Tu hermano no murió a manos de Rivera. Sí, abusó de él, eso es cierto, pero no fue el responsable directo de su muerte.

—Mientes... —replicó, con la voz cada vez más tensa—. ¿Cómo puedes saber eso?

—Después de que mataras a Quiroga, encontré un informe policial, fechado a finales de los cincuenta. Según decía, hallaron el cuerpo de un niño cerca del río Porto, a pocos kilómetros de la colonia. Las descripciones coincidían con las de Xosé. Parecía que se había ahogado... —Delgado hizo una pausa, midiendo cada palabra —. Parece que alguien estuvo empeñado en enterrar el caso.

Montenegro no respondió. Sabía que Delgado trataba de manipularle, y lo que decía era una mentira. Se limitó a mirarlo con una expresión que oscilaba entre el escepticismo y la rabia contenida.

—Tus recuerdos fueron manipulados, Artai. La Sociedad necesitaba una historia que encendiera tu odio. Necesitaban moldearte. Y lo lograron. Te dieron enemigos. Te dieron propósito. Pero también te mintieron.

Montenegro frunció el ceño y su dedo permaneció tenso alrededor del gatillo.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué me lo dices tú?

—Porque quiero que sepas la verdad antes de que esto acabe. Porque aún puedes bajarte de este tren antes de que descarrile. Y porque… —hizo una pausa breve, dejando flotar las palabras en el aire espeso— quizá mereces algo más que seguir siendo el instrumento de una venganza que ni siquiera elegiste del todo. — De todas maneras, Artai —dijo Delgado con voz serena, casi indiferente —, las personas a las que eliminaste eran escoria. Rivera fue un abusador, protegido por el gobierno y la Iglesia de entonces.

Montenegro se dejó caer en una de las sillas y se sujetó la cabeza con sus manos. Su respiración era irregular, y parecía encogerse sobre sí mismo.

—La Sociedad te manipuló desde el principio, Artai. Eres perfecto para ellos: sin lazos, sin una historia que vincule tu misión con ellos. Quieren que seas el ejecutor de un complot que mantenga sus manos limpias. Escucha, la policía está a punto de llegar. Vargas ya

sabrá quién soy, que estoy relacionado con Morandé y contigo. Puedo ayudarte a escapar, Artai. Tienes mi palabra. Pero antes, necesito el Libro VI. Hay gente dispuesta a pagar fortunas por ese manuscrito.

Montenegro levantó la mirada, apartando bruscamente la mano de Delgado de su hombro.

—¡No! —dijo con una intensidad casi febril—. Aún no he terminado.

—No lo entiendes, Artai —insistió —. Algunos miembros de la Sociedad están muy preocupados y me han ordenado cancelar la misión contra el Papa, al menos hasta que todo se calme.

—¿El Papa? —preguntó Montenegro, sorprendido—. Él ya no es mi objetivo.

—¿Qué estás diciendo?

—Mi objetivo es la Iglesia y sus altos cargos. Voy a terminar con lo que he comenzado y, Delgado… nadie me va a detener.

Montenegro se puso de pie y quiso abandonar la capilla.

—No te dejaré ir… sin el libro… no —sentenció Delgado mientras desenfundaba el arma.

—Nunca has estado preparado para esto, ¿verdad? —musitó Montenegro.

En un movimiento rápido, Montenegro lanzó un golpe que impactó de lleno en el rostro de Delgado, quien se tambaleó y cayó entre las sillas de la capilla. Delgado evitó que la pistola se le escapara de las manos y disparó instintivamente hacia el bulto de Artai, que desaparecía por la puerta. La detonación resonó en la capilla, y el olor a pólvora llenó el ambiente. Delgado se levantó con dificultad, aturdido y con la mandíbula dolorida; un pequeño hilo de sangre le bajaba por la comisura de los labios, y al pasar la lengua por los dientes, sintió que uno de ellos estaba roto. La rabia por haberse dejado sorprender como un novato lo hizo levantarse rápidamente, y salió de la capilla. Afuera, el sol lo deslumbró, pero no encontró ni rastro de Montenegro.

Vio la puerta principal de la casa abierta de par en par y corrió hacia ella. Sabía que precipitarse así aumentaba el riesgo. Entró y recorrió el pasillo en penumbra, revisando cada estancia. Entonces,

un fuerte golpe por detrás lo derribó de nuevo al suelo. Logró disparar mientras se giraba hacia la sombra que se movía, y un grito breve le confirmó que le había alcanzado.

Montenegro maldecía en voz baja, dolorido por la bala que le había rozado el antebrazo, causando una quemadura punzante. No había planeado salir de allí herido, y el tiempo corría en su contra. Miró su revólver: solo quedaba una bala, y sabía que tendría que acercarse a Delgado si quería asegurarse de detenerlo sin matarlo.

Delgado, con esfuerzo, se reincorporó y se apostó al final del pasillo, esperando a Montenegro. Desde su posición, alcanzaba a ver el brillo del cañón de su pistola desde la cocina. Sabía que debía asumir algún riesgo si quería resolver aquello antes de que llegara la policía. De repente, una mano firme le sujetó el brazo: era Montenegro, que lo había sorprendido por un flanco. Con un golpe certero de la culata del revólver, lo derribó por tercera vez. Delgado cayó pesadamente, viendo cómo Artai le apartaba el arma con el pie y le apuntaba directamente.

—No te rindes, ¿verdad?

Delgado, con un ojo hinchado le observó mientras escupía sangre y tosía con esfuerzo. Artai lo miró con frialdad y le asestó otro golpe en la cabeza con la culata de la pistola dejándolo semiinconsciente.

—No quiero matarte, Manuel. Quédate en el suelo y no te muevas.

Montenegro se sentó en un taburete y examinó la herida en su antebrazo. Era solo un rasguño, pero el dolor lo hacía apretar los dientes.

Se remangó la camisa y fue al fregadero a lavar la herida. Mientras el agua fría corría por el corte, observó que la camisa estaba empapada en sangre y decidió desecharla. Encontró un botiquín en un armario cercano y, con gestos rápidos y precisos, limpió la herida con alcohol, frunciendo el ceño por el escozor. Era como si la bala hubiera marcado su piel. Se envolvió el antebrazo con gasa y la aseguró con esparadrapo.

Luego se dirigió al dormitorio, donde miró su reflejo en el espejo: el rostro fatigado, las ojeras cada vez más profundas. Se preguntó cuánto hacía que no dormía una noche completa... Ajustó su

alzacuellos y se colocó las gafas de pasta cuadradas. Y, en ese momento, lo sintió: algo se movía detrás de él. Delgado, quien había aprovechado la distracción de Montenegro, lo atacó de nuevo, esta vez con un cuchillo de cocina.

Todo pareció desarrollarse en cámara lenta. Artai, reaccionó con reflejos felinos, se giró, cogió la pistola que había dejado sobre la cómoda y disparó sin dudar. La bala alcanzó a Delgado en la cabeza. Su cuerpo cayó de espaldas, quedando inerte en un charco creciente de sangre.

El custode recogió sus pertenencias con movimientos calculados, aunque su mente era un torbellino de pensamientos. Sabía que había dejado tras de sí demasiadas huellas: rastros de sangre, casquillos, el cadáver de un policía... pruebas suficientes para que la policía lo identificara sin dificultad. Pero ya no le importaba. Había cruzado una línea sin retorno. Se detuvo un instante frente al cuerpo inerte de Delgado. Se agachó con lentitud, como si el tiempo se hubiera detenido, y le sostuvo la quijada con firmeza, obligándolo a mirarle por última vez. Luego murmuró con voz áspera, casi con pesar:

—Te dije que te quedaras quieto… joder.

Salió corriendo hacia el patio, donde el Alfa Romeo de Delgado todavía tenía el motor encendido. Abrió la puerta, retiró el cuerpo sin vida del subinspector Requena y se subió al asiento del conductor. Con un rugido, el vehículo aceleró, dejando una nube de polvo en el aire.

76

Un día antes de la llegada del Papa

La tarde cayó inexorablemente aquel dieciocho de agosto de mil novecientos ochenta y nueve. Al día siguiente, el avión papal aterrizaría en el aeropuerto de Lavacolla, en Santiago de Compostela, y el comisario García estaba sumamente preocupado por la sucesión de acontecimientos recientes. Se encontraba en la casa de Allariz, donde yacían los cuerpos de dos inspectores de policía, Delgado y Requena, ambos muertos por disparos. Sentía que había perdido el control de la situación y que, pese a los recursos desplegados, su equipo no había sido capaz de atrapar al asesino que llevaba semanas sembrando el terror.

¿Quién coño era Montenegro?, se preguntó. Sobre la mesa tenía un sinfín de teorías propuestas por la inspectora Vargas, pero le costaba asimilarlas: algunas rozaban lo inverosímil. ¿De verdad estaban tras un sicario con secuelas mentales causadas por traumas de la infancia? ¿Era posible que lo hubiera reclutado una antigua sociedad secreta con miembros influyentes en la Iglesia, la política y el mundo empresarial?

García sentía una frustración inmensa y, ahora, además, sus superiores le habían dado órdenes estrictas de mantener la máxima discreción. Pero los crímenes ya habían llegado a la prensa, y el control de la información estaba perdido.

El comisario sabía que muchos estaban enfadados con él: el Gobierno, la Iglesia, para quienes la peregrinación papal era clave tanto en lo espiritual como en lo económico. No podía poner en máxima alerta a las fuerzas de seguridad, como había solicitado, y lo

que más le helaba la sangre era la posibilidad de un atentado de Montenegro en el Monte do Gozo, durante los actos del Papa Juan Pablo II con miles de jóvenes de distintos países congregados para la Jornada Mundial de la Juventud. Si el Papa sufría algún daño, las consecuencias serían gravísimas para la imagen del país y para su carrera.

García permanecía de pie junto a la puerta principal de la casa, observando la escena. Varios coches de la Guardia Civil, con sus luces intermitentes, iluminaban la entrada del priorato de la Fraternidad de San Pío X. Observó que la furgoneta del equipo de investigación criminal tenía los portones traseros abiertos, y los técnicos de la policía científica trabajaban con distintos equipos en su interior. Aunque en aquellos años, a finales de los ochenta, la investigación criminal había avanzado mucho y él siempre había presumido de tener uno de los mejores laboratorios bajo su mando en Santiago de Compostela, lamentaba ver a aquellos policías enfundados en sus monos de color blanco con tanta frecuencia últimamente.

A unos metros, Marzán, con su inseparable cuaderno de notas de tapas rojas, hablaba con un grupo de cuatro guardias civiles, anotando con atención todo lo que le decían. Marzán lo saludó con la mano, y García le respondió con un leve movimiento de cabeza. Uno de los guardias arrojó una colilla aún encendida y la apagó con el pie.

—Comisario...

Abstraído en sus pensamientos, García apenas escuchó la voz de Marzán, que insistió hasta llamar su atención.

—¿Comisario?

—Sí… —preguntó García—. ¿Qué han averiguado?

—Por lo que parece, comisario, la muerte de Delgado ocurrió tras una pelea violenta. Su cabeza presenta contusiones graves, posiblemente causadas por un objeto contundente, quizá la culata de una pistola o algo similar. También encontramos rastros de sangre en el baño, lo que apunta a la presencia de un segundo individuo. Es posible que la sangre sea de Montenegro.

Ambos entraron juntos en la casa, donde aún yacía el cuerpo inerte de Delgado. García pensó en Vargas. Sabía cuánto tiempo habían trabajado juntos, y el solo hecho de imaginar su reacción lo inquietaba. Un investigador de la científica se acercó y les informó con un tono sombrío:

—Comisario, el escenario es bastante claro. A falta de la confirmación de los peritos, creemos que Delgado mató primero al inspector Requena en su coche. Después, se produjo un enfrentamiento en esta casa; hay casquillos por toda la estancia. Por las marcas y rastros, parece que hubo forcejeo y que Delgado intentó defenderse con un cuchillo de cocina. Al final, el atacante le disparó en la cabeza. También parece que el sospechoso está herido —dijo, señalando el baño, donde otro investigador obtenía muestras de restos de sangre seca en el lavabo—. La muestra de sangre se enviará para confirmar el grupo sanguíneo y cotejarlo con las demás muestras, y así corroborar si corresponde a Montenegro.

—¿Qué te sugiere todo esto? —preguntó García a Marzán.

—Vargas me comentó que Delgado y Montenegro se conocían; ambos eran custodes de los Carbonari. Pero no creo que la muerte de Delgado estuviera planeada. Montenegro siempre fue extremadamente meticuloso, y en esta escena dejó demasiadas pruebas. Además, se llevó el coche de Delgado... No es propio de él. Parece que actuó con prisa, como si hubiese perdido el control de la situación.

García asintió lentamente.

—Montenegro está siendo descuidado —añadió Marzán—. Si ha llegado a este punto, es que se siente acorralado.

En ese momento, el Volkswagen Golf de Vargas entró en la finca, y García observó cómo la inspectora bajaba del coche. Se dirigió hacia el cuerpo de Requena, que estaba cubierto con una sábana, con las manos detrás de la cabeza. García salió a su encuentro, consciente del impacto que la escena tendría en Vargas.

—Es mejor que no entres, Noela —dijo García con voz suave.

Vargas lo miró con dureza, y él supo que no insistiría. La dejó pasar, apartándose de su camino con un leve asentimiento. Ella entró en la casa y se arrodilló junto a Delgado. El dolor la invadió, y un gemido contenido se transformó en un llanto desgarrador.

77

Montenegro sabía que debía abandonar el Alfa Romeo de Delgado. Aquel coche era como una diana en su espalda, y, aunque había utilizado las carreteras comarcales para evitar los posibles controles, existía la posibilidad de cruzarse en cualquier momento con una patrulla de la Guardia Civil. Tenía que llegar a Santiago de Compostela cuanto antes y terminar el ritual. En el asiento del copiloto, envuelto en una lona, yacía el libro VI de Farsalia, el mismo que Delgado —como un fantasma del pasado— había intentado arrebatarle.

Desde hacía tiempo ya no sentía remordimientos por matar: había acabado con toda clase de monstruos, psicópatas y criminales de guerra, pero haber tenido que matar a Manuel lo había entristecido profundamente. Su vida era fruto del desarraigo; no podía tener una familia, ni siquiera una relación o simples amigos. Delgado era uno de los pocos hombres con los que había tenido una conexión sincera en algún momento. La verdad es que le había perturbado saber que él era el hombre que los Carbonari habían enviado para asesinarlo. La corrupción y la descomposición de algunos miembros de la sociedad habían llegado hasta ese extremo.

Además, aún no podía dar crédito a que toda la información enviada por la sociedad a través de Delgado sobre Rivera, Carrión y Quiroga —quienes, según le habían hecho creer, encubrieron y fueron responsables de la muerte de su hermano Xosé— no fuese más que una maniobra para manipularlo y alimentar su sed de venganza. Con ello, pretendían implicarlo en un burdo complot para atentar contra el Papa. Ahora comprendía que todo había sido una farsa, y que su verdadero objetivo estaba en otro lugar. Por fin tenía claro cuál era la cabeza de la Hidra que debía cercenar.

En aquel preciso instante comprendió que había estado conduciendo casi en automático. No recordaba la distancia recorrida desde el priorato de Allariz. Durante el trayecto, apenas había prestado atención al paisaje, que desaparecía como el vuelo fugaz de un águila. Pinares y eucaliptos se entrelazaban en un maridaje extraño mientras avanzaba por una estrecha carretera comarcal que serpenteaba entre dos elevaciones rocosas cubiertas de helechos. Estacionó en la cuneta, miró con frustración el mapa Michelin que había encontrado en la guantera y descubrió que se hallaba a unos dos kilómetros de una población llamada Cartelle. Se había desviado demasiado, tratando de evitar los controles.

Decidió ocultar el coche en un camino rural cubierto de maleza y cargó su mochila con la batracotoxina, antes de dirigirse a pie hacia el pueblo. Tres cuartos de hora más tarde, Montenegro llegó al lugar: una pequeña villa formada por casas dispersas y construcciones de hormigón a medio terminar. Los cultivos de maíz se alzaban como un ejército verde en formación, cuyas mazorcas parecían saludarlo. Era media mañana, y apenas había actividad en la calle, salvo algunas ancianas vestidas de negro que acarreaban bolsas de la compra.

Encontró un pequeño bar y entró. Varios vecinos del pueblo estaban sentados frente a la barra, bebiendo y fumando. En una mesa junto a la ventana, cuatro ancianos jugaban a las cartas; todos lo miraron. Sin duda, debía de ser extraño que apareciera de repente un sacerdote desconocido. No era habitual ver forasteros, y menos aún un cura que parecía despistado. Una mujer regordeta, de piel blanca y pómulos enrojecidos, vestida completamente de negro y con un delantal con el logotipo de una marca de gaseosa, se acercó y limpió el trozo de barra donde Montenegro se había acomodado.

—Buenas tardes, padre. ¿Se ha perdido? —preguntó la camarera con una sonrisa socarrona.

—Exacto. Voy camino a Santiago de Compostela. He tenido la mala suerte de que mi coche se averió a unos pocos kilómetros de aquí.

—¿Es usted uno de los curas que va a asistir al encuentro de este fin de semana con el Papa? —le soltó de repente uno de los

ancianos que jugaba al tute en la mesa.

—Así es —respondió Montenegro, mientras se quitaba la mochila y la dejaba con cuidado sobre la barra.

—Pues todavía le queda lejos —confirmó la camarera con aire despreocupado.

—¿Hay algún medio de transporte que me permita llegar a Santiago?

—Pasa un autobús de línea dos veces al día; va a Lalín y de ahí puede tomar otro hasta Santiago, pero a esta hora el último ya se ha marchado.

Montenegro evidenció su fastidio con una mueca.

—¿Y… tal vez un taxi?

—El único taxi del pueblo está averiado.

En ese momento, un joven alto y delgado, con una cicatriz de quemadura en el rostro, se acercó a la barra para pagar. Vestía un mono azul con el logo de una empresa de transportes bordado en el pecho. Montenegro pensó que aquel chaval no debía tener mucho más de veinte años, pero la evidente alopecia y su pelo ralo le hacían aparentar más edad.

—Padre, yo puedo llevarlo hasta Padrón, si quiere… Parto en media hora.

—Te lo agradezco, hijo.

—¿Le apetece tomar un café? — le ofreció la camarera.

—Sí… gracias… ¿tiene un papel y un sobre?

La camarera rebuscó en los cajones de un viejo armario y le entregó un folio y un sobre de estraza marrón con el logo de una compañía eléctrica llamada Xallas. Montenegro escribió una nota y la metió en el sobre.

—¿Hay un cuartel de la Guardia Civil cerca de aquí?

—Sí.

La camarera mientras tanto le echó un poco de leche en la taza.

—¿Podría hacerme el favor de entregarles este sobre en cuanto yo me vaya?

—Claro —asintió con una sonrisa al ver que, junto al sobre, aquel falso sacerdote deslizaba un billete de mil pesetas.

—¿Ocurre algo, padre?

—Nada, simplemente entregue el sobre.

El joven camionero abrió la puerta del baño e hizo un gesto para invitar a Montenegro a que lo siguiera.

—¿Nos vamos?

Montenegro asintió, dio un sorbo rápido al café, recogió su mochila y abandonó el local, dejando que la puerta se cerrara con un sonoro portazo.

La camarera encogió los hombros y miró con curiosidad el destinatario escrito en el sobre. Con unos trazos enrevesados, Montenegro había puesto el nombre de una mujer:

Inspectora Noela Vargas. Santiago de Compostela.

78

A las cinco de la mañana del sábado diecinueve de agosto, Vargas se había refugiado en una de las salas de reuniones de la comisaría. Necesitaba un lugar donde aislarse, sentarse en soledad y sumergirse en sus pensamientos. Con la mirada perdida, sostenía entre las manos una taza de café caliente, casi como un autómata, mientras sus profundas ojeras delataban una noche de insomnio y desvelo. El dolor por la muerte de Manuel había desgarrado algo fundamental dentro de ella. Habían trabajado tanto tiempo juntos, habían estado tan cerca... y ahora, al perderlo, comprendía por fin lo que sentía por él, aquello que durante años había preferido no admitir.

A diferencia de ella, él jamás escondió su amor por ella: en su mirada, en la forma en que le hablaba o incluso en su manera de estar siempre cerca, había una clara declaración de lo que él sentía. Y ahora, lo lamentaba profundamente. En lo más hondo de su ser, sentía algo que nunca se permitió confesarle. Esos sentimientos la desgarraban como el filo de un estilete al descubrir que, en realidad, nunca conoció a Manuel. Que su pasado ocultara a alguien tan despiadado como Montenegro la turbaba sobremanera, y la duda crecía como un veneno que lo impregnaba todo. Era como si el destino la hubiera elegido para protagonizar ese caso, forzándola a desprenderse de todo aquello que amaba. Hilos invisibles parecían manejarla a su antojo, condenándola a estar sola, como si todo aquel que se acercara a ella terminara reducido a cenizas, como la llama que consume la cera de una vela. Primero su hermano, después Daniel, el hijo de Lucía, y ahora Manuel.

Sumida en estas ensoñaciones, apenas notó que alguien abría la puerta de la sala. Era Suso, que asomaba el rostro con cuidado, con

una actitud casi avergonzada, como si no quisiera interrumpir aquel momento tan íntimo.

—¿Puedo pasar? —preguntó desde la puerta.

—Sí, pasa, por favor —respondió, secándose rápidamente las lágrimas con la manga de su cárdigan.

—¿Estás bien? —susurró con suavidad, intentando no incomodarla. Vargas asintió, y Marzán se acomodó con torpeza en la silla frente a ella. Le tomó las manos con delicadeza, y ella, sin fuerzas, se las dejó.

—Siento mucho todo lo que ha pasado.

Sus ojos se humedecieron de nuevo, pero se apresuró a limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano, avergonzada de mostrar debilidad.

—¿Sabes lo que realmente lamento, Suso? No haberle dicho nunca a Manu lo que sentía por él —dijo, soltando las manos de Marzán y rodeando de nuevo la taza de café con las suyas.

—A veces, en la vida, elegimos lo que creemos que es mejor —contestó Suso con una voz suave y sincera—. Erais compañeros y amigos, y tú sabías que llevar eso más allá quizás no hubiera funcionado. No te sientas culpable.

Ella notó el peso de las palabras de Suso y agradeció su apoyo. Siempre tenía el don de decir justo lo que necesitaba escuchar.

—Me siento como una huérfana en este momento. Haber trabajado tanto tiempo con alguien que, al final, no conocía... es tan duro y frustrante.

—Lo sé, pero tienes que reaccionar —dijo Marzán con firmeza—. Tenemos mucho trabajo por delante, y lo mejor que puedes hacer ahora por Delgado es ayudar a atrapar a su asesino.

Vargas asintió y dio un sorbo al café, buscando fuerzas en el calor de la taza.

—Escucha... el coronel Aramburu está aquí; ahora mismo está en el despacho del comisario, perfilando los últimos detalles del operativo de seguridad para la JMJ. El comisario me pidió que te viniera a buscar. Te necesitan concentrada al máximo.

Ya en el despacho del comisario García, Vargas y Marzán se encontraron con el coronel Aramburu, toda una leyenda en la

Guardia Civil. A sus cincuenta y cuatro años, comandaba la jefatura de la comandancia de A Coruña y lucía impecable en su uniforme, decorado con más de veinte pasadores de medallas obtenidas en una carrera brillante y rápida en el cuerpo. Entre ellas, destacaban la Medalla de la Legión de Honor, una de las más altas condecoraciones otorgadas por Francia, y varias cruces al mérito, como la Cruz con Distintivo Blanco, por sus logros en la lucha contra la organización terrorista ETA.

Con una mirada de halcón, cada gesto y detalle parecían estar minuciosamente observados bajo sus ojos atentos. De labios finos, piel bronceada y voz profunda y ronca, su fuerte acento andaluz lo hacía aún más distintivo. Vargas percibió la vieja amistad que lo unía con el comisario, visible en los gestos de complicidad entre ambos. También estaba presente un teniente de la Guardia Civil, un hombre rubio y de piel pálida, que organizaba con precisión una serie de documentos sobre una pizarra usando chinchetas.

—Pablo —dijo García, con un ademán hacia Vargas—, te presento a la inspectora jefa Noela Vargas, a cargo de la investigación.

Aramburu estrechó con firmeza la mano de Vargas.

—Inspectora.

—Y él es Suso Marzán, el criminólogo que nos asiste en el caso —añadió García.

—He leído algunos de sus libros, señor Marzán —asintió el coronel, con una leve inclinación de respeto.

Marzán lo agradeció con un gesto. Aramburu no perdió tiempo en entrar en el tema.

—Según lo que me ha comentado Alfredo, parece que este Artai Montenegro podría dirigirse a Santiago de Compostela. Dígame, inspectora, ¿tienen alguna certeza sobre sus intenciones? Necesito hechos, no suposiciones.

—Coronel, aún no contamos con toda la información —admitió Vargas—. Creemos que Montenegro puede estar preparando un ataque en alguno de los eventos de la Jornada Mundial de la Juventud, probablemente durante la misa del domingo en el Monte do Gozo.

—¿Y el posible objetivo? —preguntó, cruzando las manos detrás de la espalda con aire pensativo.

—Aún no tenemos esa certeza. Sin embargo, creemos que el Papa no sería su objetivo principal.

El coronel levantó una ceja, sorprendido.

—¿Y por qué no?

—Sospechamos que su blanco podría ser alguno de los acompañantes en la comitiva papal o incluso algunos de los peregrinos. Todavía estamos trabajando en concretarlo.

El coronel miró a Vargas con seriedad.

—Ya veo... así que aún no hay mucho en claro —dijo, con tono grave.

—Estamos trabajando en ello, coronel.

Aramburu suspiró, con una expresión de paciencia contenida.

—Lo entiendo, inspectora, pero el tiempo corre. Si existe alguna amenaza, debemos tenerla clara antes de que el avión papal aterrice. No podemos dejarnos llevar por especulaciones.

Marzán intervino con gravedad:

—Coronel, Montenegro es un hombre desesperado y mentalmente inestable, lo que lo hace aún más peligroso porque ya ha asumido su propia muerte como parte de su misión. Aunque ignoramos su objetivo exacto, sabemos que lleva consigo un veneno mortal y que planea usarlo en un acto que considera una especie de expiación divina. Coronel... Montenegro no busca a alguien en particular. Lo que persigue es un símbolo, y ese símbolo está entre los cientos de miles de personas que se reunirán en el encuentro con el Papa.

Se hizo el silencio, roto apenas por la voz monótona de un locutor en la pequeña televisión del despacho del comisario, donde pasaban imágenes de Juan Pablo II. Aramburu observó un mapa extendido de la ciudad y se dirigió a Vargas:

—Bien, inspectora, concéntrese en identificar ese objetivo. Yo le proporcionaré todo el apoyo necesario. ¿Dónde podríamos atraparlo? ¿Y cómo?

Vargas respondió con firmeza:

—Nuestra prioridad es detenerlo antes de que alcance el evento, coronel. Lo que sí sabemos es que Montenegro irá disfrazado de

sacerdote. En el priorato encontramos una camisa clerical con restos de sangre que creemos que es suya. Debió dejarla en su huida.

Aramburu se volvió hacia el teniente, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—Teniente, recuérdeme el despliegue de seguridad preparado para la visita de Su Santidad.

El teniente extendió un mapa sobre el escritorio del comisario, señalando Santiago de Compostela y los pueblos cercanos, todos dentro de un círculo de veinte kilómetros alrededor de la ciudad.

—El Papa llegará hoy a las once de la mañana al aeropuerto de Lavacolla —comenzó con una voz aguda y pausada, indicando distintos puntos en el mapa con sus dedos—. Desde el aeropuerto, se trasladará en el papamóvil hasta la ciudad. Durante este trayecto, será prácticamente imposible que alguien se acerque a la comitiva papal. La policía, la Guardia Civil y la Guardia Vaticana vigilarán estrechamente cada etapa del recorrido. Luego, el Papa recorrerá a pie los últimos quinientos metros hasta la Catedral, un momento crítico, ya que irá acompañado de unos setecientos jóvenes. —Desplegó otro mapa detallado de la plaza del Obradoiro—. En esta área tendremos agentes en todos los puntos estratégicos. Nadie podrá acercarse sin que lo sepamos.

—Bien. Al menos la seguridad del Papa está garantizada —dijo Aramburu con satisfacción.

—Con el debido respeto, mi coronel, aunque no podemos descartar un intento contra el Papa —intervino Vargas—, insisto en que no creo que Montenegro tenga ese objetivo. Como ha dicho Marzán, él posee suficiente veneno para causar un daño masivo en Santiago.

—¿Entonces qué sugiere que hagamos? —preguntó Aramburu con un gesto impaciente.

—Necesitamos operativos adicionales en los accesos a la ciudad —respondió Vargas—. Hoy Santiago estará llena de sacerdotes venidos de todo el mundo, y Montenegro se camuflará entre ellos.

Aramburu apoyó sus puños sobre la mesa, mirando el mapa con atención.

—Exactamente —añadió—, habrá miles de sacerdotes. No podemos identificarlos a todos.

—Quizá tengamos una pista, coronel —dijo Marzán—. Además de los cadáveres de los inspectores en el priorato, encontramos restos calcinados de un sacerdote, Xavier Torres, quien iba a participar en la Eucaristía del domingo. Sospechamos que Montenegro se hará pasar por él.

Aramburu reflexionó en silencio, examinando con atención el mapa sobre la mesa del comisario. Unos golpes en la puerta desviaron su atención; una agente uniformada entró y se acercó al comisario. Se inclinó hacia él para decirle algo al oído y, acto seguido, le extendió un papel. Vargas observó cómo el comisario asentía.

—Parece que hemos localizado el coche abandonado del inspector Delgado cerca de un pueblo llamado Cartelle, a unos cien kilómetros de Santiago.

—Bien, teniente… —dijo Aramburu, consciente del peligro—. Dé la orden de incrementar la vigilancia en todos los accesos por carretera a Santiago de Compostela. Pero, por favor, —miró a cada uno de los presentes con firmeza—, seamos discretos. No quiero que la prensa se entere y empiece a decir que hemos perdido el control sobre un loco que podría atentar durante la visita del Papa.

—Nos falta todavía identificar el momento y el lugar exactos en los que Montenegro pretende actuar —dijo el comisario García, dejándose caer en el butacón con gesto pensativo.

—Creo que ya los tenemos —intervino Marzán, señalando la televisión encendida.

García subió el volumen. En la pantalla, una periodista de cabello oscuro, vestida con una blusa morada, desglosaba con voz clara y enérgica los actos en los que el Papa participaría durante su visita a Santiago de Compostela aquel fin de semana. Las imágenes mostraban a Juan Pablo II, rodeado de multitudes, seguido de escenas de jóvenes peregrinos caminando en grupo por la carretera. Luego, la pantalla mostró una sala en la que estaban dispuestos mil doscientos copones dorados. Esos artefactos serían usados al día siguiente, domingo veinte de agosto de mil novecientos ochenta y

nueve, cuando los sacerdotes celebrarían la Eucaristía junto a los peregrinos.

Todos en la sala intercambiaron miradas de preocupación. Comprendieron al instante que aquel podría ser el medio elegido por Montenegro para distribuir la batracotoxina.

79

El sonido de la voz profunda del locutor en la radio invadió la cabina del camión mientras divisaba una señal anclada en la carretera que anunciaba la proximidad de su destino, Padrón. Durante el viaje desde Cartelle hasta allí, esos dos compañeros casuales no habían cruzado palabra alguna. Eran dos extraños que se habían encontrado por azar del destino, y en poco tiempo, ese encuentro se convertiría en un frágil recuerdo. Artai observó al conductor, preguntándose si su vida era tan anodina como parecía, sentado al volante de aquel camión. Una ligera sonrisa cruzó su rostro al imaginar cómo cambiaría la vida del chico al descubrir a quién había llevado. El camionero notó la mirada y le devolvió la sonrisa de forma mecánica.

—Ya estamos llegando, padre.

El fugitivo observó cómo las casas de aquel pueblo, que antes estaban dispersas a ambos lados de la carretera, ahora se apretujaban unas contra otras, formando un variado conjunto de colores y alturas, señalando la inminente llegada al centro de la población.

—¿Dónde quiere que le deje?

—Aquí mismo.

El camión se detuvo con parsimonia a un lado de la carretera. El falso sacerdote estrechó la mano del conductor con fuerza, cogió su mochila y, con un salto, bajó de la cabina. Un lacónico «suerte, padre» fue el último intercambio de palabras de esa relación fortuita.

Miró su reloj; eran las nueve de la noche. Sabía que un autobús partiría a la mañana siguiente desde la avenida de Santiago de Compostela, junto al jardín botánico. El vehículo había sido fletado por el arzobispado para trasladar a los sacerdotes y monjas que iban a participar en los actos del JMJ. Decidió pasar la noche en un hostal

y dirigirse a coger el autobús al día siguiente. Como esperaba, este estaba estacionado al ralentí, y en la acera, varios curas formaban pequeños corrillos, mientras algunas monjas se abanicaban para protegerse del sol de media mañana. Se relajó al ver que todo se desarrollaba según el plan previsto.

Sin embargo, al acercarse al autobús, un coche patrulla de la Guardia Civil se detuvo, y uno de los agentes bajó para hablar con el conductor, quien estaba de pie junto a la puerta del vehículo. Se detuvo en seco y dudó, mirando a su alrededor con rapidez. ¿Podrían identificarlo? ¿Estaban allí por él? No había llegado tan lejos para que una patrulla lo atrapara y arruinara todo por un golpe de mala suerte. Entonces, se dio cuenta de que un sacerdote rechoncho y de pelo cano, con una nariz prominente y ojos oscuros, lo observaba disimuladamente. Cabía la posibilidad, pensó, de que se hubiera dado cuenta de sus vacilaciones al ver a los agentes. Volvió a mirar al guardia, que conversaba animadamente con el conductor; parecía que se conocían, lo cual le tranquilizó. El otro permanecía en el coche, fumando y mirando al vacío. Pasaron cinco largos minutos hasta que el agente se despidió y regresó a su vehículo. Artai exhaló profundamente, aliviado. Al levantar la vista, sorprendió al sacerdote apartando la mirada con torpeza, como si hubiera estado observándolo en secreto. Se acercó al conductor y proporcionó el nombre de Xavier Torres. Este lo encontró en la lista y lo tachó. —Salimos en veinte minutos, padre.

Ya más relajado, el falso sacerdote entró en una cafetería situada frente a la parada de autobuses y pidió un café. Desde la tarde del día anterior no había comido nada, y su estómago rugía. El camarero, vestido con la camiseta del Deportivo de La Coruña, le sirvió el café con rapidez. Artai se dirigió al baño, orinó placenteramente y se lavó las manos en un pequeño lavabo. Se miró al espejo, y cada arruga de su rostro le recordaba las tempestades que había vivido. Sabía que estaba cerca de su objetivo y que pronto podría descansar.

En medio de este momento introspectivo, la puerta del baño se abrió, y el sacerdote rechoncho que había visto antes entró y orinó ruidosamente en el retrete. La brillante calva del cura reflejaba la luz

artificial del baño. Cerró la cremallera de su bragueta y se situó al lado de él. Mientras se lavaba las manos, le lanzó una mirada sospechosa a través del espejo, su expresión estaba llena de inquietud.

—Usted no es Xavier Torres —espetó él—. Conozco al padre Torres desde hace muchos años y usted no es él. ¿Quién es usted? ¿Dónde está él?

El impostor se mantuvo sereno, se sacudió el exceso de agua de las manos y las secó con un trozo de toalla vieja y áspera. Su sonrisa fría hizo que la sangre del sacerdote se helara.

—El padre Xavier, lamentablemente, no ha podido acompañarnos… digamos que está indispuesto —respondió con una voz amenazadora.

El cura se dio cuenta del peligro en que se encontraba. El miedo deformó su rostro y, en un intento de huir, dio un paso hacia la puerta. Pero Artai lo detuvo, sujetándolo del hombro y abrazándolo con una fuerza férrea. Su nariz rozó el pecho del sacerdote, y sintió cómo el cuerpo blando del hombre comenzaba a temblar. Los quejidos ahogados se convirtieron en aullidos sofocados de pánico, que frenó rápidamente, como si extinguiera una vela con un golpe de viento. El cuerpo cayó inerte en sus brazos, y lo arrastró dentro de uno de los cubículos del baño.

Encontró un pequeño ventanuco que daba a la calle. Colocó el cuerpo del sacerdote sobre la taza del váter, apoyando su cabeza contra la pared. Revisó su cartera y leyó el nombre en su DNI: Víctor de la Serna. Le lanzó una mirada de lástima.

—El momento y el lugar menos adecuados, padre Serna —pensó.

Con respeto, bloqueó el pestillo del cubículo desde dentro y le cerró los ojos.

—Reverteri ad locum tuum —susurró—. Regresa a tu lugar.

Abrió el ventanuco y calculó el espacio. Lanzó la mochila al exterior y se encaramó ágilmente sobre la cisterna, con el corazón latiendo como un tambor. En un suspiro, se deslizó al otro lado, donde un patio solitario lo recibió con el ondear sereno de sábanas recién lavadas. Sin perder tiempo, cruzó el patio y abrió una cancela

que lo llevó a un estrecho callejón lleno de cajas de refrescos apiladas. Allí, vio el autobús, ya con todos a bordo, y al conductor, que caminaba de un lado a otro, nervioso y a punto de partir.

—Estábamos a punto de partir, padre. ¿No le dije que nos íbamos en veinte minutos? —dijo el conductor, visiblemente molesto.

—Sí, disculpe. No me encontraba bien y tuve que ir al baño —respondió mientras subía las escaleras del autobús.

—Padre… falta todavía un sacerdote, ¿lo ha visto?

—Sí, cierto. El padre Serna… Tomamos un café juntos, pero tuvo que ausentarse por una urgencia familiar.

—Qué raro... ha dejado aquí su equipaje —dijo el conductor, desconcertado.

—Me pidió que se lo remitiera cuando lleguemos a Santiago de Compostela.

El conductor, más apurado por la prisa que interesado en indagar, aceptó las explicaciones del sacerdote de ojos azules. El pasajero se acomodó en uno de los asientos traseros y sostuvo la mochila con fuerza entre sus brazos. Esperó con paciencia a que el autocar arrancara. Luego, cerró los ojos con cierto alivio. En ningún momento se había relajado; sabía que alcanzar su objetivo, esa redención final, no iba a ser fácil.

80

El avión DC-9 de Alitalia, adornado con el escudo papal, descendió y aterrizó a las once de la mañana de aquel sábado, 19 de agosto. Vargas ocupaba una posición privilegiada al pie de la pista, esperando a que el Papa descendiera por la escalerilla del avión. Estaba sentada dentro de un Renault Laguna que formaba parte del dispositivo de seguridad que la policía había organizado para escoltar a Juan Pablo II durante su trayecto en el papamóvil, desde el aeropuerto de Lavacolla hasta Santiago de Compostela. Aunque sospechaba que el objetivo de Montenegro no era el Papa, Vargas quiso estar presente en el dispositivo que el coronel Aramburu había diseñado para el recorrido del Pontífice.

El nerviosismo era palpable en los equipos de vigilancia y seguridad, ya que Juan Pablo II tenía la intención de recorrer los últimos quinientos metros hasta la catedral de Santiago de Compostela a pie, como un peregrino más. Esto complicaba enormemente las tareas de protección debido a la presencia de miles de peregrinos amontonados en la Plaza del Obradoiro, entre los cuales, pensaba Vargas, podría estar Montenegro.

Desde la muerte de Manuel, Vargas apenas había dormido, y su estómago estaba en un constante nudo, como si un enjambre de mariposas revoloteara sin descanso. Algo en su interior le decía que Montenegro estaría vigilando cada paso del Papa y que, en cualquier momento, podría aparecer y mirarla con aquellos profundos ojos azules, camuflado entre los miles de peregrinos y religiosos que abarrotaban la ciudad. Luego, pensó fugazmente en Marzán, quien se había quedado en la comisaría analizando toda la documentación, tratando de averiguar, a contrarreloj, cuál podría ser el objetivo más plausible de Montenegro. Cualquier detalle, cualquier pista pasada

por alto, podría llevar a una tragedia, y ella no estaba dispuesta a consentirlo... otra vez no.

Vargas observó cómo el fuselaje del avión relucía bajo el sol de agosto mientras se desplazaba lentamente por la pista. Un grupo de personalidades charlaba animadamente frente a la escalerilla por la que descendería la comitiva papal y los periodistas que lo acompañaban. Los Reyes de España esperaban pacientemente al pie de la escalerilla, mientras varios cardenales conversaban en un corrillo; entre ellos, Vargas reconoció al cardenal Laprovittola.

Noela salió del coche y echó un vistazo a la pista. El avión papal se detuvo, y el vehículo de Iberia que portaba la escalerilla se colocó ante la puerta. Unos minutos después, la puerta del avión se abrió, y el Papa Juan Pablo II apareció, levantando ambas manos en un gesto de saludo, entre la algarabía de los pocos privilegiados presentes para el recibimiento. Luego, se arrodilló, besó el suelo y estrechó con efusividad las manos de los Reyes. Con paso dubitativo, se dirigió a un atril donde pronunció un breve discurso de bienvenida.

Vargas sintió la mirada de Laprovittola sobre ella. Le devolvió un leve gesto con la cabeza, que el viejo cardenal correspondió con un breve saludo de mano.

El papamóvil, un vehículo modelo Range Rover propiedad de la policía, esperaba con el motor en marcha a que el Papa concluyera los actos de bienvenida antes de trasladarlo a Santiago de Compostela. Desde el aeropuerto, el recorrido hasta la catedral llevaría aproximadamente dos horas. Vargas miró su reloj; el comisario García le había indicado esa mañana que tendría que recoger a un enlace de seguridad de la Guardia del Vaticano. El sol la obligó a formar una visera con la mano sobre sus ojos mientras un hombre de unos cuarenta años descendía por la escalerilla del avión papal. Vestía un elegante traje oscuro y lucía unas gafas de sol de aviador. Era de alta estatura, complexión atlética, con el cabello rubio cortado al ras y una barba perfectamente cuidada. Lo acompañaban otros hombres que Vargas supuso eran miembros de la Guardia Suiza.

El guardia se despidió de sus acompañantes en la escalerilla y se dirigió rápidamente hacia donde Vargas y otros dos agentes lo esperaban. Vargas se dio cuenta de que aquel individuo parecía aún más imponente de cerca, y el fuerte aroma de su colonia le hizo llevarse el dedo índice a la nariz con discreción.

—¿Inspectora Vargas? —El hombre tenía una voz grave y hablaba un perfecto español con un marcado acento alemán. Le estrechó la mano con fuerza. Vargas notó un detalle curioso: un imperdible con una cruz de oro adornaba el ojal de su costoso traje.

—Soy Lyan Huber, asesor de seguridad del Vaticano. Como seguramente ya le han informado, estoy aquí para apoyarla en todo lo que concierne a la seguridad de Su Santidad. El comisario García me ha puesto al tanto de la amenaza sobre la JMJ y me ha entregado el expediente de Artai Montenegro.

—Sí, así es. De todas maneras, señor Huber...

—Llámeme Lyan, por favor —dijo con una sonrisa cordial.

—De todas maneras... Lyan, hemos avanzado bastante en la investigación y estamos casi seguros de que Montenegro no tiene al Papa como objetivo. Sin embargo, creemos que planea aprovechar la visita para llevar a cabo algún acto que pueda afectar al evento.

—No es precisamente tranquilizador — dijo, frunciendo el ceño—. ¿Tienen alguna pista de quién podría ser el objetivo?

—Estamos trabajando contrarreloj para averiguarlo.

—Lo entiendo, inspectora, pero el tiempo juega en nuestra contra. Hasta que sepamos más, no podemos descartar ninguna posibilidad, ni siquiera que el Papa esté en peligro.

En ese momento, el walkie-talkie de Vargas emitió un ruido de estática. Ella lo activó, y una voz seca y distante habló:

—Inspectora, el mirlo blanco está en movimiento.

—¿El mirlo blanco? —preguntó Huber, con una mezcla de curiosidad y desconcierto.

Vargas se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—Ya sabe cómo somos los españoles. Le ponemos apodos a todo, incluso al Papa.

El Papa subió al papamóvil. Vargas volvió a saludar al cardenal Laprovittola, quien se acomodó junto a otros dos sacerdotes en un

Audi 100 con cristales tintados. La idea de ver a Laprovittola en el círculo más estrecho del Papa le resultaba incómoda; había algo que no encajaba. Era extraño ver a un miembro tan relevante del carbonarismo tan cerca de Juan Pablo II, sobre todo teniendo en cuenta las tensiones con la línea reformista del Pontífice.

—Laprovittola ha sido invitado personalmente por Su Santidad —dijo Huber en tono confidencial, al notar su mirada inquisitiva hacia el cardenal—. Es un gesto de acercamiento hacia los grupos más alejados de las reformas del Concilio Vaticano II. Aunque, dentro de Roma, hay quienes no ven con buenos ojos este intento de integración, especialmente tras las tensiones con la Iglesia Lefebvriana. ¿Conoce usted al cardenal?

—Sí, es un viejo amigo de la familia —respondió esquivando los detalles. Huber asintió brevemente.

—¿Nos vamos?

Ambos se acomodaron en el asiento trasero del Renault Laguna. Vargas se dio cuenta de que a Huber le faltaban tres dedos de la mano izquierda, que iba cubierta con un guante de cuero adaptado para ocultar la mutilación. Al notar que Vargas observaba su mano con discreción, Huber esbozó una sonrisa fugaz.

—Antes de trabajar para la Guardia Vaticana, fui miembro del equipo de artificieros de la policía alemana. Una vez, respondimos a una amenaza de bomba de la Fracción del Ejército Rojo en una pizzería de Múnich. El artefacto explotó mientras intentábamos desactivarlo, y yo me llevé la peor parte. Pasé más de un mes en el hospital recuperándome. Salvé la vida, pero estos dedos… —hizo un gesto breve y ocultó la mano.

—Lo siento, Lyan… no quería incomodarle —dijo ruborizándose.

—No se preocupe, inspectora. Ya estoy acostumbrado —respondió con amabilidad.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el Vaticano?

—Desde 1980. Fue una oportunidad que no quise dejar pasar. Después de la explosión, atravesé una época muy difícil; la depresión y el trauma casi me destruyen. Pero un buen amigo mío, jefe de seguridad del Papa, me contactó, y el trabajo en el Vaticano

me salvó. Me ayudó a recuperar mi propósito y a volver a ser una persona nueva.

Huber hizo una pausa, observando a Vargas con curiosidad.

—¿Y usted, inspectora? Sé que su trayectoria tampoco ha sido sencilla. Varias tragedias la han marcado como policía y como persona. Me han dicho que estaba semiretirada en Madrid, y de repente, se ha visto arrastrada a este caso... el caso de su vida. Tengo entendido que ha estado persiguiendo a Montenegro durante meses y que incluso él estuvo a punto de matarla.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó Vargas, visiblemente irritada.

—No se enfade, inspectora. Me gusta conocer a las personas con las que trabajo. Nada más. Soy un estudioso de la condición humana, y entenderá que en este momento mi máxima prioridad es la seguridad de Su Santidad.

La inspectora suspiró y relajó el gesto.

—Lo entiendo. No se preocupe, Lyan. Atraparemos a Montenegro antes de que ponga un pie en el Monte do Gozo.

—Confío en usted, inspectora. Estoy seguro de ello —concluyó la conversación con una mirada de determinación.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. La entrada del Papa a la ciudad de Santiago de Compostela fue apoteósica. Miles de personas se arremolinaban en las aceras a uno y otro lado del vehículo papal. Todo transcurrió con cierta normalidad, salvo algunos momentos de tensión protagonizados por jóvenes peregrinos que, llenos de fervor, se saltaron el cordón policial para acercarse al papamóvil con la intención de recibir la bendición del pontífice. Vargas y Huber tuvieron que bajar en varias ocasiones para ayudar al resto del dispositivo, manteniendo la vigilancia sobre un gentío lleno de color. Banderas de decenas de países ondeaban junto a carteles con el lema «Jesucristo, camino, verdad y vida», que se desplegaba como un mantra sin fin.

La marea de peregrinos, con sus cánticos y gritos de júbilo, sumía a Vargas en una especie de trance inquieto, donde cada gesto parecía un posible peligro. Las escenas desfilaban ante sus ojos con la rapidez de una película muda proyectada en un viejo kinetoscopio.

En cada rostro desconocido buscaba los ojos color azul profundo de Artai Montenegro, y su respiración se aceleraba ante cualquier atisbo de alerta. ¿Se encontraría con él allí, retador y vigilante?

Cuando la comitiva papal llegó a la Plaza del Obradoiro, Vargas y Huber se separaron. El Papa recorrería los últimos quinientos metros a pie hasta la catedral, y la multitud se apretujó con renovado fervor, dificultando aún más la vigilancia. Vargas se situó en el centro de la plaza, girando sobre sí misma, con los sentidos agudizados, mientras los peregrinos se arremolinaban entre vítores y gritos.

—Estad atentos… —dijo Vargas por el walkie-talkie a sus compañeros estratégicamente repartidos por la plaza.

Huber le hizo un gesto de aprobación desde la distancia. Vargas le devolvió un saludo con la cabeza, intentando mostrar calma, aunque el sudor frío le resbalaba por la espalda. En ese mismo instante, el Papa se desvió del trayecto planificado, dirigiéndose hacia un grupo de peregrinos polacos que le saludaban con efusión tras una valla de contención. Vargas giró sobre sus talones, escudriñando cada rincón de aquella plaza abarrotada. El aire parecía espesarse a su alrededor, y un presentimiento oscuro se instaló en su pecho.

Y entonces... lo vio. Entre los peregrinos polacos, una figura alta, vestida de sacerdote, destacaba con una serenidad inquietante. Sus ojos, de un azul tan familiar como gélido, se encontraron con los de Vargas. El vello de la nuca se le erizó. Montenegro sonrió, una sonrisa entre burlona y condescendiente que le aceleró el corazón. Vargas levantó lentamente el walkie-talkie y se los acercó a los labios.

—¡Lo tengo!… ¡lo tengo!... acabo de verlo… ¡mierda, está aquí!

—¿Cómo dice, inspectora? —contestó una voz apenas perceptible por el ruido de estática.

—¡Está aquí!

De repente, Montenegro desapareció de la vista de Vargas. A empujones, atravesó la masa de peregrinos que formaban una barrera humana, sintiéndose como un ariete embistiendo un ejército multicolor. El caos y el bullicio le recordaron las batallas de las antiguas películas de Roma que tanto le gustaban a ella y a su hermano cuando eran adolescentes. Un toque de nostalgia la golpeó

brevemente, aumentando su rabia por perder de vista a Montenegro.

Volvió a distinguirlo, descendiendo a paso ligero por la Rúa do Franco. Sin pensarlo dos veces, Vargas corrió tras él, esquivando cuerpos y sorteando empujones, pero la multitud se la tragó una vez más perdiendo de vista a Montenegro.

Con un grito ahogado de frustración, alertó a dos policías uniformados, y juntos corrieron calle abajo hasta la Travesa de Fonseca, donde volvió a distinguir la figura de Montenegro. Vargas desenfundó su arma, su pulso estaba descontrolado, consciente de que era cuestión de tiempo.

Separándose de los dos agentes, descendió rápidamente por la Rúa de San Clemente con el arma pegada al cuerpo. Un coche patrulla, un Seat Ritmo con las luces de emergencia activadas, frenó de golpe justo delante de ella, obligándola a dar un paso atrás.

—¡Casi me atropellan! —pensó con el corazón latiendo a toda velocidad.

Recuperando el aliento, se acercó al vehículo y dio nuevas instrucciones con voz agitada:

—¡Acordonad la puta manzana, no debe estar muy lejos!

Las sirenas de la policía comenzaron a resonar por toda la zona, y el dispositivo de búsqueda se desplegó rápidamente. Sin embargo, la sensación de que la oportunidad de atrapar a Montenegro se desvanecía le pesaba como una losa.

La gente se apartaba, alarmada al ver a una mujer con un arma desenfundada. Vargas intentaba no fijarse en sus miradas recelosas. Avanzó con la respiración entrecortada hasta que, de pronto, vio un parque al final de la calle y tuvo una corazonada.

Miró a ambos lados antes de cruzar —no quería morir atropellada por un despiste estúpido— y se internó en el parque. Se acercó a varios grupos de jóvenes sentados en el césped y preguntó, describiendo a Montenegro con desesperación. Pero nada; nadie había visto a un hombre con esas características.

Con los brazos en jarra, lanzó un juramento al aire.

—¡Mierda... joder!

Entonces apareció Huber, acompañado por dos hombres vestidos de negro, de complexión robusta, con la apariencia de exboxeadores.

—¿Dónde está? —preguntó Huber, sus brazos separados del cuerpo en un gesto de incomprensión.

—¡Y yo qué sé! —respondió Vargas, irritada, mientras se entrelazaba las manos detrás de la nuca, desesperada y agotada.

—¿Estás segura de que era él?

—Claro que era él...Reconocería esa mirada en cualquier parte.

Huber le sostuvo la mirada por un segundo y luego asintió.

—Está bien... inspectora, tranquilícese. Si está en el Monte do Gozo esta tarde, le atraparemos.

81

Montenegro llevaba tiempo intuyendo el vínculo que lo unía a la inspectora, aunque ella aún no lo comprendiera del todo. La había aprendido a leer, igual que ella había aprendido a descifrarlo a él. Sabía exactamente por qué Vargas se arriesgaba tanto y, aunque le costaba admitirlo, sentía por aquella mujer una atracción tan extraña como incómoda. Noela tenía algo que lo desarmaba: su tenacidad, su capacidad para levantarse una y otra vez, sin rendirse jamás.
En lo más hondo, Montenegro sentía un fuego que le abrasaba las entrañas, un ardor que le recordaba que el desenlace estaba cerca. Se había permitido bajar la guardia, convencido de que ella aún estaba lejos... pero ahora sabía que había subestimado su determinación.

Había querido creer que Vargas no sería capaz de identificarlo entre la multitud, pero lo hizo. Y ahora entendía el juego que estaban jugando: el del gato y el ratón, con un destino que se deslizaba como una sombra entre ellos. Si ella lograba detenerlo antes de que cumpliera su misión, sería un renacimiento para ella; pero si no, esa lucha la marcaría para siempre. Y esa posibilidad, esa tensión constante, lo atrapaba. Era como si Vargas fuera una pieza esencial, el alfil en una partida de ajedrez interminable.

En la habitación del hostal donde se escondía, el calor era opresivo. Montenegro yacía sobre la cama, mirando fijamente el techo en un estado de trance. La única luz natural entraba a través de una pequeña ventana que daba a un callejón, ofreciendo apenas un destello de claridad en la penumbra. El sudor le recorría el cuerpo, incomodándolo y haciéndolo sentir atrapado. Esperaba con impaciencia que llegara la hora.

De repente, un recuerdo lo asaltó: había reconocido al tipo alto y rubio que estaba con Vargas: Lyan Huber. La sorpresa de volver a verlo después de tantos años fue como un puñetazo en el estómago. Era como un fantasma del pasado, como en Cuento de Navidad de Charles Dickens. Montenegro se permitió recordar su primer encuentro. Era finales de los años setenta, en Berlín, donde Huber era un joven policía. Montenegro había viajado allí en una misión para la sociedad: localizar y eliminar a un teniente del ejército nacional.

Ese teniente había dejado una marca de sangre en un pequeño pueblo de Huelva: había ordenado la ejecución de una veintena de hombres como castigo por la muerte de cuatro jóvenes soldados nacionales, quienes, borrachos, habían violado a una chica del pueblo la noche anterior. Varios hombres del pueblo, entre ellos el padre y un hermano de la víctima, habían ajusticiado a los soldados acuchillándolos en una taberna. La venganza del teniente fue despiadada; un escarmiento que dejó cicatrices imborrables en aquel pueblo.

La noche que se encontró con el agente Huber fue gélida en Berlín. Las ráfagas de viento helado barrían las calles, y Huber, con el uniforme verde de la Polizei, parecía aún más joven e inexperto, recién salido de la academia. Mientras tanto, Montenegro, aunque algunos años más joven que ahora, ya era un asesino eficiente y meticuloso. El destino quiso que los caminos de ambos se cruzaran durante una patrulla rutinaria. Un vecino había detenido el coche de Huber para alertarlo de los gritos desgarradores de una mujer que había encontrado a su marido ahorcado en su apartamento.

Montenegro, tras finalizar su tarea, se retiraba con calma por un callejón trasero, cuando un coche patrulla bloqueó inesperadamente su salida. Del vehículo bajó un policía alto y delgado, con una melena rubia y un mentón prominente. Huber le dio el alto, y Montenegro vio cómo sus manos temblaban al aferrarse con fuerza a la pistola, que sostenía con ambas manos.

—Hände hoch! —gritó Huber, su voz quebrada por la tensión. (¡Manos arriba!)

Montenegro levantó las manos lentamente, y sus guantes de cuero crujieron al moverse. Su mente calculaba con frialdad, buscando una solución rápida para aquel imprevisto. El joven policía se acercó con cautela, con movimientos rígidos, y repitió la orden con más firmeza.

—Waffe wegwerfen und auf den Boden! (¡Tira el arma y al suelo!) —repitió con más firmeza.

El ulular de las sirenas en la distancia llenó el aire de sonidos estruendosos, y Montenegro supo que la situación se volvía crítica. Debía actuar. Cuando Huber, con los nervios a flor de piel, hizo un gesto hacia él, Montenegro reaccionó. En un movimiento fulminante, le propinó una patada en las piernas que lo derribó como un saco de patatas. Huber cayó al suelo con un golpe seco, y antes de que pudiera recuperarse, Montenegro lo noqueó con un puñetazo que lo dejó aturdido. Le arrebató la pistola de las manos, pero no contaba con la tenacidad del novato. Huber, gritando de dolor, se aferró al cañón del arma, y ambos forcejearon con desesperación.

El disparo resonó en el callejón como un trueno. La bala destrozó la mano de Huber, dejando un amasijo de huesos y carne ensangrentada. El joven policía soltó un grito desgarrador, un aullido que se perdió en el ruido de las sirenas que se acercaban.

Desde entonces, Montenegro sabía que Huber no había dejado de buscarlo, esperando el día para cobrarse venganza. Y ahora, ese fantasma del pasado había vuelto, una pieza más en la partida. Los espectros no lo dejarían nunca en paz. ¿Seguirían persiguiéndolo para siempre?

Montenegro se levantó de la cama con un aire de pesadez; sus músculos estaban agarrotados por el calor sofocante de agosto. El ventilador de techo giraba a máxima potencia, emitiendo un zumbido constante que apenas lograba aliviar el ambiente húmedo y cargado. Se secó el sudor que le empapaba el cuerpo con una toalla áspera, sintiendo el aire caliente pegarse de nuevo a su piel en cuanto terminaba.

Sacó de su mochila una caja con los viales de batracotoxina y los inspeccionó uno a uno. Los pequeños recipientes brillaban con un reflejo aceitoso bajo la luz tenue, y Montenegro los manipuló con cuidado, consciente del veneno letal que contenían. Comprobó que todo estaba en perfecto estado antes de guardarlos de nuevo. Su mente se encontraba afilada y enfocada en el plan.

Luego, sacó una serie de elementos para su transformación. Con movimientos precisos, se colocó un peluquín de cabello castaño y unas lentillas de color marrón que cubrían sus ojos azul profundo, dándole una mirada completamente distinta. Con maquillaje protésico, alteró la forma de su nariz y contorneó su rostro hasta hacerlo irreconocible. El resultado era impresionante: un extraño, camuflado a la perfección, listo para perderse entre el gentío.

Preparado para su misión, Montenegro se encaminó hacia el Monte do Gozo, donde se celebraría la Jornada Mundial de la Juventud, con la presencia del Papa Juan Pablo II. Antes de salir, se detuvo junto a la cómoda, donde descansaba el libro VI de Farsalia. Abrió el tomo por la mitad y, sentado en una esquina de la cama, comenzó a recitar en silencio, como en una plegaria, uno de aquellos rituales del libro:

—Postea omnia venena ibi conliges... adde folia impregnata incantationibus sacrilegis et herbas, quae protinus natae sunt, ore maledicto exspuerit.

(Después reunirás allí todos los venenos... añadirás hojas impregnadas en conjuros sacrílegos y hierbas a las que, nada más brotar, con su boca maldita habrá escupido.)

Mientras murmuraba las palabras, el aire a su alrededor pareció volverse más denso, como si el conjuro cargara la habitación con un aura maligna. Montenegro cerró el libro; sus ojos, ahora marrones, brillaban con una determinación oscura. Era hora ya de actuar.

82

Marzán era un hombre que siempre se había sentido a gusto rodeado de papeles; desde que comenzó a escribir historias cortas en su adolescencia, aquel caos ordenado le proporcionaba una extraña sensación de seguridad. Su pequeño mundo literario se erigía como una barrera contra la realidad, similar a un montículo que oculta una antigua tumba del paso del tiempo. Era mediodía del sábado diecinueve de agosto, y el aislamiento en aquel reducido despacho de la comisaría lo reconfortaba. Sobre la mesa, colocó con esmero su cuaderno de notas, de tapa roja, con el marcador de cinta amarilla asomando entre las páginas como una lengua de fuego.

Tres bolígrafos BIC —negro, azul y rojo— escoltaban el cuaderno como las lanzas de unos guardias ceremoniales. Esa simetría y el orden obsesivo de los objetos le proporcionaban un pequeño pero valioso sentido de control en un mundo que se desmoronaba a su alrededor. Frente a él, se apilaban montones de carpetas: informes policiales, fotografías de escenas del crimen y documentos recién cedidos por la Iglesia Lefebvriana. Cada carpeta era un testimonio de semanas de intensa investigación, un rastro de pistas que aún se resistían a formar una imagen completa. Vargas lo había convencido de que sería más útil allí, en su elemento natural, hurgando como un ratón de biblioteca entre aquella montaña de papeles, buscando la chispa que encendiera finalmente la conexión clave, igual que una chispa prende la hierba seca.

Marzán apoyó la palma de la mano sobre la cubierta del manuscrito, De antiquis aliquam operam magicam, su guía en el oscuro mundo del ritual y la mente de Artai Montenegro. Sabía que la clave estaba en alguna parte, una pieza que lo ayudara a

confirmar que el verdadero objetivo de Montenegro no era el Papa, sino alguien más.

La urgencia le pesaba como la espada de Damocles, pero ya no lo hacía solo por él. Después de este caso, volvería a su vida como profesor y escritor, con una buena historia que contar en la universidad. Ahora lo hacía por Noela. Durante aquellos días de colaboración, había aprendido a conocerla y respetarla. No permitiría que un fracaso más la empujara a un abismo aún más profundo del que ella ya había tenido que salir.

Consultó su reloj por sexta vez y se puso manos a la obra. Empezó a trastear con las carpetas. Tomó una y examinó cada folio con atención, descartando la información irrelevante y amontonando la que tenía valor para sus indagaciones. Frunció el ceño, apretó los labios y cerró la carpeta con cuidado, asegurándose de que las hojas quedaran perfectamente alineadas. Luego tomó una carpeta amarilla y repitió el proceso, mientras el tiempo se deslizaba con la fugacidad que solo los minutos pueden contener.

Unos golpes suaves en el cristal traslúcido de la puerta lo sacaron de su concentración. Una agente de policía de cabello negro recogido en una cola de caballo, rostro fino y labios anchos que enmarcaban unos dientes blancos y perfectos, abrió la puerta.

—¿Le interrumpo, señor Marzán?

Él negó con educación, aunque por dentro se sintió irritado por la intromisión.

—Le traigo la lista de sacerdotes que van a asistir a la Eucaristía de mañana en el Monte do Gozo.

—¡Gracias! —respondió casi con impaciencia, levantándose para coger la carpeta.

—Ah... por cierto, acaban de entregar este sobre para la inspectora Vargas. No hay ningún remitente. Lo hemos examinado y parece que contiene una nota.

—Déjelo ahí sobre la mesa; luego se lo daré.

Cuando la agente salió de la sala, Marzán volvió a alinear los bolígrafos: negro, azul y, finalmente, el rojo, a la misma distancia que antes, como si ese pequeño ritual le devolviera la calma. Abrió

el dossier con la lista de nombres y empezó a puntear uno por uno a los mil doscientos sacerdotes que asistirían a la misa del Papa en el Monte do Gozo, al cierre de la JMJ. Entre los nombres, reconoció al cardenal Laprovittola, amigo de la familia de Noela, y tuvo que pasar cuatro hojas más hasta que un nombre familiar lo detuvo: el padre Xavier Torres.

—¡Aquí está! —exclamó.

Era el mismo sacerdote que había ocupado el puesto de prior de la Fraternidad de San Pío X, en cuyo recinto aparecieron los cuerpos de Delgado y Requena. Aquello confirmaba que Montenegro podría utilizar su identidad para infiltrarse en el recinto donde se celebraría la JMJ.

—Puede que sea un sacerdote que se llame igual, pero sería demasiada casualidad —pensó Marzán.

Se levantó y se acercó al teléfono sobre la mesa. Levantó el auricular y, tras unos segundos, una voz melosa de operadora le atendió.

—Soy Suso Marzán, ¿podría localizar a la inspectora Vargas?

—Un momento... —Se oyó un corto pero desesperante silencio—. No consigo localizarla. Le he enviado un mensaje al busca.

Colgó con un gesto frustrado. Estaba seguro de que Montenegro utilizaría la identidad del sacerdote desaparecido para infiltrarse en el recinto donde se celebraría la JMJ. Necesitaba informar a Vargas cuanto antes. Mientras esperaba su llamada, volvió a bucear en la información sobre el encuentro. Descubrió que al evento asistirían grupos y congregaciones de más de cien países. Al hojear el dossier, un detalle llamó su atención: un folleto de las misiones salesianas. Lo leyó con curiosidad y, de repente, algo encajó en su mente como una chispa encendiendo una mecha.

Removió las carpetas con desesperación, hasta que encontró los informes de los asesinatos de Agustín Álvarez, Jaime Riera, Ángel Rivera y Bieito Camargo. Todos ellos eran sacerdotes salesianos. La información había estado frente a él todo el tiempo, pero no la había conectado.

—Mierda... joder... claro, ¿cómo no me había dado cuenta antes?

Descolgó de nuevo el teléfono, su mano temblando ligeramente. La misma voz de la operadora contestó.

—Soy Marzán. ¿Ha llamado la inspectora? —preguntó, tratando de contener la impaciencia.

—No, lo siento.

—¡Joder...! —colgó bruscamente. No podía esperar más. Tenía que encontrar a Noela. La información era demasiado importante.

Cerró todos los expedientes, colocándolos obsesivamente en orden, como si eso le devolviera una pequeña sensación de control. Paseó alrededor de la mesa y, de repente, su mirada se detuvo en el sobre amarillo. Recordó que lo había traído la agente de la sonrisa perfecta. Al observarlo de cerca, su corazón se aceleró: reconoció la letra al instante. Era la misma que las notas que Montenegro había dejado sobre los cadáveres. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Solo había un nombre en el destinatario: Inspectora Noela Vargas, Santiago de Compostela, con el sello de entrada de la comisaría. Rompió el sobre y sacó una pequeña nota doblada. En su interior, una frase escrita con trazos largos e inclinados:

> «El representante de Dios en la tierra. El primero entre sus iguales, será traicionado por aquellos que portan la muceta dorada».

—¿Podría ser un aviso de Montenegro? —murmuró Marzán, llevándose las manos a la cabeza—. Se atusó el cabello, tratando de pensar con rapidez—. Entonces, ¿es posible que haya realmente un complot contra el Papa?

Con las manos temblorosas, volvió a examinar la información de la Iglesia Lefebvriana enviada a la policía. Desfilaron ante sus ojos nombres y fotografías, algunas en blanco y negro, otras más recientes en color. Imágenes de reuniones, de grupos pequeños y más grandes. Y entonces, se detuvo. Sus ojos se fijaron en un rostro que lo hizo parpadear varias veces para asegurarse de que no se lo estaba imaginando. En una foto de grupo, de pie entre otros sacerdotes con sotanas negras, estaba él: más joven, con el pelo

aún oscuro, pero con la misma sonrisa amplia y el rostro bronceado por el sol.

Era él... el cardenal Laprovittola.

83

19 de agosto de 1989

Noela Vargas recorría el interior del camión que la Guardia Civil había instalado en el Monte do Gozo como una tigresa atrapada en una jaula demasiado pequeña.

Seis agentes escudriñaban el panel de control, compuesto por diez pequeñas pantallas monocromáticas, que mostraban imágenes de una treintena de cámaras de vigilancia instaladas por todo el recinto. Desde aquel punto privilegiado, Vargas podía ver la llegada del papamóvil al Monte do Gozo, escoltado por una treintena de agentes de seguridad del Papa y otros tantos policías. Las imágenes parpadeaban de vez en cuando, añadiendo una inquietud más a la ya tensa vigilancia.

Dentro de Vargas, las emociones eran un crisol hirviente. La preocupación iba en aumento con cada minuto que pasaba sin resultados. Sería como encontrar una botella de agua en pleno desierto, pensó, mientras sus ojos escrutaban cada pantalla, buscando cualquier detalle sospechoso. Sabía que Montenegro vendría disfrazado de sacerdote y estaba segura de que, en algún momento, cometería un error que lo delataría. Tenía que hacerlo.

Cientos de efectivos de la Policía y la Guardia Civil habían sido desplegados con la misión clara de localizar a un sacerdote alto, de ojos azules. Cada policía llevaba varios retratos robot que mostraban a Montenegro con diversas caracterizaciones e intentaban anticipar cualquier cambio de aspecto.

Afortunadamente, las predicciones de lluvia no se habían cumplido, y la tarde resultaba apacible. Sin embargo, la asistencia a los actos del Papa Juan Pablo II había superado todas las

expectativas: más de cuatrocientos mil jóvenes se habían reunido en el Monte do Gozo. La magnitud del evento hacía que la vigilancia fuera un desafío abrumador.

Mientras tanto, Marzán seguía en la comisaría, perdido entre montañas de informes y papeles, tratando desesperadamente de encontrar algún patrón que revelara el objetivo de Montenegro. Pero el tiempo no estaba de su lado, y cada segundo que pasaba se volvía su peor enemigo.

Lyan Huber entró en la unidad de vigilancia y saludó a Vargas con un gesto. Luego, se presentó a los demás agentes, ofreciendo firmes apretones de manos.

—¿Algún avance? —preguntó.

El rostro de Vargas, marcado por la tensión y el cansancio, fue respuesta suficiente. Huber se cruzó de brazos, apretó los labios y dirigió su atención a las imágenes de las cámaras. En una pequeña televisión anclada a la pared se transmitía en vivo la llegada del papamóvil al escenario, con el Papa saludando a la multitud.

Vargas, visiblemente nerviosa, insistía a los agentes para que le mostraran primeros planos de las personas detrás de la valla que separaba al público del escenario. Los agentes se miraban con resignación, conscientes de las limitaciones de su tecnología, y ese gesto no pasó desapercibido para Huber.

—Creo que será mejor que salgamos un momento, nos fumemos un cigarrillo y nos tranquilicemos —le sugirió Huber con una sonrisa, intentando aliviar la tensión.

Vargas asintió y ambos bajaron por la escalerilla del camión. Respiró el aire fresco, que le ofreció un breve respiro de la tensión sofocante del interior, y observó a la multitud: jóvenes que cantaban, agitaban pequeñas banderas o se resguardaban detrás de grandes pancartas con mensajes en varios idiomas.

—Había demasiada tensión allí dentro —dijo Huber, rompiendo el silencio.

—Lo sé, no he podido evitarlo. Estoy segura de que Montenegro está aquí. Quizá todo esto... no haber sido capaz de atraparlo antes, haber llegado hasta aquí, a este momento... Me aterra pensar que

algo terrible pueda suceder y que yo no haya sabido hacer mi trabajo.

—No te culpabilices, inspectora. Montenegro es un hombre habilidoso, experto en moverse entre las dificultades. Cualquiera en tu lugar se habría encontrado en la misma situación. Créeme, sé de lo que hablo.

Vargas le miró, agradecida por sus palabras, pero no pudo evitar que la duda se filtrara en su mirada.

—Hablas como si lo conocieras, Lyan.

Huber evitó responder, y una mirada sombría cruzó su rostro antes de cambiar de tema.

—Será mejor que echemos un vistazo, ¿te parece? —propuso con una sonrisa—. Por cierto, tu amigo... ¿cómo se llama?

—Marzán.

—Sí, Marzán. ¿Ha descubierto algo?

—No lo sé. Le dije que me llamara en cuanto encontrara algo.

Vargas rebuscó en su chaqueta buscando su Mensatel. De repente, se dio cuenta de que no lo tenía encima.

—Mierda... —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó Huber, notando la tensión en su voz.

—El busca... Debo haberlo dejado en el coche.

Vargas se apresuró hacia su vehículo, aparcado a las afueras del recinto. Al abrir la guantera, se encontró con una acumulación de papeles —multas de aparcamiento, recibos arrugados y otras notas dispersas—. El Mensatel no estaba allí. Maldiciendo en voz baja, revisó el asiento trasero y palpó los bolsillos de su chaqueta de ante. Finalmente, lo encontró. Al encenderlo, notó varios mensajes de la comisaría, y una alarma silenciosa se activó en su mente. Debía volver al camión de inmediato.

Mientras tanto, el evento de la JMJ seguía su curso. El Papa Juan Pablo II, envuelto en una capa roja para protegerse del frescor repentino de la tarde, hablaba a la multitud en varios idiomas. Su voz, lenta y armoniosa, con un fuerte acento polaco, resonaba a través de los altavoces repartidos por todo el recinto.

Noela miró su reloj mientras corría de regreso a la unidad móvil. Habían pasado ya dos horas desde el inicio del acto, y la duda

comenzó a calar en su mente. ¿Podría ser que Montenegro hubiera abandonado sus planes, dándose cuenta del riesgo que corría? Sabía que no era tonto; era plenamente consciente de que la policía lo buscaba. Con una mezcla de frustración e inquietud, miró de nuevo el Mensatel. Alzó la vista y vio a Huber conversando con varios hombres de la seguridad personal del Papa. Luego, subió rápidamente al camión de vigilancia.

—¿Alguna novedad? —preguntó al teniente responsable de la unidad.

—Nada por ahora.

—¿Un teléfono?... Necesito hacer una llamada.

El teniente le señaló un teléfono de góndola gris. Vargas lo descolgó rápidamente y marcó el número de la centralita de la comisaría.

—¿Inspectora Vargas? —la voz de una operadora resonó en el auricular—. El señor Marzán ha estado intentando localizarla toda la tarde... un momento, voy a enviarle un mensaje a su busca.

Vargas esperó impaciente. Minutos más tarde, recibió la llamada de Suso desde una cabina telefónica, su voz sonaba agitada.

—Mierda, Noela. ¿Dónde coño estabas? Llevo toda la tarde intentando encontrarte.

—Lo siento, me dejé el busca en el coche... ¿qué pasa?

—El objetivo es él... —La llamada se cortó repentinamente. Vargas colgó, frustrada, y miró de nuevo los monitores. En el escenario, un grupo de jóvenes cantaba mientras el Papa observaba la actuación con atención. El teléfono volvió a sonar y lo descolgó de inmediato.

—... Estoy en una cabina y me quedan pocas monedas —dijo con la voz aún más tensa—. Noela, como te decía, nos hemos equivocado... el objetivo también es el Papa.

—¿Pero cómo? El acto casi ha terminado y no creo que Montenegro se atreva. Hay tanta seguridad que es imposible que se acerque al Papa.

—Escúchame, Noela. Creo saber cuáles son las intenciones de Montenegro, pero no es el Pontífice su objetivo directo. Alguien cercano al Papa quiere atentar contra él. A la comisaría ha llegado

una nota dirigida a ti, escrita de su puño y letra. En ella, Montenegro revela que hay un traidor.

—¿Pero quién? —preguntó, mirando de nuevo los monitores.

—No te va a gustar... Escúchame bien: la mano que mece la cuna es la del cardenal Laprovittola. Al principio no lo creía, pero revisé cada documento que nos envió la Iglesia Lefebvriana y encontré una foto de hace veinte años. En ella aparece Laprovittola con otros sacerdotes lefebvrianos, entre ellos un joven Juan Delgado, el hermano del inspector Delgado.

—Pero eso no prueba que sea un asesino, Suso.

—Piénsalo bien, Noela. Laprovittola es uno de los Carbonari más influyentes. Conocía a Abelard Morandé, el que captó a Montenegro para la sociedad. Laprovittola tenía poder en el Vaticano hasta la llegada de Juan Pablo II, que prácticamente lo defenestró. La muerte del Pontífice podría devolverle su antigua influencia, e incluso ponerlo entre los favoritos para ser el próximo Papa. Desde el principio, ha estado manejando los hilos. Montenegro y Delgado han sido peones en un juego mucho más grande. Y mientras nos entreteníamos persiguiendo a Montenegro, perdimos de vista la conspiración real.

—¿Y qué hacemos ahora? —Vargas sentía que el peso de la revelación la aplastaba.

—Dios sabe quién más está involucrado... Montenegro no es más que una distracción, su ira ha sido útil para Laprovittola, eliminando a colaboradores arrepentidos como el obispo Bieito Camargo. Vargas... —la llamada se cortó de nuevo con un pitido prolongado, anunciando que las monedas se habían agotado—. Hemos estado jugando al juego del gato y el ratón sin darnos cuenta. Si no actuamos rápido, llegaremos tarde.

El silencio se hizo al otro lado de la línea.

—¿Noela? —preguntó con la voz teñida de preocupación.

—¿Cómo hemos estado tan ciegos? —murmuró, casi para sí misma.

—Ahora eso no importa —replicó Marzán, con tono de urgencia—. Estamos a tiempo. Lo crucial es averiguar cuándo y cómo intentará Laprovittola acercarse al Papa. No creo que lo haga frente a cientos de miles de personas en el Monte do Gozo; será algo limpio, discreto... quizás una muerte repentina, sin dejar rastro.

—Envenenado…

—¿Cómo dices? —preguntó Marzán, confundido.

—Envenenado, Suso —continuó Vargas, su mente trabajando rápidamente—. La batracotoxina que lleva Montenegro. Hemos hablado cientos de veces sobre quién pudo haberle proporcionado las ranas punta de flecha para elaborarla, alguien con suficiente influencia y recursos para introducirlas en el país sin levantar sospechas.

—Es posible que Laprovittola tenga en su poder varios de esos viales —reflexionó Marzán, con la tensión en su voz evidente—. ¿Sabes dónde va a pasar la noche el Papa?

—No, no tengo esa información —Vargas se detuvo un segundo, pensando, y de repente recordó a Huber—. Espera... sé de alguien que probablemente lo sepa.

Vargas dejó el auricular apoyado en la mesa y se asomó a la puerta del camión. Localizó a Huber en la distancia y le silbó. Huber se acercó rápidamente.

—¿Dónde va a dormir esta noche el Papa? —preguntó Vargas, con un hilo de ansiedad en su voz.

—¿Por qué...? —respondió Huber, frunciendo el ceño.

—¿Dónde coño va a dormir? — alzó la voz, desbordada por la urgencia.

—En el Palacio Arzobispal.

—¿Y el cardenal Laprovittola también?

—Sí, junto a otros dignatarios, invitado especialmente por Juan Pablo II.

Vargas volvió a coger el auricular.

—Marzán, el cardenal pasará la noche junto al Papa en el Palacio Arzobispal de Santiago.

—Nos vemos allí, Noela.

—¿Y Montenegro?

—Montenegro no hará nada hasta mañana. Recuerda, mañana el Papa celebrará una misa de despedida de la JMJ, y estoy casi seguro de cuál será su objetivo. —El teléfono emitió un largo pitido, anunciando que la llamada estaba por finalizar—. La llamada se va a cortar, Noela... nos vemos en el palacio. Creo que por fin podremos atrapar a Montenegro y matar dos pájaros de un tiro.

La línea se cortó. Vargas colgó el auricular con cuidado, su mente aún procesaba la conversación. Allí estaba Huber, observándola con esos ojos de halcón, expectante.

—Vamos, Lyan —dijo Vargas, con determinación—. Tenemos que evitar un crimen.

84

Laprovittola, sumido en sus pensamientos, recorría con pasos lentos uno de los antiguos salones del Palacio Arzobispal de Santiago de Compostela. Sus ojos se detuvieron en las gruesas paredes de piedra que, a pesar del paso de los siglos, conservaban aún la grandeza y la austeridad del poder eclesiástico. El aire frío parecía impregnado del peso de la historia, y el eco de sus pasos resonaba en la estancia, casi como un recordatorio de las vidas y secretos que habían transcurrido allí.

El Palacio Arzobispal, adyacente a la Catedral de Santiago, había servido durante siglos como residencia de los arzobispos. Aunque se habían realizado varias reformas a lo largo de los años, seguía siendo un símbolo de la influencia y autoridad de la Iglesia. Laprovittola dejó escapar un suspiro mientras recordaba su conversación con el obispo Camargo sobre Juan Pablo II. Aquel Papa, siendo aún obispo auxiliar de Cracovia, había peregrinado a Santiago en los años sesenta. Laprovittola sonrió al pensar en cómo Wojtyła siempre había sido un maestro del simbolismo.

Pero su sonrisa se desvaneció al pensar en los recientes acontecimientos. Noela Vargas estaba cada vez más cerca de desentrañar la verdad, y él sabía que era cuestión de tiempo que todo saliera a la luz. La amenaza le pesaba como una sombra.

Salió del salón y ascendió por una amplia escalera de piedra que lo llevó a una estancia solemne, donde antiguos retratos de arzobispos colgaban de las paredes; sus ojos pintados parecían seguir a Laprovittola mientras caminaba. Las decoraciones neoclásicas y las altas ventanas añadían un aire de severidad y grandeza al lugar. Apoyado en una columna, sus pensamientos se perdieron entre las intrigas del pasado y las conspiraciones del presente.

El murmullo de voces lo sacó de su ensimismamiento. En un rincón de la estancia, el arzobispo de Santiago conversaba animadamente con varios cardenales. Laprovittola reconoció a Andrés Romero, el obispo auxiliar, quien había sido uno de los impulsores de la investigación de Vargas sobre los cuerpos encontrados en la Costa da Morte. Romero le hizo un gesto, invitándolo a unirse a la conversación, pero Laprovittola declinó con una sonrisa elegante y continuó su camino.

Decidido a retirarse, subió a la planta de los dormitorios. Al final de un pasillo reformado con detalles neoclásicos, llegó al dormitorio papal, custodiado por un miembro del servicio de seguridad del Vaticano. Tras un breve saludo, continuó hacia su propia habitación.

Dentro, el aroma fuerte de la lavanda llenaba el ambiente, casi sofocante. Una cama mullida lo esperaba, y un simple crucifijo colgaba de la pared, la única decoración. En el antiguo escritorio, la última encíclica de Juan Pablo II, Sollicitudo rei socialis, yacía abandonada. Laprovittola la ojeó con desdén, su desprecio era palpable, antes de acercarse a un ventanal y observar la Praza da Inmaculada. Cerró la ventana con un chasquido, como si intentara aislarse de los murmullos del exterior.

Con movimientos calculados, abrió su maleta y extrajo un pequeño estuche negro. Se detuvo un momento; el peso de lo que estaba por hacer se reflejaba en su mirada. Al abrirlo, un vial y una jeringuilla brillaron bajo la tenue luz de la habitación.

Alguien llamó a la puerta, sacándolo bruscamente de sus pensamientos.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy Romero.

Laprovittola abrió la puerta, y en la penumbra del pasillo distinguió el rostro bronceado, de cejas prominentes y ojos negros, del obispo auxiliar Andrés Romero. Su rostro tenía ese aire inconfundible de los actores de la época dorada del cine, coronado por un mentón al estilo de Robert Mitchum.

—¿Puedo entrar? —preguntó echando un vistazo al interior.

Laprovittola, molesto por la repentina y tardía interrupción, se hizo a un lado.

—Ha sido un día largo, ¿verdad? —comentó, lanzando una mirada rápida a la habitación—. Por lo que veo, no has querido cenar con los demás.

—Estoy cansado, Andrés —respondió Laprovittola con un deje de brusquedad.

—Entiendo... —El obispo palmeó el estuche de cuero donde reposaba el vial—. Parece que hemos llegado al final del camino.

—¿Qué quieres decir?

Romero se volvió, dando la espalda a Laprovittola, y caminó hacia el ventanal para observar el exterior iluminado por las farolas.

—La verdad es que encuentro estas habitaciones demasiado sobrias para mi gusto, aunque ofrecen unas vistas magníficas —comentó.

Luego, dirigió su mirada hacia Laprovittola.

—La policía viene hacia aquí, Augusto. Supongo que sabes que era cuestión de tiempo que descubrieran todo. Piensan que eres quien amenaza la vida del Papa.

—¿Él está al tanto?

—¿A quién te refieres?

—A Wojtyła.

Romero asintió.

—El Papa lleva tiempo al tanto de nuestras actividades dentro de la Iglesia.

—A pesar de eso, me permitió estar cerca de él.

Romero encogió los hombros.

—Conozco a Karol Józef Wojtyła desde hace años. Siempre logra sorprenderme, aunque jamás entenderé esa fijación por integrar las distintas corrientes dentro de la Iglesia, cuando evidentemente todas han terminado en fracasos.

—¿Y ahora qué haremos?

—Es el momento de que te sacrifiques por el bien mayor.

—Comprendo.

—Mira, Augusto, llegar hasta aquí ya es un logro. Pero nuestro proyecto debe seguir en secreto. Cada vez somos más quienes

anhelamos el retorno al tradicionalismo, transformar la Iglesia en lo que todos deseamos: un lugar donde la libertad religiosa no sea un derecho, sin laicismo; volver a nuestras raíces, eliminar el pensamiento liberal y recuperar la influencia sobre el Estado —Romero clavó una mirada severa en Laprovittola, quien parecía haber envejecido una década en minutos —. Pero todo esto se esfumará si descubren que ciertos miembros de renombre conspiran contra el Papa. No puede suceder. Es necesario cortar la gangrena y suturar. Romero golpeó suavemente el estuche de cuero que contenía la batracotoxina.

—Tu sacrificio será recompensado tanto por Dios como por la Iglesia. No tengas dudas.

En el exterior del Palacio, las luces de alarma de color azul de varios coches de policía se proyectaban contra las paredes de los edificios cercanos. El rostro de Romero permaneció imperturbable ante el peligro inminente. Extendió la mano hacia Laprovittola, mostrando también un anillo con una corona de espinas grabada, símbolo de su liderazgo en la sociedad carbonaria. Tras un beso reverente a la joya, Romero abrazó a Laprovittola y lo besó en ambas mejillas. Luego, sonrió y abandonó la habitación.

Laprovittola contempló el estuche, aterrorizado, pero consciente de que su única salida era el sacrificio. No quería el deshonor de ser arrestado y esposado públicamente. Se recordó a sí mismo su estatus: un príncipe de la Iglesia, con el poder de elegir al Papa. No podía terminar así. Con cuidado, abrió el estuche, extrajo el vial y la jeringuilla, y se inyectó el veneno. Se miró por última vez en el espejo y se recostó en la cama. Las imágenes de su vida desfilaron por su mente: sus padres, las caricias maternas, su primer amor, su ordenación. Estas memorias se desvanecieron en la oscuridad a medida que su cuerpo cedía. Cerró los ojos y todo se tornó negro, como cuando las luces del escenario se apagan al final de una función.

85

Vargas dio una profunda calada a su cigarrillo de marca Camel a medio consumir, dejando que el humo llenara sus pulmones antes de expulsarlo lentamente, como si quisiera aferrarse a ese breve instante de calma en medio del caos.

Miró a Suso, que la observaba atentamente.

—Es el único vicio que me permito de vez en cuando. En ocasiones, me gusta reservarlo solo para mí —confesó, sin que él hubiera preguntado.

—¿Puedo? —inquirió, extendiendo la mano hacia el paquete.

Ella asintió y se lo ofreció. Él sacó un cigarrillo y lo encendió con el mechero que había dejado sobre el techo de su Golf.

—Parece que siempre estamos destinados a llegar tarde —dijo, con su voz teñida de amargura.

En ese preciso instante, el cuerpo de Laprovittola fue sacado del Palacio Arzobispal, envuelto en una bolsa mortuoria negra. Dos camilleros, visiblemente adormilados por la hora avanzada de la madrugada, lo empujaban hacia una ambulancia. Vargas miró su reloj; eran las tres de la madrugada.

—¿Y ahora qué hacemos?

Vargas se recostó en el capó de su coche, disfrutando lenta y reflexivamente del cigarrillo.

—No lo sé, Suso. Con la muerte de Laprovittola siento que hemos perdido nuestra mejor oportunidad de desmantelar la conspiración. Su suicidio es un mensaje: hemos llegado al límite.

—Noela —interrumpió con un tono decidido—, olvidemos las intrigas eclesiásticas por un momento. Necesitamos enfocarnos en Montenegro.

Ella dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie, como si intentara disipar la frustración que sentía.

—Habla. ¿Qué has descubierto?

—Mañana, Montenegro intentará cometer el atentado durante la misa del Papa en el Monte do Gozo. No sé cuándo ni cómo, pero sabemos que estará camuflado entre los mil doscientos sacerdotes que administrarán la eucaristía. El escenario más plausible es que planee envenenar las hostias con batracotoxina.

Vargas frunció el ceño.

—¿Pero a qué grupo de peregrinos podría estar apuntando? Habrá casi cuatrocientas mil personas allí. Será como buscar una aguja en un pajar.

Mientras hablaba, notó cómo las gafas de Marzán reflejaban las luces azules y rojas de los coches de policía estacionados frente al Palacio. Marzán se dirigió a su Audi 80 y sacó una carpeta marrón. Al entregársela, Vargas la abrió y vio varios folios con listas de nombres.

—¿Qué es esto? —preguntó, hojeando la carpeta.

—Son las listas de las congregaciones de sacerdotes y monjas salesianas que están aquí por la JMJ.

Vargas levantó una ceja.

—¿Y qué intentas decirme con esto?

—Todos los sacerdotes que Montenegro asesinó estaban relacionados con la Colonia del Monte do Carballo y pertenecían a la orden salesiana.

Vargas asintió lentamente mientras examinaba la lista.

—Entiendo, pero hay más de cinco mil religiosos salesianos presentes en la JMJ. Seguimos buscando una aguja en un pajar. Estarán dispersos por todo el terreno, que abarca casi cincuenta hectáreas. Montenegro no puede envenenar a todos. Tiene que haber un objetivo específico, ¿no es así?

Antes de que Marzán pudiera responder, un Mercedes 300 negro se detuvo cerca. Lyan Huber salió del vehículo y se acercó a Vargas, quien procedió a presentar a Marzán. Se saludaron con un apretón de manos firme y decidido.

—He oído muchas cosas buenas sobre ti —comentó Huber con una sonrisa aparentemente amistosa.

La sonrisa de Marzán fue breve, casi forzada, y Vargas no pudo evitar notar la incomodidad en su rostro. Era fácil leer su expresión

en momentos así.

—¿Interrumpo algo? —preguntó visiblemente consciente de la tensión que flotaba en el aire.

Vargas agitó la mano, negando lo evidente.

—Para nada. Suso me estaba explicando que cree que mañana Montenegro intentará cometer el atentado durante la misa del Papa.

Marzán continuó:

—Como decía, aunque habrá una gran cantidad de peregrinos, creo haber identificado al grupo objetivo de Montenegro. Revisé los expedientes de los sacerdotes asesinados que estuvieron en la colonia del Monte do Carballo en la misma época que Montenegro. No todos pertenecían a la misma congregación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Huber, interesado.

—En España, los salesianos se dividen en diferentes familias. El Estado reconoce oficialmente a más de treinta y dos. Al analizar los casos de Agustín Álvarez y Jaime Riera, quienes fueron asesinados por Montenegro, descubrí que ambos pertenecían a la Congregación de San Miguel Arcángel. Bieito Camargo estaba en la Sociedad Salesiana de San Francisco de Sales, mientras que Ángel Rivera era miembro de una familia llamada Testigos del Resucitado. Esta última tendrá unos veinte representantes en la eucaristía de mañana. Estoy convencido de que Montenegro planea atacar a estos religiosos.

—¿Por qué? ¿Qué sentido tiene atacar a gente que ni siquiera estuvo involucrada en lo que pasó con el padre Rivera? La mayoría de ellos ni siquiera había nacido cuando ocurrieron esos hechos en la colonia.

—Montenegro no piensa como nosotros; su lógica es retorcida. Para él, matar a estos religiosos es un paso esencial en su ritual. Es la culminación de todo lo que ha estado haciendo. Ha eliminado a todos los responsables directos de aquellos sucesos, y ahora quiere borrar cualquier rastro de su memoria. Estos religiosos representan algo simbólico para él: la redención. Son el último obstáculo en su camino de venganza.

Vargas asintió lentamente.

—Lo que lo hace aún más peligroso...

—Exacto, inspectora —intervino Marzán, con una mirada de preocupación—. No tiene nada que perder. Está dispuesto a cerrar su círculo de venganza, incluso si eso significa sacrificar su propia vida.

Huber los miró a ambos, alternando su atención entre Vargas y Marzán.

—Entonces, ¿qué proponéis?

Vargas sacó un mapa de la guantera de su Volkswagen Golf y lo desplegó sobre el capó del coche. Con un gesto rápido, llamó a varios oficiales para que se acercaran. Encendió una linterna y enfocó la luz sobre el papel, iluminando la disposición del Monte do Gozo: la ubicación de los peregrinos, las fuerzas de seguridad y el escenario donde el Papa oficiaría la homilía al día siguiente.

—Debemos situar a estos sacerdotes en un lugar aislado para evitar bajas civiles en caso de enfrentamiento —dijo Vargas, su voz era firme pero cargada de preocupación—. Y todo debe hacerse con la máxima discreción; no podemos alertar a Montenegro.

Un oficial de barba tupida y cabeza rapada se inclinó sobre el mapa, señalando un punto con sus dedos gruesos.

—Aquí, junto a este acceso y a la derecha del escenario —sugirió —. Esta área está separada de forma natural del resto por dos caminos. No despertará sospechas porque está cerca del escenario, y nos permitirá intervenir rápidamente. Además, las cámaras que retransmiten la homilía no cubren bien esta zona, lo que nos da cierta discreción.

Vargas asintió. La tensión era visible en su rostro iluminado por la linterna.

—Perfecto. Descansen. Mañana será un día largo.

El grupo se dispersó lentamente; las botas de los oficiales resonaban sobre el pavimento. Huber, por su parte, se acercó a los miembros de la seguridad papal y compartió algunas palabras que desataron sus risas, un contraste inquietante con la gravedad de la situación.

Vargas echó un último vistazo al Palacio Arzobispal, cuyos ventanales parecían ojos vigilantes en la oscuridad. Mientras se

dirigía a su coche, algo captó su atención: una ventana en particular estaba iluminada desde dentro. Una cortina se movió, y por un instante, el rostro del obispo auxiliar Andrés Romero se hizo visible. Al darse cuenta de que Vargas lo observaba, Romero esbozó una sonrisa enigmática y asintió levemente.

Un escalofrío recorrió la espalda de Vargas. Algo en aquella sonrisa no le gustó en absoluto.

86

Vargas, cumpliendo las órdenes del comisario García, regresó a su casa. El cansancio enturbiaba su visión y el día siguiente prometía ser crucial. Hacía semanas que no visitaba su apartamento en Santiago de Compostela, ubicado en la Travesía de Fonseca. Al cruzar la puerta, un torbellino de nostalgia y alegría la embargó. Un jarrón con lirios de la paz —aún con tierra fresca— le recordó que hacía tiempo que no hablaba con su madre. La imaginó cuidando de las plantas, una tradición que había mantenido desde que ella era estudiante, junto con esos táperes de comida casera que olían a hogar.

Desde su traslado a Madrid, los recuerdos de su apartamento se habían desvanecido como las olas al romper en la playa. Pero ahora estaba allí, en ese espacio convertido en un jardín interno donde flores vibrantes competían con el mobiliario. Las plantas eran testimonio de su pasión desde niña, probablemente inspirada por los jardines familiares de su infancia. Recordó aquellos días felices, que se oscurecieron paulatinamente con la muerte de su hermano y la distante relación con su padre. La imagen de su madre —siempre con una sonrisa y el cabello negro y rizado— la reconfortó. Evocó los besos tiernos que le daba en la nariz, llamándola su «pequeño cervatillo».

Regresando al presente, sintió cómo el cansancio empezaba a vencerla lentamente. Encendió la luz de su habitación, donde el aroma de lavanda impregnaba las sábanas limpias. Sus ojos se detuvieron en dos reproducciones de obras de Gustav Klimt que adornaban la pared. Ambas piezas, representativas de distintas fases de la vida femenina, encajaban perfectamente con ella. Después de una ducha revitalizante, embutida en un albornoz blanco y con una toalla rosa en la cabeza, encendió la televisión. Se topó con una

antigua película de Drácula, protagonizada por Christopher Lee, y sus ojos inyectados de sangre la fascinaron por un instante. Cambió de canal a la televisión local, donde una presentadora pelirroja informaba sobre los sucesos ocurridos aquella madrugada. Las imágenes del Palacio Arzobispal y del cardenal Augusto Laprovittola llenaron la pantalla mientras una voz en off informaba sobre la noticia:

> «A las tres de la madrugada de hoy, fue hallado el cuerpo sin vida del cardenal Augusto Laprovittola en su habitación del Palacio Arzobispal. Estaba en Santiago de Compostela junto al séquito que acompaña al Papa Juan Pablo II en su visita pastoral. Aunque las autoridades aún no han ofrecido detalles, los primeros indicios apuntan a un paro cardíaco. El Papa Juan Pablo II ha lamentado la pérdida del cardenal, resaltando la importancia de su figura en la Iglesia reciente. Laprovittola, que había cumplido recientemente ochenta y un años, era uno de los prelados más destacados. Era uno de los dos cardenales españoles entre los 120 que participan en el cónclave papal. En años recientes, se había distanciado de la vida pública tras las diferencias con el actual pontífice y por su relación con la Iglesia cismática lefebvriana fundada por Marcel Lefebvre... »

Sintió una presión en el pecho al escuchar la noticia. Aunque ya sabía de la muerte de Laprovittola, ver las imágenes en la televisión y escuchar las palabras del Papa subrayaba la magnitud de lo que había sucedido. Las implicaciones en la Iglesia se extendían como ondas en el agua.

Bajó el volumen de la televisión y repasó cada detalle en su mente desde que comenzó la investigación: los restos humanos hallados en Monte do Carballo, las misteriosas muertes vinculadas a la desaparición de aquellos chicos, incluida la de Xosé Montenegro. Luego, la irrupción de su hermano, Artai, como sospechoso central y potencial chivo expiatorio de una conspiración que se extendía hasta

altos cargos eclesiásticos opuestos a las reformas inclusivas de Juan Pablo II. Había incluso indicios de un grupo de asesinos perteneciente a una sociedad secreta, infiltrada en el gobierno de Franco desde la Guerra Civil, que había atacado a figuras clave del régimen. Todo se entrelazaba como en una compleja partida de ajedrez, cada pieza moviéndose con precisión hacia su destino. La captura de Montenegro era el jaque mate que necesitaban, especialmente con la atención global puesta en el evento de la JMJ.

Soltó la toalla, dejando que el exceso de agua resbalara por su cabello húmedo hasta los hombros. Cogió un cigarrillo Camel y encendió el mechero, pero dudó. Había prometido dejar de fumar. El estrés de la investigación la tentaba a romper esa promesa, pero no quería ceder otra vez. Guardó el cigarrillo de vuelta en el paquete y lo metió en el cajón de la mesilla.

Miró el reloj: ya eran las cuatro de la madrugada. En apenas tres horas tendría que estar de nuevo en su puesto, y presagiaba que sería un día extenuante. Pero el sueño no llegaba; su mente estaba en alerta, repasando cada pista y detalle.

Sobre la cómoda, divisó un álbum de fotos. Lo abrió y se encontró con imágenes familiares de su infancia. Su madre debió haberlo dejado allí a propósito, como un recordatorio de tiempos más felices. En una de las fotos, una Noela de diez años abrazaba a su hermano, cinco años mayor que ella. A su lado, su madre miraba hacia el horizonte, como buscando respuestas en lo desconocido. Las páginas siguientes mostraban recuerdos de cumpleaños, reuniones familiares y momentos de risas. Algunas fotos la mostraban junto a su amiga Lucía, siempre sonrientes. Acarició el rostro de Lucía en la imagen, y sus pensamientos volvieron hacia ella. A pesar de su reciente reconciliación, llevaban semanas sin hablar. Se prometió que, una vez resuelto todo, la visitaría. Había oído que Lucía había comenzado una nueva relación y que se había ido de la casa de acogida. Deseaba sinceramente que fuera feliz.

Dejando el álbum sobre la mesilla, se levantó para secar completamente su cabello. Luego, se recostó boca arriba, con la mirada perdida en el techo, tratando de encontrar un poco de tranquilidad. En la pantalla de la lámpara junto a su cama, una

polilla revoloteaba alrededor de la luz. La observó, hipnotizada por sus movimientos erráticos, hasta que la criatura finalmente se detuvo. Con un suspiro, apagó la lámpara y dejó que la oscuridad la envolviera.

***

Con la ciudad desbordada de visitantes, resultaba casi imposible encontrar una habitación en Santiago de Compostela durante aquellas fechas. Gracias a Noela, Suso consiguió alojamiento en el cuartel de la Guardia Civil de As Cancelas. No era precisamente un lujo. El apartamento era modesto, con el techo y las paredes plagados de manchas de humedad. En la cocina, el sonido constante de un grifo defectuoso crepitaba, como leña ardiendo, resonando en la silenciosa penumbra.

Después de cenar rápido un bocadillo de mortadela, intentó encender la luz. La bombilla parpadeó antes de iluminar el cuarto con una luz amarillenta y vacilante. Agotado, se dejó caer en la cama, y la fatiga lo envolvió en una bruma que comenzó a difuminar su consciencia.

Pero no podía permitirse el lujo de dormirse sin antes tomar una ducha. El baño era un espacio apenas funcional, con un váter, una bañera manchada y un espejo roto colgando precariamente. Sin embargo, el agua de la ducha se calentó rápidamente, y se sumergió en ella, dejándose llevar por la sensación de alivio, como si el calor fuera un bálsamo para las heridas acumuladas en las últimas semanas.

Mientras el agua corría por su piel, su mente voló hacia Mason. No habían hablado en días, y añoraba la calidez de su colonia y el confort de su cercanía. Pero lo que comenzó como un recuerdo apacible se transformó rápidamente en una pesadilla con la aparición de una sonrisa burlona, la figura oscura de Montenegro y el sonido final de una ensordecedora detonación.

Despertó sobresaltado, con el corazón martilleando y bañado en sudor. Se había quedado dormido en la cama después de la ducha sin darse cuenta. Tras recuperar la compostura y calmar su

respiración acelerada, buscó en su maleta y sacó una botella de güiski. El líquido le quemó la garganta, proporcionándole un efímero consuelo.

Pero la inquietud no desapareció. Algo seguía sin encajar en su investigación. Una sensación de urgencia lo atravesó, y se dio cuenta de que los acontecimientos del 20 de agosto de 1989 podrían no transcurrir según lo previsto. Se vistió rápidamente, sus manos temblaban del cansancio y el estrés, y salió en dirección a la comisaría, decidido a no perder más tiempo.

87

20 de agosto de 1989

El día amaneció con un sol radiante en Santiago de Compostela, como si el cielo quisiera bendecir los acontecimientos que iban a suceder. Era el último día de la Jornada Mundial de la Juventud y la jornada de despedida del Pontífice en la ciudad. Más de cuatrocientas mil personas se habían congregado para la eucaristía, y la responsabilidad del dispositivo de vigilancia, liderado por la inspectora, era abrumadora.

Vargas se sentía más fresca esa mañana. Tras semanas de intensa actividad, había logrado descansar unas horas. Aquella jornada del veinte de agosto de 1989, presagiaba un desenlace inminente. Se puso unos vaqueros holgados que caían sobre sus delgadas caderas. Completó su atuendo con una camiseta blanca de cuello bordado y manga corta. En el cinto llevaba su placa y la cartuchera con su Star, Modelo 30. Levantó la vista al cielo, protegiéndose del sol con una mano, y siguió la trayectoria de una bandada de pájaros hasta que desaparecieron tras el imponente escenario donde, en breve, aparecería Juan Pablo II. Se colocó sus gafas de sol Givenchy. A su lado apareció Lyan Huber. Su barba, más que incipiente, era testigo de una noche con pocas horas de descanso.

Ambos parecían vaqueros listos para un duelo en el OK Corral.

—¿Vamos? —preguntó Huber.

Ella asintió, y con un movimiento rápido, activó el walkie-talkie para dar las instrucciones finales. Los agentes de la Guardia Civil y Policía, dispersos por el vasto terreno, comenzaron a moverse, atentos a cualquier indicio sospechoso. Entre las banderas ondeando

y las voces de los jóvenes peregrinos, se alzaban controles donde los oficiales verificaban mochilas y revisaban los retratos robot de Montenegro. Más de un sacerdote había sido retenido por su semejanza con el fugitivo. Vargas miró su busca, esperando noticias de Marzán, y luego dirigió su atención hacia Huber, quien desde el escenario coordinaba con el equipo de seguridad papal.

El apretón en su pecho no desaparecía. La visión de miles de jóvenes, agitando banderas y llenos de entusiasmo, le provocaba una mezcla de esperanza y temor. En algún lugar de esa multitud, Montenegro acechaba. Todo parecía un intento desesperado de mantener el control sobre un caos latente.

Un agente de barba poblada se acercó.

—¿Alguna novedad? —preguntó ella.

—Todo en orden, inspectora. Los accesos están bajo control y aún no hemos identificado a nadie que coincida con la descripción del sospechoso. Hemos tenido algún incidente con algunos sacerdotes contrarios a las identificaciones, pero nada serio.

Mantuvo su mirada fija en la multitud.

—Siento que ya está aquí —confesó en voz baja.

—Los mil doscientos sacerdotes que participarán en la eucaristía —informó el agente— ya están comenzando a congregarse cerca del acceso norte, junto al escenario. Desde allí tomarán los copones y se distribuirán por todo el recinto para administrar la comunión. Cada uno irá acompañado de un asistente con un paraguas azul y blanco, para protegerse del sol.

—¿Están todos ya?

—No aún. Estamos identificándolos lo mejor que podemos, pero hemos tenido problemas. Al parecer, algunos miembros del Vaticano han protestado por nuestra presencia. El jefe de operaciones está lidiando con las quejas.

El fastidio era evidente en la rigidez de sus mandíbulas. En ese momento, un joven guardia civil de cabello pelirrojo llegó apresuradamente, con un equipo de radio en mano. Su rostro enrojecido y la frente perlada de sudor delataban su esfuerzo por encontrarla.

—Inspectora —dijo el joven guardia civil, jadeando ligeramente—, el coronel Aramburu quiere hablar con usted. Es urgente.

—Oh, mierda —murmuró.

Con una mezcla de aprensión y resignación, cogió la radio. El agente barbudo, observándola de reojo, levantó una ceja, como si comprendiera que esa llamada traería más complicaciones. La voz grave del coronel resonó al otro lado.

—¿Inspectora Vargas?

—Sí, aquí estoy.

—Necesito que retire a los agentes del acceso norte de inmediato. Están identificando a los sacerdotes que van a oficiar la eucaristía, y las quejas de altos cargos eclesiásticos no cesan.

Inspiró profundamente antes de responder.

—Pero, señor...

—Inspectora, no hay peros. He recibido quejas directas del Obispado y del Nuncio del Vaticano. Lo último que necesito es que me atosiguen con llamadas de curas indignados. Retire a sus policías.

—Coronel, estamos convencidos de que Montenegro se ha infiltrado entre los sacerdotes que participarán en la eucaristía. Si actúa en ese momento, podría ser devastador. Confirmar las identidades de cada uno de los sacerdotes es esencial.

—Entiendo su punto de vista, inspectora, pero ya hemos separado a los curas salesianos, el posible objetivo de Montenegro. Además, hay cámaras por todo el recinto y un operativo amplio. Montenegro no podrá pasar desapercibido. Solo debemos esperar a que se delate y detenerlo. No es tan complicado, ¿verdad?

Vargas cerró los ojos un momento, reprimiendo su frustración.

—En teoría, sí, pero hasta que eso ocurra, que el objetivo puedan ser los salesianos sigue siendo una suposición.

—Deje de preocuparse por teorías y haga su trabajo. Quiero a sus policías fuera de ahí ahora mismo. Es una orden.

—Entendido, coronel —respondió, aunque su tono dejaba entrever su descontento.

La llamada terminó con un clic abrupto.

—Inútil... —murmuró, apretando el walkie-talkie entre sus dedos.

El policía barbudo rompió el silencio con impaciencia.

—¿Y ahora qué hacemos?

Respiró hondo y trató de recuperar la calma.

—Sigamos las órdenes. Retiren a los policías encargados de las identificaciones y enfoquemos todos los recursos en vigilar a los Testigos del Resucitado. Montenegro no tiene alternativa; hoy es su día.

El agente asintió y transmitió las órdenes por su walkie-talkie. Mientras tanto, un murmullo de entusiasmo se propagó entre la multitud, que comenzó a ovacionar. Vargas alzó la vista y vio al Papa aparecer en el escenario. Vestía una casulla roja brillante, y sobre su cabeza, llevaba una mitra que uno de los sacerdotes asistentes retiró rápidamente. En su mano sostenía un báculo coronado con la imagen de Cristo crucificado. El Pontífice se inclinó con solemnidad y besó el altar, marcando el inicio de la misa.

Observó a su alrededor. Los vítores de la multitud llenaban el aire, pero ella no podía sacudirse la sensación de que la tormenta aún estaba por venir.

88

Montenegro observó a su alrededor cómo el bullicio de los preparativos para la misa del Papa alcanzaba su punto álgido. Los técnicos se afanaban, garantizando que todo funcionara como un reloj suizo. Los miembros de la seguridad personal de Juan Pablo II, ataviados con trajes negros, eran fácilmente identificables por sus gafas de sol y los comunicadores que no soltaban en ningún momento. Intuyó que la seguridad había sido reforzada, probablemente advertidos de su presencia.

Se alineó al final de una fila donde cientos de sacerdotes esperaban pacientemente para acceder al espacio designado junto al escenario, el punto de partida hacia las filas interminables de peregrinos a quienes impartirían la comunión. Un oficial, con un distintivo bigote negro, verificaba meticulosamente los documentos de cada clérigo. Como un ritual, los sacerdotes accedían después a un recinto para revestirse con el alba y la estola litúrgicas.

El murmullo de la multitud era como un río subterráneo, incesante y cargado de expectativa. Las banderas ondeaban al ritmo de un viento caprichoso, mientras los cánticos se alzaban en oleadas, resonando en los rincones más lejanos del Monte do Gozo. Intentó no prestar atención, pero era imposible ignorar el aura casi palpable de fe que se cernía sobre aquel lugar. «Era como un rebaño perdido», pensó, apretando los labios mientras su corazón latía con fuerza en una mezcla de ansiedad y resolución.

Apretó los labios de nuevo, intentando aliviar la tensión que le recorría. Agachándose como para ajustar un zapato, comprobó la pequeña pistola de nueve milímetros oculta en su tobillo. Su mente estaba inundada por una única resolución: culminar su misión. No había considerado las consecuencias de ser descubierto, pero estaba seguro de una cosa: no quería ser atrapado con vida. Sintió un

sudor frío en las palmas de las manos y, con un pañuelo de algodón, se secó la frente. El sol abrasador no ayudaba.

Solo quedaban dos sacerdotes delante de él. Su vista escudriñó las otras filas en busca de una salida, pero todo parecía cerrado. No obstante, en un giro inesperado, el oficial recibió una llamada y, con un gesto, detuvo al sacerdote que precedía a Montenegro. Tras unos momentos de escucha, le permitió pasar sin revisión alguna. Por razones desconocidas, habían dejado de pedir las identificaciones. Tras respirar profundamente, se adentró en la gran carpa donde cientos de sacerdotes se preparaban para la eucaristía.

De pronto, una voz melodiosa pero impaciente sonó detrás de él.

—¿Cuál es su nombre, padre?

Una joven, de unos treinta años, rubia y con el cabello recogido en una coleta, vestida con un uniforme azul, miraba concentrada una carpeta mientras jugueteaba con un bolígrafo.

Montenegro contestó, sorprendido.

—¿Disculpe?

No estaba seguro de si se dirigía a él.

—Su nombre, padre. Rápido —respondió ella, claramente presionada por el tiempo.

—Padre Xavier Torres —musitó, controlando cuidadosamente su tono.

Con eficiencia, la joven encontró el nombre en su lista y marcó una casilla con el bolígrafo.

—Perfecto. Uno de los sacerdotes se ha indispuesto, necesitamos que suba al escenario. ¡Sígame, por favor!

Dio media vuelta con prisa, abriéndose paso entre las filas de clérigos.

Montenegro asintió sin dudar. La siguió a otro pabellón donde más sacerdotes se vestían para la ceremonia. Varios le saludaron con un gesto. Pocos minutos después, se encontraba en el escenario, con una panorámica asombrosa de una multitud inmensa, ondeando carteles y banderas. El sonido de la masa de fieles resonaba como el romper de las olas en la costa.

Entonces, un estruendo colectivo estalló. Por su flanco derecho, vio entrar al Papa, engalanado con sus ropas litúrgicas, la mitra y el

báculo. Juan Pablo II, con solemnidad, se inclinó para besar el altar.

La mano de Montenegro tembló ligeramente al deslizarse hacia su muñeca. La espita, un cilindro de vidrio diminuto, parecía arder contra su piel, como un recordatorio del poder que contenía. Sus ojos recorrieron el escenario, los copones dorados, los rostros de los prelados. Un susurro de duda cruzó su mente, pero lo apartó con un suspiro ronco. No había vuelta atrás.

Con una mirada furtiva a la izquierda, observó la hilera de prelados y clérigos, todos revestidos con casullas y mitras. Su atención se detuvo un segundo en el Papa, cuya figura irradiaba una autoridad casi sobrehumana. Sintió el sudor acumulándose en la nuca, pero no podía permitirse dudar. Era el momento de culminar una venganza que, hasta ese punto, parecía un sueño inalcanzable.

89

En uno de los extremos del escenario, atento y en guardia, se encontraba Lyan Huber, que no dejaba escapar ni el más mínimo detalle de lo que rodeaba a la comitiva papal. El orgullo por su responsabilidad en el operativo de seguridad durante esta visita crucial de Juan Pablo II se mezclaba con una creciente preocupación por la amenaza. Su alarma se había elevado aún más cuando la inspectora Vargas reveló que el peligro provenía de Artai Montenegro, el criminal responsable de los recientes asesinatos en A Costa da Morte, en las cercanías de Compostela.

El mero nombre de Montenegro traía recuerdos oscuros para Huber. En un flashback que lo sacudió por completo, revivió su enfrentamiento en Múnich con aquel sicario, cuando aún era un joven policía inexperto. Aquella confrontación, en la que estuvo a punto de perder una mano, marcó un antes y un después en su vida. Las cirugías interminables para salvarla, el trauma físico y emocional, habían truncado su prometedora carrera en la policía alemana. Montenegro, con esos ojos azules tan penetrantes, se convirtió en una obsesión; un ángel de muerte que lo atormentaba.

Con el paso de los años, la vida siguió. Huber conoció a Mónica, su esposa, y tuvo dos hermosas hijas: Lorena y Norma. Poco a poco su recuerdo se desvaneció en el olvido, como una sombra lejana. Sin embargo, ahora, justo cuando parecía que las heridas del pasado comenzaban a cerrarse, su nombre volvía a aparecer, despertando viejos demonios que creía enterrados para siempre.

El escenario estaba lleno de prelados, sacerdotes y laicos que participaban en la ceremonia. Huber, rodeado por la multitud, percibía una energía espiritual que conectaba a todos los presentes. Con gesto firme, se comunicó con otros agentes de seguridad, identificables por sus gafas de sol y sus expresiones serias. Desde el

atentado cometido contra Juan Pablo II en 1981 por Ali Agca, la seguridad papal había sido reforzada drásticamente. El cordón de seguridad se alejaba cada vez más del pontífice, y cada detalle del operativo era revisado exhaustivamente para garantizar su protección.

Lyan Huber se acercó al grupo de agentes.

—Mi assento per qualche minuto. (Me ausentaré unos minutos.)

Descendió por las escaleras de metal que conectaban el escenario con el backstage. Allí, técnicos de iluminación y sonido trabajaban diligentemente para asegurar que todo estuviera en orden. Se permitió el lujo de encender un cigarrillo, disfrutando del humo que ascendía lentamente por su nariz y descendía por su garganta.

No muy lejos, observó a varios sacerdotes agrupados, listos para la comunión, ataviados con sus albas blancas y estolas. Sobre una mesa, cientos de copones dorados llenos de hostias aguardaban el momento culminante de la eucaristía.

De repente, Huber se preguntó si la policía local ya habría terminado de identificar a los mil doscientos sacerdotes presentes. Un agente de uniforme, visiblemente afectado por el calor, pasó junto a él. Se levantó la gorra reglamentaria para secarse el sudor de su frente rapada. Antes de que pudiera continuar, lo detuvo bruscamente, mostrándole su identificación del Vaticano.

—¿Habéis completado la identificación de todos los sacerdotes? —preguntó, señalando discretamente hacia el grupo.

El agente miró en la dirección indicada.

—No. Recibimos órdenes de suspender la identificación.

Tras liberarse de Huber, visiblemente molesto, el agente siguió su camino. Contrariado, activó el walkie-talkie y contactó con Vargas.

—Noela, uno de tus agentes me ha dicho que habéis parado el proceso de identificación.

La voz de la inspectora, acompañada de estática, respondió:

—Fue una orden superior, Lyan. Al parecer, la Iglesia consideró que estábamos siendo excesivamente meticulosos con las identificaciones. ¿Todo bien por tu lado?

Huber miró a su alrededor, pensativo.

—Por el momento, todo en orden aquí. ¿Y allí?

La inspectora suspiró.

—Estamos en alerta. Hay mucha gente, pero si aparece, lo capturaremos.

Terminada la comunicación, colgó el walkie-talkie en su cinturón, apagó el cigarrillo y lo aplastó con el tacón de sus elegantes zapatos de piel. Volvió su mirada al escenario y subió las escaleras con agilidad.

—Sono tornato. (He regresado) —anunció por el walkie-talkie a los demás agentes.

La misa había avanzado en su ausencia. La poderosa voz del Papa resonaba por los altavoces, y la multitud escuchaba en reverente silencio la homilía. Al ver a jóvenes sacerdotes colocando los copones dorados, supo que la misa estaba llegando a su momento crucial. Todos —Vargas, Huber y Marzán— sospechaban que sería entonces cuando Montenegro haría su aparición. En lo más profundo de su ser, albergaba el íntimo deseo de encontrarse cara a cara con Artai Montenegro, esperando que, tal vez, el espectral y misterioso villano finalmente se materializara.

90

«Lavar y guardar la ropa...»

Desde que era un niño, su padre le repetía esa frase una y otra vez. De firmes convicciones católicas, el padre de Andrés Romero, el obispo auxiliar de Santiago creía que la vida estaba predestinada por un designio divino. Para él, cada evento en la tierra formaba parte de un sendero trazado por Dios, y consideraba inútil resistirse o luchar contra ello.

Romero perdió a su madre a los diez años, víctima de tuberculosis. Durante el funeral, su padre les prohibió tanto a él como a su hermana Clara que derramaran lágrimas. Aquel hombre, de carácter fuerte y devoto, veía en su hijo el futuro de la Iglesia. Por eso, al cumplir Andrés los doce años, lo envió al seminario. Ese paso significó ver cada vez menos a Clara, con quien había forjado un fuerte vínculo tras la pérdida de su madre. Andrés solo regresaba a casa en fechas señaladas: Navidad, verano y Semana Santa.

Durante su adolescencia, comenzó a experimentar el rigor y la severidad de la educación paterna en toda su crudeza. Las transformaciones naturales de la pubertad eran vistas como pecado, y cualquier erección era castigada con el cinturón de cuero de su padre. Clara, aterrada, aún aferrada a un oso de peluche, observaba en silencio aquellos castigos desde una esquina, incapaz de hacer algo por su hermano.

Cuando su padre murió, Andrés no sintió pesar alguno. Aunque su infancia había sido marcada por el dolor, años más tarde, ya como sacerdote, llegó a justificar los actos de su padre, convenciéndose de que aquel hombre rígido simplemente buscaba su bienestar y deseaba que siguiera los preceptos de la Iglesia.

Sin embargo, los tiempos para la Iglesia estaban cambiando, adoptando una mentalidad más abierta que Andrés nunca terminó de aceptar. Ahora, como obispo auxiliar de Santiago de Compostela,

Andrés Romero añoraba aquellos días en que la religión católica era vista como la única verdad. Ferviente sedevacantista, estaba convencido de que, tras el pontificado de Juan XXIII, la silla de Pedro había quedado vacante. Veía a Juan Pablo II como un impostor, una figura ilegítima que encarnaba la decadencia de la Iglesia moderna. Y aunque sabía que había habido planes para eliminarlo, como sucedió con Juan Pablo I, aquellos intentos habían fracasado. Entonces, siguiendo el viejo consejo de su padre, Andrés decidió «lavar y guardar la ropa».

La muerte de Laprovittola había borrado cualquier rastro que pudiera vincular a Romero con una conspiración, como una huella que la marea se lleva sin dejar rastro. Sin embargo, esa tranquilidad aparente nunca era completa; debía estar vigilante.

Al volver a la realidad tras perderse en sus recuerdos, Andrés se percató de que había perdido la noción del tiempo. Estaba en plena misa, cerca del Papa, esperando el momento de recibir la sagrada comunión. A su alrededor, la multitud de obispos y sacerdotes formaba un tapiz solemne. Sin embargo, uno de ellos captó su atención: era alto, con un tatuaje apenas visible bajo la manga del alba y unos penetrantes ojos azules que le miraban y parecían atravesarlo.

Al recibir el cáliz dorado, el sacerdote lo aferró con una fuerza inesperada, un gesto que hizo a Romero sentirse atrapado en un instante eterno. Entonces lo atrajo hacia sí y, con un susurro gélido, murmuró una letanía en latín:

—Ne perdas cum impiis, Deus, animam meam, et cum viris sanguinum vitam meam: In quorum manibus iniquitates sunt: dextera eorum repleta est muneribus.

(No pierdas, Dios mío, mi alma con los impíos, ni mi vida con los hombres sanguinarios: en cuyas manos hay iniquidades, y en cuya diestra está llena de sobornos.)

Sorprendido y confundido por el súbito recitado en latín, el obispo Romero observó al sacerdote que se alejaba rápidamente. Poco después, una sensación incómoda comenzó a invadir su garganta, transformándose en una ardiente quemazón que ascendía hacia su

pecho. La saliva se acumulaba en su boca sin control, semejante a la de un perro rabioso.

Con manos trémulas, intentó masajear su cuello, pero una asfixia intensa le impedía respirar. Su visión comenzó a nublarse mientras una tos violenta sacudía su cuerpo, expulsando un denso esputo que se mezclaba con hilos rojizos. Lo que había sido un silencio reverente durante la ceremonia se convirtió en murmullos de preocupación. Algunos clérigos se acercaron con cautela, intentando entender lo que estaba ocurriendo.

Un sacerdote joven, con el alba ondeando por la prisa, llegó junto a él, visiblemente inquieto.

—Monseñor, ¿está usted bien?

El obispo Romero, con una voz rasposa y débil, apenas logró articular:

—No puedo... respirar.

Las siguientes imágenes fueron caóticas. Cayó pesadamente al suelo, con su cuerpo sacudido por espasmos involuntarios. Sus labios se tiñeron de un rojo violáceo, señal de que el oxígeno se escapaba rápidamente de su cuerpo. Algunos de los presentes observaron la escena horrorizados, paralizados por el impacto, mientras dos sacerdotes, con gestos desesperados, intentaban acostarlo con suavidad en el suelo.

91

Lyan Huber permanecía atento, con todos sus sentidos enfocados en la ceremonia. Al otro lado del escenario, un conato de alboroto captó su atención. Era la zona destinada a los prelados. Dos enfermeros, con un maletín de primeros auxilios, se abrían paso rápidamente hacia allí, y un murmullo creciente llenaba el ambiente.

—Cosa succede? (¿Qué ocurre?) —preguntó Huber a través de su walkie-talkie.

—Non lo so, sembra che uno dei partecipanti abbia avuto un malore, ma non riesco a vederlo bene da qui… (No lo sé, parece que uno de los asistentes ha sufrido una lipotimia, pero no lo veo bien desde aquí...) —respondió la voz ronca de uno de los agentes.

—Mantieni la posizione, lo scoprirò. (Mantened las posiciones, voy a averiguarlo) —respondió Huber con firmeza.

Se acercó rápidamente. Un obispo yacía en el suelo, con los brazos inertes formando una cruz grotesca. Los enfermeros trabajaban con rapidez, pero los intentos de reanimación, insuflándole aire y realizando compresiones torácicas, no dieron resultado. Al cabo de unos minutos, se detuvieron y, con sumo cuidado, cubrieron el cuerpo con una sábana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Huber, dirigiéndose a uno de los enfermeros, cuya respiración estaba agitada por el esfuerzo.

—No lo sabemos, parece que sufrió algún tipo de ataque... Fue una muerte espantosa. Nunca he visto nada igual.

Huber asintió, mostrando su identificación.

—¿Puedo verlo?

El enfermero tragó saliva.

—Claro, pero prepárese. No es una imagen fácil de olvidar.

Al descubrir el rostro del obispo, Huber sintió un escalofrío. Los ojos desorbitados, la sangre en la boca... todo apuntaba a una muerte no accidental. Volvió a cubrir el cuerpo y su mente empezó a trabajar rápidamente. Los copones, las advertencias previas de Vargas y Marzán... ¿Y si el objetivo todavía no estuviera claro? Temiendo que más personas en el escenario estuvieran en peligro, ordenó retirar todos los cálices inmediatamente.

De repente, entre la multitud, sus ojos se encontraron con los de una figura alta y delgada, con una mirada azul intensa. Ambos se reconocieron al instante.

Perdió su rastro cuando Montenegro se esfumó por una salida del escenario. Impulsado por la adrenalina, Huber le persiguió, bajando las escaleras metálicas, saltando los peldaños de dos en dos. Al llegar abajo, un mar de sacerdotes vestidos idénticamente le impidió identificarlo. Era como buscar una aguja en un pajar.

Con el pecho subiendo y bajando con rapidez, intentó llenar sus pulmones de aire. El consumo habitual de tabaco había mermado su resistencia.

—Mierda —murmuró, frustrado.

Entonces se acordó de Vargas.

92

Desde la unidad de vigilancia, Vargas observaba a través de los monitores. Las largas filas de sacerdotes, vestidos con albas blancas, se distribuían a lo largo del Monte do Gozo, asemejándose a afluentes serpenteantes. Grandes paraguas, sostenidos por jóvenes voluntarios, les cubrían del sol ardiente del mediodía. En uno de los monitores, un grupo de sacerdotes se acercaba a la zona vigilada, donde los Testigos del Resucitado se congregaban. Diez de estos sacerdotes, portando copones llenos de hostias, se desviaron hacia los salesianos.

Rápidamente, activó el walkie-talkie.

—Atención a todos: necesito que varios agentes verifiquen las acreditaciones de ese grupo de sacerdotes. Los demás, mantened vuestras posiciones hasta nuevo aviso.

Una serie de respuestas confirmaron la orden:

—Equipo Foxtrot en posición.

—Equipo Echo listo.

—Equipo Lima preparado.

A través del monitor, observó a los agentes, vestidos con petos azules de la JMJ, aproximándose a los sacerdotes. En la pantalla, la confusión era evidente en algunos de sus rostros.

—Confirmen las identificaciones —solicitó.

Un agente respondió:

—Equipo Foxtrot aquí. Las identificaciones son correctas y ninguno de los sacerdotes coincide con la descripción del sospechoso.

Un silencio tenso siguió a esta declaración.

—Inspectora, ¿cuál es el siguiente paso?

Después de una pausa, Vargas dijo:

—Que continúe la ceremonia.

Sin embargo, la incertidumbre la invadió. Su intuición le decía que Montenegro estaba allí, escondido entre la multitud. La amplitud del lugar y los miles de fieles lo hacían casi indetectable.

De repente, la voz agitada de Huber irrumpió por el walkie-talkie.

—Noela, he visto a Montenegro. Ha envenenado al obispo Andrés Romero y ha desaparecido entre la multitud. Me fue imposible seguirle.

—Hemos verificado a todos los sacerdotes de nuestra zona y no hay rastro... ¿Cómo se acercó tanto al Papa?

Huber respondió, con el tono cargado de frustración:

—Pasó el control después de que lo suspendierais. Por alguna extraña razón, terminó cerca del altar principal.

Vargas exhaló, mordiéndose el labio con frustración.

—Huber, tenemos que reconsiderar nuestra estrategia. ¿Y si los Testigos del Resucitado no son el objetivo principal? ¿Quién podría serlo?

Huber guardó silencio. Solo la estática del walkie-talkie rompía el vacío de la conversación.

—Consúltalo con Marzán. El tiempo se nos acaba.

93

Las horas en la comisaría se escurrieron como agua entre los dedos. Aquel sofocante 20 de agosto el calor se sentía como una prensa que lo asfixiaba dentro de la diminuta sala de reuniones. Marzán notaba cómo su polo Lacoste se adhería a su piel, incómodo como una capa de neopreno. La espera de una llamada de Vargas era una tortura lenta; el teléfono verde, cuyos botones palpitaban constantemente, parecía burlarse de él desde el escritorio. Cada segundo que pasaba, la ansiedad crecía con la incertidumbre de lo que sucedía en el Monte do Gozo. ¿Habría conseguido Vargas detener a Montenegro?

Un vistazo al reloj confirmó que ya era mediodía, y la espera continuaba. Necesitaba despejar la mente. Marzán salió brevemente al office, donde encontró consuelo en una taza humeante de café, preparada en una cafetera Melitta. El aroma embriagante del café le devolvió parte de su lucidez, pero su estómago, vacío, le avisó con un gruñido. A su lado, unas galletas María esperaban en un plato Duralex. Las devoró con ansiedad.

Sobre una encimera, una pequeña televisión transmitía en directo la misa del Papa Juan Pablo II, rodeado de dignatarios eclesiásticos, presidía la ceremonia. Las imágenes panorámicas mostraban el Monte do Gozo como un mar de jóvenes congregados en un gran fervor religioso. El pensamiento de Marzán volvió a divagar entre Vargas y Montenegro.

Tan absorto estaba que no escuchó a un joven policía entrar en el office.

—Señor Marzán, tiene una llamada urgente de la inspectora Vargas en aquella mesa —anunció el uniformado, señalando hacia una mesa cercana—. Pulse el botón cero para hablar.

Con rapidez, Marzán cogió el auricular.

—Noela, ¿qué noticias tienes? ¿Han atrapado ya a Montenegro?

—No ha aparecido aún. Lyan me informó que Montenegro logró acercarse al escenario y estar cerca del Papa. Pero hay algo más grave: envenenó al obispo Romero.

—Esa maldita batracotoxina... —susurró Marzán, desplomándose en una silla.

—Estamos en aprietos, Suso. Montenegro sabe que está en nuestro punto de mira. Aunque los Testigos del Resucitado están bajo vigilancia, como indicaste, Montenegro no ha aparecido. Puede que haya huido.

—No lo hará, Noela. Cumplirá con su misión, incluso si eso implica arriesgar su vida —aseguró Marzán.

—Suso, ¿cuál crees que podría ser su objetivo? Con todos esos sacerdotes dispersos por el Monte do Gozo y la comunión en marcha, encontrarlo será una pesadilla. ¡Piensa en algo, no tenemos tiempo! —dijo Vargas, con urgencia en su voz.

Marzán colgó y, visiblemente frustrado, se mesó el cabello. Se sumergió nuevamente en la sala de reuniones, recorriendo en su mente cualquier pista omitida que pudiera delatar el próximo paso de Montenegro. Necesitaba aislarse. Con decisión, cerró la puerta y repasó el expediente que había recopilado sobre el caso: fotografías, informes y anotaciones personales. Bebió un sorbo de café, ahora tibio, y continuó con su análisis.

Santa Mariña de Augas Santas. Los comentarios druídicos del Libro VI. El preventorio del Monte do Carballo. Recordó el expediente sobre el descubrimiento de los huesos de aquellos niños en el preventorio. La portada del informe rezaba: «Los hijos de la peste». En las fotografías, el castillo y el colosal roble centenario dominaban el paisaje. Una chispa en su mente lo llevó a ese roble: había visto ese símbolo anteriormente.

De repente, un marcapáginas se deslizó de entre las carpetas, mostrando un roble impreso. Lo asoció inmediatamente al texto mágico De Antiquis aliquam operam magicam, que, curiosamente, aún conservaba en su cartera. Al revisarlo, encontró una sección

dedicada al roble, descrito como el árbol druídico por excelencia. Las notas adjuntas mencionaban su poder purificador sobre las almas en conflicto, almas como la de Montenegro.

«Doucho quebrado, Dácamo sano»

(Te lo entrego roto, devuélvemelo sano).

Un timbre interrumpió su introspección. Era Vargas otra vez.

—¿Alguna pista, Suso?

—Creo que estoy cerca, Noela. Solo dame un poco más de tiempo.

—El tiempo es un lujo que no tenemos.

—Lo sé... Noela, entre los peregrinos debe haber un grupo o congregación que tenga el roble como símbolo. Recuerda la historia de Montenegro, marcada por tragedias en la infancia, y ese roble en la entrada del preventorio. Es un emblema druídico de purificación y está ligado a cultos gallegos ancestrales.

—Dime algo más concreto... la verdad es que no te entiendo.

Suso Marzán notó el tono nervioso en la voz de Vargas. Mientras sostenía el auricular del teléfono entre el hombro y el cuello, examinaba meticulosamente los papeles, sin tener exactamente claro qué buscaba. Sin embargo, estaba convencido de que la respuesta estaba allí. Desde el otro extremo de la línea, podía escuchar la agitada respiración de Noela.

Entre la multitud de folletos de las congregaciones salesianas que asistieron a la JMJ, uno en particular captó su atención. Mostraba el logotipo de un roble negro y llevaba el nombre: Legionarios de la Fe y la Redención.

—¡Los tengo, Vargas! Los Legionarios de la Fe y la Redención —exclamó Marzán.

—¿Estás seguro? —preguntó Noela, con un deje de esperanza en su voz.

—Estoy casi seguro. Según el folleto, es una pequeña congregación salesiana cuyo emblema es un roble. Y algo más: muchos de los miembros de esta comunidad son profesores en algunas de las instituciones religiosas más prestigiosas del mundo. No puede ser una simple coincidencia, Noela.

Vargas pareció considerarlo por un momento.
—Está bien, es lo único que tenemos por ahora.
—Noela... ten mucho cuidado —dijo Marzán.

94

Montenegro no pudo evitar sorprenderse al encontrarse de nuevo con aquel rostro del pasado. El destino, una vez más, parecía jugar con cartas marcadas. En el teatro de su mente se reproducía la expresión de asombro que Lyan Huber mostró al reconocerlo sobre el escenario; lo miraba como si estuviera viendo un espectro. Sin embargo, despistar a Huber había sido más sencillo de lo esperado. Los años habían dejado una huella marcada en su rostro: ya no era el mismo hombre con el que Montenegro había cruzado caminos cuando el alemán era un joven policía.

Disfrazado como un sacerdote más, se sumergió en el flujo continuo de túnicas blancas que avanzaban en procesión. Uno tras otro, los sacerdotes se dispersaban para dar la comunión a la multitud de jóvenes peregrinos que asistían a la misa.

Una sonrisa se dibujó en su rostro al pensar en las circunstancias que lo habían llevado hasta ese momento. ¿Todo lo sucedido era obra del destino? ¿O acaso una fuerza más grande, quizás el ritual del Libro VI, guiaba sus pasos? Recordó su primer encuentro con el obispo Diego Romero años atrás, en casa de Abelard Morandé. Entonces, Montenegro era un neófito en formación, mientras Romero, ya en su madurez, ostentaba el título de maestro entre los carbonari, siempre defendiendo las tradiciones de la Iglesia.

Mientras observaba a la multitud, sintió una fuerte corriente que lo arrastraba, como un tronco llevado por un río caudaloso. En sus manos sostenía el copón dorado, cubierto con un paño. Había vertido cuidadosamente la batracotoxina, asegurándose de que el veneno impregnara cada hostia que contenía.

A su lado, una joven de unos dieciocho años, rubia, de pelo corto y con pecas salpicándole la nariz, sostenía un paraguas que lo protegía del abrasador sol del mediodía. Sus ojos se cruzaron con los

de ella, y una profunda paz se apoderó de él: estaba llegando al clímax de su misión.

Era muy consciente de que la inspectora Vargas estaba a punto de dar con él. Debía actuar con rapidez. En su tobillo, sentía el frío metal del pequeño revólver que llevaba oculto. Sin más dilación, se alejó del grupo de sacerdotes y se colocó frente a un conjunto de jóvenes y sus mentores, quienes sostenían una gran pancarta con el lema «Totus Tuus», adornada con un roble en el centro.

La visión del roble desató en Montenegro recuerdos de su infancia en la colonia del Monte do Carballo. La sonrisa y la mirada de su hermano inundaron su mente, desdibujando el presente. Absorto en sus pensamientos, los sonidos a su alrededor parecieron disiparse, hasta que una voz melódica y repetitiva, casi celestial, lo devolvió a la realidad. Poco después, otra voz, áspera y profunda, entonando cánticos litúrgicos, lo sacó por completo de su ensimismamiento.

De repente, sintió un tirón en la manga de su estola. Era la joven rubia que había estado a su lado, llamándolo.

—Padre... padre, ¿está bien? Le esperan —dijo la joven, con una preocupación evidente.

Montenegro miró a su alrededor, encontrándose rodeado por una congregación de sacerdotes, junto a un grupo de jóvenes que esperaban para comulgar. Probablemente se preguntaban qué le sucedía al sacerdote de tez pálida y ojos azules. Con gesto sereno, retiró el cubrecáliz, dejando al descubierto las hostias en el recipiente dorado, que centelleaba bajo el sol.

Ofreció una hostia a un sacerdote de mediana edad, con cabello canoso, tez morena y facciones angulosas. Por un fugaz instante creyó ver en él el rostro de Ángel Rivera.

—Ave María Purísima —dijo Montenegro con voz calmada.

—Sin pecado concebida —respondió el sacerdote.

De súbito, una voz airada interrumpió el sagrado ritual:

—¡Montenegro, quieto! No te muevas o te juro que disparo. ¡Aparten ese copón y desalojen el área!

El tono autoritario de la voz hizo que un grupo de individuos, que Montenegro reconoció al instante como policías de paisano, apartaran bruscamente a los peregrinos cercanos. Uno de los

oficiales lo apuntó con su arma, mientras una mujer policía, con suma cautela, le arrebataba el copón repleto de hostias empapadas en batracotoxina. La intervención abrupta creó un espacio a su alrededor, una especie de burbuja en medio del gentío.

Lentamente, Montenegro se giró, como si anhelara confirmar algo. Al hacerlo, su mirada se cruzó con el rostro de Noela Vargas.

—Inspectora Vargas... parece que ha llegado justo a tiempo —dijo Montenegro, esbozando una sutil sonrisa.

95

Noela se encontró cara a cara con Artai Montenegro. Le apuntó con firmeza con su Star, Modelo 30.

—Artai, todo ha terminado. No opongas resistencia y entrégate.

Montenegro, con una serenidad desconcertante, levantó los brazos y mostró las palmas de las manos en actitud de rendición. La tensión era palpable.

—Ahora, mantén las manos arriba y arrodíllate despacio —ordenó Vargas, con su arma fija en él.

Sin embargo, Montenegro no se movió. Bajo la estola, ligeramente ladeada por el viento, Vargas alcanzó a distinguir un pequeño dispositivo adherido a su torso. Un parpadeo tenue y rítmico delataba que se trataba de un artefacto explosivo. Sus ojos azules, profundos y fríos, se clavaron en los de Vargas. Una sonrisa efímera cruzó su rostro.

—Inspectora, ambos sabemos que no saldré de aquí con vida. No terminaré en la cárcel ni en un psiquiátrico.

—Esto no tiene por qué terminar así, Artai. Durante estas semanas he aprendido mucho sobre ti. Sé del dolor que has sentido desde la desaparición de tu hermano Xosé y lo que ambos sufristeis en aquella colonia. Pero este no es el camino. Entrégate, y buscaremos una solución.

Montenegro la interrumpió con desdén en la voz:

—No seas condescendiente, inspectora. No busco ayuda. Mi única misión era vengarme de lo que nos hicieron a mi hermano y a mí, y a tantos niños que vivieron aquel infierno. Ahora que lo he logrado, no tengo nada que perder. Y tú, inspectora, eres la testigo de este final.

Vargas no bajó su Star, Modelo 30. Dio un paso hacia él y extendió la mano con cautela.

—Artai, escucha... no tienes que hacerlo. Podemos arreglar esto. Nadie más tiene que salir herido.

Montenegro negó con la cabeza, sin apartar la mirada del cielo.

—Inspectora, no hay vuelta atrás. Nadie puede borrar lo que ocurrió, y nadie puede cambiar lo que soy.

—Pero podemos intentarlo. Hay justicia, Artai. No es perfecta, pero es mejor que esto —replicó Vargas, con una mezcla de urgencia y compasión.

El parpadeo, cada vez más rápido, del explosivo la obligó a detenerse. Con voz más suave, lo intentó de nuevo:

—Piensa en tu hermano. Él no querría esto.

Por primera vez, la voz de Montenegro vaciló, y la miró de nuevo fijamente.

—Xosé no tuvo elección. Y yo tampoco la tengo.

Montenegro volvió a mirar a su alrededor. Los policías, cautelosos, se acercaban lentamente, mientras más allá los peregrinos observaban la escena con horror.

—Reverteri ad locum tuum. (Regresa a tu lugar) —murmuró Montenegro.

Luego cerró los ojos y levantó el rostro al cielo.

Los gritos de pánico se multiplicaron entre la multitud. Los policías desenfundaron sus armas y retrocedieron, pero Vargas los detuvo con un gesto.

La tensión se extendió, alargando los segundos en minutos eternos.

De repente un estallido sutil rompió el silencio. El pecho de Montenegro colapsó hacia adentro, creando una cavidad grotesca, similar a un cráter recién formado. Su figura se desplomó con la pesadez de una marioneta a la que le habían cortado los hilos. Salpicaduras de sangre brillante mancharon las túnicas y los rostros de varios sacerdotes cercanos.

Gritos de pánico llenaron el aire. Los peregrinos más cercanos retrocedieron entre sollozos y confusión.

Desde el centro de aquel caos, Vargas permaneció inmóvil. Su corazón latía con fuerza mientras avanzaba entre los restos del

explosivo y las manchas de sangre. Se arrodilló junto al cuerpo de Montenegro, con la mente dividida entre el deber y la tragedia.

Al mirar los ojos vidriosos de Montenegro, Vargas percibió una quietud que solo la muerte podía otorgar. Su alma, cargada de cicatrices, ya no estaba allí.

96

1990

El cementerio de Santiago do Carballo se llenó de paraguas desplegados bajo el orvallo constante, casi imperceptible, que caía sobre los presentes. Tras cerrarse el caso de la Triple Muerte, el juez autorizó el entierro de los tres jóvenes que perecieron en la colonia, para que sus restos yacieran junto al antiguo preventorio eternamente.

El suicidio en vivo de Artai Montenegro durante la JMJ de 1989 sacudió los cimientos de la Iglesia Católica. Disidentes y conspiradores dentro de la curia vaticana fueron detenidos, y en enero de 1991 comenzó un juicio que se extendió durante más de un año. Veinte individuos, entre prelados y sacerdotes, afrontaron el castigo más severo de la justicia eclesiástica: la destitución de sus cargos. Las investigaciones de Noela Vargas y Suso Marzán revelaron numerosos casos de abusos a niños en internados durante el régimen de Franco. Estos hallazgos centraron la atención pública en los horrores de aquella época. Aunque los medios de comunicación difundieron el escándalo durante unas semanas, el interés decayó en cuanto otros sucesos coparon los titulares de la prensa.

Desde la resolución del caso, Vargas y Marzán retomaron sus carreras: él, en la academia, y ella, en la policía. Con el tiempo, su contacto disminuyó, pero el destino los reunió nuevamente en el cementerio de Santiago do Carballo.

Vargas observaba atentamente cómo se sellaba el nicho. A cierta distancia, Suso apareció en la entrada del cementerio. Reconoció de inmediato a Noela, con una gabardina beige y el cabello más largo.

Parecía diferente, con un semblante relajado que resaltaba sus rasgos morenos. Junto a ella identificó al magistrado Maldonado y al comisario García.

Como si el cielo respondiera al momento, la lluvia cesó de repente y el horizonte comenzó a aclararse, en un gesto que parecía destinado a las almas de los niños. Los paraguas se plegaron casi al unísono. Marzán esperó a que Vargas terminara de despedirse de sus acompañantes. Cuando se quedó a solas, se acercó y le estrechó la mano con firmeza.

—Hola, Noela.

—No esperaba verte aquí.

—Sentía que debía estar. Es mi manera de despedirme de ellos.

Alejándose del cementerio, Vargas y Marzán caminaron hacia el Volkswagen Golf de ella. Una nueva lluvia, más intensa, comenzó a caer, acompañada de una ligera brisa. Suso desplegó su paraguas, refugiándolos a ambos bajo su resguardo.

—He oído que has vuelto a trabajar en Santiago de Compostela —dijo Marzán.

—Sí, tras todo lo que sucedió estos meses, sentí que era el momento.

—Me alegro —respondió Suso, y Vargas le sonrió agradecida.

Al mirar atrás, ambos divisaron el pequeño cementerio y la iglesia románica adyacente. En el tímpano de esta última se tallaban figuras de piedra erosionadas por el tiempo, representando la traslación del cuerpo de Santiago apóstol. Conversaron brevemente sobre la reciente restauración del castillo, ahora concluida, y se detuvieron un momento, reflexionando, quizás, sobre la oscura historia que aquel lugar albergaba entre sus muros.

—Noela, ¿qué pasó con el libro VI de Farsalia?

—Después de cerrar la investigación tras la muerte de Montenegro, el gobierno decidió que el libro fuera custodiado en la Biblioteca Nacional. Pero dos meses después, desapareció.

—¿Un robo?

—No tenemos ninguna pista. Pero recuerda lo que nos dijo Arturo Castro: los Carbonari tienen influencias en los altos estamentos.

Quizás alguien orquestó el robo... y es probable que nunca sepamos quién fue.

Vargas hizo una pausa antes de cambiar de tema.

—He leído que estás escribiendo un libro sobre la investigación. ¿Ya tienes título?

—Estoy pensando en Los crímenes de la Triple Muerte, aunque no es definitivo.

—Me parece bien. Estoy deseando leerlo —comentó Vargas con una sonrisa.

Mientras conversaban, un anciano, cubierto con una capa negra sujeta con broches dorados y un sombrero fedora de fieltro, se acercó. El sombrero goteaba bajo la lluvia.

—¿Inspectora Vargas? —inquirió, extendiendo una mano arrugada, que ella aceptó con cautela.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

—He seguido sus investigaciones sobre el asesino de la Triple Muerte. Necesito su ayuda. Mi nombre es Ezequiel, uno de los pocos miembros vivos de una sociedad llamada Custodios del Sendero Sagrado. Nuestra misión, que se remonta a tiempos inmemoriales, es proteger uno de los tesoros más sagrados: los restos del apóstol Santiago el Mayor.

—¿No se supone que los restos de Santiago descansan en la catedral de Santiago de Compostela? —preguntó Marzán, frunciendo el ceño.

—No exactamente... Hablo del verdadero sepulcro, aún oculto al conocimiento general.

Bajo la lluvia intensa, Vargas y Marzán intercambiaron miradas de incredulidad, parapetados bajo el paraguas que les protegía.

—No es que quiera ofenderle —comenzó Vargas, midiendo cuidadosamente sus palabras—, pero sinceramente, me cuesta creer una historia como esta. ¿Cómo podemos saber que no es una fantasía?

—Esperaba esa respuesta, inspectora —respondió Ezequiel, con serenidad—. Por eso les he traído esto.

Con un movimiento rápido, sacó de debajo de su capa una carpetilla. En su interior había una página que parecía haber sido extraída de un libro antiquísimo. Se la entregó a Marzán, quien la observó atentamente. Era un mapa que representaba un río y, junto a él, una cueva. Dentro de la cueva, se veía un pequeño edificio con un tejado a dos aguas y un arco en su parte frontal. A su lado, destacaba una concha de vieira trazada con líneas rudimentarias. En una esquina, casi oculta, había una leyenda escrita.

—Arcis Marmoricis —leyó Marzán con voz tenue—. ¿Qué significa?

—Es el lugar donde descansan los verdaderos restos de Santiago el Mayor —declaró Ezequiel.

Marzán frunció el ceño.

—Pero la tradición siempre ha sostenido que la catedral de Santiago de Compostela fue construida sobre esos restos.

Antes de que Ezequiel pudiera responder, una voz áspera, ronca por el resfriado, los interrumpió:

—No es exactamente así, señor Marzán.

Ambos se giraron para encontrarse con el magistrado Maldonado, quien, con una leve sonrisa, continuó:

—Perdonen mi interrupción. No pude evitar escuchar su fascinante conversación sobre los restos de Santiago el Mayor.

Estrechó la mano de Ezequiel, presentándose:

—Soy el magistrado Juan Maldonado. El hallazgo del sepulcro de Santiago se atribuye al reinado del rey astur Alfonso II, en el siglo IX. Según la tradición, un ermitaño llamado Pelayo observó luces misteriosas en el bosque de Libredón. Teodomiro, obispo de Iria Flavia, investigó el fenómeno y descubrió lo que interpretó como la tumba del apóstol Santiago. Informó al rey Alfonso II, quien visitó el lugar y ordenó la construcción de una iglesia para honrar el hallazgo, sentando las bases de lo que más tarde sería la catedral de Santiago de Compostela.

—Entonces, ¿no hay evidencia documental que confirme que la tumba de Santiago está realmente allí? —cuestionó Marzán, aún escéptico.

—No existe evidencia directa, solo la tradición y algunos escritos posteriores. De hecho, durante unas excavaciones realizadas en los años cincuenta en la catedral, se hallaron restos que se atribuyeron al obispo Teodomiro. Hasta entonces, algunos académicos consideraban su existencia más un recurso legendario que una realidad histórica. Este hallazgo, aunque no definitivo, reforzó la tradición que lo sitúa como una figura clave en el descubrimiento del sepulcro de Santiago —explicó Maldonado con una nota de triunfo en la voz.

Ezequiel, con una expresión grave, tomó la palabra:

—Esta página proviene de un libro perdido que salió del scriptorium del monasterio de San Paio de Antealtares. Creemos que en él se describe la verdadera ubicación de la tumba.

—Comprendo —dijo Vargas, levantando una ceja—. Pero, Ezequiel, ¿de qué manera podemos ayudarle? Su relato suena más a un argumento de película que a un caso para la policía.

—Inspectora Vargas, pertenezco a una antigua sociedad que ha protegido este secreto desde la Edad Media.

—Sin embargo, mencionó que la ubicación de la tumba es un enigma incluso para usted —objetó Marzán, con cierta ironía.

—Es correcto. Por eso he venido. Aunque desconocemos la ubicación exacta de la tumba, hemos sido los guardianes de algo con gran valor: la llave de la arqueta que guarda los restos del apóstol.

Dicho esto, Ezequiel abrió su capa revelando un colgante. En él, unos delicados eslabones de oro sostenían una piedra ámbar que, a la luz, mostraba en su interior una diminuta llave. Con solemnidad, se lo entregó a Vargas.

—Ezequiel, no entiendo. ¿Qué espera que hagamos con esta llave?

—Somos cuatro custodios: yo, Isaías, Jeremías y Daniel. Cada uno guarda la llave en secreto por un período de dos años. Debía entregársela a Jeremías, pero él y el resto han desaparecido bajo circunstancias extrañas. Además, he recibido amenazas.

—¿Amenazas? ¿De parte de quién? —inquirió Marzán, cuyo interés sobre el asunto se había despertado.

—No lo sé. Por eso he venido, para que ustedes lo descubran. Creo que alguien con oscuras intenciones quiere encontrar la tumba, y temo que no escatimará recursos para lograrlo.

—¿Y por qué querrían encontrar la tumba? —cuestionó Maldonado, con una mezcla de escepticismo y curiosidad.

—Se dice que los huesos tienen el poder de curar cualquier enfermedad. Quien los posea tendría un poder inimaginable.

Noela Vargas, sumida en sus pensamientos, sostenía el colgante, observándolo detenidamente.

—Inspectora, ¿me ayudará?

Marzán y Vargas intercambiaron miradas cómplices. Una vez más, se adentraban en lo desconocido, listos para enfrentarse a un misterio que prometía ser extraordinario.

